

# Conquistando el mundo de *Erika*

**Yanira García**



*Las señales  
existen 3*



*Lyl*  
EDITORIAL  
*Romantic*

Conquistando  
el mundo  
de  
**Erika**

Yanira García



*Las señales  
existen 3*



*L&L*  
EDITORIAL  
Romantic

# Conquistando el mundo de Érika

Conquistando  
el mundo de  
Érika

Serie: las señales existen Vol. 3

Yanira García



*Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora © Yanira García 2018

© Editorial LxL 2018

[www.editoriallxl.com](http://www.editoriallxl.com)

04240, Almería (España)

Primera edición: julio 2018

Composición: Editorial LxL

ISBN: 978-84-17516-16-1

Impreso en España – *Printed in Spain*

*Para ti, que me dijiste que reflexionara sobre algo.  
Que crees que me hago fuerte ante las adversidades,  
que sabes bien quien soy.  
Para ti, porque he sabido tomar un buen ejemplo: el tuyo.  
Para ti...*

*Quien no tiene pasado, no sabe coger vuelo...*

Vanesa Martín

Descubre las canciones que inspiraron *Conquistando el mundo de Érika* y no te pierdas ninguna de ellas.





# Prólogo

# 1990

Me duele. Me duele mucho. Tengo que seguir corriendo, no puedo permitir que me ganen. Me he caído, pero mamá dice que soy una llorona y que debo madurar. No sé qué significa esa palabra, pero si ella lo dice es porque debe ser importante. Tan importante como... Como la lata de galletas que hay dentro del armario, ¡eso sí que es importante!

—¡No vayáis tan rápido, esperadme! No quiero ser de nuevo la última — me quejo en un intento de que mi hermano, Josh, y Robert me esperen.

¡Odio que no me hagan caso!

Me sigue doliendo la rodilla, y comienzo a aminorar el paso.

—¿Qué te pasa, pequeña?

La voz de Josh me hace alzar la cabeza. He parado, no podía más. Me duele la pierna y la palma de la mano, además, comienzo a sentir cómo me arde el pecho a causa del esfuerzo de correr a tanta velocidad.

—Me he caído —balbuceo conteniendo las lágrimas.

Josh es mi mejor amigo. Tiene nueve años y es supermayor. Tiene novia, o eso dice, y yo la odio, porque lo quiero solo para mí. Es el único que me hace caso, me trata mejor que mi hermano, e incluso a veces, mejor que mis padres. Me siento tan bien con él...

—Deja que te vea.

Se agacha y observa mi rodilla con detenimiento. Alza la cabeza y esboza una sonrisa que me reconforta.

—Vas a perder la carrera por mi culpa —murmullo.

—No me importa —sentencia cogiendo la palma de mi mano entre las suyas—. Estoy seguro de que esto se arregla con un desinfectante y un par de besos.

¡Me encanta cuando me da besos!

Me lleva a su casa sin pensarlo.

A Josh le encanta ganar a mi hermano, que es un tonto y siempre va diciendo que es el más rápido del pueblo. No lo es, ¡ni de broma! Lo que pasa es que hace trampas, y le da igual el resto de los participantes. Josh es más rápido, más fuerte y mejor atleta.

—Mamá, estamos en casa —grita tras abrir la puerta—. Érika se ha caído y se ha hecho un raspón en la rodilla y en la palma de la mano.

—Hay tiritas en uno de los cajones. Usa Betadine, es menos doloroso que el agua oxigenada.

Subimos a la segunda planta y nos dirigimos al baño.

—Mi madre está haciendo esas magdalenas que tanto te gustan, con ellas seguro que te curas mucho más deprisa. —Sonríe de nuevo.

Las magdalenas de Mad, la madre de Josh, son las mejores del mundo, mejores incluso, que las galletas de la lata que esconde mi madre. Me fascina cuando le pone nata y corazones verdes. El verde es mi color favorito.

¿Por qué no podrá ser esta mi familia?

Josh no pierde la sonrisa en ningún momento. Me encanta cuando me mira con una de ellas en la cara, el azul de sus ojos me embelesa, pero por encima de todo, lo que más me gusta, es cómo me revuelve el pelo cuando juega conmigo.

—Puede que esto te escueza un poco, pero lo hago por tu bien.

—Soy una chica fuerte —es todo lo que le digo, pero en realidad lo que quiero es que se sienta orgulloso de mí y me quiera. Me quiera mucho.

Termina de curar mis heridas y me pone una tiritita.

—¿Mejor? —me pregunta.

—Mejor —afirmo.

—Anda, pequeña, vamos a por una de esas magdalenas que tanto nos gustan.

Comienzo a oír ruido en la planta baja. Mi hermano y Robert, el hermano de Josh, deben de haber llegado.

—¡Eres un pringado!

La burla de Daniel, mi hermano, me enfurece.

—No es un pringado. Es mejor que tú —le escupo llena de rabia.

—¡Cállate, mocosa!

—Daniel, déjala tranquila. Se ha caído y me he parado a ayudarla —me defiende Josh.

—Debería estar jugando con las muñecas, no intentando competir con nosotros —contrataca.

Daniel no se da cuenta, pero sus palabras me hieren profundamente. Mis padres repiten constantemente ese discurso. Es un martilleo continuo.

—Ella es perfectamente capaz de conseguir lo que quiera, Daniel. —Mad, la madre de Josh y Robert, hace acto de presencia. Trae consigo una bandeja de magdalenas que huelen de maravilla ¿Entendéis por qué quiero formar parte de esta familia? —Ahora, coged unas magdalenas y haced las paces. En esta casa no quiero discusiones ni pelias absurdas.

Todos asentimos. Las magdalenas hacen que nos olvidemos de todo lo demás. La mía es preciosa, como todas las que Mad me prepara. Tiene un sabor inigualable, no puedo negarlo, pero la nata y esos corazones verdes que la decoran hacen que mis ojos brillen de emoción.

—Esta es la tuya, pequeña. Como a ti te gusta y de tu color favorito.

Mad me revuelve el pelo de la misma forma que lo hace Josh y me sonrojo por el gesto.

Las semanas pasan más o menos igual, unas tras otras. Vamos al cole, jugamos por la tarde en la calle y Daniel siempre intenta dejarme de lado. Yo me esfuerzo para que Josh se sienta orgulloso de mí y sigo odiando en silencio a esa novia que tiene.

—Érika, tengo que contarte algo.

Mi madre hoy está especialmente habladora. No sé qué quiere contarme si ella nunca me cuenta nada. Solo habla con papá sobre cómo le ha ido el día y lo cansada que está de todo.

No respondo, pero levanto la mirada del plato y presto atención a sus palabras.

—¿Qué pasa? —pregunta Daniel cuando ha tragado el último espagueti que estaba colgando de su boca.

—Tienes la boca manchada —le digo.

—¡Cállate, mocosa! —Una vez más, su respuesta habitual.

—Hace unos días Mad y yo estuvimos hablando. Me comentó que regresan a Inglaterra. A Robert le ha salido trabajo allí y es una oportunidad que no pueden rechazar.

Se me cae el tenedor al suelo. ¿Qué?

—¡Mentira! —Alzo la voz más de lo que debería, pero son los nervios por lo que me acaba de contar mi madre.

Daniel permanece en silencio. No sé si está asimilando las palabras de nuestra progenitora o si le importa un rábano lo que acaba de soltar.

—Érika, no es mentira. Eres muy pequeña para entender determinadas cosas, pero la vida es así. A veces, hay que tomar decisiones que no siempre gustan a todos.

—¡Mentira! —esta vez grito con fuerza.

Las lágrimas salen sin control. Odio llorar delante de mi familia, porque mi hermano se burla de mí, me dice que soy una mocosa y que las mujeres no lloran. Mi madre simplemente me trata con indiferencia cuando lo hago. A mi padre casi no lo veo, y cuando está en casa es como si fuese invisible.

Retiro la silla con un sonoro ruido, no sé si cae o no al suelo, me da exactamente igual. Comienzo a correr. Me quema el pecho, me queman las lágrimas y me quema el corazón. Tiene que ser mentira, seguro que mamá lo dice por fastidiarme, porque no me quiere, porque solo quiere a Daniel.

Llamo con fuerza en la puerta de Josh y es Mad quién aparece tras ella.

—Érika, cariño...

Me abrazo a sus piernas. Casi no llego a su estómago, pero ella igualmente se agacha y me aprieta contra su cuerpo. Me mira con infinita ternura y eso me

hace pensar que hay más verdad en las palabras de mi madre de lo que quiero admitir.

Me deshago de su abrazo y corro escaleras arriba en su busca. Necesito verlo y que sea el quien me diga que todo esto es una mentira de mi madre.

—¡Josh! ¡Jooosh! —grito con más fuerza.

La puerta de su habitación se abre y aparece ahí, serio. Ya no tiene esa maravillosa sonrisa que me encandila.

—¿Quién te lo ha contado?

Me quedo plantada frente a él. Con las lágrimas aún corriendo por mis mejillas.

—Mi madre —balbuceo mientras el sabor salado impregna mis papilas gustativas.

Josh hace una mueca de desagrado.

—Pasa —me pide.

Entro en su habitación y hay muchas cajas en el suelo.

—Dime que es mentira —le suplico.

Josh da varias palmadas en el colchón y me invita a sentarme en él.

—No me quiero sentar, quiero que me digas que es mentira... Por favor, dime que es mentira —le ruego.

Mi mejor amigo agacha la cabeza.

—No es mentira, Érika. Nos vamos pasado mañana. Mi padre ha encontrado un trabajo que no puede rechazar.

—¡No! —grito.

—Érika, por favor...

No permito que termine la frase porque salgo corriendo de su habitación y de su casa. Necesito ir a mi rincón favorito, a ese lugar que siempre acudo cuando estoy triste, cuando mi madre y yo hemos peleado, o cuando Daniel me dice que soy una mocosa inútil y que ojalá no tuviera una hermana como yo.

Queda muy cerca de donde vivimos. Es una antigua base militar, y desde allí, se contempla el mar. Josh me enseñó este sitio hace unos meses. Y he decidido que este será siempre mi lugar favorito.

Sigo llorando cuando veo que se sienta a mi lado.

—Érika, no estés triste, nos veremos en verano y, además, siempre podrás escribirme cartas.

—Ya sé escribir, soy supermayor —le explico orgullosa.

—Pues como eres mayor, podrás escribirme cartas contándome cómo ganas todas las carreras. También puedes explicarme cómo coges las galletas de la lata sin que tu madre se dé cuenta...

—Y que Daniel me sigue llamando mocosa —le interrumpo.

—Escucha, Érika, Daniel puede llamarte mocosa, pero eres la niña más valiente que conozco.

—Es que tengo seis años —le explico nuevamente con orgullo.

—Eres supermayor —añade cogiendo mi mano, esa donde semanas atrás ponía una tirita y hoy ya solo queda una pequeña cicatriz.

—¿Soy tan mayor como para ser tu novia? —le pregunto.

—Hagamos un trato —me dice—. Cuando seamos mayores, si nos vemos y ninguno de los dos está enamorado, seremos novios, ¿te parece?

Cabeceo afirmativamente.

He dejado de llorar, Josh tiene ese poder sobre mí. Siempre será mi Superman sin capa.

—Ahora, volvamos a casa, creo que mi madre está haciendo magdalenas.

—¿Crees que me pondrá corazones verdes en ellas?

—Seguro que sí, pequeña.

A partir de este día, mi sueño es el de crecer todo lo rápido que pueda, para buscar a Josh y decirle que sigo enamorada de él. Que lo esperaré eternamente, porque el amor de la infancia es el más puro que se pueda sentir jamás.

## Capítulo 2

—¿Se puede? —La cabeza de mi secretaria aparece tras la puerta de mi despacho.

—¡Claro!

—¿Se te ha pasado el mosqueo?

—¿Por salir huyendo? —Ella asiente—. ¡Eres peor que las ratas! — Parece que el día hoy va de roedores.

—No pretenderías que me quedara aquí con la mosca que se traía tu querido *aminemigo*.

—No es mi *aminemigo* —pronuncio con cierto retintín—, es mi enemigo.

—Los que se pelean se desean —me suelta una vez más.

—Los que se pelean se desean —la remedo e imito la voz de una niña de siete años.

—¿Al final que pasó? —me pregunta obviando mi actitud infantil.

—Volvió al rato, intentó tirarme el cubilete con los bolígrafos, pero se le quedó pegado en la mano. Se apoyó en la puerta y se le pego el culo a la madera, se cagó en toda mi ascendencia y, tras despegarse de la puerta, se largó. No sé más.

—Se va a vengar.

—Y yo también me vengaré de él.

—Es un juego peligroso —contrataca Zule.

—Empezó él —me defiendo yo. Quizá no me exculpo, puede que solo me esté excusando.

—Tú sabrás —sentencia mi secretaria—. Por cierto, ya he puesto la carta en correos, eso cuenta como trabajo también, que lo sepas.

—Por supuesto —afirmo—. Gracias.

Coge «el ladrillo de la Zule» y sale de mi despacho. Decido que lo mejor



es sacar el teléfono y escribirles a mi comando para contarles la buena nueva, es decir, la putada *number one*.

Érika:

La he liado parda.

Esta mañana he comprado pegamento de ratones y le he puesto en todos sitios al juez.

Pongo varios emoticonos riéndome y veo que Alma está escribiendo.

Alma:

Define «todos sitios».

Érika:

Silla, mesa, cubilete, bolígrafos y agenda.

Alma:

La que has liado, pollito.

Érika:

Amén. La he liado.

Mar:

Érika, estás jugando con fuego.

Érika:

Empezó él.

Alma:

Una cosa son un par de bromas y otra, esto.

Mar:

Te la estás buscando.

Érika:

Estaré preparada.

Cham Cham me ayudó.

Mar:

¿Otra vez en el chino?

Alma:

No aprenderás nunca.

Érika:

Al Panini ni una sola palabra.

Mar:

¿Por qué?

Érika:

Porque son amigos, es obvio.

Alma:

Pero a Jaime sí, ¿verdad?

Érika:

A él sí.

Mar:

¿Por qué tienes preferencia por Jaime?

Érika:

Porque el Señor Paella y el «carachancla» no se conocen lo suficiente.

Alma:

Amén.

Mar:

Es injusto.

Érika:

Os dejo, tengo un caso nuevo. Mar, deja de follar y vente ya.

Mar:

Dentro de una semana estaré ahí.

Alma:

Disfruta. Os quiero.

Mar:

Os quiero.

Érika:

Os quiero, perras satas.

Me desconecto del grupo y me pongo a revisar varios casos que tengo entre manos. No son nada del otro mundo: un par de herencias, cuyos herederos únicamente piensan en el dinero y les da igual el resto de la familia. En momentos como estos, soy más consciente que nunca de que la familia que se elige es la más fiel y leal. Ver cómo un puñado de hermanos, primos e incluso nietos, se pelean por unos míseros euros es, como mínimo, penoso.

Y lo peor de todo, es ver cómo no han sido capaces en vida de defender con tanto ahínco al familiar en cuestión. Por desgracia, el dinero, a veces, solo trae miserias y buitres.

Como bien digo: «el ser humano, en ocasiones, es el peor animal que pisa la faz de la Tierra».

Sumergida entre multitud de papeles y expedientes varios me encuentro, cuando llaman a mi puerta.

—Ha llegado la señora Lili.

Asiento con la cabeza y cierro ese expediente que me trae de cabeza. Me enfadan las situaciones como esta. Ese egoísmo innato del ser humano.

La invito a pasar y tomar asiento con mucha educación. Mi secretaria vuelve a poner sobre la mesa de reuniones que hay en mi despacho, «el ladrillo de la Zule». Tiene hojas en blanco y todo, os podéis hacer una idea de lo enoormeee que es.

—Buenos días. Mi nombre es Érika Manrique y parece que seré su abogada en el juicio por la demanda de divorcio que ha interpuesto a su marido —consulto el expediente con la escasa información que tengo y doy con el nombre del susodicho— Lucas.

Pienso por un momento en los nombres: Lili y Lucas. La imagen de los cantantes Andy y Lucas viene a mi mente, que no tiene relación alguna, pero supongo que, por la similitud entre ambos, ¡vamos! que me contengo para no partirme la caja<sup>1</sup>.

—Soy Lili Fernández. Gracias por ayudarme.

—Para eso estamos y para eso me paga. Cuénteme.

—Quiero la custodia de mi hijo. El resto me da igual.

—Vale. Eso lo entiendo, pero necesito más información.

Me hace un resumen, que a pesar de serlo es bastante exhaustivo, sobre su matrimonio; fechas, lugares, problemas varios, y tras esto, llegamos a lo más importante.

—Hace poco más de dos años decidimos tener un hijo.

—No entiendo la manía de la gente por tener hijos cuando no se quieren.

Es un comentario borde, chulesco e incluso fuera de lugar, pero es que realmente, no lo entiendo.

—Érika —me reprende Zule.

—¿Qué? —pregunto tono tosco—. No lo entiendo —verbalizo la frase que anteriormente había pensado en silencio.

Para mi sorpresa, Lili no se enfada, ni se ruboriza ni siquiera me insulta. Simplemente asiente.

—Supongo, letrada, que en ese momento sí creíamos querernos. Yo por lo menos —apostilla.

—Érika —le indico—. Llámame Érika. Ahora que vamos a trabajar juntas, lo mejor es tutearnos, ¿no cree?

—Perfecto —asiente ella.

—Cuéntame sobre el niño.

—Mi hijo es lo más importante que tengo. Es todo lo que quiero. No me interesa el dinero, ni los bienes materiales, solo el niño.

—¿Has probado a hablarlo con el padre?

—Por supuesto. —Su tono se eleva sin querer, entiendo que está exasperada por todo lo que la acontece ahora mismo—. Con Lucas no se puede razonar. Desde el momento en el que le dije que me quería divorciar...

—Estáis en una guerra constante —la interrumpo.

—Exacto. Esa es la palabra; guerra —sentencia.

—Y los motivos por los que no quieres custodia compartida, ¿cuáles son?

—Érika, si realmente yo creyera que le importa mi hijo, no tendría mayor problema. Pero su lucha es conmigo, y a quien quiere hacer daño es a mí. Con esto no quiero decir que no quiera al pequeño. Llámeme presuntuosa, pero ni siquiera creo que sea capaz de cuidar de él. Y lo que es peor, tampoco creo que quiera.

Y digo yo. ¿Cómo un padre o una madre no quiere cuidar de su hijo? ¿Cómo es posible que, eso que se supone que es lo más importante en tu vida, no lo sea?

Yo, que tuve una infancia que dejaba bastante que desear, a fecha de hoy, sigo sin entenderlo. Cuando veo casos de estos, en los que la figura del padre o de la madre no responde a la definición de dicha palabra, me dan ganas de acabar con ese término que tanto se utiliza: «concebir». La concepción de un bebé es un mero trámite, sí. Pero eso que nace de un polvo, de un intercambio de fluidos, es lo más puro que existe. Y ¡ojo! que yo no quiero tener hijos. Por ahí no paso. No me siento capacitada para ello y no creo que lo esté nunca, a pesar de mi edad. Creo que hay cosas que, se sienten o no se sienten, y mi instinto maternal nunca se ha desarrollado. Podemos dar las gracias a doña Lourdes y a don Miguel, mis padres.

—Entendido. ¿Qué pide él?

—La casa y al niño.

—Últimamente, se están concediendo custodias compartidas. Es decir, que el niño pase el mismo tiempo con su padre que con su madre, salvo que uno de ellos no quiera, o se demuestre que no está capacitado para ello. También es cierto, que se deben dar unas condiciones para concederla.

—Lucas es un hombre que cumple los requisitos, a pesar de que no deja de «ser un lobo con piel de cordero».

—Bien. Iniciaremos el proceso. Tengo varias ideas en la cabeza, pero vamos a comenzar de la forma habitual. Dependiendo de sus reacciones, valoraremos otras opciones.

Zule me mira extrañada, sé lo que piensa.

—Vale —afirma Lili—. Yo... Yo... Yo solo quiero lo mejor para mi niño.

—Te entiendo —susurro.

«Créeme que te entiendo y quizá mejor de lo que piensas». Pero esto, no lo verbalizo, esto mejor lo guardo para mí.

Terminamos la reunión con Lili y concertamos una nueva cita para otro día. Le dejo mi correo electrónico y mi teléfono, por si necesita algo en algún momento, o por si necesita desahogo.

Yo no soy muy buena dando consejos en cuanto a sentimientos profundos se refiere, pero me siento en el deber de hacerlo con ella. Quizá la palabra adecuada no sea «deber», simplemente, siento que quiero hacerlo. Hay sensaciones que carecen de explicaciones, y que simplemente se saben y se sienten. Sin más.

—¿Por qué has aceptado este caso?

Zule entra de nuevo en mi despacho con dos tazas humeantes en la mano y toma asiento frente a mí. He dejado la carpeta con el nuevo expediente sobre la mesa, junto a «el ladrillo de la Zule» y me he sentado frente al ordenador. La intención era escribir un correo electrónico al resto, para comentar el caso en el que voy a comenzar a trabajar. No he tecleado ni una sola palabra.

—¿Por qué has aceptado este caso? —repite y reitera.

Alzo la vista de la pantalla, donde el cursor se mueve de forma mecánica.

—No lo sé. —Mi voz transmite la incertidumbre que siento.

—En estos años que llevo trabajando contigo, cada vez que hay un caso con menores, en la primera entrevista con el cliente lo derivas a otro compañero. ¿Por qué no este?

—No lo sé —repito. Y no es mentira. No suelo aceptar casos donde hay menores de por medio. Cuando la lucha es por bienes materiales, no me lo pienso. Pero cuando hay un tercero —cuarto o quinto— afectado y se corresponde con menores... suelo utilizar la vieja excusa sobre el volumen de casos que tengo. A veces incluso, me adjudico alguno que otro, como estrategia defensiva. Es decir, suelto una de mis famosas «bombas de humo». Algo me dice que debo aceptar este caso.

Mi secretaria me conoce. Es una de las pocas personas que sabe pequeños fragmentos de mi vida. Con ella no es que sea, precisamente, un lago de agua cristalina, pero me muestro tal cual soy y respondo con sinceridad a aquellas preguntas que le surgen. Dicho esto, es perfectamente normal que se cuestione el porqué de mi decisión.

En ocasiones, miles de ocasiones, Alma, Mar y yo hemos hecho mención a las señales. Señales, sí. Esas que el destino nos envía para que tomemos un camino u otro. Digamos que son pequeños empujoncitos que nos da el cosmos para que vayamos por el camino adecuado —o no—. No sabemos qué nos encontraremos, qué nos depara, pero en nuestro interior, sabemos que debemos ir hacia ahí.

En este caso, en mi caso, creo que decirle sí a Lili es uno de esos caminos que debo seguir. Supongo que, si es erróneo o no, lo averiguaremos conforme vaya dando pasos en dirección al final del mismo.

Ahora es la puerta la que interrumpe mis pensamientos. Zule sigue tomando notas sin parar en el expediente, mientras yo había comenzado a escribir, de forma tímida, el supuesto correo electrónico al departamento.

Max entra sin siquiera llamar a la puerta y una sonrisa, de lo más chulesca, enmarca mi cara.

—Vaya, vaya, vaya. Si es el tierno Ratoncito Pérez. ¿Has recogido muchos dientes de leche?

Zule ahoga una carcajada. Y digo «ahoga» porque Max la fulmina con la mirada y ella se limita a colocar su mano derecha frente a sus labios para que no emitir ningún tipo de sonido. Gesto más que suficiente como para que se levante y salga del despacho, sin siquiera despedirse.

Entiendo que huya. En este momento, si yo fuese ella, también le tendría miedo. Lástima que no me tiemble ni el pelo.

—Gracias a ti —utiliza un tono áspero—, he tenido que tirar un traje que cuesta más que ese ordenador que hay encima de la mesa.

—Cualquier cosa supera a ese cacharro que hay encima de la mesa. —Alzo los hombros restándole importancia a su comentario—. No hace falta que finjas, sé que compras los trajes en el rastro de los domingos.

—¿En el rastro de los domingos? Pero ¿tú estás majara?

—Y tú eres un chulo arrogante —me defiendo.

No me he molestado en levantarme.

Su forma de apoderarse del espacio es digna de análisis. Ocupa al completo el lugar donde está. Lo hace sin ser consciente de ello, y eso es lo que más me fascina. Eso y lo rara que me siento con todos esos detalles que me van perturbando.

—Voy a intentar obviar lo sucedido hoy. Lo cual no quiere decir que no me vaya a vengar —suena a amenaza, de las chungas, para ser más específicos.

—Lo cual no quiere decir —repito no sin cierto retintín— que luego no me vengue yo.

—Será un no parar —me espeta frunciendo el ceño y entrecerrando los ojos.

—¡Estamos que lo regalamos! —Sonrío al imitar los típicos comentarios que se hacen en el rastro—. Te suena, ¿ehh?

No sé si ha pillado el chiste, si le ha hecho gracia o si le ha sentado como una patada en el *ojete*. Probablemente sea esto último, porque abandona mi despacho sin más. Con cara de pocos amigos y con los puños apretados.

«¡Que te peten!», esto ya lo digo para mí misma, porque me he vuelto a quedar sola.

En realidad, tengo muchas cosas que hacer. Tengo que investigar sobre este nuevo caso; buscar información y analizar en profundidad las leyes. Pero decido levantarme, coger el bolso y salir.

—¿Qué haces?

Saco mi teléfono y marco su número casi sin pensarlo.

—Trabajar —bufa—, ¿no es eso lo que deberías estar haciendo tú también?

—Probablemente —susurro—. ¿Te tomas un café conmigo?

Noto cómo se recuesta en su silla. Probablemente ese despacho que le han



asignado ahora que ya no es auditor, sea de lo más mono.

—Por salir de aquí, me tomaría un café hasta con Jack el destripador —me dice sonriendo.

Jaime se ha convertido en algo así como mi hermano mayor. Ya sé lo que pensáis, que un hermano mayor tengo ya. Pero como si no lo tuviera. En general, mi familia es un desastre. Evito hablar de ella, con cualquier persona. Para mí, y es una afirmación de lo más categórica, mi verdadera familia es la que he elegido, no la que me ha tocado.

Quiero pensar que todo eso que he vivido, o todas las carencias que he tenido, no me van a condicionar en un futuro a la hora de formar mi propia familia. Porque sí, tengo intención de formar una familia algún día. Una más allá de Alma y Mar. Sin hijos, ya os lo he dicho, yo no estoy hecha para eso, para los habituales estereotipos: chica conoce chico —o chica conoce chica, chico conoce chico, el género es lo de menos—, chica se enamora perdidamente de un chico, chica deja de ser ella para ser dos, chico y chica copulan y tienen hijos. ¡No!

Mi versión de la vida es muy diferente: chica conoce chico, chica folla con ese chico en muchas ocasiones —arriba, abajo, de lado, sentada, con el culo en pompa... No sigo, que ya os podéis hacer una idea de a qué me refiero—, chica sigue con su vida, chica hace con su vida lo que quiere, pero sigue follando con ese chico porque se da cuenta de que le gusta estar con él, pero no se lo dice para que no se lo crea y su ego aumente mucho más que lo que debe aumentar su polla cuando está excitado. En fin, que mi vida, tal y como la planteo en mi mente, se basa en ser yo misma, follar todo lo que me dé la gana y más, y seguir haciendo lo que me salga del potorro.

Muy yo, ¡sí señor!

Como veis, en esta ecuación no entran hijos. Solo sexo. Y amistad... Amistad, también y algo de amor si se tercia, que yo en este tema estoy muy verde...

Me dirijo hasta la cafetería en la que hemos quedado. Cerca de Vintex S.A., que es donde trabaja el Señor Paella. Llego cuando él ya está allí.

—¿Qué pasa? —Le doy un abrazo y un beso y me siento frente a él.

—No es el Au Revoir, pero espero que te valga —bromea.

—Me vale. Siempre y cuando no me miren raro si pronuncio las palabras «polla», «coño» o «follar».

Y es que es así, en realidad, cafetería a la que voy, cafetería en la que me miran mal. Ya una no puede ser directa y sincera, decir lo que piensa... ¿En qué siglo dicen que estamos?

—Si me dices «buenos días» seguido de alguna de esas palabras, lo más probable es que hasta yo te mire mal —añade Jaime.

—Tú ya estás curado de espanto —me defiendo.

Y no deja de ser cierto, al fin y al cabo, Jaime ya sabe cómo soy y qué puede esperar de mí.

Le resta importancia a mis palabras, mientras alza la mano y llama al camarero para que nos tome nota.

—La verdad es que quería hablar contigo desde hace unos días —comienza a decir mientras esperamos al camarero—, porque he estado dándole vueltas a un asunto y no sé bien cómo hacerlo.

Está nervioso, me hace gracia, pero es de lo más mono verlo así. En realidad, no es mono, es superdivertido y despierta mis instintos maquiavélicos.

—¿Qué se te está pasando por esa tierna cabecita? ¿No me querrás decir, que le vas a pedir matrimonio a Alma y le quieres preparar una de esas pasteladas que dan tanto asco y de las que yo huyo porque me da urticaria? — Jaime entorna los ojos, pero no contesta. Está tenso, serio y hasta veo que suda — ¡No me toques la pepitilla, Jaime! ¿Quieres casarte con Alma?

Sigue sin responder y ahora sí que me hace gracia todo esto. Es tan delicado, de verdad, tengo que reconocer que no quedan hombres tan galanes como él.

El camarero se acerca a tomarnos nota y yo decido fastidiarle un poco. A ambos. Ya dije que despertaba mis instintos maquiavélicos.

—Jaime, no pensaba que pudieses caer tan bajo, te acuestas conmigo, follamos como conejos en la cama, en el baño y hasta en la mesa de la cocina,

¿y ahora me traes aquí para decirme que le vas a pedir matrimonio a una de mis mejores amigas? ¡¿Pero qué clase de persona eres tú?!

La cara del camarero es un poema, pero ¿la de Jaime? Esa no tiene precio.

—Pero ¿qué dices, loca? —se justifica balbuceando mientras yo lo miro muy seria.

No sé bien lo que le dice al camarero, pero éste no deja de mirarlo con mala cara.

—Café con leche para mí. Con mucha espuma. Piense usted —le digo con ojitos de cordero degollado—, que ahora mismo tengo el corazón roto en trizas.

El camarero me pone cara de pena, me lo estoy llevando al lego. Jaime, no tienes nada que hacer.

El susodicho pide su bebida y me mira con cara de perro, pero no de perrito mono y cuqui, no, no, me mira como si fuera un Bulldog, o un Pug, o uno de esos todos arrugados. ¡Qué coño! Si yo no entiendo de perros, ¡joder!

—Tienes asumido que te va a escupir en el café, ¿verdad? Si ves espuma, no será de la leche, será un escupitajo en toda regla. —Decido dejar de aguantar el tipo y reírme a carcajadas.

—¡Eres una bruja!

—Dime algo que no sepa —añado convencida—. Hoy estoy que lo bordo —explico.

Jaime me hace ir a pedirle un café con leche, como el mío. No es por nada, pero no se fía de que realmente no le caiga un lapo<sup>2</sup> del tamaño de una ciruela.

Cuando regreso, tras haberle puesto ojitos al camarero que prepara las bebidas, que todo sea dicho, está muy, pero que muy bien —y yo, muy, pero que muy necesitada— tomo asiento de nuevo y decido ponerme seria.

—¡Cuéntamelo todo!

Jaime relaja el gesto, supongo que, en parte, porque sabe que yo no soy demasiado efusiva con las muestras de amor, pero por otro lado, lo más importante para mí son ellos y que sean felices.

—Llevo tiempo dándole vueltas a este tema. Se que Alma no se quiere casar...

—Ni tener más hijos —le interrumpo.

—Ese es otro tema que trataré más adelante.

—No la emborraches para preñarla, eso no sería justo.

La sonrisa esa que le caracteriza, —¿cómo la llama Alma? ¡Ah, sí!, la sonrisa de canalla—, hace acto de presencia y yo me limito a hacerle el gesto de la niña del exorcista, porque Alma lo apuñala como le haga una jugarreta de ese tipo.

—El caso, es que creo que ella se merece lo mejor, y yo estoy dispuesto a dárselo...

—Cómprale zapatos. Caros y de tacón —le interrumpo de nuevo.

—¿Tienes pensado dejar de interrumpirme en algún momento? Era mejor haberte mandado una carta.

Y de nuevo, cuando la palabra «carta» se pronuncia, cuando alguien la menciona, su nombre vuelve a aparecer en mi mente. Josh. ¿Dónde estarás? ¿Por qué no me respondes? ¡Maldita sea!

—Los zapatos le gustan. Las bodas no lo tengo tan claro.

—Érika... le voy a pedir matrimonio sí o sí —expone Jaime muy seguro.

—Señor Paella, me encanta ver que, a pesar de mis palabras, quieres casarte con mi amiga, eso significa que, ante cualquier impedimento, tú seguirás apostando por lo que quieres: ella.

—Y Candela —añade.

—Por supuesto.

En ese momento, llega el camarero con nuestras bebidas. Le sonrío.

—Al final, resulta que está enamorado de mi amiga. Voy a perdonarle, porque tampoco follaba tan bien. La tenía pequeña y no llenaba lo suficiente.

El camarero se marcha con una sonrisa en la cara, yo imito su gesto, pero Jaime me mira mal.

—¡Tus putas bromas son una mierda! —escupe enfadado.

—Resulta que el Juez piensa lo mismo.

Le cuento con detalle lo que le he hecho hoy. Jaime pasa por todos los estados posibles: se ríe, se sorprende, se asusta y frunce el ceño.

—Te vas a cagar cuando tome la revancha.

—Tengo un as bajo la manga.

—Con «as» quieres decir algo que el chino ese te pueda vender.

Niego con la cabeza.

—Si se pone la cosa tensa, le voy a enseñar el escote.

—¡Nada que un par de tetas no consigan! —suena triunfal, pero es irónico.

—Nada que «mi» par de tetas no logren.

—Érika —Jaime interrumpe la broma y se vuelve a poner serio.

—Cuando te pones así, me das miedo, lo juro. —Alzo la mano, como hacen todas las personas que suben a testificar en los juicios a los que acudo.

Traga saliva y me observa.

—Quiero que seas la encargada de dar el discurso en mi boda.

¿Perdona?

<sup>1</sup> Reírme.

<sup>2</sup> Escupitajo

## Capítulo 3

—Será una broma, ¿no? ¿Un discurso? ¿Yo?

Por los altavoces de la cafetería suena «Volver a empezar» de Funambulista, que más que una canción, en este momento parece una ironía de la vida.

—Empieza de nuevo. —No, no es una broma, es culpa de la canción.

Jaime sigue sentado frente a mí, supongo que buscando las palabras adecuadas para convencerme de que pase por el aro.

—Érika, eres junto con Mar, la mejor amiga de Alma. —Buahh, ya me hago una idea de por dónde van los tiros *mecagüentodo*—. Y sabes que nosotros, últimamente, hemos desarrollado una amistad especial.

—No me jodas, Señor Paella, ¿estás intentando usar en chantaje emocional conmigo?

—¿Tanto se me nota? —pregunta con tono meloso.

—¿Hace falta que te lo diga?

—Vamos, Érika, sabes que no te lo pediría si no fuese importante.

—¿Importante? ¿Tú sabes a quién le estás pidiendo esto? Que la que sabe hablar que te cagas es Mar, trabaja en la radio, ¿recuerdas?

—Pero yo quiero que seas tú quien dé el discurso. Es importante... para mí.

¡Mierda! Los ojos le brillan y la cara de cordero degollado es apabullante hasta para mí.

—Tenemos un problema.

—¿Otro más? ¡Joder, Érika! Si parece que en vez de pedirte que des un discurso, te estoy pidiendo que bajes al inframundo y le robes el despertador al mismísimo Belcebú.

—¡Es un demonio! ¿Para qué coño quiere un despertador? ¡Puede hacer lo que le salga de la polla!

—¡Mal hablada! —exclama riendo.

—¡Que te peten! —respondo de la misma forma.

—Sabes que te estoy convenciendo —insinúa.

Tengo que ceder. No solo porque tenga razón en todo —menos en lo del despertador, que es el rey del mal, ese no usa despertador, duerme todas las horas que le plazcan sin pudor, ¡maldito cabrón! Yo tenía que haber sido un demonio también—, sino porque en el fondo, es mi familia, son mis mejores amigos y si me necesitan, ahí estaré.

—El problema que tengo —le explico retomando la conversación que teníamos a medias antes de que me salieran bichos por la boca—, es que no bebo, no fumo...

—Y no andas con mujeres —me interrumpe.

—Eso me da ascazo, lo voy a omitir. Si no me cojo un pedo brutal, puede que la lie parda y te haga pasar un ridículo espantoso. —Ahora soy yo la que tuerce la sonrisa, intentando poner una mueca macabra en mi cara. Lástima que no tenga efecto en Jaime.

—Te compraré una botella de cava.

Decido desistir en mi empeño por joderle el día. Al fin y al cabo, hace rato que me había convencido —aunque no lo parezca—.

—Daré el discurso, pero no puedes vetarme, ni pedirme que no diga tacos, ni que suelte alguna burrada de las mías. Tú has decidido pedírmelo a mí y no a Mar, atente a las consecuencias.

—Con que no digas «polla», «follar» o «coñito», me es suficiente.

—¿Coñito? ¿En serio? Jaime, esos meses de abstinencia te han hecho ver demasiado porno. Coñito suena mal, se dice coño; y dicho esto —le doy el último trago a mi bebida para dar fin al contenido de la taza—, haré lo que me salga del coño.

Le guiño un ojo y me voy. Tengo que pasar a ver a Cham Cham. Pero eso será más tarde, porque primero quiero investigar sobre el nuevo caso.

Decido irme a casa. No me apetece volver a la oficina. Quiero meterme en

mi despacho, pero como no tengo espacio, he improvisado una pequeña mesa, con una silla cómoda —o todo lo cómoda que se puede pedir— y un flexo de Ikea, muy mono y muy barato. Tiene una cajonera, donde guardo todos los documentos de los casos que tengo entre manos, de esta manera, lo tengo todo a mano.

Normalmente, intento llevarme el menor trabajo posible a casa, pero me es imposible. Siempre me surgen ideas o dudas y necesito contrastar información, es por eso por lo que he decidido desistir.

Hay personas a las que no les gusta su trabajo, que no disfrutan de él, sino que es un simple trámite al que deben recurrir para ganarse la vida: trabajo=dinero=subsistir. Pero en mi caso no es así, a mí me gusta mi trabajo, me gusta mi elección y soy feliz con ella.

No es ningún secreto que mi vida familiar es una mierda. Tal cual. Podría intentar aderezar la situación y decir frases de esas que disfrazan la realidad o que esconden algo entre sus líneas, pero ¿para qué? ¿Acaso no es más sencillo decir las cosas tal cual son? Si mi familia es una mierda, lo es. Si mi vida amorosa es una mierda, lo es. Si mi vida sexual es otra puta mierda, lo es. Y no hay más. Quizá sonaría mejor, si dijese: «mi familia no se caracteriza por ser cercana. Por otra parte, tampoco he encontrado mi media naranja, pero sé que ahí fuera hay alguien hecho a mi medida. No mantengo relaciones sexuales desde antes de irme a Ibiza». Sí que suena mucho mejor, ¿verdad? Pues a mí me produce incomodidad, malestar y si me apuras, hasta me da un retortijón que puede acabar en un *cagarro* líquido en el baño. Fina, lo que se dice fina, no soy. Pero como os dije al principio, esta es mi historia y soy yo quien la cuenta. En esta frase iría bien uno de esos emoticonos del WhatsApp donde aparece una chica con los brazos alzados diciendo «es lo que hay».

El caso es que, desde pequeña, mientras Joseph y yo hablábamos sobre cuando fuésemos mayores, siempre tuve claro que quería ser abogada. Ser defensora del pueblo, machacar a los malos. Lástima que no todo fuera tan sencillo como se pinta cuando eres una enana.

No siempre defiendes al bueno, a veces, no te queda de otra que defender al malo. Eso me sucedió a mí una vez. Decidí perder el caso. No sé si es por mi ética, que muchas veces dudo que tenga algo así, pero me sentí mal. Fatal.



Sentí que no era eso por lo que yo había luchado, que no cumplí los principios por los que me había adentrado en una carrera como el derecho.

Hubiese sido más fácil ganar: un caso más, un incentivo más. Pero no pude. No quise hacerlo. Desde entonces, intento ser selectiva con los casos que cojo. Hay compañeros en el bufete muy buenos —y muy cabrones— a los que les importa la pasta y solo la pasta. En contra de lo que se pueda pensar sobre mí, intento ser justa. Y dentro de esa justicia entra Lili.

Probablemente, cuando les cuente a Alma y Mar el caso que he cogido, lo tomarán como una reconciliación con mi pasado, ese que intento enterrar bajo una baldosa.

Mis padres siguen siéndolo, porque genéticamente lo son. Mi hermano, tres cuartos de lo mismo, pero el vínculo, eso tan importante, está muerto. Soy una persona pragmática, quienes me conocen lo saben, lo que prima son los hechos y no las palabras, y son estos los que me dicen que la genética une, pero lo que verdaderamente prima, es el día a día.

Joseph se fue, no volvimos a vernos, a pesar de que sí mantuvimos el contacto. Le escribía todo lo que me era posible, y él respondía de la misma forma. Fue mi mejor amigo y mi paño de lágrimas durante muchos años. Hasta que las casualidades de la vida me hicieron apuntarme a clases de baile. Allí, en la última fila, estaban ellas, bailando —o por lo menos lo intentaban—. Que, a ver, yo me apunté porque quería ligar, que a mí me gusta más follar que a un tonto una tiza, pero fui a caer en el sitio equivocado. Por lo menos para los menesteres que tenía en mente.

El destino las cruzó en mi camino, tomamos café esa misma tarde y a partir de ese momento, sentí que encajaba en un sitio. No me juzgaban, a pesar de ser como soy, de hablar como hablo y de decir lo que digo. Se convirtieron en un pilar fundamental en mi vida. Esa tarde en esa cafetería, sentó las bases de lo que somos hoy, un tándem perfecto.

Pero la vida cambia. Josh se fue, Alma tiene pareja y una hija y Mar se acaba de casar. Y yo no puedo evitar sentirme un poco fuera de lugar.

Quizá es un pensamiento egoísta, lo cual no quiere decir que no me alegre por ellas, porque sí que lo hago. —¡Vale!, lo confieso, las odio a muerte porque follan más que yo, pero eso se va a acabar porque pienso salir de caza

—. Pero es cierto que se merecen una vida preciosa, llena de burbujas de amor. Ahora Alma se nos va a casar, porque se nos va a casar. Aceptará en menos que canta un gallo, lo sé y lo sabemos todos. Está locamente enamorada de Jaime, de la misma forma que Mar lo está de Gerard.

El caso, y a lo que íbamos, es que me matriculé en Derecho en contra de la voluntad de mis padres, los cuales no creían que fuese capaz de conseguirlo. Mi hermano había decidido que estudiar no era lo suyo. Daniel quería dinero rápido y trabajar era la mejor opción.

Yo quería dinero, por supuesto, pero quería hacer lo que más me gustaba. Me matriculé, hincé los codos y terminé mi carrera con unas notas muy buenas. Para mis padres fue algo más, que sí, que estaba bien, pero que se la soplaba. No fueron a mi graduación. Creo que fui la única chica que estaba sola. Fue triste, muy triste ver cómo todos tus compañeros recibían abrazos de sus familiares y yo colocaba en mi cara una gran sonrisa llena de falsedad, esa que llevaba ensayando días porque sabía que no irían a celebrar conmigo nada. Pero es que ellos son así. Y he aprendido, a base de desilusiones, a saberlo.

Estoy completamente convencida de que si Joseph, Mad y sus hijos —Josh se llama como su padre, Joseph. Yo lo llamo Josh porque me gusta mucho ese diminutivo, siempre lo he llamado así y creo que lo seguiré haciendo de por vida—, hubiesen estado en Tenerife en esas fechas, habrían acudido sin siquiera llamarlos. Ellos eran así, estaban siempre. De pequeña, deseaba que fueran mis padres y que Josh y, por ende, Robert, fueran mis hermanos. Con el tiempo, aprendí que cada uno tenía que conformarse con lo que le tocaba; me acostumbré a que no me apoyaran en nada, que la escasez en las felicitaciones fuese lo habitual, que los Reyes Magos no existían y Papá Noel mucho menos. Esperar era una desesperación y mendigar una caricia, una quimera. Supongo que, todo eso que vivimos, nos convierte en lo que somos. Y hay momentos, en los que aun lucho, en contra de todo pronóstico, por no convertirme en un calco de lo que ellos son, porque Daniel sigue sus pasos, pero yo no, no quiero convertirme en lo que ellos son, quiero ser lo que soy.

Enciendo mi portátil y me conecto a internet. Abro el correo electrónico, por si he recibido algo nuevo que valga la pena mirar. Lo primero que aparece es un correo de Meetic sobre los posibles candidatos afines a mi forma de ser.

Hubo una época..., para ser más exactos, hace unas semanas —dije que no iba a mentiros— en las que me apunté a un rollo de estos, por eso que os decía sobre la desesperación, la soledad y ahora ser la última en casarse y la que menos copula de todas. Bueno, pues eso, que me apunté a esta mierda que es un timo que te cagas, pero por intentarlo que no fuera. El caso es que no interactúo con nadie, porque no hay nada que valga la pena. No para mí, que me los comería con papas en la «supuesta» primera cita. También es cierto, que soy algo exigente en cuanto a hombres se refiere.

Conocí a Jorge, ese chico que me acompañó a la boda de Mar, y salí con él casi que por pena. Él no fue por pena, no, no. Yo lo invité por pena, porque no quería ir sola. Total, que mejor sola que mal acompañada. Lo conocí porque era un compañero de profesión, ni siquiera pertenecía al mismo bufete, pero ya sabes lo que dicen, allá donde vas... ¡Ay, no sé! Yo para los refranes no soy muy buena. El único que me gusta es ese que dice «dime con quien andas y si esta bueno me lo mandas», y me da la sensación de que no está ni siquiera en el refranero español.

El caso es que mi vida amorosa se resume en una sola frase: penosa. Bueno, eso más que una frase es un adjetivo. Se resume en un único adjetivo. Estoy en un punto en el que quizá conteste a alguno de estos pringados que me escriben en Meetic y me dicen que tienen no sé qué trabajo, no se cual profesión y ¡un yate! Hay uno que me dice que tiene un yate. ¡No te jode! Un yate, fijo que lo que tiene es una mierda de chalana en Radazul, de esas que ponen «Carmencita», como el azafrán. ¡Pues igual! Pero tal y como os digo, este finde salgo en busca de carne fresca. Ahora mismo, sueño como si yo misma fuera un vampiro «carne fresca, muajaja, la de las jóvenes vírgenes mejor». Pero sin vírgenes, que ni soy católica, ni estoy en edad de enseñar a nadie dónde se encuentra el botón mágico del placer, ese que me da *gustirrinin*. Vamos que, en resumen, necesito sexo. Probablemente, esta sea una de esas noches en las que introduzca mi mano dentro de mis bragas y me proporcione el alivio necesario.

Decido contestar un par de invitaciones para conocer a un par de chicos que, ¡manda huevos! Debéis saber que encima, estas aplicaciones no son gratis, sino que debes pagar. ¡Pagar por conocer tíos que no creo que sean príncipes azules! Pero, como os he dicho, mi desesperación habla por sí

misma y quiere darle la oportunidad de ver qué sucederá, y si resulta que estoy equivocada.

Tras dejar este asunto cerrado e intentar buscar plan para este fin de semana al que voy a denominar «el salto de la liebre» aunque también me gusta «en busca de zanahoria» pero el primero suena más sutil y menos barriobajero, me adentro en el marco normativo y legislativo que rige las separaciones con menores. Saco mi libreta de Juego de Tronos —sobre lo friki que soy hablaremos en otro momento— y comienzo a tomar notas; Convención sobre los Derechos del Niño, Ley 1/2000, de 7 de enero, de Enjuiciamiento Civil, Ley Orgánica 1/996, de 15 de enero, de Protección Jurídica del Menor, Código Civil... Estas son varias de las que hay que tener en cuenta, pero hay más. Tomo nota concienzudamente de cada una de ellas, para pedirle a Zule que las busque, las imprima y me las ordene en una carpeta. Es el primer caso que defiendo con menores, pero, tal y como me dijo Max —y que conste que me jode darle la razón, pero en este caso la tiene—, lo primordial son los intereses del menor.

Otra de las ideas que anoto en mi libreta, es la de comenzar la búsqueda de un perito social.

No sé exactamente a qué nos enfrentamos. Alma siempre ha dicho que sabes con quién te casas, pero no de quién te divorcias. Y a pesar de no tener conocimiento en esta materia, pues nunca he estado casada y dudo que lo esté algún día, tenemos que estar prevenidos para todas y cada una de las fases de este proceso judicial.

Con todos estos datos en mi supermegalibreta de la casa Stark, que no es como el ladrillo de la Zule, pero hace las veces de él, decido apagar mi flexo bueno, bonito y barato e irme a ver a Cham Cham. Tengo que ojear qué más tiene por allí.

Ya casi ha anochecido, pero ya sabemos que los chinos trabajan de sol a sol, por lo que mi amigo Cham Cham sigue abierto. Está apoyado en el quicio de la puerta fumando. Odio el tabaco, no me gusta nada su olor, pero el que fuma Cham Cham es peor, debe ser *made in China* y por eso es una soberana mierda.

Me ve cruzar la calle y tira el cigarro a la carretea, sin siquiera molestarse

en apagarlo. Se leer sus gestos y probablemente esté pensando «aquí viene la loca esta de nuevo a darme el coñazo», pero... ¡Que se joda! Yo pago, yo decido.

—¿Sabes que podría denunciarte por haber tirado ese cigarro a la carretera?

Cham Cham, el pobre, oye la palabra denuncia y se pone pálido. Fíjate que con ese color parece más español y menos chino.

—¡Es broma! No te asustes —me burlo—. Oye, Cham Cham...

—Juanlu —me aclara.

—No intentes convencerme de que ese es tu nombre porque no me lo trago —zanjo el tema—. El caso es que me fue muy bien esta mañana con el pegamento de ratas, probablemente aun esté intentando sacar los restos del lapicero. ¿Qué me recomiendas?

Me señala una estantería llena de penes de goma y lo observo sorprendida.

—¿Insinúas que estoy mal follada? —No me jodas que hasta el chino es capaz de darse cuenta de lo que oculto, a ver si va a resultar que en vez de chino es médium y yo sin saberlo y él perdiendo dinero.

No se molesta en contestarme el chino cabrón. Se limita a darse la vuelta y largarse.

—¡Miraré yo! Desagradecido... —bufo exasperada.

El primer lugar por el que paso, y es más que evidente, es por esa zona que tan amablemente me ha recomendado Cham Cham. Hay penes y penes, saco varias fotos y las envío al comando. Pongo un par de caritas de esas pensativas y añado: «¿Cuál me recomendáis?».

—Cham Cham, estos son *made in* China también, fijo que con el calor se derriten.

Y yo tengo bastante..., todo hay que decirlo.

Alma me contesta cuando estoy en el pasillo de los cuchillos, y no, no he decidido volverme una asesina en serie, aunque cuando estoy con Max, ganas no me faltan.

Alma:

¿Te vas a comprar un vibrador?

Érika:

No, pero falta me hace. Estoy salida.

Alma:

Si lo vas a comprar, mejor vete a la tienda donde compramos el mío. Te evitas alguna que otra infección.

Érika:

He concertado una cita a ciegas este viernes con un tío.

Alma:

¿Y de dónde sale ese tío?

Érika:

De Meetic.

Mar:

¿No me jodas?

Érika:

Justamente lo hago porque quiero que me jodan...

Mar:

¡Qué bestia!

Alma:

Me meo.

Mar:

¿Vas a comprarte una cosa de esas?

Érika:

No, estoy buscando venganza.

¿Cuándo vuelves?

Mar:

El jueves por la mañana.

Alma:

Pues ya sabes que la tarde la tienes ocupada.

Mar:

Apuntado.

Érika:

Vaya viaje más corto...Os dejo, tengo que elegir algo.

Alma:

Un beso.

Mar:

No podía ser más largo. Trabajo...En fin, os echo de menos.

Érika:

Seguro..., con semejante hombre.

Mar:

Pues también es verdad, jajaja.

No encuentro nada que me llame la atención. Aun así, cojo un paquete de chinchetas, por si tuviera que ponerle alguna en la silla, o si me sirven como armas lanzaderas. En realidad, las necesito para ponerlas en el tablón de mi despacho, donde tengo estructurados los casos que estoy llevando ahora mismo, que son varios y todos de distinta índole.

Paso por el supermercado y compro varias cosas para hacer la cena y el almuerzo de mañana. Normalmente, me llevo la comida al trabajo, a pesar de que, en ocasiones, termino comiéndome un triste sándwich con Zule en la cafetería que nos pilla de paso.

Mañana preveo que será un día difícil. Tengo una vista para un caso sobre un supuesto robo. Y digo supuesto, porque no se han encontrado pruebas que inculpen a mi defendido.

Llego a casa y cojo mi teléfono móvil. Es tarde, pero tengo que llamar a Zule para saber si ha conseguido el informe que le pedí sobre las cámaras de seguridad.

Mi teléfono comienza a sonar justo cuando voy a marcar.

«Y ahora quien es». No conozco el número.

—¿Sí?

—¿Qué haces, fiera? Si pareces hasta buena con esa voz angelical.

El rubiales.

—Veo que estás de mejor humor, ¿has conseguido sacar toda esa sustancia pegajosa de tu ropa?

—Como te dije, tuve que tirar el traje. Todo gracias a ti.

—¡Espera! —exclamo alterada.

—¿Qué pasa?

—Nada, estaba intentando encontrar algo de lástima dentro de mí. Fíjate, está en el mismo lugar que tu poca vergüenza.

—No tengo vergüenza.

—Yo tampoco siento pena.

—Érika —un estremecimiento me recorre cuando pronuncia mi nombre..., es la falta de sexo. ¡Palabrita del niño Jesús!—, te llamo porque mañana nos veremos en los juzgados, quería saber si te apetecía tomar un café conmigo.

—¿Me estás tomando el pelo?

¿En serio? Esto que es, ¿una cámara oculta?

—No. He decidido perdonarte por lo de esta mañana, así que, en son de paz, te quiero invitar a un café.

—Paso del café. Me preocupa más saber cómo has conseguido mi número de teléfono. —El silencio se hace interminable. No me contesta, y creo que no hace falta—. ¿Gerard?

—*Touchè* —confirma mis sospechas.

—Cuando pille a Mar le voy a sacar los ojos —confieso.

—Lo dudo, sois algo así como inseparables, ¿te has olvidado? —se burla.

—Sí, en este momento me había olvidado de eso. Traidora —prosigo con mi valioso repertorio de adjetivos descalificativos, pero suaves, que es mi amiga...



—Te dejo. Tengo visita esta noche —me explica el juez.

—¿Qué visita? —Mis palabras salen de forma diligente.

—No creo que sea de tu incumbencia, a ver si además de fiera, eres una cotilla. —Se está vengando, me está tratando exactamente igual que yo a él en Ibiza.

—Carachanca —declaro con rabia.

—Fiera —reitera con énfasis.

—Petardo. —No me escucha, ha colgado.

¡Odio que me cuelguen el puto teléfono! No hay nada en esta vida que me moleste más. Eso está en la Constitución Femenina, artículo veintiuno: Nunca —jamás— colgar el teléfono a una mujer.

Lo mejor, es que la venganza se sirve en plato frío.

Lo vuelvo a llamar, pero no me contesta. ¡Bastardo!

Marco directamente. Uno, dos, tres tonos y ahí está mi amiga.

—¿Qué haces?

—¿Por qué le has dado el teléfono al carachanca?

Mi amiga permanece en silencio, imagino que intentando responder con la mayor lógica posible. Me conoce y sabe que estoy de mal humor.

—Se lo pidió a Gerard y no me pareció mala idea.

—¿Por qué?

—Pues porque sois compañeros de profesión y porque ese tío, aunque no lo quieras reconocer, te pone nerviosa.

—¡Sabrás tú! —respondo sarcástica.

—A mí me bajas el labio, Érika. No es nada malo, no creo que lo use para llamarte y masturbarse con el sonido de tu voz.

—Hasta feo estaría.

La mera idea de imaginar a ese rubio tocándose me pone nerviosa. ¡Bah! Será por hombres en este mundo, ¡no me jodas!

—Para tu información, me acaba de llamar.

—¿Y? —responde Mar un tanto exasperada.

—¡Me ha invitado a un café!

—¡Oh, Dios mío! ¡Un café! ¿En serio? Ándate con ojo, por una tila he visto yo a gente bajo tierra.

—¡Ja, ja! Ni puta gracia, ¿entiendes?

—Es sarcasmo, ¿sabes lo que es? —me reta.

—¡Yo soy experta en sarcasmo! —exclamo enfurecida—. Ahora quiero mi compensación por lo que has hecho.

—¿Que quieres qué?

—Mi compensación, mi indemnización, mi contrapartida, mi retribución, ¿sigo buscando sinónimos?

—Cuando te pones chula no te soporto —sentencia mi amiga mosqueada.

—Cuando haces cosas como esta sin consultármelo, me tocas la pepitilla —respondo más altanera aún.

—¿Qué quieres?

—Su dirección —finalizo.

—¿Qué? No me jodas, Érika ¿Para qué?

—Para enviarle bombones, ¡no te jode!

—¿Qué ha pasado? —Mar ahora ha bajado el tono y está dudando entre si ha sucedido algo malo o es un enfado de los míos.

—Me ha colgado el teléfono, ¡a mí! ¿Lo entiendes?

Mi amiga se parte de risa, sin control y sin ponerse colorada. O sí, porque no la veo al otro lado, no es una de esas llamadas donde se ve la cara, que eso fijo que se paga también aparte y yo soy pobre.

—Esto debería haber sido una llamada a tres, Alma debe saberlo. En cuanto colguemos, la llamo.

—¿Me vas a dar la dirección, o qué? Me parece bien que llames a Alma,

pero antes dame la dirección.

Oigo a mi amiga bajar las escaleras.

—¿Todo bien? —pregunto ahora más relajada—. No hemos hablado en estos días e imagino que estás disfrutando como una perra canela.

—Imaginas bien —me dice—. Esto es precioso, nos lo estamos pasando de maravilla, ya te puedes hacer una idea.

—Prefiero no hacérmela. —Los celos, son los celos los que hablan por mí.

—Espera un momento —me pide Mar.

Oigo murmullos y entiendo que está explicándole a Gerard lo sucedido y pidiéndole la dirección de su amiguito.

—¡Mar, es para hoy!

—Shhh. —Me chista.

Los susurros no cesan.

—Apunta —me dice de repente.

Voy corriendo a mi habitación y saco un *post it* y cojo un boli supercuqui con plumas verdes. Me lo regaló Alma, que conste.

—Dime.

Me facilita la dirección y me pasa con Gerard.

—Me debes una —me dice con ese acento tan característico de él.

—Que te lo pague mi amiga, yo es que ando floja de dinero. Soy abogada, no empresaria —espero que pille el símil.

—¡Eres muy lista, *brunetta*!

—¿Qué me has llamado? Eso ha sonado a brocheta, de esas que se hacen con carne, pimiento y cebolla...

—¿Cómo se dice? Es tu color de pelo.

—Morena —oigo a Mar.

—¿No se supone que hablas perfectamente español? Que mi amiga tenga que traducirlo dice mucho de ti.

Oigo sus carcajadas al otro lado y me hace sonreír, si es que al final me tiene que caer bien. ¡Maldita sea! Es preferible odiarlos, a los dos, a Gerard y a Jaime. Sería más divertido también.

—Pásame con Mar —le pido.

—Dime.

—Tu marido me pide contraprestación, ya puedes dársela, a mí aún me debe un favor *giganorme* por tener que organizar lo del viaje a Italia y por no haberte puesto bragas en la maleta. De rodillas te veo...

—Serás zorra —me insulta mi amiga.

—De nada —le suelto antes de colgar.

Cojo el bolso, meto dentro la cartera el móvil y las llaves y corro como alma que lleva el diablo.

Pensemos...

Mi mente automáticamente va a la tienda de Cham Cham, lo siento, cuando la perversión llama a mi puerta, él aparece por inercia.

—Buenas noches —me llevo la mano al pecho y jadeo por la carrera que acabo de echarme—. Menos mal que los chinos trabajáis más que los negros, no sé de dónde viene esa expresión, pero no me gusta. Debería ser «trabajas más que un chino en Carnavales» ¿Lo pillas?

Juanlu, alias Cham Cham, me mira como si tuviera dos cabezas, o más bien como si quisiera escupirme, pero se limita a sentarse en la butaca que tiene tras el mostrador.

—¡En Carnavales, Cham Cham! Ya sabes... por eso de los disfraces de última hora, las máscaras, las pinturas...

Me mira impasible, como si le resbalase todo mi discurso. En realidad, creo que le resbala, sí.

—¡Bah! Déjalo —finalizo—. Tienes más poca gracia...

Me dirijo al pasillo de los rabos. Sí, sí, habéis leído bien, el de los rabos de goma, ¡pues a ese! Cojo el más grande y gordo que hay.

—¿No tienes lubricante, Cham Cham?

Una doña sale de la zona donde están los trapos de cocina y me mira con mala cara. Le sonrío con cara angelical, pero observa mis manos y ve el falo negro que tengo entre ellas y que a duras penas cabe entre mis dedos. En serio, esto no hay chumino que lo soporte, ya no hablemos del culo... Pues eso, que no se cree nada de mi interpretación. Se santigua y se va. Lejos. Le acabo de joder la venta al chino, menos mal que yo vengo a menudo y eso, quieras o no, compensa.

Cham Cham niega con la cabeza.

—Eso es que no tienes.

—No —me responde.

El jodido habla poco, pero es contundente.

Pago el rabo y me voy a la farmacia, tengo que comprar un lubricante, si no, el plan no va a salir según lo previsto.

Esta vez sí que me funciona la cara angelical, cuando pido un lubricante, efecto frío y calor, ya puestos a gastarme los euros, que sea en algo que quizá pueda sacarle partido este viernes.

Me voy directa a la parada del tranvía. Según esto, vive en Santa Cruz, si es que es un pijo del carajo. Vive en esas Torres de última construcción que son supercaras y exclusivas. Google Maps, ese que es mi pastor y sin él nada me falta, me dice que a pie son quince minutos, desde la parada del intercambiador así que, a andar, que es bueno para el culo.

Veinte minutos después —soy lenta, lo reconozco— llego al portal, toco el último derecha y su voz suena al otro lado.

—La vecina, me he quedado sin la llave. —Pongo voz de chica cuqui y megapija para disimular la mía.

Supongo que se lo debe haber creído, porque me abre la puerta y entro sin problemas. Cojo el ascensor y subo. Al llegar al rellano, me acerco a su puerta y oigo ruido. Las paredes aquí muy buenas no es que sean, porque no se

distingue la conversación, pero vamos..., que se sabe que solo no está el chiquito.

Toco y me quito del alcance de la mirilla, probablemente, si se diera cuenta de que soy yo, no me abre, o si lo hace, es con un cubo de agua en la mano...

«Será la vecina que acaba de tocar».

Se lo dice a su acompañante, pero yo lo oigo todo perfectamente.

Me preparo para mi inminente intervención y me río sola pensando en el numerito que le voy a montar.

—¿Qué...?

No le dejo responder. Lo empujo y entro como un vendaval en su piso.

# Capítulo 4

# Max

—Pero ¿qué cojones...?

No me deja terminar. Me empuja y me aparta de su camino sin ningún tipo de reparo.

—Cariño, al final he salido de la reunión antes de lo previsto, así que he decidido venir a hacerte una visita. Te he traído algo que te encanta, como compensación al poco caso que te he hecho hoy, cielito.

Confieso que su actuación es espectacular. Lo de cielito me lo he creído hasta yo. Y ese aleteo de pestañas con el que ha acompañado al apelativo, le ha quedado muy bien. Demasiado bien.

Marlene me mira con cara de asombro. Intercala su mirada entre ella y su... ¡Una polla! No me lo puedo creer, ¡ha traído nada menos que una polla!

—Pero ¿qué cojones haces, Érika?

—Traerte un juguete de los que tanto te gustan. Mira, también he traído lubricante efecto frío y calor, sabes que nos ponemos guarretes y que a veces me cuesta metértelo —lo dice moviendo el rabo que tiene entre las manos y lo veo balancearse de derecha a izquierda, según lo hace su mano.

—¡Fuera! —exclamo—. ¿No has tenido bastante con lo de esta mañana?

Su sonrisa es de triunfo absoluto y me doy cuenta de que yo mismo estoy cayendo en la trampa. Se acerca a mí, peligrosamente, cual gata en celo y posa su mano sobre mi corbata.

—No, cariño.

Con su dedo índice sigue el recorrido descendente de la prenda y me estremezco por completo. Me estoy empezando a excitar y esto no es bueno. Nada bueno.

Marlene mira nuestra escena y se queda perpleja. Piensa que es real, y es que lo parece, porque mi cuerpo reacciona a ella sin poder evitarlo.

—Me voy —finaliza mi acompañante.



—No, tranquila. No sabía que estabas acompañado —dice Érika al percatarse de que no estaba solo.

—Deja de fingir —la amenaza.

—¿O qué? —me reta.

¡Dios, cómo me pone!

—Puede que tenga que utilizar eso contigo... —murmullo sujetándola por la muñeca.

—Cariño —vuelve a la carga—, ya sabes que no me importa que juegues con otras —mira a Marlene y la repasa de arriba abajo—, chicas —finaliza—. Te dejo esto. —Me ofrece el rabo y yo no puedo más que cogerlo entre mis manos—. Nos veremos mañana. No te olvides de ese café que me prometiste. —Me guiña el ojo y se encamina hacia la puerta.

¡No me lo puedo creer!

Acelero el paso y la intercepto al llegar al rellano. Está esperando el ascensor.

—¿Por qué has venido?

Érika se gira y simplemente me observa, me analiza detenidamente. Es jodidamente preciosa, debo reconocerlo, aunque me cueste.

—Mira, carachanca —esta vez sisea, no hay ni un ápice de ternura en sus palabras—, a mí nadie me cuelga el teléfono, ¿entiendes?

—¿Me estás diciendo que te has plantado en mi casa, me has montado todo este embrollo, simplemente porque te he colgado el teléfono?

—Para ser juez, te cuesta procesar la información, ¡chato!

—Eres insoportable.

—Y tú un imbécil.

—Niñata —prosigo.

—Gilipollas.

Las puertas del ascensor se abren y la empujo hacia dentro. La acorralo

contra la pared y me quedo muy, pero que muy pegado a ella.

—Ni se te ocurra —protesta.

—Ni se me ocurra, ¿qué? —pregunto.

—Acercarte.

Noto el nerviosismo de su cuerpo. No sé si ella notará el mío, pero yo sé que no le soy indiferente, de la misma forma que ella no lo es para mí.

—Si no quieres que me acerque... eres libre de apartarte —la reto.

No quiero que lo haga, no quiero que se aparte. Me gusta sentirla cerca, tenerla acorralada. Me mira a los ojos, no sé si pretende buscar respuestas o pretende que yo resuelva sus incógnitas.

Las puertas del ascensor se han cerrado, pero permanecemos quietos en mi planta.

—¡Aparta! —exclama rompiendo el contacto.

Pulsa el botón y el ascensor comienza a bajar.

—¿Quién te ha dado mi dirección?

—¿Quién te ha dado mi teléfono?

Nos retamos con la mirada, ambos sabemos la respuesta, pero nos gusta jugar. De la misma forma que llevamos jugando estos meses, lo que ella no sabe, lo que quizá yo mismo no quiera entender, es que el que juega con fuego, termina quemándose.

Las puertas se abren y la veo caminar para abandonar el habitáculo.

—¡Espera! —le digo.

Ella se gira y me observa de nuevo, con esa forma tan peculiar, achicando los ojos, como si fuese una fiera. De ahí mi apelativo para dirigirme a ella.

—Ya que te has tomado tantas molestias, ¡déjame el botecito de lubricante!

Érika lo saca de su bolso y lo sostiene entre sus manos. En las mías sigue el falo negro. Sonríe mientras le da vueltas. Recorta la distancia que nos separa y se pone de puntillas. No es especialmente alta, por lo que me agacho

un poco para facilitarle el trabajo.

—Esto —me dice observando por el rabillo del ojo el lubricante—, me lo guardo, puede que me haga falta esta semana. Tú te puedes quedar esa polla de goma, quizá a tu amiguita le guste jugar con algo más potente que lo que tú le puedas dar.

Y sin más, se gira y abandona el portal de mi edificio. Debo reconocer que es una tía difícil, rompe con todos los esquemas a los que estoy acostumbrado.

Quizá pueda sorprender, quizá yo mismo deba estar desconcertado, pero me excita la expectativa de saber qué me depara el día con ella, a qué jugaremos hoy o qué estará tramando.

Nos conocimos casi que por casualidad. No vivía aquí, me mudé hace un año aproximadamente y establecí mi residencia en esta isla, por su clima y por todo lo que me despierta. Por lo que conozco. Las casualidades del destino, hicieron que topáramos una mañana en el juzgado. Ella defendía a una mujer maltratada, y la defendía con uñas y dientes. Podría decirse que no se amedrentaba ante ninguna provocación que le hacía la defensa contraria. A partir de ahí, intenté seguirla de cerca. Estuve presente en varios casos más y sí, reconozco que la intentaba sacar de sus casillas, siempre siguiendo el límite de lo estrictamente profesional. Indagué y supe que trabajaba en el bufete de Cristen&Wolf, un par de alemanes que llevaban tiempo gestionando casos en las islas. Necesitaba buscar una oficina donde gestionar mis cosas, así que... busqué lo más cerca que pude de ella.

No sé bien cómo explicarlo, o por qué lo hice, quizá por fastidiarla, pero necesitaba saber más de ella, conocer más sobre cómo se comportaba, que era de su vida. El simple hecho de que defendiera con tanto ímpetu su trabajo, sus casos y sus clientes, que supiera salir de todos y cada uno en los apuros en los que la ponía, me creó cierta expectativa. Y así, sin más, me ubiqué en una oficina próxima. Por suerte para mí, logré estar más cerca de lo que en un principio quise.

Ella interpretó todo esto como una guerra abierta. Cierto es, y mentiría si dijera lo contrario, que nos hemos estado puteando todos estos meses. Cada semana sucede algo que nos pone en guerra, o que nos alerta.

Lo de esta mañana no me lo esperaba. No pensé que pudiese tener tanta

imaginación. Me mosqueé, vi mi ropa, mi mesa, todo manchado de esa extraña sustancia pegajosa, que luego supe que era pegamento de ratones. Por un momento dudé en matarla y que me encarcelaran. Luego, me hizo hasta gracia, es ingeniosa, tiene chispa y a mí... a mí eso me gusta.

—¿Qué haces?

Marlene me observa como si me hubiesen salido tres cabezas; en realidad, tengo tres cabezas —podéis sumar si queréis—.

—Me voy. No sabía que tenías pareja. Se te había olvidado contarme ese pequeño detalle.

—No tengo pareja. Soy soltero.

—Pues no es lo que ha dado a entender la loca esa —se refiere a Érika.

No voy a impedirle que se vaya. Ya estaba bastante reticente a tener una cita esta tarde, pero soy humano y mi cuerpo necesita ciertas atenciones que me proporcionen un alivio... ¡Ya me entendéis!

—Buenas noches —me despido de ella.

—¿Ya está?

No entiendo.

—¿Ya está el qué?

—¿No piensan insistir?

—Yo no soy de los que insiste. —No por lo menos con chicas como ella, que no despiertan en mí nada más allá de lo puramente carnal—. Buenas noches —repito.

Coge su bolso malhumorada y sale de mi casa dando un portazo. Me siento en el sofá y pongo la polla de goma encima de la mesa. Saco el teléfono del bolsillo de mi pantalón y marco el número de Gerard.

—¿Sí? —oigo su voz tranquila al otro lado del teléfono.

—Veo que te estás cambiando de bando, amigo —bromeo.

—¿Ha ido a tú casa?

—Ha venido, sí.

—¡Qué cojones! —Mi amigo se carcajea al otro lado del teléfono.

—Con dos cojones ha venido, sí —y lo digo con conocimiento de causa, puesto que ese falo que decora mi mesa de cristal, también tiene huevos—. Me ha jodido el plan que tenía para esta noche —sentencio.

—Tú te lo has buscado —Gerard dice la verdad.

—Nosotros somos así, siempre estamos así —le explico.

—Oye, Max —se pone serio, puedo imaginarlo con su mano en el bolsillo de su caro pantalón y cerca de una ventana, es lo típico que hace cuando está resolviendo asuntos de estado—. Eres mi amigo, pero ella es la mejor amiga de mi mujer. Ten cuidado.

—¿No me irás a decir que me vas a partir las piernas si le hago daño?

Gerard se ríe al otro lado, de nuevo.

—No, creo que ella es bastante capaz de rompértelas solita.

—Tienes razón —claudico.

—Pero ándate con ojo. No quiero juegos estúpidos, no quiero que le hagas daño, es ahora parte de mi familia.

No quiero hacerle daño. Es la verdad.

—Desde que te has casado te has vuelto un soplagaitas —bromeo, restándole importancia a su petición y a mis sentimientos encontrados.

—El amor, Max. El amor. Algún día te llegará.

—Lo dudo —finalizo—. Tengo que dejarte.

—Buenas noches, amigo.

—Buenas noches, Gerard.

Cuelgo el teléfono y me voy a la ducha.

Tengo que planear algo. Lo que está claro es que esto no se queda así.

## Capítulo 5

El resto de la semana pasa volando. Al final, llegué a casa y con las prisas no pude hablar con Zule sobre las cámaras de seguridad. Igualmente, ella lo tenía todo preparado, esto de tener la mejor secretaria del mundo, es lo que tiene.

Mar llega en un rato a Tenerife. Hemos quedado esta tarde para vernos y, sobre todo, ponernos al día en las novedades.

—Buenos días —Zule me saluda con una taza humeante en sus manos y el ladrillo en la otra—. ¿Qué tal has dormido?

—Pssss.

No he amanecido de buen humor. Tengo un correo de un chico en la bandeja de entrada de mi móvil y aún no se sido capaz de darle una respuesta. Es el de Meetic. Hemos hablado y me ha propuesto quedar. Llevo días diciendo que sí y hablando de esa cita como si lo fuese, pero no me decido.

Lo que sucedió el otro día en el apartamento de Max me tiene un poco en Babia. No sé cómo se supone que debo sentirme. Fue todo muy raro, experimenté una sensación muy extraña mientras repasaba el contorno de su corbata y cuando percibí la cercanía de su cuerpo, aprisionando el mío dentro del ascensor... Nunca más podré ver los ascensores de la misma forma; ya no son simples cajas de transporte, ¡qué va! Son mucho más que eso.

Debería hablarlo con las chicas, pero se me hace raro contarles todo esto.

—Vuelvo en un rato —me indica Zule.

Me limito a asentir con la cabeza.

Saco papel y boli y decido escribirle. Siempre que me encuentro perdida lo hago, aunque haga tiempo que no me conteste.

Querido Josh:

La última vez que te escribí, esperaba una respuesta. En realidad, creo que las espero siempre, a pesar de que haga tiempo que no recibo nada tuyo. Deberíamos haber intercambiado los teléfonos, las nuevas tecnologías son fundamentales en la comunicación, pero tampoco he creído que fuese necesario, no hasta ahora, que he dejado de saber de ti.

Me siento rara..., extraña y confusa. Parece mentira que te esté contando estas cosas, pero, en realidad, es casi como si escribiera un diario; no sé si llegará al destino o se quedará por el camino. Con este nuevo punto de vista y la posibilidad de que no leas estas líneas, quizá me sienta mejor explicando lo que me sucede.

Como te decía, me siento rara. Llevo unos meses así, desde que apareció él en mi vida. La ha vuelto patas arriba, y lo peor es que me gusta que eso suceda. Me gusta no tener siempre el control. Me provoca, me amenaza y me busca. Y yo actúo de la misma forma con él. Somos como el coyote y el correcominos, siempre estamos tramando algo.

Por otra parte, mañana tengo una cita, o eso creo. No he tenido el valor de contestar. Mis amigas están casadas o en proceso y he decidido poner cartas en el asunto, pero no sé si estoy preparada para ello. Soy un alma libre, me gusta estar sola y la independencia que ello me da, pero, por otra parte... Me gustaría tener a alguien ahí, a alguien que te demuestre que eres su prioridad. Tras contarte esto, debes estar pensando lo mismo que yo... ¡Que no me entiendo y que no me entiendes! Pues así voy, llena de contradicciones.

Lo único positivo de mi semana es que vuelve Mar de su luna de miel, no sé si podrá sostenerse en pie, jaja, pero por lo menos, retomaremos nuestras tardes de comando y, con suerte, nuestro sábado de karaoke.

En fin, hasta que hablemos de nuevo.

Sigo esperando tu respuesta.

Un beso.

Érika.

Guardo la carta dentro de un sobre que tengo en mi cajonera y la cierro. Pasaré por correos antes de ir al Au Revoir esta tarde. Hablando de Au Revoir...

Érika:

¿Sigue en pie lo de esta tarde?

Salgo de la aplicación y me concentro de nuevo en el expediente de Lili. Llevo varios días mirándolo con lupa.

El ruido de la puerta me distrae, y veo que es Max quien entra.

—¿No te han enseñado a llamar a la puerta antes de entrar?

—Sí, mis padres me educaron muy bien, pero creo que entre nosotros, sobran los formalismos.

—¿Y si hubiese estado con un cliente? —le espeto furiosa.

—¿Y si resulta que estabas sola? —me responde chulo.

—Llama a la puerta, puede que la próxima vez esté desnuda o me esté rascando el culo.

—No llamaré, pero vendré con el móvil preparado, por si tengo que inmortalizar el momento —se jacta.

—¡Ja, ja! ¿Qué has desayunado hoy? ¿Un payaso? —me mofo.

—Un triste café, y encima estaba medio frío. He tenido un juicio a primera hora.

—¿Y? —Creo que es de las pocas veces que hemos entablado una conversación, sin matarnos. Sin matarnos ahora... Lo de antes era para entrar en calor.

—Pues visto para sentencia. La próxima semana formalizaré la resolución. Se me empieza a acumular el trabajo.

—Yo estoy igual.

Le tiendo el expediente que tengo en la mano, quiero que lo ojee y me dé su punto de vista.

—¿Un divorcio?

—Exacto.

—¿El del menor? —Alza la vista y sus ojos azules me abruman de nuevo.

—Efectivamente.

—¿Te has levantado hoy escueta, que respondes con monosílabos?

Pienso en reprocharle y quejarme, pero si analizo mis últimas palabras, hasta tengo que darle la razón.

Me encojo de hombros y le resto importancia a mi discurso tan escueto.

—Un mal día, supongo —claudico.

—¿Y eso?

—Nada que sea de tu incumbencia. —Vuelvo a la carga. No puedo ser tan mansa, no todo el rato. No con él.



Evidentemente, no le voy a contar mis dudas ni mis trabadas mentales. Al enemigo ¡ni agua! Y nosotros no hemos firmado ninguna tregua.

Observo cómo lee con atención todas las anotaciones que he ido plasmando en los laterales de cada folio.

—¿Por qué no pides un peritaje social? —No voy a negar que esa idea no se me ha ocurrido antes, o que, por lo menos, la he estado barajando—. Sabes que los letrados valoran muchísimo la opinión de un experto. Te recomendaría un peritaje psicológico de la unidad familiar, pero uno social me parece mucho más profundo, como sabes...

—El perito tiene contacto con la mayor parte de los miembros de la familia.

—Exacto —ratifica mi información.

—Tengo que hablarlo con Lili, porque eso supone un gasto económico.

—Si al final se decide, conozco a varios que seguro le hacen un buen precio. Me deben algún que otro favor —finaliza.

Y sí, en momentos así, en los que no siento el instinto criminal recorriendo todos y cada uno de los poros de mi piel, me siento bien con él. Realmente bien.

—¿Sabes? —le digo—, creo que eres un buen profesional.

Sus ojos parecen querer salirse de las órbitas, debe estar tan asombrado como lo estoy yo, por lo que acabo de decir.

—Érika Manrique haciéndome un halago.

Se levanta y se dirige a la pared de mi derecha, esa donde hay un triste cuadro en blanco y negro colgado.

—¿Qué haces?

—Una cruz, no creo que un momento como este se vuelva a repetir.

—Eso tenlo por seguro —bromeo.

Apoya su brazo en la pared y su mano sostiene su cabeza. Cruz la pierna izquierda tras la derecha y me observa atentamente, sus ojos, de un azul

intenso, me abruma y debo apartar la mirada, porque no quiero saber qué sucede, qué piensa o qué quiere decirme en silencio. O quizá lo que no quiero es que sea al revés y pueda entender mi confusión y mis dudas.

—Tú también eres una buena profesional —me dice acercándose y entregándome de nuevo el expediente de Lili.

Y es complicado. Jodidamente complicado. Soy una persona con mucho carácter, me cuesta no hacer frente a las injusticias, observar desde fuera cómo cada cual hace lo que le place y se limita a ver la vida pasar. Para un abogado, es sumamente arduo no intervenir cuando algo no se juzga como se debe.

En alguna ocasión, he dicho que he perdido casos, a pesar de perder también los incentivos, por no ser capaz de defender una causa que considero injusta. He aceptado casos, convencida de que esa persona que se planta frente a mí, es inocente y resultar no serlo.

Pues con las personas pasa exactamente igual, en la vida pasa exactamente igual; juzgamos una realidad, hacemos valoraciones de una situación sin ser consciente de que, quizá, no es como nuestra primera impresión nos dice. No podemos decir: esa persona tiene una vida maravillosa, es feliz y justa. No. ¿Nosotros qué sabemos de su realidad? ¿Cómo nos creemos capaces de juzgar algo que desconocemos? ¿Por una imagen? ¿Por una primera impresión? Pues resulta, que al final, las primeras impresiones no siempre son acertadas, aunque creamos que sí, aunque hayamos acertado en otras ocasiones. Nunca, jamás, juzgar sin ton ni son. No cuando no nos gustaría que nos hicieran lo mismo.

Ahora voy a hablar por mí, de mí; de Érika Manrique Blanco. ¿Qué soy yo? ¿Quién soy yo? Soy borde, mal hablada, respondona, puntillista, y tengo la lengua muy suelta. Todo eso se puede decir de mí., sí, pero ¿crees que me conoces solo por estos adjetivos? ¿Crees saber qué me lleva a mí a convertirme en lo que soy? ¿Crees que es mejor una persona que mide sus palabras a una que no lo hace? Hay lobos con piel de cordero... Pero, supongo que por eso estamos aquí, porque esta es mi historia y quizá, solo quizá, te des cuenta de que soy más que eso. De que ahí fuera, hay muchas personas que son más que una primera impresión.

Cojo mi teléfono, porque la luz blanca parpadea, indicándome que he

recibido un WhatsApp. Entro en la aplicación y me doy cuenta de que tengo treinta y seis mensajes, no solo uno. Son Alma y Mar. Leo solo los más importantes y respondo al final a ello.

Alma:

Claro que sigue en pie.

Veo que Mar no respondió en ese mismo momento, tardó un poco en hacerlo.

Mar:

Pisando tierra canaria. Nos vemos a las cinco.

Respondo directamente a este mensaje.

Érika:

Por el culo te la hinco.

Es una broma muy típica de mí. Sobre todo, porque es mi número favorito, y el de Mar también, con lo cual, cada vez que lo mencionamos, da pie a la burla.

—Zule —decido llamarla por el teléfono interno para que se acerque.

Como cada vez que entra a mi despacho, por temas de trabajo, trae consigo su ladrillo.

—¿Sabes que puedes tener problemas en la espalda por cargar esa piedra?

Me saca la lengua y se sienta.

—Acabo de hablar con Max. —Ella alza una ceja y yo omito su reacción con total descaro—. Me ha sugerido algo que yo también he estado pensando. Vamos a proponerle la intervención de un perito social. Llama a Lili, que venga mañana, mira mi agenda y encaja la cita en algún hueco.

—Claro —me responde solícita.

—¿Todo bien? —La conozco y ella siempre suele estar de buen humor—. Creo que no te he visto tan callada jamás.

—Todo bien —finaliza.

Pero yo no me siento muy convencida de ello.

El resto de la jornada transcurre con total normalidad. Zule me confirma que mañana, sobre las doce del mediodía, pasará por el bufete Lili.

A falta de quince minutos para las cinco de la tarde, cojo mi bolso del perchero y mi chaqueta azul marina. Salgo del despacho y me encamino hacia los ascensores.

—¿Hoy no te quedas?

La voz de Max me sobresalta, iba demasiado concentrada en lo que tengo que hablar mañana con Lili.

—¿Acaso ahora eres mi jefe y has decidido controlar mis horarios?

Una carcajada llena de espontaneidad sale de su garganta y una tímida sonrisa pugna por enmarcar mi cara, pero decido no hacerlo.

—Si yo fuese tu jefe, te tendría explotada.

—A Dios doy gracias que no lo seas, porque lo más probable, es que fuese un número más llenando las listas del paro.

—Tienes una lengua viperina —finaliza dando voz a mis pensamientos y posibles causas de despido.

El ascensor llega justo en ese momento y entro. Me pongo frente a él y nos retamos con la mirada. Debo reconocer que es guapo de cojones. Con ese pantalón azul oscuro, la camisa blanca, ligeramente remangada hasta los codos y sus manos en los bolsillos... causa estragos, es que una no es de piedra, ¡entendedme! Es para verlo.

El contacto visual continúa hasta que las puertas del ascensor se cierran. Agarro con fuerza mi bolso, pulso el botón de la salida y decido borrar de mi mente la imagen tan tentadora que acaba de grabar en mi retina. Y me reprendo por recordar lo sucedido en el ascensor de su edificio. Por favor... Necesito una cita.

Antes de salir a la calle, me pongo la chaqueta. Diciembre acaba de comenzar y el clima ya no es lo mismo, el aire que corre es más fresco y la sensación del verano se ha disipado por completo, ya ni del otoño queda rastro alguno. Camino hasta el Au Revoir. No soy una amante de los paseos, pero si es cierto que a veces, cuando me sumerjo en mis pensamientos o

cuando necesito sumirme en ellos, lo hago. En ocasiones, sin rumbo fijo. Llevo unos días dándole muchas vueltas a la cabeza y necesito poner cada cosa en su sitio o probablemente, termine volviéndome loca.

Entro, y el olor a café y la temperatura que desprende el local, me dan la bienvenida. En nuestra mesa de siempre veo a Alma y Mar sentadas, charlando animadamente.

—¿Qué pasa, perras? Estás morena y todo, Mar. ¿El Panini te dejó salir de la habitación?

—Poco, pero me dejó —se mofa sacándome la lengua.

Ambas se levantan y me dan dos besos y un abrazo cálido, de esos que haces que te sientas en casa.

—¿Qué tal estáis? —indago.

—Bien —responde Alma.

—¿Y Candela?

—Con mi madre. Jaime salía hoy tarde del trabajo. Dice que tenía que hacer no sé qué cosa.

No creo que ya esté organizando nada... Aunque conociéndolo como lo conozco, no me extrañaría.

—La próxima vez la traes.

—Mejor os venís a cenar mañana —finaliza.

—Yo creo que mañana no puedo. —Lo dejo en el aire.

Ambas me miran, esperando una explicación.

—¿Y por qué se supone que no puedes? —Esa es Mar, que parece que no está, pero no pierde detalle.

—Me he apuntado a un rollo de esos de citas y me han propuesto una mañana. No he respondido, pero creo que debería ir.

—Explica eso de «rollo de citas» —prosigue con su investigación mi amiga recién casada.

—¡Ay! No sé... es que...

—Sí sabes. ¿Qué pasa? —Alma me pregunta y en estos momentos odio que me conozcan tan bien.

—No nos estés dando excusas —añade Mar.

Expiro con ímpetu, logrando que todo el aire que tenía salga por mi boca. Inspiro y tomo fuerza para decir lo que pienso sin sentirme estúpida.

—Me siento como el cesto, la vela, la prima, la aguantabolsos..., ¿sigo?

—¿Nos estás diciendo que te sientes fuera de lugar?

—Básicamente, sí —respondo a Mar.

—¡Pues no lo entiendo! —me replica.

—Ya empiezas con tu carácter chungo... —la acuso.

—Pues anda que el tuyo... —contrataca.

—Haya paz —media Alma—. Expílicate bien, por favor —me pide la susodicha.

—Pues que las dos estáis emparejadas, tenéis una vida molona fuera de nosotras, maridos en casa —Alma levanta la mano como queriendo decir que ella no tiene marido, pero mi mirada asesina la hace rectificar sobre la marcha — y yo, vuelvo a ser yo... Sola —especifico.

—No estás sola —me explica Alma—. Sabes que siempre hemos hecho cosas juntas, nuestras tardes de jueves son sagradas y seguiremos teniendo nuestros locos karaokes —me argumenta—. Es cierto que nuestras vidas han cambiado, pero eso no implica que tengas que sentirte así.

—Y aunque Gerard y Jaime estén en nuestras vidas, al final, ellos también forman parte de la tuya y tú de la de ellos, con lo cual, no estás sola, sino que cada vez estás más acompañada —agrega Mar.

—Bueno... ¿Entonces voy o no voy?

—Yo creo que deberías ir. Total, ¿qué pierdes? —me pregunta Mar.

—Como mucho, el dinero de la cena —explica Alma.

—Ni de coña. Si me voy a cenar no llevo la cartera, que me inviten, ¡no te jode!

—Eso es una actitud machista por tu parte, en el siglo en el que estamos y con la igualdad de la mujer, lo lógico es que cada uno se pague la cena —ese discurso tan social es de mi amiga la periodista.

—Bla, bla, bla. Me la pela. Yo soy muy mujer para muchas cosas y tengo mucha cara, para otras tantas. ¡Que paguen, coño!

—Eres una bruta —dice Alma.

—Lo que soy es lista —sentencio con convicción—. Lo que me faltaba. Pienso llevar una cartera tan pequeña, que para meter los condones, tendré que doblarlos en cuatro.

—Eso no se puede hacer —me dice Mar.

—¿Ya lo has intentado?

Nos quedamos mirándola atentas, a ver qué nos dice y qué excusa nos da.

—No, pero... ¿cómo va a poder doblar en cuatro algo tan pequeño? —Levanta las manos como queriéndonos decir que su razonamiento es muy obvio, y quizá tenga razón —¿Tienes condones? —pregunto mirando a Mar.

—¿Por qué le preguntas a ella y no a mí? —se queja Alma.

—A ti te hicieron un bombo, dudo mucho que fuese por usarlos. —Es obvio, ¿no?

—Zorra —me dice Alma.

—Vaya, la cuqui diciendo palabras malsonantes. Esta noche mejor que reces un Padre Nuestro antes de violar a Jaime en tu habitación.

Alma se parte de risa y Mar la acompaña.

—¿Tienes o no? —Enfoco de nuevo la vista en Mar y ella niega con la cabeza.

—¿No me jodas que a ti también te van a hacer un bombo? Mira que no doy abasto con tanto regalo de bautizo...

—¡Eres una agarrada! —se queja Alma.

—¡Es lo que hay! —añado convencida—. Por lo menos espera a ver si esta cita cuaja, y le saco el regalo del futuro descendiente Gaboardi.

—No, no me van a hacer ningún bombo. No por lo menos por ahora.

—Tu reloj biológico corre, amiga, siento ser yo la que te lo diga.

—¡Érika! —exclama Alma—. ¡Te pasas!

—¡Me acabas de llamar vieja por la cara! —Mar se está empezando a enfadar, lo noto.

—No. Solo te he dicho que ya tienes una edad y que el Panini tiene otra, con lo cual...

—No tenemos prisa —finaliza.

—Iré ahorrando por si las moscas. En fin... que le voy a responder y voy a salir. No pierdo nada. Por cierto —digo mientras saco el teléfono para entrar en la aplicación del correo y responder—, ¿le has contado a Alma la que me lio tu marido?

—¿Mi marido? —pregunta asombrada Mar.

—El mismo. Ese que le dio mi teléfono al carachancla.

—Ese al que luego llamaste...

—Te llamé a ti —la interrumpo.

—Al que llamaste —prosigue con su discurso—, para que te diera la dirección.

—Ese mismo —asiento.

—No, a mí no me ha contado nadie nada. —Alma se cruza de brazos mosqueada.

—Buenas tardes, mis niñas guapas, ¿qué os sirvo?

Alberto nos interrumpe en el momento preciso en el que los puñales se están afilando.

—Tres barraquitos y tres dulces, ¿son frescos? —pregunta Alma.

—A mi jefe no creo que le hiciera gracia servir cosas de mala calidad —



finaliza nuestro camarero favorito—. Y digo yo, ahora que te has casado con mi jefe, Mar, ¿tú también eres mi jefa?

—A mí no me metáis en jaleos. Trae la comida que tengo hambre y ya está.

Alberto se va sonriente y nosotras seguimos dándole al bistec.

—Cuéntale —le pido a Mar.

La susodicha pone los ojos en blanco antes de comenzar con la explicación.

—Parece que Max llamó a Gerard para pedirle el teléfono de Érika.

—Para putearme —la interrumpo.

Mar se lleva la mano a la frente y mira al cielo «señor, dame paciencia», leo en sus labios.

—Y Érika me llamó para pedirme la dirección del susodicho.

—¿De Max? —pregunta Alma asombrada.

Yo me limito a asentir con una sonrisa diabólica en mi cara.

—Me colgó el teléfono, ¿lo entiendes? Odio que me cuelguen el teléfono, ya lo sabes.

—Vale, ¿y qué hiciste? —pregunta Mar.

—¿Tú no lo sabes?

Mar niega con la cabeza. Alberto nos acerca las bebidas y los dulces con tres tenedores pequeños. No ha tardado nada y parece que llega cuando se fragua la mejor parte de la conversación.

—¿Qué va a saber? Me dio la dirección y colgué. Ella tendría que pagarle el favor en carne a Gerard. ¿Se te pelaron las rodillas?

—¡Perra! —me insulta Mar.

—Me fui a su casa. Primero pasé por el chino y compré un rabo y un lubricante en la farmacia.

—¿Que compraste qué?

Los de la mesa de al lado nos están mirando, a mí me da igual, pero Alma

agacha la cabeza y se pone colorada. Mar disimula mirando por la ventana.

—Sabía que no estaba solo, porque me lo había contado sin querer, así que...

Termino por relatarles la escena con pelos y señales y sus caras son verdaderos poemas.

—Yo te habría escupido.

—Pues más que eso, me arrinconó en el ascensor —esto no pensaba contárselo—. ¡Mierda! —Agacho la cabeza.

—¿Que te hizo qué?

Mis amigas están flipando, lo sé. Yo lo haría también si fuese al revés.

—Nada.

—No, no, ahora lo cuentas —exige Alma.

—Pues eso..., me arrinconó en el ascensor, no hay mucho más que contar —me justifico.

—¿Te pusiste nerviosa?

—¡Pero qué dices, loca del moño!

—¡Sí que te pusiste nerviosa! ¡Lo noto! —la secunda Alma.

¡Malditas! Odio que me conozcan tan bien.

—Al final va a tener razón Gerard y ese tío te gusta.

—¿Te gusta el juez? —Vuelve a la carga Alma.

—¡Que me va a gustar el juez!

—Lo has llamado juez en vez de carachancla. —Mar sigue erre que erre.

—Porque Alma lo ha llamado juez —me justifico.

Y ya, como si no fuera suficiente con la que me están liando mis amigas. El susodicho hace acto de presencia.

—*Piccola bionda*. —Las bragas de mi amiga están chorreando. Ella lo sabe, Alma lo sabe, yo lo sé. Nada más que añadir.

—Alma —saluda Max—. Érika. —Esta vez se dirige a mí.

Gerard nos da un par de besos a cada una y yo decido que este es el mejor momento para beberme el café y pedir una copa de ginebra. Luego recuerdo que no me gusta el alcohol y mejor pido agua natural, muy fría.

—Carachanca —respondo a su saludo.

Alberto llega en ese momento y yo pido mi agua.

—¿Os sentáis? —pregunta Mar con cara de atontada. Lo que yo digo, las bragas empapadas. Esta cuando se levante se hará visible el rastro.

—No —respondo por ellos.

—Sí. —Asiente Max y coge una silla verde de una mesa libre y la pone a mi lado.

¡Bastardo!

—Max, ¿tú qué quieres?

—Lo mismo que ellas —responde señalando nuestros barraquitos y nuestro *roulet cheese cake*.

Gerard se dirige a la barra a pedir.

—En realidad —dice observándome con atención—, estos no son mis dulces favoritos.

—Como si me interesara... —respondo arrogante.

—¿Cuáles son tus dulces favoritos? —Max omite mi respuesta y ahora es él quien pregunta con interés.

Miro a Alma y a Mar, que se encuentran sentadas frente a mí, tras haberse cambiado de sitio para que puedan acompañarnos los recién llegados, y ambas me miran sonrientes. Están haciendo elucubraciones, veo los engranajes de sus respectivas cabezas moverse.

Me rasco la nariz con el dedo corazón, esperando que la peineta disimulada que les estoy mostrando capte su atención y sepan interpretarla.

—No pienso contarte cuales son mis dulces favoritos —respondo.

Las magdalenas de Mad, la madre de Josh, vienen a mi mente en décimas de segundos. Eran perfectas; esponjosas y sabrosas, con esos corazones verdes que tanto me gustaban... Las echo tanto de menos.

—¿Qué hacéis aquí? —mientras Max formula la pregunta, Gerard toma asiento al lado de Mar.

—Es jueves —responde Alma como si fuese obvio para todos. Yo habría respondido lo mismo. A veces, se nos pegan las cosas.

—Los jueves, las chicas quedan aquí, son sus tardes de comando —explica Gerard.

Mar lo mira embobada. ¡Me dan arcadas!

—¿Algo así como que los jueves planeáis acabar con el mundo? —bromea Max.

—Ya ves, ni puta gracia —respondo—. El próximo jueves lo dedicaremos a intentar dar con la forma de acabar contigo.

Max se ríe, las chicas también, pero yo no.

—No es broma. —Las miro desafiantes, pero ellas le restan importancia. Ya sé lo que están intentando hacer. Y no me hace pizca de gracia.

—Érika nos estaba contando que mañana va a quedar con un chico —explica Mar.

Intento darle una patada por debajo de la mesa, pero alcanzo a Gerard, que se queja.

Alzo los hombros y lo intento de nuevo.

—¡Me estás dando! —se queja Mar.

—Fíjate que no era mi intención —respondo sarcástica.

—¿Así que piensas quedar mañana? —pregunta Max con cara angelical.

—Eso no es de tu incumbencia.

Su mano roza peligrosamente mi muslo. Llevo pantalón, pero noto la cercanía de su contacto.

—Se ha apuntado a un rollo de esos de Meetic y va a quedar con un tío.

—¿Tan desesperada estás? —me suelta sin pensar.

—¿Perdona? —A que le arreo...

Alma y Mar me miran, creo que esa pregunta tampoco les ha gustado.

—Voy al baño —me disculpo y me dirijo al servicio.

No me ha gustado nada su pregunta, me ha parecido ofensiva y fuera de lugar, pero lo peor es que ha dado en el clavo, porque justamente me siento así. Tengo miedo a quedarme sola, a no ser capaz de encontrar a alguien que me complemente, tal y como han hecho mis amigas. Hasta hace nada, no era uno de los pensamientos que ocupaban mi mente, pero los continuos ataques de mi madre parece que han calado hondo, eso sumado a la nueva situación de mis amigas. Y sí, sé que son cosas mías pero no dejo de pensar en lo que pueda tener de cierto el asunto.

Entro en el servicio y me apoyo en el lavamanos. La imagen que refleja el espejo que tengo enfrente es la mía. Soy yo, pero no sé si me reconozco. Me gustaba la ingenuidad que tenía cuando era pequeña, cuando aún era manipulable, cuando me decían que debía comportarme de una manera o actuar de otra y yo me limitaba a asentir sin protestar. Quizá, los golpes te hacen darte cuenta de que los cuentos y las historias preciosas se encuentran escritas en hojas, en libros, y que la vida no es tan rosa como se pinta; hay personas reales, con problemas reales, que cambian, que progresan, que maduran y mejoran o que empeoran, quién sabe. Las situaciones te cambian y las piedras del camino te modifican hasta convertirte en quién eres, a veces en quien quieres ser y, otras tantas, en quien debes ser.

Vanesa Martín y sus «9 días» me acompañan en mis cavilaciones. Y me pregunta cómo se hace una vida contigo... Conmigo, ¿cómo se hace conmigo?

Me seco las manos con el chisme ese que hace más ruido que seca y salgo fuera.

Una mano sujeta mi brazo y me sorprende, incluso, me asusta.

—¿Qué...? —la pregunta muere en mis labios al darme cuenta de quién tiene mi brazo sujeto.

—Quería pedirte disculpas. No he querido decir lo que he dicho —se justifica.

—Tranquilo, ya sé cuál es el concepto que tienes sobre mí; soy la pobrecita desesperada.

—No, realmente no pienso eso.

—No te preocupes, Max. Tú no eres el mejor ejemplo.

—Tú tampoco sabes nada de mi vida —sisea con cierto deje de rabia en su voz.

—Ni tú de la mía —respondo a su ataque con la misma crudeza—. Max, no somos amigos, nunca lo seremos, eres el amigo del marido de Mar. Ya está. Y ahora... —le digo mirándome el brazo—, ¡suéltame!

Me suelta como si mi brazo le quemara, como si mi piel y la suya soltaran chispas al estar en contacto. Es la misma sensación que me recorre siempre que lo tengo cerca, es perder el control de la situación y ser, quizá, un poco más débil de lo que suelo estar acostumbrada.

—Lo siento —repite de nuevo.

Me paro en seco. Había comenzado a dar tímidos pasos para volver a la mesa y ha conseguido que me frene, que necesite responder.

—No te preocupes —le digo más calmada.

—Érika —me llama, de nuevo sujetándome el brazo—. Pierdo el control cuando estoy contigo —confiesa.

¿A qué me suena eso?

—Ya —balbuceo—, esto de estar todo el día pinchándonos, es lo que tiene.

—No, no lo entiendes.

Tira de mi brazo y me acerca hacia él. Su cercanía me provoca un palpito en mi entrepierna.

Coloca su mano en mi cintura y sujeta mi cara con su mano derecha.

—Me haces perder el jodido control —finaliza.

Sus labios entran en contacto con los míos. Son cálidos, arden, no sé si es él o soy yo ante su cercanía, pero es jodidamente increíble. Respondo al beso, quiero pensar que por inercia. Sé que no debería hacerlo, pero no puedo evitarlo, no es un simple impulso, es algo superior a mí. Es el maldito deseo que irrumpe en mi cuerpo y se convierte en una bomba de relojería.

Aprovecha mi confusión y profundiza en el beso. Lo hace con premura, con pasión, con deseo, y a mi cabeza vienen todas y cada una de las imágenes de nuestras peleas, de nuestros juegos y de nuestros enfados.

Viene Josh, y nuestra promesa de futuro de estar juntos.

Me aparto de él como si quemara, como si su contacto hubiese provocado que yo no esté dónde deba estar.

—No vuelvas a hacerlo. —Mi mano impacta contra su mejilla y gira la cara en respuesta a mi bofetón—. Ni se te ocurra volver a hacerlo.

Sería lógico culparle de esto, pero no, no es su culpa. Es de ambos. Lo que sí tengo claro, es que no volverá a suceder.

## Capítulo 6

—Lo siento —dice de nuevo—. Ha sido un impulso.

—¡Pues controla tus impulsos!

—Tampoco te pongas pedante, porque has respondido a mi beso.

¿He dicho alguna vez que es un hijo de perra?

—Eso es lo que tú interpretas. —Tengo que mantenerme firme en esto.

—Has sacado la lengua —continúa.

¡Me exaspera tanto como me abruma!

—Ha sido un impulso —repito sus palabras y él sonrío satisfecho. Es consciente de que estoy mintiendo. Y yo también lo soy—. Con que no se vuelva a repetir, me es suficiente —finalizo.

—Tranquila. Al final, resulta que no besas tan bien como pensaba. Para tener una lengua tan afilada se te da bastante mal.

—¿Qué? —Aquí ya me sale la bruja que llevo dentro—. ¡Eso es lo que tú piensas! No beso mal, es el asco que te tengo —sentencio.

Me doy la vuelta y regreso con mi comando, no tengo ni ganas, ni necesidad de seguir escuchando las estupideces que me dice este tío.

Me siento de nuevo y dejo que mis amigas me sometan a un tercer grado, delante incluso de Gerard.

—¿Qué pasa? —La alarma se denota en el gesto de Alma.

—Nada —no quiero hablar de lo sucedido.

—¿Qué pasa? —repite Mar.

—No me apetece hablar de ello —finalizo.

—Si quieres que me vaya, solo tienes que decirlo. —Mar contrae el gesto ante las palabras de Gerard.

Entiendo que le duela que deje fuera a Gerard, porque con Jaime suele ser



lo contrario y más últimamente. Nos hemos unido muchísimo. Es cierto que se lo puse difícil cuando lo conocí, porque no me terminaba de fiar del todo de sus intenciones, más aun, conociendo los sentimientos que tenía mi amiga hacia él. No quería que jugara con ella, quería que le echara valor y coraje, que ganaran la batalla, por una vez en la vida, los buenos, el amor.

No es que no me fie de Gerard, porque, evidentemente, lo conozco mucho menos que a Jaime, pero me asusta el hecho de que el Panini y Max son amigos, y no sé hasta qué punto eso me beneficia o me perjudica.

—Gerard, te voy a ser sincera.

—¡Ay, mi madre! —exclama Alma con temor.

Mar se limita a llevarse las manos a la sien, no sabe por dónde puedo salir. Gerard se coloca recto y entrelaza sus manos en sus muslos. ¡Dios, que bueno está y qué suerte tiene mi amiga!

—No sé si fiarme de ti —decido sincerarme—. Eres el marido de mi amiga, pero, a su vez, eres el amigo de un tío que me lo pone difícil. Me putea, ¿entiendes? —Gerard afirma con la cabeza, pero no me interrumpe—. Y en este punto me encuentro yo: ¿Confío en ti? Porque ahora que eres el marido de Mar, somos algo así como cuñados, ¿o paso de tu culo olímpicamente?

—Érika, conozco a Max desde hace mucho tiempo, mucho antes que a ti o que a Mar, y es buen tío, en serio. Creo que el problema es que tú le confundes, que no sabe por dónde cogerte, incluso me atrevería a decir que le gustas.

—¡Ja! Ahora sí que el conejo me riscó a la perra —exclamo con desdén.

El teléfono de Gerard comienza a sonar y se levanta para atender su llamada. Nos hace una señal con el dedo índice y corazón, queriendo mostrar que solo será un momento.

—Lo que dice Gerard es cierto, Érika. Nosotros ya lo habíamos hablado, que entre vosotros pasa algo muy raro; estáis todo el día picados. Es como un amor odio inexplicable —comenta Mar.

—Vaya, ahora os da por hablar de mí a mis espaldas —suelto irónica.

—Ni que tú no lo hicieras —se justifica Mar.

—Tienes razón —rectificar es de sabios—. Pero quiero dejar claro, que no hay amor entre nosotros, es solo... no sé cómo definirlo.

—¿Chispa? —pregunta Alma que hasta ahora ha permanecido en un segundo plano.

—No lo sé. ¿Sabes? Esta mañana tuvimos una conversación muy tranquila, hablamos de trabajo sin pelearnos, sin sacarnos de nuestras casillas.

Omito ese pequeño detalle en el que le confesé que es un buen profesional, porque eso sería como dar carroña a los buitres y mis amigas pueden ser unas auténticas aves carroñeras.

—¿Y por qué no puede ser así siempre? —Alma formula la pregunta con cierto tono de duda.

—Supongo que yo no soy así. O no me fio...

—O te hace sentir rara —me dice Gerard.

Toma de nuevo asiento y me observa mientras el móvil gira entre sus manos.

—Era Max —focaliza su atención en mis amigas—, se ha tenido que ir, le ha surgido... un problema. —Deja en el aire las últimas dos palabras y me mira, buscando reacciones.

Mar y Alma parecen convencidas con la explicación, pero Gerard sigue con la vista fija en mí. Me intimida.

Cambiamos de tema y terminamos la merienda. Alma nos cuenta cómo Candela está creciendo a pasos agigantados. Nos explica que es superbueno y que duerme más de cinco horas seguidas.

Al final, ellos deciden quedar mañana para cenar. Yo he contestado al correo y me arriesgaré a ir a tomar algo con el chico este, quizá me lleve una grata sorpresa.

—Voy a pagar —les indico mientras me levanto y me dirijo a la barra.

Ha anochecido y me apetece regresar a casa, darme una ducha y sentarme delante de la tele a ver qué programa puedo ver hoy. Con suerte, echan chapuzas estéticas, veo un par de tetas destrozadas y me consuelo pensando

que hay cosas peores en la vida que el caos mental al que estoy sometida.

—Voy contigo —añade Gerard.

Caminamos hasta la barra en silencio. Yo soy muy de pensar las cosas, de darle vueltas a las situaciones y analizar, pero es cierto, que soy capaz de cerrar asuntos sin necesidad de una explicación.

Por otra parte, soy muy cortante —pero eso ya lo sabéis, ¿no?— cuando una persona se me cruza, no hay forma humana de hacerme entrar en razón.

No es el caso, es decir, no siento que me haya cruzado con Gerard, ni mucho menos, pero me cuesta fiarme de alguien que tiene un amigo en el cual yo no confío.

—No tienes que confiar en mí, pero yo sí confío en ti. Lo suficiente como para decirte que mi amigo se comporta de manera extraña, que es un tipo al que vale la pena conocer y que a veces no es todo oro lo que reluce.

Me gusta que Gerard tenga el valor suficiente como para abordar cualquier tema, que no tienda a esconder bajo la alfombra algo que le preocupa o algo que quiere saber.

—Gerard, no te lo tomes como algo personal. No me gusta que hagan de Celestina. Tu amigo es tu amigo, y yo soy la amiga de Mar.

—Y, por ende, mi amiga —sentencia.

—Y, por ende, tu amiga —corroboro.

—Sé que te ha besado, me lo ha dicho cuando me ha llamado.

No pensé que se lo hubiera contado...

—También sé que le diste una bofetada —prosigue—. No pretendo que me cuentes nada, pero solo quiero decirte algo...

—¿Me vas a dar un consejo? Pues sí que hay intimidad entre nosotros —bromeo. Prefiero tomarme toda esta situación, que parece tan surrealista, en broma.

—Y gratis —se mofa—. Eres abogada, no juzgues por las primeras impresiones.

—No le estoy juzgando. Va mucho más allá de esto, no quiero problemas, estoy bien como estoy, feliz, tranquila. Aunque no lo creas, tu amigo no me gusta, no siento nada más allá de lo que ves.

No sé si le estoy convenciendo, si me estoy autoconvenciendo o qué es lo que pretendo conseguir con todo este asunto.

No, no me gusta. Quiero decir, que no me siento atraída por él de esa forma en la que se deben sentir dos personas cuando quieren comenzar una relación. Es guapo, tremendamente guapo, y sexi, y me da mucho morbo, pero no busco nada más. Tampoco quiero conocerlo. No quiero que me salven. No necesito que me salven.

Hay miles de cuentos en los que una princesa está en lo alto de una torre y espera que su príncipe venga a lomos de un corcel y se enfrente a mil y un peligros y la rescate. No, esa no es la historia que pretende contar Érika. Yo he sabido salvarme sola toda la vida, he convivido con una familia para la cual soy un cero a la izquierda, o un punto de inflexión, pero he sorteado todas las espinas de ese zarzal y estoy aquí; vivita y coleando. Es mi manera de ser, de actuar, no necesito que me salven, necesito que me acompañen. Y Alma, Mar, Jaime y ahora Gerard, me acompañan. Con eso me es suficiente.

Saco la cartera para pagar mi parte, pero Gerard no me deja. No pienso insistir tampoco, yo para estas cosas soy medio catalana.

—Chicas, me voy a casa. Estoy cansada y necesito una ducha.

Nos damos un par de besos y abrazos y las dejo allí, terminando de despedirse.

No pienso darle más vueltas al tema de lo necesario. No creo que sea sano hacerlo. Yo tengo claro lo que quiero y lo que me importa.

Llego a casa, suelto el bolso y me quito los zapatos. Saco el móvil y activo el Bluetooth para conectar el dispositivo a un pequeño altavoz. Le doy al *play* a una de las listas de grandes éxitos que tiene el Spotify, y comienza a sonar «No soy una de esas», de Jesse Joy ft Alejandro Sanz.

No soy nada fan de Alejandro Sanz, cada persona tiene sus gustos y él no entra dentro de los míos, y tampoco sé bien por qué esta canción sí debo escucharla y otras no. Supongo que son cosas para las cuales no hay

explicación, que hay cosas que forman parte de esas artimañas de don destino.

Bien dice la canción que mejor doy un paso atrás. Y sí, la realidad me golpea de nuevo y me hace tambalear, porque, aunque yo quiera hacerme la fuerte, la dura, la valiente, la que puede con todo, la realidad es bien distinta. Bajo esta fachada, hay sentimientos, inquietudes, aspiraciones y ganas. Ganas de luchar por lo que quiero, por lo que soy, por encajar en un lugar. Realmente, lo que deseo es encontrar mi lugar en el mundo. Y para ello, de una manera u otra, tomando un camino o dirección, buscas ese lugar en el mundo. Ese pequeño espacio que te muestre que estás en el lugar indicado, en el momento indicado y rodeada de las personas más indicadas. Alma, Mar, Jaime, Candela y ahora Gerard, forman ese tándem que me completa, que me hace sentir en calma y que me muestran que estoy en ese lugar donde quiero y debo estar, del que no debo partir nunca, pero... Si es así, si ellos me completan, ¿por qué cuando Max puso sus labios sobre los míos sentí que todo mi mundo se tambaleaba? Que dejaba de ser yo misma, de sentir lo mismo de siempre. Mi piel ardía a su contacto, deseaba más de él, deseaba descubrir más de mí, porque, al fin y al cabo, ese beso supuso el comienzo de unas dudas que mi mente quieren acallar, que me esfuerzo por silenciar. Ese beso supone el inicio en la búsqueda de mí misma, porque una vez te sientes así, una vez sabes lo que se siente con ese beso, quieres indagar, tener más. Quieres experimentar más. No quieres que esas sensaciones se escapen de entre tus dedos. Por eso, quizá por todas las dudas e incertidumbres que despiertan en mí, daré un paso atrás, tendré esa cita y las que necesite para encontrar de nuevo mi lugar en el mundo. Al fin y al cabo, fue un beso, y ranas a las que besar hay miles. Alguna de esas ranas terminará por convertirse en príncipe, ¿verdad?

Mi teléfono suena e interrumpe mis pensamientos, por un momento, los nervios se apoderan de mi estómago, barajando la posibilidad de que sea él quien me llama.

Lástima que esa cortina de nervios se disipe y sea mi madre la que está al otro lado del aparato.

—¿Qué pasa?

—Siempre igual, ¡qué seca respondes! —Esa es mi madre, todo amor y

cariño.

—Es que no estoy de buen humor —confieso y no es mentira, estoy en una montaña rusa de emociones ahora mismo.

—¿Por qué?

Podría parecer que mi madre está preocupada por mí, que le interesa saber cómo me encuentro, pero yo la conozco bien y sé que me llama porque quiere algo. Siempre es así.

—Cosas del trabajo. —Es una mentira, pero piadosa, al final sí que es algo del trabajo. Hasta lo de Lili me tiene preocupada.

—Siempre pensando en el trabajo. —Bufa.

Pongo los ojos en blanco, porque me exaspera cuando se pone en este plan. ¡Que ni siquiera entiendo cuál es el plan!

—¿Qué quieres? —pregunto escueta, mejor ir al grano.

—Necesito que lleves mañana a Robin al veterinario.

Robin es el gato que tiene mi madre, no el que tiene entre las piernas, que ese ya no es mi problema, ni siquiera me apetece nombrarlo, sino su mascota. Tiene más años que Matusalén, pero ahí sigue, respirando. Y sí, los gatos no son santo de mi devoción. No soy alérgica, pero prefiero los perros, e incluso, hasta los guacamayos. Que el parecido es como el de un huevo a una castaña, pero queda más que patente que los gatos no son lo mío.

—Que lo lleve Daniel.

—Daniel está trabajando.

—Y yo también.

—Tú tienes más tiempo, él trabaja más que tú.

Son este tipo de comentarios los que hacen que mi madre y yo no lleguemos a ningún tipo de entendimiento y que siempre estemos en una constante guerra. Menosprecia mi trabajo, para ella, lo único que tiene valor es lo que hace Daniel.

—Pues llévalo tú —escupo rabiosa tras su última respuesta.

Me está empezando a hinchar la pepitilla, no digo más.

—¡Jesús! Érika, ¿cómo puedes pretender que vaya yo si no tengo coche?

—Coges la guagua, mira que fácil. —Espero que pille la ironía en mi voz, porque me está saturando y estoy conteniéndome. ¡Palabrita de Frijolito!<sup>3</sup>

—¿No pretenderás que yo vaya en guagua con Robin? —Me pone esa vocecilla de pena que tan ensayada tiene y que no me trago.

—Mmmm, déjame que piense. ¡Pues sí! Resulta que sí lo pretendo.

—¿Qué tienes que hacer mañana que no puedes llevar a Robin al veterinario? Además, Joaquín está soltero. —Ya empieza su discurso interminable sobre que tengo una edad y debería estás casada y tener una prole de hijos correteando por mi supuesta casa con perro, jardín y piscina.

—Joaquín apesta a gato mojado.

Lo digo con conocimiento de causa.

—Pero por lo menos te hace caso, te estás haciendo vieja. Hasta tus amigas se han comprometido.

—¿Y qué? —Mi voz ha subido unos decibelios, porque al final, siempre, siempre, aunque no quiera dejarla, aunque me ponga en actitud defensiva, termina haciéndome daño.

—Que no haces nada por solucionarlo. Vas camino del precipicio.

—¿Pero tú sabes la edad que tengo? —Mi furia crece por momentos y estoy a punto de mandarla a tomar por el culo.

—A tu edad yo ya tenía a Daniel.

—¡Me da igual! —exclamo—. Me da igual lo que tú hayas hecho o hayas dejado de hacer. Tú eres tú y yo soy yo.

—Gracias a Dios —dice la católica de mi madre, que encima es católica.

—Gracias a Dios —repito yo—. Llevaré al gato. Mañana te digo la hora a la que puedo.

—Quedé con Joaquín a las diez, así que tendrás que adaptarte a su horario. No eres tan importante como para que él se adapte al tuyo.

Y dicho esto, cuando ha conseguido lo que ha querido, cuando yo he cedido sin deber hacerlo, me cuelga. Me deja exhausta, mis fuerzas han mermado y no tengo capacidad ninguna de razonamiento.

Giro el teléfono entre mis manos y marco el número de Mar.

—¿Qué pasa, perra canela? ¿Te has arrepentido de la cita de mañana y vienes a cenar con nosotros para que te enseñe las maravillosas mil ochocientas fotos que sacamos?

—No —susurro.

Me encuentro abatida, como cada vez que hablo con alguno de ellos.

—Nena... —Es muy típico de Mar llamarnos a Alma o a mí nena cuando sabe que algo sucede—. ¿Qué ha pasado?

—¿Por dónde empiezo? —murmullo.

—¿Tus padres? —pregunta.

—Mi madre —confirmo.

—Espera —me dice.

Me deja en espera mientras miles de pensamientos negativos se arremolinan en mi cabeza. Se agolpan recordándome todas esas frases destructivas que pronuncian en mi contra.

—Érika. —La voz de Alma impide que mis pensamientos sigan tornándose negativos.

—Alma...

—Érika, he llamado a Alma, creo que estas crisis es mejor resolverlas entre las tres.

—Necesito un Au Revoir.

—Necesitas una copa de vino —finaliza Alma.

—No me gusta el alcohol, me da ascazo.

Nunca he sido una persona a la que le guste beber, tampoco soy bebedora social. Siempre he tomado refresco, hasta que un día, por casualidad, descubrí



el cava. Tiene un sabor peculiar, porque no es nada dulce, pero supongo que la bebida también me eligió a mí, porque compartimos ese amargor ambas.

—Bueno, pues cava —finaliza Mar.

—¿Qué ha pasado?

Les hago un breve resumen de la conversación, incluyendo la parte en la que me dice que no trabajo, que me voy a quedar para vestir santos y que soy una fracasada.

—En realidad, no me dijo que fuese una fracasada, solo me insinuó que voy camino del precipicio, que básicamente es lo mismo —les explico.

—¿Y tú crees lo que te dice? —me pregunta Mar. Su voz es seria, no estoy delante de ella, pero si estuviera, probablemente el rictus le acompañaría. Percibo cómo se dispone a darme caña.

—Yo ya no sé ni que creer.

—¡Joder, Érika! Parece mentira que estemos teniendo esta conversación de nuevo.

—Mar, ¡cálmate! —le pide Alma.

—Es que es verdad, tu familia siempre dando por el saco.

—Deberíamos poner algún artículo en la Constitución Femenina sobre esto —dice Alma, que intenta relajar el ambiente.

La voz de Jaime nos interrumpe a todas. Se acerca al auricular de Alma, demostrando que tiene el manos libres activado y comienza a hablar: —Donde no te quieren, no te quedas —finaliza.

—¡Jaime, eres la leche! —exclama Alma.

Yo sigo asombrada con la capacidad que tiene el Señor Paella para dar en la tecla.

—¡Cabrón! —exclamo.

—Encima que vengo a ayudaros, me insultas —me rebate el susodicho.

—No, no, si es la impresión por lo que acabas de decir. Al final vamos a tener que cambiar el nombre y llamarla: «Constitución Femenina y del Señor

Paella».

Me río, me río nuevamente gracias a ellas, a él, a sus ocurrencias, a su apoyo incondicional, a esas llamadas a tres —o a cuatro, o cinco— que logran desintoxicarte, que consiguen que la empatía brote por todos y cada uno de los poros de tu piel, que te hacen sentir en un lugar. Porque al final, este tipo de situaciones, realmente hacen que te des cuenta de que sí que tenemos un sitio, que Érika si tiene un lugar al que pertenece y está donde están ellas.

—Érika —Mar vuelve a la carga—, lo que no puedes permitir es que al final ellos se salgan con la suya, que tú termines estando para ellos cuando quieran y cómo quieran y ellos no para ti. Las relaciones son recíprocas, se basan en un feedback, yo doy, tú das. Y aquí solo veo que sea unilateral.

—Es que es unilateral —añade Alma con rotundidad.

—Si hasta le dijiste que vas a llevar al jodido gato. —Ya Mar empieza a perder los papeles—. No lo entiendo, Érika, no me cuadra esta conversación contigo. No eres una ignorante ni una retrasada.

—No, no lo soy, pero siempre termino cediendo.

—Pues quizá ya es hora de que no lo hagas, porque al final, te consumen.

—A mí me consumieron. —Gerard toma la palabra.

—Pero esto qué es, ¿un *partyline*? —bromeo.

No me molesta que Gerard tome la palabra, sé que él tenía, y tiene, una relación bastante peculiar con su padre. Y tomó partido en el lado que más feliz le hacía, se quedó con Mar.

—¿Y cómo te sientes? —la pregunta se la formulo a él, de forma directa y concisa.

—En calma. Tenemos unos negocios en común, pero ya no dejo que dirija mi vida, ¿vas a dejar tú que dirijan la tuya?

—Y no sólo eso —Mar vuelve a tomar la palabra—, ¿vas a dejar que condicionen tu estado de ánimo?

¿Voy a dejar que lo hagan?

—No —murmullo, no muy convencida.

Quisiera decirlo con fuerza, en alto, con valentía, sintiéndome orgullosa de mi decisión, de mi firme respuesta, pero en el fondo, me siento como un globo. Ahora mismo me encuentro hinchada, con energía y valor, porque ellos, porque ellas, me lo insuflan, pero sé que mi familia es mi talón de Aquiles y que no puedo evitar que condicionen mi vida y mi estado de ánimo. Quizá y solo quizá, deba comenzar a dar pequeños pasos que me lleven lejos de su toxicidad, lejos de donde no esté en calma.

—Pues ya sabes —finaliza Alma.

—Ya sé —afirmo—. Gracias, chicas.

—Oye, ¿y nosotros qué? —se queja Jaime.

—Ya no pintamos nada en esta crisis —bromea Gerard.

—Bueno, pero si se me están poniendo celosos —me mofo—. Gracias a vosotros también, chicos. Buenas noches —me despido.

—Buenas noches —responden los cuatro al unísono.

Corto la llamada y me puedo imaginar a Alma y Jaime, en la cocina de su casa, con los codos apoyados en la encimera, resolviendo mis dudas. Imagino también a Mar, en el salón, sentada en el sillón, con su espalda apoyada en el pecho de Gerard, dándome su apoyo, y calentándome las orejas a partes iguales.

Hay sonrisas que brotan solas, y sin duda, esta que tengo en mi cara es una de felicidad y de paz. Como diría Gerard, es el momento de buscar la calma.

Lástima que el destino no quiera estar de acuerdo.

<sup>3</sup> Protagonista de una telenovela llamada «Amarte así».

## Capítulo 7

Al final, he podido descansar. Me dormí con la firme intención de no llevar a Robin al veterinario. Si quiere llevarlo mi madre, genial, si no..., que llame a Batman, que seguro son íntimos.

Érika:

No voy a llevar al gato al veterinario.

Llevo un rato hablando con las chicas por WhatsApp, el mismo que llevo en mi despacho tomándome un café con leche.

Mar:

Muy bien que me parece.

Alma:

¿Ya se lo has dicho?

Érika:

No.

Mar:

No seas cagona. No pretenderás dejarla plantada.

Son las nueve de la mañana, supuestamente la cita es dentro de una hora, con lo cual, es ahora o nunca.

Érika:

Os dejo. Voy a llamarla.

Alma:

Ánimo.

Mar:

Tranquila.

Me desconecto de la aplicación y me llevo las manos a la sien. Odio este tipo de situaciones, odio que tengan tanto poder sobre mí. Odio sentirme así.

Llaman a mi puerta y alzo la cabeza con la esperanza de que sea mi ángel

de la guarda que pretende socorrerme. Pero no, no es así.

—Buenos días.

Más que un ángel, parece un puto demonio salido del mismísimo infierno con la intención de joderme bien jodida y no como me gustaría.

—Buenos días —respondo con las manos aun masajeando mis sienes.

—¿Una mala noche?

—Una mala semana —respondo obviando que lo mejor ha sido un beso, por fuera de un baño, con un rompecuellos.

Lleva su mano hasta la barbilla y se rasca con suavidad el mentón, como si estuviera pensando que debería tener alguna razón para que mi semana no sea tan mala. Puede que sí, que tu beso encabece la lista de posibles razones para que no sea tan mala, pero no pienso contártelo.

—¿Qué? —pregunto al ver que sigue sin decir nada.

—Estaba pensando...

Es increíble la capacidad que tiene este hombre de hacerse con el espacio en el que está.

En los juzgados, cuando lo conocí, pensé exactamente eso. Es un hombre, pero parece un felino. Sus ojos, tan azules como el mismísimo cielo, logran captar la atención de su presa y retenerla el tiempo justo para hacerla suya.

—¿Intentas usar conmigo la mirada de quemabragas? No te va a funcionar —le advierto. Sonríe. Se sienta delante de mí y coloca su pierna derecha sobre su pierna izquierda—. ¿No te aprietas los huevos sentándote de esa manera?

—Si tanto te preocupan mis huevos, puedo decirte que están perfectos.

¡Vaya! Así que hoy se ha levantado resolutivo.

—Para tu información no, no me preocupan tus huevos lo más mínimo. Son dudas que me van surgiendo...

—Quizá tus dudas pueda resolverlas yo.

Niego con la cabeza y su beso vuelve a mi mente; las sensaciones, la

calidez, la suavidad de sus labios y la fiereza de su lengua. Me estremezco, de placer, de deleite, de pura expectativa.

—¿Qué escuchas?

No me había dado cuenta de que tenía la música puesta. Normalmente la pongo cuando necesito aislarme de los problemas, o cuando necesito pensar... No me gusta el silencio. Pongo música hasta para ducharme.

—«Similares», de Laura Pausini.

El eco del silencio se apodera del espacio, nos sume a ambos en la letra, en la voz y en lo que nos cuenta.

Tan similares los dos que damos vida a lo que estaba inerte.

Tan similares los dos besas mis labios y después mi frente.

Tan similares que nos maravillará.

Tan similares que nos enternecerá.

—¿Crees en el destino, Érika? —Su pregunta me abrumba y me confunde a partes iguales.

—No.

Quizá debería creer en él, en esa fuerza que nos une a alguien, que por más que huyamos, que nos mantengamos alejados, nos envuelve y nos lleva a ese punto sin retorno, a ese donde se encuentran las almas de las personas. Jaime, Alma, Mar y Gerard hablan constantemente de ello, de esa fuerza que nos supedita. Pero yo no creo en ella, no creo en ella conmigo, en mí.

—¿Por qué?

—Supongo que porque no creo en el azar.

—Pues yo creo que el destino no está escrito, el destino se busca, se escribe día a día.

—Me apabullan tus palabras tan filosóficas —me burlo.

Y sí, quizá no debería, pero soy así. Soy de las que huyen de las conversaciones profundas, de las que solo dejan entrar en el corazón a quien se lo merece, a quien me da la oportunidad. No solo soy una chica mal hablada

o con carácter, soy más que eso, pero solo dejo que lo descubran quienes de verdad saben apreciarlo.

—Pues deberías creer en él. —Se acerca peligrosamente hasta donde me encuentro, aún con la cabeza embotada y con ganas de huir de todo. De él.

—Hay tantos «debería» que al final no son.

El teléfono suena e interrumpe nuestra conversación. Esto es un «salvados por la campana» en toda regla.

—Contesta. —Su voz suena profunda y exigente.

—Por supuesto —le reto—. Dime. —Es mi madre, como era de esperar.

—No te habrás olvidado de la consulta con el veterinario, ¿verdad?

—No voy a poder ir.

Los ojos de Max, más azules que nunca, abarcan los míos, me meto en ellos y me dejo llevar. ¿Acaso está...? No, no puede ser. Descarto todos esos pensamientos absurdos que comienzan a rondar mi cabeza.

—¿Cómo que no vas a poder ir? —el grito que emite mi madre, me hace separar la oreja del auricular.

—Tengo trabajo, ya te dije ayer que avisaras a Daniel.

—Y yo te dije que él trabaja más que tú.

Dejo el teléfono encima de la mesa y respiro varias veces. «No debo dejar que me trate así, no puedo permitir que me trate así».

Las voces de mi madre siguen escuchándose, sin necesidad de tener el manos libres activado.

Max alza una ceja sorprendido, y noto rabia en su mirada. Una rabia desconocida para mí.

Intenta alcanzar el teléfono, pero pongo mi mano e intercepto su gesto.

«Tengo que hacerlo yo», le confieso sin palabras, a pesar de que sé que no es consciente de que para mí esto es muy importante.

Las palabras de Mar y de Alma toman fuerza y me reconfortan. Alcanzo el

teléfono y lo llevo de nuevo a mi oreja.

—Escucha bien lo que te voy a decir; no puedo llevar al gato al veterinario, estoy trabajando. Para ti, probablemente el trabajo de Daniel sea mucho mejor que el mío, pero para mí, es importante lo que hago. Llama a Daniel, llama a tu marido o a la vecina. No puedo ir y aunque pudiera, no pienso ir.

—¡Que mal agradecida! Todo lo que hacemos nosotros por ti.

—Perdona que no me acuerde. Quizá deberías refrescarme la memoria.

Mis ojos siguen clavados en los de Max, no entiendo bien cómo es capaz de transmitirme esa fuerza, esa energía. Asiente con la cabeza, me anima a seguir.

—No tengo nada más que hablar contigo —sentencia mi madre.

—¡Por fin estamos de acuerdo en algo! Resulta que yo tampoco tengo nada que hablar contigo.

Corto la comunicación y sí, me siento aliviada, siento como si me quitara un peso de encima, como si parte de la losa que arrastro me dejara respirar.

—Ahora entiendo tu mal día —me anima Max—. Has hecho bien.

¿Que he hecho bien?

—¡Y tú qué sabes! Si no me conoces, no sabes absolutamente nada de mí. Eres un cretino.

Descargo parte de mi rabia en él, mi frustración, por lo sucedido con mis padres, por la soledad que siento en ocasiones, por lo que me hace sentir cuando lo tengo cerca y dejo de tener el control absoluto de la situación.

No me dice nada, aguanta con estoicidad mi verborrea y tras eso, asiente y se va.

—Ahora sí que me duele la puñetera cabeza —grito.

No sé si me oye, si me oyen los compañeros, no sé qué me pasa. Pero odio perder los papeles y el control. Odio sentirme insegura, y con él... Con él me siento así. ¡Maldita sea!



Zule entra, en su cara veo que teme por su decisión.

—Entra —le digo finalmente.

—¿Y esos gritos? —me pregunta nerviosa.

—¡Yo que sé! Creo que se me ha ido la bola —le explico.

—Max ha salido con el ceño fruncido y la cara descajada.

—Es por mi culpa —admito—. Creo que he pagado con él mi enfado —confieso.

Y mi frustración, pero omito ese detalle. De la misma forma que he omitido el del beso a mi comando. Tengo que contárselo.

—¿Está todo preparado para la reunión con Lili?

Evadirme de mis asuntos personales y centrarme en el trabajo no me resulta difícil. Tengo esa capacidad para concentrarme en lo verdaderamente importante y priorizar.

Terminamos de organizar los puntos que debemos hablar, además, tenemos una vista la próxima semana y tenemos que repasar el caso.

—A este cliente, cítalo el lunes —le pido a Zule mientras le tiendo el expediente—. Archívalo junto con el resto, ponlo en los que tienen prioridad. Tenemos que ir cerrando casos.

—Me ha llamado una anciana esta mañana, quería saber si puedes resolver el tema de su herencia. No me ha explicado muy bien, solo me ha dicho que quería hablar contigo.

—¿Conmigo?

—Sí. —Asiente mi secretaria—. Me dice que llama de parte de una tal Rosaura.

La madre de Mar... ¡Qué fuerte!

—Es la madre de una de mis mejores amigas.

Zule asiente en repetidas ocasiones y se encoge de hombros.

—Algo debía saber de ti, cuando insistió tanto en verte. En este caso, no te

precede tu reputación.

—¡Vaya! ¿Tengo reputación? —Me recuesto en mi asiento, porque en el fondo, disfruto con lo que se va contando de mí por ahí.

—Por ahí se dice que eres una perra —confiesa Zule—. Yo no lo digo —se excusa—, solo lo he oído.

—Me trae bastante sin cuidado lo que se diga de mí. Yo también pienso que trabajo rodeada de gente que finge ser lo que no es, e incluso, con algunas que tienen una estaca metida por el culo, ¿y qué hago?

—Sorpréndeme.

—Pues me callo.

—Para tu información, todas esas que dices que tiene un palo metido por el culo, quieres que lo sustituya el juez por su garrote.

Un ligero amargor me quema por dentro, pero prefiero restarle importancia, es más fácil correr un tupido velo ante determinadas cosas.

—¡Que le peten! —respondo ofuscada.

Está claro que mi intento por desviar la atención del garrote de Max y de lo que me provoca determinadas cosas relacionadas con él no pasa desapercibido para Zule, porque sonrío pícaro y me guiña un ojo.

—¡No estés pensando cosas que no son! —exclamo mientras se dirige a la puerta.

—Yo no pienso nada —me dice—. Pero quizá deberías intentar disimular un poco.

—¡Está muy bueno! —respondo apresurada.

—¡Lo sé! —murmulla antes de salir—. Pero a veces las miradas delatan.

—¿Las miradas? ¿Qué miradas?

Pero no me responde, se va, dejándome confusa y dudosa.

Y podéis pensar lo que queráis. Que me gusta, que me estoy enamorando, encoñando o cualquier otro verbo de esos que definan los estados de estupidez a los que nos somete el amor. Pero os estaríais equivocando. La realidad es

que llevo semanas sin catar carne masculina, carne, no plástico, que tampoco me tenéis que tener por una santa —supongo que los que me conocéis sabéis que de santa poco—, pero, y aquí es donde llega la Érika de las cosas claras, esta noche pienso poner remedio.

Érika:

¿Me visto decente o como una guarrilla?

Por supuesto, este mensaje es para mi comando. Faltaría más.

Suena mi teléfono, el de mi despacho y doy un bote, porque estaba sumida en esos pensamientos que se sume una cuando piensa que vas a triunfar y nadie va a poder evitarlo.

—Dime. —Por supuesto, hago gala de mi mejor tono profesional.

—Lili ya está aquí.

—Pasad —le pido a Zule.

Mi teléfono suena y sé que son las chicas que me están escribiendo, pero tengo que ser profesional y atender a mi clienta, a pesar de que me muero por saber lo guarrilla que me debo vestir esta noche —dejadme soñar, gracias—.

—Buenas tardes. —Me levanto cuando entra Lili y me acerco a ella para estrecharle la mano. Profesionalidad, ante todo.

—Buenas tardes. —Me devuelve el gesto, aunque no sonrío.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—No lo parece.

—Estoy preocupada —confiesa finalmente—. El tiempo pasa y tengo miedo, dudas.

—Tranquila —la consuelo—. Todo esto es normal y lleva su tiempo, debes intentar tener paciencia, aunque sé que es muy difícil.

—¿Os traigo algo? —Zule interrumpe nuestra conversación para ejercer de secretaria eficiente.

—Tila —pide Lili.

—Café bombón —pido yo con mis ojitos haciendo chiribitas.

Como siga tomando café de esta manera, no dormiré hasta el año 2030.

—Se me ha ocurrido algo. —Omito que también fue sugerencia del juez—. He pensado que sería bueno que buscásemos un perito social.

Zule entra y nos acerca sendas tazas.

—¡Más rápida que Flash! —bromeo.

—Estaba Max haciendo café y me he colado.

Frunzo el ceño pensando en que pueda escupirme en el café, pero lo descarto inmediatamente, porque sé que Zule no le habría dejado. Tiene lo mimo de eficiente que de protectora. Es buena niña, en realidad.

Remuevo con parsimonia mi café, para que la leche condensada se disuelva dentro del líquido y lo endulce.

Lili hace lo mismo, pero para que su tila coja consistencia y sabor. Le extiende el bote que contiene azúcar y sacarina y ella me sonrío por el gesto.

—Le estaba explicando que hemos pensado —y sí, esta vez el pronombre personal que uso es primera persona del plural—, en que una muy buena opción sería la de buscar un peritaje social.

—¿Y eso qué es? —pregunta Lili disminuyendo el movimiento de su cuchara.

—Un perito social es una persona con conocimientos especializados — Zule ha tomado la palabra mientras yo soy pequeños sorbos a mi café—, que son llamados al proceso para aportar un auxilio especial al juez. Esta figura está desarrollada por trabajadores sociales y el objetivo fundamental es la valoración de la unidad familiar y del entorno más cercano con el fin de emitir un informe sobre todo lo estudiado en dicho contacto.

—¿Y qué se supone que debe hacer?

—Lo que quiere decir Zule, que ha sonado un tanto técnico, es que buscaremos a alguien que haga determinadas visitas a su padre, su madre, sus abuelos, centro de salud y colegio. Alguien que es objetivo y que hará valoraciones basadas en unos parámetros, y tras esto, presentará un informe

que no es decisivo, pero si se tiene en cuenta por el letrado.

—¿Algo así cómo valorar si somos buenos padres?

—Suena bastante feo visto así. Valora que ambas figuras realmente se hacen cargo de sus deberes como progenitores. Lo que sí debes saber, es que es un servicio que corre a cargo de quien lo solicite.

—En este caso, mío —se apresura a añadir Lili.

—Si somos nosotros quienes lo solicitamos, sí, correría a cargo tuyo, que eres la clienta.

—Lo que sí debes tener en cuenta —y esta vez es Zule la que vuelve a tomar la palabra sin casi levantar la vista de su amado ladrillo—, es que por mucho que seamos nosotros los que solicitemos el peritaje, es una persona totalmente objetiva, con lo cual, no te garantiza que el informe sea a tu favor. Si lo haces mal, también lo dirá.

—Si lo haces mal, no —intervengo mirando de forma dura a Zule por no elegir unas palabras adecuadas—, simplemente, si no haces lo que dices hacer.

—Si no cumplo como madre —apostilla Lili.

—Exacto. Pero esto es lógico. No puedes pretender pedir una custodia de un menor si ni siquiera te haces cargo de él. Es muy obvio.

—Yo me hago cargo de mi hijo —sentencia Lili.

—Pues la pelota está en tu tejado ahora mismo —le explico—. Aún no tenemos fecha, por lo que tenemos tiempo para preparar todo.

—Vale —asiente—, una vez tenga toda la información, te avisaré.

Le hago un gesto a Zule para que lo apunte y lo incluya en mi agenda.

Continuamos hablando un rato más sobre diferentes cosas y Lili nos pone al día en las idas y venidas de la relación que ahora mismo mantiene con su expareja.

Y es complicado, jodidamente complicado mantenerse al margen de todo esto, básicamente, porque pienso en el niño, en lo que debe sentir él. Mis padres no están divorciados, nunca he sufrido una separación de este tipo, no

por lo menos que me pille cerca o en la que yo me haya visto involucrada, pero es cierto que fui niña y sé lo que se debe sentir cuando te encuentras sin rumbo, perdido. Conoces algo que te llena y con lo que te sientes segura, como conocí yo el amor que se respiraba en la familia de Joseph y Mad, los padres de Josh, pero también conozco de cerca lo que significa que tus padres no muestren interés por ti, lo que es sentirse sola y fuera de lugar. Y son estas pequeñas cosas las que me persiguen y las que hacen que no me implique en determinados casos, hasta el punto, en el que los he evitado por activa y por pasiva.

Supongo que esto podría decirse que es una muestra de reconciliación con mi propio pasado; un punto a mi favor por avanzar, por salir a flote y por seguir adelante. Al fin y al cabo, parece que hoy, he empezado de nuevo y he priorizado. Mi prioridad soy yo y los que verdaderamente me importan. Sin más...

# Capítulo 8

# Max

Juro que he salido de ese despacho con ganas de matarla. De matarla o de comérmela, no lo tengo claro...

He llegado esta mañana y he sentido la necesidad de verla y de tocarla de nuevo... El sabor de sus labios aún me confunde, la forma en la que me respondió; con premura y con entrega, hacen que todavía sienta un terrible dolor en mi entrepierna. No sé si terminaré matándola o adorándola.

Siempre estamos igual, somos como el gato y el ratón; me busca, la busco, me la juega, se la juego, la beso, me abofetea. Y yo sigo ahí, sin entender qué cojones me sucede cuando la tengo cerca y por qué despierta esa ternura en mí. ¿Por qué ella? Sí que lo sé, solo debo admitirlo.

Cuando su madre la llamó y vi su gesto contrariado, su mirada asustada... Sentí deseos de ser yo el que la ayudase, el que tomara cartas en el asunto y no permitiera que la traten mal, solo que la valoren como siempre he querido que lo hagan.

Pero sacó coraje, ese que siempre la caracteriza, y tomó las riendas para poner firme a su madre. Y a mí...

No sé si se lo merecía o no, pero conozco a Érika lo suficiente, aunque ella se empeñe en negarlo, como para saber que es una persona justa, o por lo menos, lo suficientemente cuando debe serlo. ¿Conmigo? Conmigo es otro tema muy distinto.

Sería estúpido por mi parte, no reconocer que me gusta este embrollo en el que nos hemos metido; los juegos a ver quién consigue fastidiar al otro, quién es capaz de cumplir el reto o a cuál de los dos se le ocurre la mayor y absurda de las locuras. Y por ahora, ella me gana con creces. Es inteligente, resolutiva y tremendamente sexi. A rabiar. Me vuelve loco y pierdo el control.

Al principio, lo tomé como un mero entretenimiento, uno de esos divertidos. ¡Ya sabes! Das con la horma de tu zapato y encuentras a una tía que se enfrenta a ti, que su retórica verbal es sumamente inteligente y que no tiene reparos ni pudor al hablar de cualquier cosa. Y me dejé llevar; la diversión tomó el control y empezamos con este pasatiempo tan ocurrente. Llevamos así



meses, muchos, y en ellos, no ha pasado un día en el que su mera imagen no despertara en mí una sonrisa.

Aún hoy, tras lo que acaba de suceder en ese despacho, tras haber pagado conmigo sus disgustos, su cólera y su indignación, sigue despertando en mí algo. Algo, pero... ¿qué es ese maldito algo?

No estoy acostumbrado a que nadie me turbe, a que nadie me cambie mis estados de ánimo ni necesitar dar protección. Soy como un lobo solitario. Una persona que no necesita más que lo que tiene: unos padres que son maravillosos, un hermano que daría la vida por mí, de la misma manera que yo la daría por él. Unos recuerdos increíbles, en un pequeño barrio de una isla como es esta. Se podría decir que sí, que me siento completo. Pero..., lo que sucedió ayer en ese pasillo puede definirse como «perder el control». Me he repetido durante horas el mismo mantra «no le des importancia» o por lo menos, la justa, la que lleva. Fue un beso y nada más, pero... si es así, ¿por qué me sentí tan perdido? Perdido en ella y en lo que despertaba en mí, pero también perdido cuando rompió ese contacto abrasador que supuso su roce.

Y aquí estoy, metido en mi despacho, pensando cómo conseguir información sobre la cita que sé que tiene esta noche y a la que pienso acudir, por el simple placer de joderle la velada. Porque es superior a mí y no quiero imaginarla con nadie más.

Saco el teléfono de mi bolsillo y lo sujeto entre mis manos. Me debato entre llamarlo o no. La última vez que lo hice me dijo que no pensaba entrometerse más, que era mi amigo, pero también el suyo y le entiendo, ¡juro que le entiendo! Pero no lo puedo evitar.

Uno, dos, tres tonos y la voz de mi amigo resuena a través del auricular.

—Dime.

Su voz impersonal me hace sonreír, ese es Gerard y su actitud profesional.

—Aún sigo sin entender cómo con ese carácter que tienes a veces, te has casado —me burlo de él sin piedad, tal y como hemos hecho desde que nos conocemos.

—Soy bueno en la cama —me responde siguiéndome el juego.

—Dudo que todo se reduzca a eso.

—Soy bueno en la cama y fuera de ella —finaliza.

—Eso me encaja mejor. Por otra parte, Mar debe estar ciega por haberse enamorado de ti.

—No me pinches, que yo estoy casado con mi *piccola bionda* y tú sigues soltero.

—Ya sabes que a mí esos rollos de matrimonios y felices por siempre jamás, no me van.

—Ay, amigo, espero que nunca tenga que recordarte esta conversación. En fin —prosigue—, ¿qué sucede? ¿No tienes juicio hoy?

—Tenía, pero lo hemos pospuesto por falta de pruebas, así que aquí estoy, en mi despacho, y necesito tu ayuda.

—Tú dirás... —La voz de mi amigo es serena, desde que está con Mar es así, parece otro, más calmado, más pausado, más él mismo.

—Necesito que me consigas el nombre del local donde va ella a cenar esta noche.

—¿Ella? —inquire mi amigo viendo por donde van las tornas.

—Érika —aclaro.

—Ya te dije que no pensaba meterme más en vuestros asuntos. Está enfadada por lo de ayer.

—Ella es así siempre, es una fiera mala.

—Pues no me apetece que la «fiera mala» me coma sin contemplaciones y tampoco quiero que mi mujer me tenga sin sexo durante un mes.

—Ya será menos. Es el último favor que te pido. —Mi voz de corderito degollado no le convence, pero aun así la empleo con él.

—¿Qué puñetas te traes entre manos?

—Digamos que tengo que devolverle un favor —le explico.

—¿Un favor o una putada? Érika no quiere ni verte, ¿o me equivoco? —Mi

amigo es muy inteligente y sabe más de lo que aparenta—. O ¿acaso eres tú el que quiere verla a ella?

Chasqueo la lengua contra el paladar, en respuesta a su hipótesis y me soporto mi pelo entre mis manos, todo ello evitando la incomodidad de la pregunta.

—Déjalo, no hace falta que me respondas. Haré lo que pueda —me dice.

—Gracias.

Y simplemente cuelga.

Gerard y yo somos amigos desde hace mucho, desde que él vivía en Siena y viajaba constantemente a Ibiza. Nos conocimos por casualidad, yo asistí como acompañante de una periodista con la que salía en ese momento y él acudía al evento con su padre. Coincidimos en la barra, para tomarnos un *whisky*. Recuerdo perfectamente sus palabras «¿evitando la compañía?». Y sí, yo evitaba a mi acompañante y creo que él evitaba al suyo. Hablamos largo y tendido y a partir de ahí, nos hicimos amigos, cada vez que viajaba a Londres o a Madrid y yo me encontraba allí, en alguna de esas ciudades, nos veíamos, compartíamos algunas copas y nos poníamos al día.

La periodista pasó por mi vida con tanta rapidez como el líquido almibarado bajaban por mi garganta con cada copa que pedía, y así me sucede con todas. La novedad me atrae, pero me canso rápido, no tienen nada que me encienda más allá de un par de revolcones y alguna que otra cena —y no necesariamente por ese orden—.

Me levanto y cojo mi chaqueta, ya es casi la hora de almorzar. He quedado con Tomás en el bar de la esquina. Él es perito social y quiero investigar un poco, necesito ayudarla aunque ella no quiera.

La puerta se abre y entra ella. No digo nada, no hablo, a pesar de que me tengo que contener por no soltarle alguna de mis ironías.

Se planta frente a mí y no puedo evitar llevar mi mirada a sus piernas. Largas y firmes. ¿Qué voy a hacer? ¡Me gusta verla con falda!

—¿No piensas decirme nada? —me pregunta.

Se lo que intenta, quiere provocarme, pero no pienso entrar en su juego, no esta vez, no después de lo de esta mañana.

Termino de abotonar mi chaqueta y paso por su lado, dándole a ella y su intromisión, la importancia justa.

—Espera —me dice sujetándome por la mano.

Mi cuerpo se sacude de manera involuntaria ante su contacto. Lo mismo. Siento lo mismo que cuando lo hice en el baño, cuando en aquel pasillo la sujeté entre mis manos para besarla.

Me paro en seco, pero no me giro. Ella suelta mi mano y vuelve a colocarla al lado de sus caderas.

—Perdona por lo de esta mañana. No tenía que haberte respondido así. En esta ocasión, no te lo merecías.

Y sí, sé que le cuesta Dios y gloria pronunciar las palabras que pronuncia, porque ella es así; altiva y es cabezona. Lo que tiene de inteligente, lo tiene de tozuda y terca.

—¿En esta ocasión? —le pregunto asombrado.

—Bueno, en esta. Otras muchas sí, porque eres un cabrón arrogante y presuntuoso que se cree el rey del mundo y que todas las mujeres deben ponerse de rodillas a sus pies para venerarlo y vanagloriarlo.

Y todo eso de carrerilla, sin trabársele la lengua y sin ponerse colorada. ¡Manda cojones el asunto!

—Para tu información, más que para venerarme, prefiero que se pongan de rodillas para chupármela.

—¿Ves como si eres un arrogante? Es la típica respuesta que daría un hombre sin escrúpulos.

—Creo que es la respuesta que daría cualquier hombre.

—No pensáis más que con la polla —sentencia cruzándose de brazos y dejando que su peso recaiga sobre la pierna derecha. Es una actitud puramente defensiva.

—¿Debería ofenderme? —cuestiono chulo.

—Deberías, por supuesto.

—Los hombres y las mujeres tenemos instintos primarios, o es que acaso tú no follas... —Lo dejo en el aire, realmente se está poniendo interesante el asunto. Ya no me apetece ir a comer con Tomás.

Abre los ojos como platos y chasquea la lengua.

—¡Por supuesto que follo! ¿Qué te crees que soy? Follo más que tú, listo.

Pues puede ser, porque yo últimamente no estoy por la labor.

—No sé qué decirte —finalizo.

Y lo dejo en el aire, quiero ver sus reacciones, si ella es tan receptiva a esto que nos sucede como yo.

—No he venido a hablar de tu vida sexual o de la mía. He venido a disculparme por haberte gritado esta mañana. No tengo nada más que hablar contigo, ¿entendido?

—Entendido. —Finalmente me he apoyado en la mesa de trabajo, logré sacar el pegamento de ratones que ella me puso la semana pasada, tras mucho restregar, no creáis.

Sigue plantada frente a mí, observando mi postura, mis pies cruzados, mi cuerpo en tensión; básicamente, por su presencia y las dudas que me asaltan sobre ella. Como dije antes, creo que la conozco más de lo que ella misma piensa y me atrevo a afirmar que es pura fachada, una máscara sin más.

—¿Algo más? —pregunto victorioso.

—Ehhmm... No, nada más.

Se da la vuelta y comienza a caminar en dirección a la puerta. Yo sigo en la misma posición, viendo su figura moverse con esa falda que me vuelve loco.

—Una última cosa —dice con el pomo de la puerta entre sus dedos.

—¿Sí?

—¿Eres de los que reconoce tenerla pequeña o prefiere hacer creer a las mujeres que tiene un buen rabo?

Y no me deja responder, creo que tampoco habría podido hacerlo, me

esperaba algo así como: «pues a trabajar», «seguiremos siendo colegas de trabajo» o «necesito ayuda en un caso». Pero es ella, es Érika, es la misma Érika que conozco y que todos conocemos. Y siempre, siempre, quiere tener la última palabra. ¡Será...!

—Ya te daré yo a ti rabo...

Lástima que estas palabras no las oiga, pero no por ello dejan de ser ciertas.

Termino el almuerzo con Tomás y le comento de manera somera el caso que está llevando Érika, el del divorcio y el menor, el resto de casos que lleva no necesitan peritaje social. Mi buen amigo me explica bien las funciones y se ofrece a ayudarnos y aconsejarnos si tenemos dudas, poco más puede hacer porque los peritos son asignados de forma objetiva, lógico.

Me subo en mi coche y me dirijo a casa. Aún no se nada de Gerard. No me ha llamado y ya tengo serias dudas sobre si lo hará. Tampoco quiero acosarle, ni buscarle problemas con su mujer.

Como si le estuviese invocando, su nombre sale en el Parrot de mi coche.

—¿Qué pasa?

—No tengo mucho tiempo para hablar, tengo una reunión en la cadena dentro de cinco minutos y no puedo retrasarme. Esta noche tengo una cena con Alma y Jaime.

—La familia al completo —me mofo.

—Al completo no, porque falta Érika.

Y no puedo evitar sentir la misma cantidad de orgullo que de envidia ante las palabras que pronuncia mi amigo. Érika es ahora parte de su familia, de esa familia a la que él ha llegado.

—¿Qué has averiguado? —Prefiero ir directo al grano y hacer caso omiso a esa pequeña punzada.

—Cenarán esta noche en la Cueva del Tártaro, ¿sabes qué lugar te digo?

—Sí, he oído hablar de él.

—Ha elegido el lugar Érika, así que... Supongo que será porque le gusta.

—Supongo... —Medito sus palabras y la rabia me come por dentro—. ¿Se ha enfadado mucho Mar?

—No. Pero te advierto que quiere hablar contigo y no pienso negárselo. Tú te lo has buscado, acabas de entrar en la boca del lobo.

—Si ella quiere hablar conmigo, no pienso decirle que no, en resumidas cuentas, es la mujer de uno de mis mejores amigos.

—Pelota. No creas que pienso salvarte.

—Tampoco lo pretendo.

—Tengo que dejarte —se despide—. Llámame mañana y me cuentas.

—Eso está hecho. ¿Gerard?

—¿Sí?

—Gracias.

—Cuidado con el lobo —se burla antes de colgar.

Y no lo sabe, pero a mí me encantaría que el lobo me comiera todas las noches.

Tras dar un par de vueltas, logro aparcar cerca de casa. Vivo en un modesto piso en las Torres de Santa Cruz. Desde mi casa, se ve el auditorio y el mar. Ha comenzado a anochecer y las luces de la ciudad iluminan las calles. Es precioso vivir aquí, cerca de la costa y de la montaña. Aunque en realidad, lo que me apetece es mudarme a una casita con jardín. Poder sentarme todas las tardes en un pequeño banco de madera y mirar cómo se pone el sol. Alejado del ruido y del barullo de la ciudad.

Quizá algún día...

He pasado largas temporadas en otras ciudades: Madrid, Londres, Barcelona y Roma, pero siempre vuelvo. Siempre vuelvo a casa. A Tenerife.

Entro en la ducha y me enjabono. He reservado una mesa en el mismo restaurante, para un único comensal, tampoco me apetece llevar a nadie y fingir que me interesa lo que quiera que me cuente. Mis sentidos estarán pendientes de ellos dos, de ella.

No soy demasiado meticuloso vistiendo, soy práctico. Salvo para ir a trabajar o al juzgado. Eso es harina de otro costal.

Media hora antes de la reserva, salgo de casa. Gerard no me ha dicho la hora a la que ellos habían quedado, pero prefiero ir con calma y tiempo. Esperar y sentarme en algún sitio a observar es una buena opción mientras se hace la hora.

En esta ocasión, encuentro aparcamiento con facilidad.

Por fuera hay varias personas fumando, en corro, hablando y gesticulando. Se percibe en el ambiente que es viernes y que el cuerpo pide marcha, porque las calles, vacías otros días, están repletas de personas en busca de diversión, aprovechando los últimos coletazos del verano. Estamos en diciembre, lo sé, pero aún no ha llegado la humedad a calar en nuestros cuerpos, por lo que, con suerte, se pueden ver todavía las piernas enmarcadas por unas minúsculas faldas y las pieles bronceadas por el verano y los fines de semana al sol. Aquí el verano tarda en irse, pero cuando se marcha lo hace de sopetón.

La noto cerca, antes incluso de verla. Oigo el repiqueteo de unos tacones y de inmediato sé que es ella. Va ataviada con un pantalón negro de cuero y una camisa negra de tirantes. Ellas las llaman lenceras, pero para mí, son camisetas normales y corrientes. Lo mejor de esas camisetas son los escotes... Particularmente su escote.

Entonces, me doy cuenta por primera vez desde que llegué, de que en medio de esa maraña de gente fumando, había un chico que no participaba en la conversación, porque simplemente consultaba su teléfono móvil. Ojeando redes sociales o wasapeando con sus colegas. Me niego a pensar que es con ella con quien lo hacía.

Se incorpora y se pone recto. Y ahora sí que soy capaz de observar el nerviosismo que tiene. No soy de fijarme en el físico de otros tíos, no porque no tenga mi masculinidad bien definida, porque la tengo y sé lo que me gusta y lo que no, pero nunca me fijo en ese tipo de cosas, en esta ocasión, haré una excepción. Y lo que veo no me gusta.

Es bastante guapo. Rubio, como yo. Alto y de buen cuerpo, no sé si por su constitución o porque haga deporte, no me importa la respuesta tampoco. Me importa lo que veo y repito, no me gusta.



Va bien vestido, con lo cual, se ha esmerado en conseguir un resultado que llame la atención de su acompañante. No distingo el color de sus ojos, tengo buena vista, pero no tanta como para diferenciar eso desde mi posición. Las manos en los bolsillos y el leve balanceo de su cuerpo me dan pistas de su estado. Soy juez, antes de eso, abogado, y en varios casos que defendí, la posición y el lenguaje no verbal de una persona me daban indicios de muchas cosas. Érika es igual que yo, así que sabrá diferenciar y tener las mismas apreciaciones que yo tengo en este momento.

En fin, ¡qué se lo va a comer con papas! Ella es una mujer de armas tomar, de las que acojonan, e incluso, dan algo de miedo.

A mí no —suena chulo, ¿verdad?—, a mí me supuso un estado de confusión bastante importante. No esperaba que fuera así, quise pensar que sería una más, pero no, no es una más, es ella, simplemente ella.

Se saludan con cordialidad; dos besos en la mejilla. Érika está normal, como si nada, él en cambio sigue inquieto. Entran en el local, como buen caballero que pretender ser —o quizá sea—, coloca su mano en la cintura y la incita a que avance primero. Ella se limita a mirar de reojo la mano y sonreír. Es una sonrisa incómoda. ¿Veis como si la conozco?

Tras pasar por las puertas del local, pierdo por completo la visión de lo que sucede. Pero no quiero hacer acto de presencia aún y ponerla en alerta.

Por suerte, hay un bar justo aquí al lado, que me servirá para tomar un *whisky* mientras pasan los minutos.

Entro y el local no es de lo mejor que hay, pero con que tenga bebida y los vasos limpios, me es suficiente. Tomo asiento en una de las butacas que hay en la barra y que probablemente esté más pegajosa que el tarro de los bolígrafos de mi despacho, tras el pequeño incidente con la fiera.

—¿Qué te sirvo?

— *Whisky*. Solo.

El camarero, con más pinta de pirata que de personal de hostelería, me sonrío. Tiene los dientes mellados.

Coloca frente a mí un vaso con tres piedras de hielo y comienza a verter el

líquido almibarado. Hay gente que opina que el *whisky* no es una bebida dulce, yo discrepo. Le doy un sorbo, con decisión, y su sabor inunda mis sentidos. Me gusta, lo confieso.

—¿Necesitas compañía, rubio?

Una chica rubia toma asiento a mi lado. Muevo con delicadeza mi copa y el repiqueteo de los cubitos de hielo hacen que ella fije su vista momentáneamente en el vaso.

—No —respondo escueto.

No es fea, al contrario, diría que es una de esas bellezas nórdicas que tanto suelen gustarme. Rubia, ojos claros, piel blanca, pecas y un cuerpo delicado.

—Soy Astrid —a pesar de mi reciente negativa, se presenta.

Llevo de nuevo el vaso a mis labios y le doy otro sorbo a mi bebida. Llevo unos minutos en el local y mi cabeza está en otro sitio.

—Max —suelto restándole importancia a las presentaciones.

—No te he visto nunca por aquí.

—No suelo frecuentar este lugar.

No me apetece tener una conversación banal con esta chica, por muy buena que esté o mucho interés que le ponga.

Saco mi cartera y dejo un billete de diez euros en la barra de madera, esa que hace cuestionarme más aún la pulcritud del local.

—¿Te marchas ya? —me pregunta coqueta.

Me limito a asentir. Me pongo en pie y guardo mi cartera en el bolsillo trasero.

—Encantado —le digo por pura cortesía.

—¿Te acompaño?

—No, preciosa.

Me giro y sé que me está observando. Es una de esas mujeres con las que podría pasar un rato agradable, tener un polvo épico y poco más. Lástima que

no esté en mi lista de prioridades ahora mismo.

Cruzo la calle, con cuidado de que el tranvía no pase en ese momento. Los raíles del mismo separan el cuchitril en el que estaba metido y el local donde se encuentra cenando la parejita feliz.

Entro y un amable camarero se acerca a mí.

—Buenas noches —me saluda cordial.

—Buenas noches —le respondo con el mismo tono.

Le explico que tengo una reserva a mi nombre y él me acompaña hasta la mesa. Una vez más, el destino se ha puesto de mi lado. Hay tres filas de mesas: dos en los laterales del local y una en medio de este.

Yo estoy pegado a la pared y ellos se encuentran a un par de mesas de mí. Ella está de espaldas, por lo que puedo observar los movimientos sin ser descubierto. Él se encuentra de cara a mí, sigue nervioso, juguetea con una miga de pan entre sus dedos.

No sé Érika, ahora yo, probablemente estaría cardíaco y a punto de decirle que pare. Llevo escasos segundos aquí y su inseguridad y sus gestos me producen desasosiego.

El amable camarero de antes se acerca con la carta en la mano. Le pido una copa de vino blanco. Es mi favorito. Quizá no debería mezclar el *whisky* y el vino, pero no creo que por una copa pase nada. Como mucho, tendré resaca mañana y tampoco me preocupa porque es sábado y podré quedarme en la cama.

Érika se remueve en el asiento. No oigo lo que hablan, pero la mano de él está peligrosamente cerca de la suya. No le gusta que la toquen, no cuando no la conocen. Eso también lo sé. Lo sé porque me pasó al principio, cuando la conocí y me soltó una de sus primeras perlas: «¿Acaso te conozco para que me des dos besos, señor letrado?». Una respuesta nuevamente sin anestesia. Y eso que era un mero contacto, creo que, desde ese momento, en el que pronunció esas palabras y frunció el ceño, tuve claro que debía saber quién era y qué escondía. Y aquí sigo, intentando descifrar jeroglíficos.

Les sirven los platos con sumo cuidado. Carne para ambos.

Yo pido mi cena y me dispongo a comerla como si fuese el mejor espía del mundo. Por ahora...

Tras un largo rato degustando los manjares del local, que todo hay que decirlo, se come de maravilla, ella se gira y mira en mi dirección.

Como si algo, un hilo invisible, le dijese que yo estoy aquí y que la estoy observando. Frunce de nuevo el ceño y este gesto me parece adorable. ¿Adorable? En realidad, me pone cachondo.

Se vuelve hacia su acompañante y algo le dice, porque él me mira por encima del hombro y cambia el gesto. En esta ocasión, mi polla no despierta, pero mi mala hostia sí.

«Soy más guapo que tú», le susurro, pero no sé si será capaz de entenderlo.

Érika se levanta y se acerca mi mesa. Apoya ambas manos en el borde y se inclina ligeramente hacia mí. Su pronunciado escote, ese al que no estoy acostumbrado a ver por la formalidad de su ropa del día a día, se posa ante mí y siento de nuevo una ligera presión en mi bragueta. Mira hacia donde yo tengo la vista clavada pero no dice nada. Solo sonríe, con malicia.

—¿Qué haces aquí, carachancla?

Me divierte, ¿lo he dicho ya?

—Cenar. ¿Y tú? ¿Vienes del circo?

Mira hacia su acompañante y se ríe. Quiero pensar que por mi chiste y no por él.

—Tengo una cita. ¿Sabes lo que es?

—¿Con ese? Si es un monito de feria —la molesto.

—Pues ese monito de feria, esta noche tiene muchas más posibilidades de culminar que tú, que estás aquí solo.

—¿Quién te ha dicho que estoy solo? —le pregunto con altanería.

Observa la mesa; una sola copa, un solo plato, tres cubiertos, una servilleta. En blanco y en botella.

—¿Hace falta que responda? Te tenía por alguien más inteligente.

—Mas que ese, seguro.

—¿Celoso?

Nos retamos con la mirada. Se inclina mucho más y pega su boca a mi oreja. Estoy a punto de correrme como un puto quinceañero.

—Más quisieras... —susurra.

Sigue su camino y se dirige a los baños. Miro hacia la mesa donde está su monito de feria y lo veo sonreírme. No sé si con superioridad o camaradería.

Cojo la servilleta y limpio la comisura de mis labios. Me levanto y me dirijo hasta allí, hasta donde se encuentra él.

—Max —le tiendo mi mano al llegar a su altura.

—Adrián.

Estrechamos las manos, sin más.

Érika llega y toma asiento de nuevo en su sitio. Se lleva la copa a los labios y nos observa a los dos.

—Somos compañeros de trabajo —explico.

—Es un juez cabrón que me saca de quicio —añade la susodicha sin perder la sonrisa.

Adrián nos observa a los dos sin perder la suya. Cree que lo tiene todo ganado. Definitivamente es superioridad.

—Érika es una frígida —murmullo para que me oigan ambos, pero no lo suficientemente alto como para que me oigan las mesas colindantes.

Abre los ojos como platos y se levanta, enfrentándose a mí.

—¿Quién coño te crees que eres, payaso?

La fiera hace acto de presencia. Y mi león ruge.

—Ya sabes quién soy.

—Eres un gilipollas —me suelta sin pensar.

Todo sucede a cámara lenta. Muy muy lenta. Despacio, me acerco a ella, coloco mis manos entorno a su cara y mi piel arde a su contacto. Nuestros labios chocan. La beso, con intensidad, con pasión, con ardor, con deseo en estado puro. Intento abrirme paso en su boca y ella me lo permite, lo desea tanto como yo, lo sé, lo siento, lo percibo.

No pensamos, dejamos de ser seres racionales para ser fuego en estado puro. Abro los ojos y la observo, muerdo su labio antes de separarme de ella, que sigue con los ojos cerrados.

—¿Quién es el gilipollas ahora? —le pregunto.

—Tú —me responde retomando el control de sus emociones.

Me acerco hasta Adrián y le sonrío.

—Amigo, aquí el único gilipollas que hay eres tú, porque crees que vas a llevarte esta noche a la cama a tu acompañante, y al final vas a terminar haciéndote una paja en el baño.

No dejo que responda, me giro y comienzo a caminar en dirección a la mesa que ocupaba hasta hace un momento, cojo mi chaqueta, que estaba colgada en la silla y me dirijo a la salida tras dejar un par de billetes para cubrir la consumición.

Aquí no tengo nada más que hacer.

Me dirijo al coche y me subo en él. Introduzco la llave en el contacto y Alejandro Sanz me recibe con «Y ¿si fuera ella?». Pues resulta que al final, voy a tener que creer en el destino y en las señales que me envía. No sé si será ella, pero soy consciente de lo que ella me hace sentir y lo que me provoca.

Quizá si es ella.

Quizá...

## Capítulo 9

*¡Mecagüentodo!*

¿Y ahora? ¿Y ahora qué?

—¿Qué ha sido eso?

Vuelvo a tomar consciencia del lugar en el que me encuentro y con quién estoy. No es él. No es Max. Es Adrián.

—Un beso —respondo escueta. Más de lo que debería.

—Ya, pero... ¿qué significa?

—No lo sé.

Y no es un embuste. No tengo ni idea de qué ha sucedido. Discutíamos. Jugábamos al gato y al ratón una vez más. Y pasó... Y me gustó, eso es lo peor. ¿Qué coño me ha pasado?

—Será mejor que nos vayamos —susurro.

—No tenemos por qué...

Y su comentario me hace despertar del letargo que me ha provocado el beso. Puede que Max tenga razón, puede que este chico quiera sexo conmigo y no es malo pensar eso, ¿acaso no venía yo con esa intención también? Puedo ceder, cumplir sus expectativas y calmar el dolor persistente que se ha concentrado entre mis piernas. Podría, sí, pero por otra parte, no quiero hacer algo que tampoco me apetece. Lamentablemente me apetece, pero no con él. Quizá la que termine tocándose esta noche en el baño, sea yo.

—Prefiero irme.

—¿Quieres que te acompañe?

—Te voy a ser sincera: me lo he pasado bien contigo, no ha sido la mejor cita de mi vida, pero por lo menos no eres un bodrio de tío. No pienses que me vas a llevar a la cama esta noche, porque no va a suceder. No me apetece, no voy a buscar excusas. Simplemente no quiero.

—No quieres conmigo, ¿verdad?

¡Vaya, vaya! Si resulta que el Adrián atento, cariñoso y tímido, es todo un personaje. Un actor.

—Pues no. No me apetece contigo.

—Fuiste tú la que decidió aceptar la cita, sabías a lo que venías. —Me echa en cara.

Tomo asiento, con toda la parsimonia del mundo y pongo mi mejor mirada, esa que te dice que como sigas por ahí vas a acabar mal. Y esto..., esto huele a quemado desde muy lejos.

—¿Y a qué se supone que venía? —le pregunto expectante.

—Cena y cama —me responde el susodicho.

—Te has saltado el cine.

—Y tú la cama —me espeta.

—Y ¿sabes que es lo mejor? Y también es por la letra «c». —no dice nada, pero espera mi respuesta ansioso. Puede que piense que le voy a proponer una segunda cita...—. ¡También me voy a saltar la cuenta!

Me incorporo y me marchó. Menos mal que cada uno ha venido por su lado, cogeré un taxi. Al fin y al cabo, pensaba irme con él.

Saco mi teléfono del bolso y escribo a las chicas.

Érika:

Mañana Karaoke. Es importante.

No contestan, pero tampoco lo espero. Entiendo que están cenando los cuatro y viendo las interminables fotos pastelosas de Mar y su viaje de novios.

Cojo un taxi cerca de la Plaza de España y le doy la dirección de mi casa. Veo que tengo varias llamadas perdidas de mi hermano. Y las debo devolver, no me apetece, pero es lo lógico.

Son poco más de las once de la noche, por lo que es mejor ahora. Le doy a la rellamada y comienza a dar tono.

—Érika. —La voz seca de mi hermano me da pistas. Está mosqueado.

—¿Me has llamado?



—Hace rato, ¿dónde estabas?

—Cenando.

—Para cenar sí tienes tiempo, ¿verdad?

—Ahora me vas a decir que tú no cenas, ¿no? El chico de una única comida al día —ironizo.

—No me cuentes milongas. Esta tarde me ha llamado tu madre para decirme que no has llevado el gato al veterinario.

¡Otra vez con el jodido gato!

—No, no lo he llevado. —¡Qué chivata es!

—¿Por qué?

—Porque estaba trabajando. Mi trabajo también es importante —le explico.

El taxista mira por el retrovisor del coche. Me observa y sonrío.

—Es mi hermano —le digo—. Mejor se mete en lo suyo porque no va a haber ninguna pelea de novios.

El susodicho agacha la cabeza, avergonzado.

—¿Qué haces? —Es más que probable que lo pregunte porque ha oído lo que le he dicho al taxista.

—Regreso a casa en taxi. He salido a cenar.

—¿Has ido con las chicas?

—No.

Se hace el silencio.

—¿Con quién has ido? —me pregunta con voz tosca.

—¿Tú no llamabas para hablar del gato?

—¿Con quién has ido? —repite aún más severo.

Este es el cromañón de mi hermano Daniel. Ni más, ni menos.

—Con un chico. Y no pienso decirte nada más.

Lo oigo bufar al otro lado del aparato, pero me da exactamente igual.

Hemos llegado a mi casa hablando. El taxista me dice el importe del trayecto y le tiendo un billete. No le dejo el cambio como propina, bastante ha tenido con el *show* que le he dado, ¡si hasta le he alegrado la noche!

A veces creo que mi hermano tiene doble personalidad. Siempre nos hemos llevado a matar; discutimos, nos burlamos uno del otro y hasta nos dejamos de hablar si la ofensa es muy grande. Pero luego, en ocasiones, se comporta como un verdadero hermano mayor y se preocupa por mí. Lo que yo digo, doctor Jekyll y mister Hyde.

—Que sepas que tu madre te va a quitar la palabra hasta Navidades. —Mi hermano intenta que me sienta culpable. Lástima que no lo consiga.

—¡Qué pena! ¡Mira cómo lloro! —Me quedo en silencio, incluso me toco los párpados, pero lo único que consigo es mancharme los dedos de rímel.

Nota mental: la próxima vez utilizar *waterproof*.

—Érika, es una llamada de teléfono, no una videoconferencia.

—Pues también es verdad —admito—. En fin, que el gato me la suda, y lo que pueda pensar tu madre también. Algunas tenemos vida propia sin necesidad de joder a los demás.

—No deberías hablar así de tu familia.

—¿Familia? —le pregunto atónita—. Para mí la familia es mucho más que esta farsa que tenemos. No me vengas con historias, Daniel, que sabes que esto no es una familia.

No quiero entrar en polémicas ni discusiones sinsentido, porque hablar de este tema lo es. Lo es porque Daniel piensa de una manera y yo no comparto su forma de ver las cosas. Mi padre siempre ha sido una persona que pasa desapercibido en mi vida, nos saludamos y de vez en cuando, con suerte, compartimos alguna conversación banal, que en el ochenta por ciento de los casos, termina en discusión porque yo tengo una manera de pensar completamente opuesta a la suya. Con respecto a mi madre, su carácter se asemeja al de una niña pequeña: «si no haces esto, me enfado». Y lo peor de todo, es que no me siento para nada valorada.

He luchado muchísimo por estar donde estoy, por ser quien soy y llegar a donde he llegado. He trabajado duro para ello y nunca he obtenido por su parte una palabra de aliento. Y lo peor, es que mentiría si dijese que no la necesito o que no la quiero, porque es irreal. Me encantaría que hubiesen estado en mi graduación, que tuviesen tiempo para llamarme con la simple intención de saber cómo estoy y no porque quieran un favor. En esta vida lo que das, recibes, y creo que el karma se encargará de poner a cada uno en el lugar que nos corresponda.

Me he despedido de Daniel y he colgado sin más. Me siento exhausta, es viernes y ya el cuerpo está de otra manera, pero no es solo eso, es que la realidad te golpea en la cara y te das cuenta de algo que prefieres esconder día sí y día también bajo la alfombra, y es que me siento muy sola.

Alma tiene su vida, tiene a Jaime y a Candela.

Mar tiene su vida, tiene a Gerard.

Hasta hace nada, éramos tres, éramos un tándem perfecto y nos necesitábamos, pero creo que ya no es así. Creo que ya no me necesitan, no como antes, no de esa forma.

Mejor no pensar más.

Oigo sonar mi teléfono desde la ducha. He necesitado meterme y que el agua caliente mi cuerpo. Caliente... Sus labios acuden nuevamente a mi cabeza, la forma en la que me sujetó, con firmeza y seguridad, cómo tomaba de mí lo que quería... me asusta, me asustan las respuestas de mi cuerpo. Mi cabeza me dice que no debo, pero mi cuerpo reacciona por sí solo.

Me pongo las braguitas y mi albornoz de corazones y voy en busca del teléfono.

Mar:

¿Cómo te ha ido?

Me tumbo en el sillón, con las piernas estiradas.

Alma:

Seguro que está follando.

Mar:

¡Mira el vídeo que me han enviado!

Adjunta un vídeo y le doy al *play*.

En la pantalla aparece un tío. Con muy poca ropa. Está en un escenario y se quita los calzoncillos. La música acompaña la sensual escena.

Mis ojos se abren como platos cuando comienza a balancearse y de entre sus piernas sale un tremendo manubrio.

Érika:

¡Joder! He tenido que darle al *pause*.

¿De dónde coño has sacado ese vídeo, Mar?

Mar:

Sabía que te iba a gustar, jaja

¡La leche! Continúo viéndolo. El susodicho, que perfectamente puede ser una gamba de tío porque el descomunal tamaño de su miembro me tiene absorta, se gira y se queda de espaldas. La faldita que lleva se le remanga y comienza a agacharse con un sensual contoneo. Una vez abajo, vuelve a moverse y se le balancea cual badajo de una campana.

Érika:

¡Madre mía que le roza el suelo y puede barrer con ella!

Alma:

¡Bruta! Jaja.

Érika:

Eso parece una estaca.

Sigo en *shock*.

Te digo ya que no la llena.

Mar:

No creo, será medio pollaboba.

Alma:

Pues a mí si no llena,

no me gusta.

Érika:

Jajajaja.

Mar:

Jajaja.

Érika:

Este vídeo tendré que verlo varias veces más.

Y analizarlo, jaja.

Mar:

¡Esta noche soñaré con el badajo!

Alma:

Yo intentaré jugar con uno, jaja.

Érika:

No empecéis que estoy sola en casa.

Alma:

¿Te ha ido mal?

¿Me ha ido mal? Ese beso no se puede considerar malo...

Érika:

Mañana os cuento.

Mar:

¿Salimos al final?

Alma:

Por mí, sí.

Mar:

Yo también puedo.

Érika:

Pues nos vamos de karaoke.

Alma:

Concretamos mañana. Voy a la cama.

Mar:

Y yo. Buenas noches.

Érika:

Buenas noches, chicas.

Me desconecto y me voy directa a la cama. Necesito descansar y dejar de rememorar sus besos. No me puedo permitir caer en sus redes. No puedo permitir que esto continúe.

No suena el despertador, no me molesta la luz, no oigo ningún ruido que me distraiga. ¿El resultado? Duermo como una marmota hasta las doce de la mañana —o de la tarde—.

Me levanto tambaleándome. No he bebido nada, anoche me limité a beber Coca-Cola, no me apetecía estar ebria con un tío al que no conozco. Mis sentidos tenían que estar alerta. Y si tenía que follar con él, por lo menos enterarme si lo hacía bien o no.

Me preparo un café y me dispongo a vagar lo que queda de día. Sé que le dije a Lili que iba a buscar varios presupuestos del perito social y adjuntárselos por correo, pero no me apetece nada hablar con Max. Lo conozco lo suficiente como para saber que es un hombre de palabra. En realidad, no lo conozco tanto, pero no me da esa sensación. ¿Será por sus besos?

Suena el timbre de mi puerta. No espero visita. Sigo en bragas, despeinada y sin ganas de vestirme.

—¡Un momento! —exclamo.

Me dirijo a mi habitación y me pongo una camiseta de publicidad. Es tres tallas más grandes que la mía, pero me gustan esas camisetas largas que funcionan como vestido para andar por casa. Es eso, o salir en tetas.

Giro la llave y abro con cuidado. Es una de mis manías, cerrar todas las noches con llave, no vaya a ser que se cuele el hombre del saco.

—Buenos días.

Ante mí hay un repartidor de MRW, con una caja en sus manos.

—Buenos días —respondo.

El susodicho me mira las piernas con descaro.

—Mi cara se encuentra un poco más arriba —le digo.

Vuelve a centrar su vista en mí y entiendo que es mejor mirarme las piernas que la cara de «loca de los gatos» que debo tener en este instante.

—Esto es para usted —me dice aun ruborizado—. Debe firmar aquí.

Me tiende la carpeta donde tiene los papeles con las entregas y me señala un recuadro minúsculo donde pretende que firme.

No entiendo la manía que tienen todas las empresas de entregas, bien sean públicas o privadas, de que firmemos en un recuadro en el que no cabe ni tu nombre completo, imagínate tu firma y tu DNI. Por supuesto que lo hago, ahora bien, que lo lean y los descifren y si no, que se replanteen el sistema.

Le devuelvo la carpeta y el bolígrafo y el chico me da la cajita.

—Gracias —me despido sin más y cierro la puerta.

La dejo encima del mármol de la cocina y corro a buscar el teléfono, le saco una foto y la envío al comando. «Entrega temprana», les escribo.

Me dirán que de temprana poco, pero no me importa. Yo soy de buen dormir, de dormir mucho y bien, además. Dicen que no hay mejor colchón que una conciencia tranquila, voy a tener que poner esto en la Constitución Femenina porque todas nuestras frases son un tanto erótico-festivas. Lo propondré en el pleno de esta noche.

Estoy impaciente por abrirlo y saber qué hay. Es una caja pequeña, blanca, con lunares verdes, sin logo. Tiene un lazo del mismo color que los lunares. Es muy cuqui, a Alma le encantaría.

Deshago el lazo y el nudo y la abro con cuidado. No creo que nadie se vaya a tomar la molestia de envolver una bomba de esta manera, pero por si las moscas...

No. No estoy preparada para esto. Doy varios pasos hacia atrás y dejo el contenido dentro de la caja.

—¡Mierda!

Me voy a mi habitación de nuevo. Me pongo unos vaqueros cualquiera, una camiseta y un suéter. Me peino y cojo una gorra. Mi bolso está en la entrada y

meto la cartera dentro y el móvil. Cojo las llaves del coche y me encamino hacia la puerta.

Me giro de nuevo y saco mi teléfono. Le saco una foto y me giro. Necesito salir de aquí.

En el coche, y con el manos libres puesto, llamo a Jaime.

—¡Buenas tardes!

—Jaime. —Mi voz suena rara.

—¿Qué pasa? —La suya ahora suena alarmada.

—Nada. ¿Podemos vernos? ¿Estás con Alma?

—Alma ha ido a casa de sus padres, yo me he quedado para revisar unas cosas de trabajo.

—¿Podemos vernos? —repito.

—¡Claro! ¿Vienes a casa?

—Prefiero ir a otro sitio.

—¿Au Revoir?

—Voy de camino.

Llego primero que él. Lógico, teniendo en cuenta que iba de camino según hablábamos por teléfono.

Alberto se acerca y me observa, con mirada analítica.

—¿Una mala noche?

—Una mala mañana —le explico.

Pido un barraquito y me quedo aquí, quieta, esperando, sin saber bien qué hacer, qué decir y, por encima de todo, qué pensar.

Jaime abre la puerta del local y hace un barrido con la mirada. Me ve y se acerca sonriente.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le cuestiono.

—Tu cara. Parece que has visto un fantasma.



No va muy desencaminado.

Le doy un sorbo a mi bebida mientras llega Alberto para tomar nota de lo que quiere Jaime.

—Espero que no tuvieras mucho curro. —Me doy cuenta de que prácticamente ha dejado todo para venir a ayudarme.

Luego hablamos de la familia de sangre y de la familia que elegimos, en una balanza, ¿cuál es mejor? En mi balanza queda más que claro.

—Tranquila. Tengo entendido que esta noche vais a salir, así que aprovecharé el silencio y que Candela duerme como una bendita para continuar.

Asiento y juego con mis manos. Son los putos nervios. Odio sentirme así, no tener el control de todo.

—¿Qué pasa?

Introduzco el patrón de desbloqueo en mi teléfono y busco la foto en cuestión. Lo acerco para que quede a su altura y lo vea.

—¡Ah! Sí, muy bonito y apetecible —me suelta.

Pongo los ojos en blanco. Es Jaime, no Alma y Mar, él no tiene ni puñetera idea.

—Es una magdalena —le explico.

—Hasta ahí llego —me suelta.

—Tenía que haber llamado a tu mujer o a Mar, ellas saben de qué va el rollo.

Jaime alza los hombros.

—Te he llamado a ti porque necesitaba tu opinión.

—Quizá si me explicas de qué va toda la historia...

Alberto trae su refresco y se marcha sonriendo.

—No es una simple magdalena —le explico—. Es la misma magdalena que me hacía Mad, la madre de Josh.

—¿Ese es tú amigo? ¿Del que hace tiempo que no sabes nada?

—Exacto. Le he seguido escribiendo a pesar de no que no he recibido respuesta alguna.

—¿Por qué?

Eso mismo digo yo... ¿Por qué?

—Supongo que, porque en el fondo, espero que algún día me responda. Nuestra amistad es muy especial. Fue muy especial. Durante muchos años él fue mi ídolo, mi salvador, en todos los sentidos. Fue mi familia y mi primer amor.

—Me gusta la Érika que tengo delante de mí.

Alzo la mirada y me encuentro con la suya. Ahora, este hombre que está sentado aquí, frente a mí, es parte de lo que soy. Desde antes de vivir con Alma, comenzó a significar para mí algo, más allá que la pareja de mi amiga. No me malinterpretéis, no siento nada carnal por Jaime, es muy guapo, pero no es eso lo que me despierta. Me despierta ternura su empatía, su forma de comportarse con nosotras tres, es como bien ha dicho Mar en alguna ocasión, nuestro hermano mayor.

—Esta Érika a veces tiene miedo de salir. Porque la hace débil.

—No —sentencia—. La hace débil querer esconderse tras una máscara.

—Yo soy muchas cosas, Jaime, no solo soy una mujer directa, también tengo sentimientos.

—Los que te conocemos, a los que de verdad nos importas, sabemos que es así. Pero también sabemos que es fácil esconderse tras una máscara de indiferencia o tras respuestas astutas.

—¡Oye! ¡Que a mí me gusta mucho ser así de chula y borde! —bromeo.

—Y a nosotros nos encanta que lo seas, pero también nos gusta saber que, tras toda esa perspicacia, hay una chica que sabe ser empática y que tiene corazón y le duelen las cosas.

—¡Hasta feo estaría que no me dolieran!

Por los altavoces del Au Revoir comienza a sonar Tómate la vida, de «El

Sueño de Morfeo». Tiene razón, lo mejor es vivir, vivir lo que nos llegue y como nos llegue, arriesgarnos y tropezar, porque es mejor caer por haberlo intentado que mantenerte sentado en una vida que no te llena.

Está claro que nuestras decisiones, nuestras palabras y nuestros movimientos hacen que seamos quienes queremos ser, que estemos donde queremos —o no— estar. No soy una persona que cavile mucho las cosas que hace, a veces, las hace sin más, porque lo pide mi cuerpo, porque lo necesito. Y eso, todo eso, me ha traído hasta donde me encuentro hoy. Días buenos, días peores, más tristes o más optimistas.

Al final, la realidad, es que no todos somos lo que parecemos. Cada persona se pone una máscara y a veces, interpreta un papel: la indiferencia, el conformismo, la felicidad, la falta de confianza, los miedos... Y normalmente, la máscara contrarresta lo que de verdad llevas dentro.

Yo, por ejemplo, muchas veces utilizo la ironía y el sarcasmo para ocultar que no siempre soy feliz. Que a veces me siento sola, que tengo una familia que no me quiere como me gustaría, que soy un fracaso sentimental y que mi madre no para de decírmelo.

Las palabras que los demás nos dedican, a veces hacen mella en nosotros. Pero ¿sabéis qué? Que al final, todo está en nuestras manos; pueden intentar hacerte daño o hundirte, pero si no quieres que lo hagan, si realmente quieres ser feliz..., nadie lo logrará, porque el amor por uno mismo y la voluntad por conseguir estar donde queremos estar, impera por encima de la negatividad. Solo es cuestión de llenarnos de positividad e irradiarla al resto del mundo.

—¿Ya le has pedido a Alma que se case contigo?

—No —confiesa—. Al final resulta que tengo miedo a que me diga que no. Ella ha estado casada... No creo que la idea le haga especial ilusión.

¡Qué ganas de reírme de él! Debo controlarme, lo sé.

—Conozco a Alma desde hace mucho, Señor Paella. Estoy convencida de que no dudará. Te dirá que sí.

—¿Tú crees? —pregunta con esperanza en los ojos.

—No tengo duda. Otro tema muy distinto es el tener hijos —me burlo.

—Yo quiero un Romen en mi vida.

—Tú sí, pero... ¿Y ella?

—Ya veremos. —Lo deja en el aire, está muy convencido, pero después de ver cómo lo ha pasado mi amiga, yo no lo tengo tan claro.

## Capítulo 10

Regreso a casa tras haber hablado con Jaime. Me siento mejor, más tranquila, aunque mis dudas siguen ahí, rondándome como culebrillas.

Al final, mi plan de estar todo el día tumbada a la bartola viendo *Pasión de gavilanes* en Nova se ha ido al traste. Ahora me ha dado por ver telenovelas, los hermanos Reyes me tienen loca perdida. En fin..., me da por esas cosas. Aunque mi verdadera locura es Juego de Tronos. Os dije que era una friki y que en algún momento hablaría de ello, pues ¡ese momento ha llegado! Descubrí esta serie casi que por casualidad. Lo típico; oía a todo el mundo hablar de ella y yo me negaba a verla. ¡Sí, claro! Como si las masas lograran llevarme en la dirección que ellos querían. Pues escupí y me cayó encima. Decidí ver el primer capítulo, solo para demostrar al mundo y a mí misma que iba a negarme en redondo a verla... ¡maldita la hora! Me vi la primera temporada en una noche. Los lobos me ganaron, ¡hasta me planteé tener uno! Y luego —llegados hasta aquí, si no has visto la serie te voy a joder viva/o— cuando le cortaron la cabeza a Ned Stark juro que tuve que seguir solo para saber si todos ellos caían en algún momento... ¡Y vaya si cayeron! Desde entonces ha sido un no parar; he visto todas las temporadas que hay, tengo una libreta, una camiseta, una taza y un vinilo en mi habitación. Muy fan. Muy *troll*.

Al final me caliento en el horno una lasaña precocinada. No he prestado casi atención al teléfono y la magdalena sigue encima del mármol de la cocina. Me acerco a ella tras programar la cocción de lo que supuestamente será mi almuerzo-merienda.

Decido mandar una foto a las chicas y poner en el mensaje «WTF<sup>4</sup>».

Acerco una butaca hasta el lugar donde sigue mi magdalena. Lo mejor es sacarla de la caja, y eso es lo que hago. Me dedico a contemplarla como si fuese una maravillosa obra de arte. El papel es blanco, con lunares verdes. La magdalena tiene una pinta deliciosa y esponjosa. Y encima está cubierto de merengue y corazones verdes. Será posible...

Mi cabeza funciona a mil por hora, los engranajes se mueven muy rápido y

corro a mi habitación, a buscar un papel y un boli donde poder escribir. Necesito preguntarle. No ha contestado a ninguna de mis cartas, pero recibo esto y no sé qué significa. Nadie sabe el significado de este dulce, nadie salvo nosotros y las chicas, pero ellas no cuentan.

El pi, pi del horno me avisa de que mi lasaña está lista. Saco el embalaje en el que venía congelada y lo deposito encima de la vitrocerámica, con suerte, se irá enfriando.

Inspiro profundamente y expiro todo el aire con el que acabo de llenar mis pulmones. Sitúo el bolígrafo encima de la hoja y doy rienda suelta a mis emociones.

Querido Josh:

Siempre comienzo las cartas de la misma forma, pero es que es inevitable, porque en mi mente sigues siendo ese niño maravilloso que limpiaba mis heridas y me llevaba de la mano a casa en busca de una magdalena de esas que tanto me gustaban y que tu madre preparaba.

Hoy he recibido una. No hay nota, no hay carta, pero está ella. Me ha transportado a la infancia, años, muchos años atrás, cuando sus olores inundaban nuestras fosas nasales y nos llevaban en busca y captura de una. Jamás faltaron en nuestras meriendas y siempre te preguntaba si tendría esos corazones que tanto me gustaban y que solo tu madre tenía. Al final, la vida me ha enseñado que tu madre no solo poseía en su alacena una caja de corazones verdes, sino que guardaba en su interior uno que latía sin parar. Uno de verdad.

No sé si esto es una señal que me mandas, como muestra de que sigues ahí, que tienes un hueco aun para mí, voy a interpretar que sí, puesto que nada más le acompaña.

Te diré lo que voy a hacer. La voy a sujetar entre mis manos, la voy a llevar hasta mi nariz, la oleré, comeré varios corazones de azúcar y le daré un bocado tremendo con los ojos cerrados. Pensaré en ti, en Mad, en Josh y en Robert. Pensaré en ti una vez más, como todos los días. Como siempre.

Un beso.

Érika.

Y lo hago. Lo hago incluso antes de devorar esa lasaña que sabe a cualquier cosa menos a lo que debe saber. Lo hago con determinación. Con cariño. Con recuerdos. Con sabor a pasado, a presente y quizá, a futuro.

Decido vagar bastante antes de meterme en la ducha y prepararme para salir con las chicas. La magdalena me ha sentado de maravilla, porque me he

quedado muy relajada. He visto una peli de esas ñoñas, follaban y todo, pero yo estaba más que relajada. Me resbalaba todo, ¿será la magdalena o seré yo?

Me he vuelto a meter en Meetic, no será porque no sea persistente, el que la sigue la consigue, y yo tengo intención de llevarme a alguien a la cama. He visto un par de tíos que me gustan, no puedo decir que encajen conmigo, porque yo soy muy mía y no me persuaden fácilmente.

Vestido negro de vuelo, zapatos negros de cuña, pelo planchado —cuanto me alegro de tenerlo corto—, labios rojo pasión, máscara de pestañas, en fin..., toda esa parafernalia que utilizamos algunas mujeres cuando salimos. Yo soy de encantos naturales y no me hacen falta potingues para ligar, pero salgo con Alma y Mar, y ellas se maquillan, luego yo parezco la rara. Sobre todo, Alma, que es la más cuqui de las tres, lo sabéis, ¿no? Que ya la conocéis. Aquí cada una tiene lo suyo. Como la vida misma...

Salgo de casa y veo que mi querido amigo chino, Cham Cham, está abierto. No pierdo nada por hacerle una visita, ya no por joder, sino que al final le tengo cariño y todo al jodido.

—Buenas noches, amigo chino.

—¡Otra vez tú!

—No percibo entusiasmo en tus palabras, Cham Cham. Soy tu mejor cliente, por lo menos podrías intentar demostrar cierto aprecio.

—*Clienta* pesada —me suelta sin ponerse rojo.

—Pesada o no, pago. —No te jode, si al final voy a tener que retirar eso de que le he cogido cariño.

Me doy una vuelta por la tienda, haciendo tiempo hasta que den las nueve. Hemos quedado en casa de Alma, cogeré un taxi porque no me apetece ir en tranvía y caminar hasta llegar. A casa de Mar ni me planteo ir primero, porque debe estar follando con el Panini. Esos siguen en la luna de miel. Escocida debe estar. Fijo que la veo caminar como si tuviera dos estacas por piernas.

Me acerco a uno de los estantes que hay cerca del mostrador y cojo un bote entre mis manos.

—Estoy segura de que esto, Cham Cham, no ha pasado las revisiones de la

UE. ¿Sabes que te podrían demandar por vender este tipo de artículos si alguien sufre una urticaria o algún tipo de reacción alérgica?

Mi amigo chino pone cara de pasmo. Infarto en tres, dos, uno...

—Te *legalo tles* —me dice.

—Cinco —le pido—. Y porque soy buena amiga.

Murmulla algo en ese idioma en el que nadie entiende, salvo los chinos, y cada vez son más. Nota mental: estudiar chino.

—Cinco bien —cede.

—En realidad solo quiero uno. Si me va bien, vengo a por los otros cuatro. Apúntalo, no se te vaya a olvidar. Aunque bien pensado, los chinos tenéis buena memoria.

Ni me contesta. Amigos para esto... ¿Quién quiere enemigos teniendo amigos así? Esa frase es muy típica, a mí me va más el rollo de «con amigos así, mejor un bardo de zarzas que por lo menos da estiércol». Eso sí que es un eslogan y lo demás es tontería. ¡Hala! Ya he repartido sabiduría y ¡gratis! Eso que os lleváis.

Al final con la tontería del chino, no me da tiempo de pasar por casa, decido ir directa a casa de Alma y guardar el bote de crema depilatoria en mi bolso. Menos mal que yo no usos esos minibolsos que usan mis amigas. Yo soy más de los convencionales, de esos que son grandes y te permiten llevar la cartera, el móvil, las llaves, condones, lubricante, un martillo, el taladro y la batidora. Ser precavido se le llama a eso, puede surgirte una emergencia, pues yo que sé cuál..., tener que colgar un cuadro, poner un perchero o hacerte un zumo de frutas. Por suerte no he traído el taladro, así que me cabe el bote de crema depilatoria. Y tras el *bricoconsejo* del día, me voy a casa de Alma.

Jaime me recibe como si no nos hubiésemos visto hace unas horas.

—Pídeselo esta noche —le susurro antes de entrar y sin que mi amiga nos oiga.

—No, ¡joder! Muy precipitado.

—¡Que no! —exclamo—. Me la llevo, dejas a Candela con los abuelos, vas a dar con nosotras al karaoke, pides una canción pastelosa, te la llevas y



follas toda la noche como un campeón.

—¿Esto se te ha ocurrido en un momento?

—Aquí, sobre la marcha. Soy un diamante en bruto. Organizadora de eventos tendría que ser.

—Bruta es lo que eres un rato —bromea mi amigo.

—Si al final te lo piensas y te animas, me mandas un wasap.

Me abro paso y me dirijo hasta el salón. Tampoco quiero que mi amiga sospeche.

—¡Qué asco me das! —le digo desde que la veo.

—¡Un saludo único! —replica mi amiga.

Básicamente, está hecha un pincel, guapa de cojones.

—Así no se me va a acercar ningún maromo esta noche. Tú tienes con quién follar, yo no. —Acompaño toda esta frase con unos ojitos de gatito desvalido y abandonado.

—Enseña más las tetas —me recomienda.

—Dijo la pequeña princesita.

Mi amiga se mea de risa y yo también, para qué negarlo.

—¿Mar no piensa venir?

—Está follando seguro —garantizo.

Suena el timbre y ambas giramos la cara.

—Va Jaime —murmulla Alma.

Voy hasta la pequeña cunita en la que está Candela. ¡Es una mezcla perfectísima de los dos! Rubia de ojos verdes, blanca de piel, como ellos dos, y muy risueña.

—¡Más vale que preparéis la escoba!

—Un rifle me pienso comprar —dice Jaime nada más llegar al salón.

—Lo siento, llego tarde —se disculpa Mar.

—Tenías que haber empezado a copular antes —le aconsejo.

—Esas cosas simplemente surgen, perra canela.

—¡Te dije que estaba follando! La próxima vez apostamos —me quejo.

—Ni de coña —contesta Alma.

Y no lo haremos jamás, porque nos conocemos tan bien, que sabemos lo que hace la otra, como se siente la otra o lo que puede pensar la otra. Y con otra, hablo de las tres, porque somos tres en todos los sentidos. Diferentes pero iguales y con crisis, muchas, muchísimas, pero que se resuelven si se pone de nuestra parte.

Sucede hasta en las mejores familias. Las personas discutimos, todas, y quien lo niegue ¡miente! El quid de la cuestión está en darle importancia a lo que lo tiene, darle valor a lo que realmente lo merece y luchar por lo que es valioso.

Llegamos al karaoke, nuestro ya conocido centro de operaciones, un rato después. Al final, terminamos cenando en casa de Alma. Jaime prepara unas paellas de vicio y tenían un queso por allí rondando que no me he podido llevar, no porque no tenga hueco en el bolso, que esta noche no he traído la batidora, sino porque olería a queso y sería el centro de las miradas, ¿os imagináis? Todo el mundo buscando al portador del dichoso olorcito, jaja, bien pensado, tendría que haberlo traído, solo por ver las caras y ponerme yo también a disimular, señalando con la cabeza a otro cuando alguien fijase la vista en mí. ¡Tronchante!

—Anoche dijiste que era importante el karaoke de esta noche. —Alma saca el tema en cuestión, es más lista...

—Dije que era importante, por vernos y eso... —Intento restarle importancia. Ahora, no me parece tan buena idea esto de confesar mis pecados, sobre todo, porque las conozco tan bien, que sé que están a la caída para devolverme todas esas veces que hice de abogada del diablo con ellas y sus situaciones sentimentales.

Que, en realidad, no hay nada sentimental que contar, pero claro... dales cualquier excusa y será motivo de guillotina. ¡Que le corten la cabeza! Decían *Alicia en el País de las maravillas*... Pues algo así me espera a mí.

—A nosotras no nos la cueñas.

—¿Por qué me conocéis tan bien? ¡Joder!

—Pasamos demasiado tiempo juntas —explica Alma.

—¡Mentira! —exclamo yo con convicción.

—Hablamos demasiado. —Eso sí es cierto—. Ahí tengo que darte la razón —cedo.

—¿Empiezas o tenemos que someterte a un tercer grado?

—¡Oye! Que aquí la abogada soy yo —bromeo.

Ambas se quedan en silencio, cruzadas de brazos. Saben que intento ganar tiempo ¡perras canelas!

—Vale. —Ceso en mi intento por escabullirme, al fin y al cabo, fui yo la que decidió comentarles lo que sucede—. ¿Por dónde empiezo?

—Por el principio —dicen al unísono.

—Tenemos varios temas importantes que tratar. Teníamos pendiente un tatuaje, si no me equivoco —contarlo, lo contaré, pero no es malo hacerlas sufrir.

—¡Es verdad! —exclama Alma.

—Mejor pedimos nuestras bebidas primero, que para hablar de agujas, tatuajes y ese tipo de cosas que duelen, mejor tener bebida que mitiga el dolor.

—Cava Jopard. —Lo tengo claro, es mi bebida.

—Ron Arehucas-Cola y, ¿tú? —le pregunta Mar a Alma.

—Martin Miller's y tónica —contesta la susodicha.

En esta ocasión, voy a la barra yo y las dejo a ambas allí sentadas, criticándome seguro. No tanto..., pero hablando de mí y haciendo elucubraciones seguro.

Me atiende una chica maquillada como una puerta, con las tetas por amígdalas y seca como un esparto, seguro que es porque tengo vagina y no pene.

—Ron Arehucas con Coca-Cola, Martin Miller's y Cava Jopard. —  
Tampoco me apetece ponerme la nariz de payaso para pedir nuestras bebidas.

La veo desenvolverse con seguridad tras la barra. Siempre he admirado a esas personas que trabajan en el mundo de la noche, sea cual sea su función. Debe ser muy difícil cambiar tus horarios. Trasnuchar siempre, dormir de día... Eres un vampiro en el mundo real. De verdad que es admirable.

Me entrega las copas y le muestro mi mejor sonrisa, solo por eso se la merece. Ella me la devuelve, si al final nos hacemos unas ideas sobre la personalidad de los demás y no siempre son reales. Creemos saberlo todo y no sabemos nada.

—Aquí estoy. —Poso las tres copas encima de la mesa que no se bien ni como he llegado hasta aquí con ellas llenas, o vivas—. El sitio esta noche está a rebosar.

—Se está poniendo de moda el karaoke —dice Alma.

—La gente está perdiendo la vergüenza —añado.

—Y el sentido del ridículo —murmulla Mar con convicción, mirando al chico de barba poblada cual nido de pájaros, que hay en el escenario.

—En fin, hace meses... —comienzo.

—Más de un año —apostilla Mar.

—Más de un año —rectifico antes de darle un largo sorbo a mi copa de cava—, hablamos de hacernos un tatuaje.

—Un infinito —dice Alma.

—Con tres corazones —añade Mar.

—¿Me vais a dejar hablar? —me quejo.

Ambas, como hacemos siempre, hacen el gesto de cerrarse la boca con una cremallera.

—Dijimos —comienzo a narrar de nuevo— que nos haríamos un tatuaje. Por lo que significa nuestra amistad y eso.

Ahora que lo estoy contando, no me siento tan segura, básicamente, porque

ya no es lo mismo, somos tres, pero ya no solo nosotras, cada una tiene su vida, aunque yo no quiera terminar de verlo.

—¿Y esa cara? —me pregunta Alma.

—¿Qué pasa? —cuestiona Mar—. Si ya sabíamos que algo pasaba, nos conocemos.

—No pasa nada —me defiendo.

—Empiezas contando que nos tenemos que hacer un tatuaje, que hace más de un año que lo hablamos, ¿y luego te desinflas como un globo al terminar? —duda Mar.

—Definitivamente algo pasa. ¡Estás rara! —finaliza Alma.

¡Que baje Dios y lo vea! Para que luego digan que los lazos de sangre son los que unen. ¡Un mojón!

—Llevo días dándole vueltas a un pequeño asunto. —Se han vuelto a cruzar de brazos y siguen observándome con esa mirada analítica que solo ellas saben poner, yo si lo intento, quedo bizca—. Ya no somos tres.

—¡Porque tú lo digas! —Alma es la primera en interrumpirme, Mar permanece callada, espera a que termine mi discurso.

—No lo somos, vosotras tenéis vuestros maridos, y tú una hija —digo esto último señalando a Alma.

—Érika, déjate de estupideces —me corta Mar—, las cosas son como queramos que sean.

—Está claro que si queremos que nuestra relación se enfríe y sea una más, lo será, pero si ponemos de nuestra parte por hablar, vernos y compartir momentos, por pocos que sean, no tenemos por qué caer en el olvido.

—Yo siento que cada vez tendremos menos tiempo —prosigo.

—Compartiremos otros momentos y con otras personas.

—¡Yo estoy sola! —ya lo digo indignada, porque realmente me siento así.

—Quizá estás sola porque quieres estarlo —me pincha Mar—. Porque no nos cuentas lo que sucede, es tan sencillo como que, si no hablas, no

sabremos. ¡No somos adivinas!

Y tengo que callarme porque tiene razón. Nos podemos conocer, podemos saber que algo sucede y nos preocupa, pero si no lo expresamos, si no lo decimos abiertamente, no se puede solucionar.

—Lo que está claro, es que callarse las cosas y dejar que se hagan una bola no es la solución —añade Alma.

—Yo no soy de hablar y contar cómo me siento.

—Pues deberías aprender. —Toma directa de Mar.

—Tampoco es que sea fácil hablar contigo —le suelto—, no razonas.

—Le dice el cazo a la sartén —continúa ella.

—¡Haya paz!

Alma siempre media entre nosotras. Dice que es porque Mar y yo tenemos caracteres muy parecidos, pero yo no lo tengo tan claro. Yo creo que es porque somos distintas, pensamos distinto y ambas tenemos ese punto en el que nos cerramos y nos obcecamos en algo y para que razonemos cuesta ¡dios y gloria! ¡Vaya! Pues hoy me ha dado por nombrar a Dios, con lo poco católica que soy yo.

Y si analizo esta última frase, ¿cuál es la conclusión? Pues que parece que sí, que nos parecemos bastante, ¡mátame camión!

—Creo que ninguna de las que estamos aquí —persiste mi amiga Alma— queremos perder lo que tenemos.

—Yo no —dice Mar.

—Yo tampoco —declara Alma.

—¡Joder! Ni yo.

—Comenzamos por un tatuaje y terminamos resolviendo una crisis mundial —bromea Mar para romper la tensión.

—Estas cosas se resuelven en el Au Revoir, desde siempre —se mofa Alma.

—Hemos resultado algunas en el karaoke, por eso es nuestro centro de

comando.

—Amén —dice Alma.

—¡Y joder con el amén! —se queja Mar.

—¡Oye! Que hacía mucho que no lo decíamos —me burlo.

Nos reímos, porque no hay mejor terapia que la risa, que sonreír abiertamente, que ser nosotras mismas y no dejar que nada nos afecte o nos destruya, porque somos más fuertes unidad y porque tenemos que estar donde quereos estar y con quien queremos estar. ¿El resto? Pues al resto que le den por el culo. Y sí, puede que esté feo, que esté mal, pero nuestro artículo doce de la Constitución Femenina ya lo dice, que las mejores decisiones que hay en la vida, van acompañadas de un «a tomar por el culo al final», y hablando de Constitución Femenina...

—Se me ha ocurrido incluir un nuevo artículo en la Constitución Femenina —confieso.

—¿Cuál?

—Creo que hay que poner que «no hay mejor colchón que una conciencia bien tranquila».

—¿Y eso por qué? No es divertido —se queja Mar.

—Pero es real —me defiende Alma.

—Yo creo que hay que hacerle alguna reforma, si no, mi voto será negativo.

—Pero explica a qué viene eso —esta vez es Alma la que lo pide.

—Pues porque es así. Estos días he tenido problemas con mi familia.

—¿Qué te han hecho esta vez? —me dice Mar.

—Nada nuevo. —Al final, les hago un resumen sobre la llamada de mi madre y la de mi hermano y mi negativa a llevar a Robin al veterinario.

—¡Que lo lleve Batman! No te jode —Mar lo dice bromeando, pero me doy cuenta de que está molesta. Empatía, lo llaman.

—Espera, espera, espera... ¿Y la cena? —Alma parece haber caído en la

cuenta.

¡Qué beso hubo en esa cena!

—De la cena hablamos luego, hay noche para rato—. Muy bien, Érika, cómo se te da eso de evitar temas trascendentales.

La cosa en este momento está de la siguiente manera: Tenemos un artículo que reformar para que lo acepten. Jaime no me ha escrito nada sobre si viene o no, entiendo que está acojonado por lo que decido escribirle yo un escueto mensaje que ponga «eres un cagón» a lo que él no dice ni mu. Lo que se interpreta como que me ha dejado en visto. *¡Mecagiëntodo!* Odio que me dejen en visto, por eso mismo tenemos un artículo en la Constitución Femenina, el veintitrés, para ser más exactos, que dice «si dejas a una mujer en visto, corres peligro por listo». Y es así, es como eso de colgarnos el teléfono, a mí particularmente me toca la fibra —y no la óptica, sino una que se encuentra más abajo y que a veces nace en la boca del estómago y provoca un ardor horroroso—. Tras este inciso, prosigo. La cosa está así: Jaime no me responde, no hay fecha para el tatuaje, no tengo claro qué hacer con el bote de crema depilatoria que le he comprado a Cham Cham porque no tengo pelos que quitarme ahora mismo, no tengo huevos de contarle a mis amigas que me he besado dos veces con el carachancla —porque me van a guillotinar— y para colmo, me estoy meando. Todo el pack, sí señor.

—Voy al baño —las interrumpo. Hay que resolver las crisis por partes.

Me bajo de la butaca y por un momento me doy cuenta de que ni ha sonado mi Picky Picky, lo cual me indica que la canción está pasando a mejor vida y que tendremos que sustituirla por otra en breve, y además, que no le hemos pedido nada al DJ, así nos mira con cara de asombro.

Entro en el servicio, tras esperar mi turno de manera paciente; sin empujar, intimidar con la mirada ni bufar como una cabra montesa a punto de compartir hierba con la manada, porque las cabras montesas comparten la comida, ¿no? ¡Yo que sé!

Meo haciendo malabares, porque a ver, que los hombres meen por fuera es conocido universalmente, es más, debería regularse de forma legal las sanciones y todo, que nosotras luego nos sentamos y acabamos todas meadas, manos, muslos, en fin... No voy a entrar a detallar la situación que bien podéis



imaginar vosotras, pero a mí esto de hablar de cosas escatológicas me mola, me hace gracia. Ya me vais conociendo un poco, no creo que os asustéis a estas alturas, ¿no?

Me pongo de puntillas —cosa muy difícil con cuñas—, de esta me convalidan cinturón negro de algo, no sé, de yoga o levitación, algo de eso. Paso papel higiénico por todo el wc y envuelvo mis manos con papel limpio. No apoyo mi culo, y suelto un suspiro cuando comienzo a vaciar la vejiga. ¡Gloria bendita! Y sin ir a la iglesia, ¡toma ya!

Salgo de allí más ancha que pancha y me dirijo hacia donde están mis amigas. Jaime sigue sin contestar. Entro en Facebook a ver si han puestos tíos buenos en los grupos que sigo y así me alegro la vista. Lástima que la haya tenido que levantar la vista y ver quién ocupa mi sitio.

<sup>4</sup> Las siglas WTF quieren decir «What The Fuck», que traducido al castellano quiere significar algo similar a «¿pero qué demonios?» (versión suave) o «¿pero qué coño...?» O bien «¿pero qué cojones...?» (versión fuerte).

# Capítulo 11

Sí. Él. El rubio por excelencia.

—¿Qué haces tú aquí?!

—Me encantan tus recibimientos.

—Tu marido le ha dicho dónde estábamos. —Esta vez mi acusación va directa a Mar. ¿La cena y ahora esto? El destino no puede ser tan malvado, ¿no?

Mi querida amiga, se limita a alzar los hombros en señal de «¿qué quieres que te diga?».

Nota mental: cortarle las pelotas a Gerard.

—¡Levanta! Ese es mi sitio —señalo con mi perfecto dedo índice el lugar donde tiene su perfecto culo —remarquemos el «perfecto» con rotulador fluorescente, por favor—.

¡Que lo he mirado y es perfecto! ¡Maldita naturaleza!

Sabéis lo que pasa, ¿verdad? ¡Que no se levanta! Será cabronazo...

Mis amigas nos observan con la misma cara que pones cuando ves un anuncio en la televisión de David Gandy medio en pelotas y babeas por sus abdominales. En realidad, quieres babear sobre sus abdominales y continuar más abajo.

—No pienso moverme de aquí, el que se fue a Sevilla perdió su silla.

—Y tú vas a perder los dientes.

No se inmuta y ese ardor del que os hablaba antes aparece, pero en esta ocasión no es porque me dejen en visto, es justamente todo lo contrario, por ver a alguien.

—Nosotras quedamos en reformar un artículo —me dirijo a mis amigas, que se centren en lo verdaderamente importante.

Decido coger una butaca de la mesa de al lado, uno de los chicos que está sentado en ella me hace ojitos y yo le sonrío con cara de santa. Es mono.

Si no puedes con el enemigo, únete a él, así que me siento entre Alma y Mar, que una cosa es compartir mesa y otra muy distinta tenerlo al lado.

—Tenemos que hablar —me dice nada más acomodarme.

—¿Y eso?

—Tengo información sobre los peritajes sociales.

Mis amigas siguen de espectadoras. Si continúan bebiendo a ese ritmo, no podré llevarlas a casa. No puedo con las dos y Jaime no va a venir. A este paso se casan en el 2025.

—Eso me gusta. Mándame un correo y me lo explicas, como ves, hoy es noche de chicas. —¿Lo estará pillando?—. De chicas —remarco señalándonos a las tres—. ¿Por dónde íbamos? —Vuelvo a centrar la vista en mis amigas y acerco mi copa. La cual, está vacía.

Mis amigas lo señalan, nada más ver mi cara de circunstancias.

Ya no es ardor, ahora es puro ácido. Si alguien dijera «dracaris» en este momento, escupiría fuego como los dragones de Daenerys. ¿He dicho ya que soy friki?

—Vete a pedirme una.

Se levanta y se marcha. Ahora puede llamarme niñaata con todas y cada una de las sílabas porque me incorporo de un salto, le devuelvo la butaca al chico guapo de la mesa de al lado al que, de paso, le guiño un ojo por lo que pueda pasar, me siento en la butaca que era mía antes de su aparición y todo esto sin perder la compostura. Ahora, asfixiada estoy un rato.

—¿Cómo cambiamos el dichoso artículo para que encaje en nuestra Constitución Femenina? —Como si nada, ya habéis visto.

—Es el artículo más divertido de elegir que hemos tenido en la vida —bromea Mar.

—Te informo de que a tu marido le pienso cortar la colita.

—Ni se te ocurra —protesta Mar—, la colita de mi marido es intocable, hace maravillas con ella.

—Pues te compras una a pilas. ¡Esto no se hace!

—Son amigos, es normal —le defiende.

El susodicho se acerca de nuevo y se da cuenta de que le he robado la silla.

—El que se fue a Sevilla perdió su silla —repito sus palabras, pero con una sonrisa victoriosa enmarcando mi cara.

Se acerca a la mesa de al lado y el chico vuelve a mirarme. Interesante...

Max se sienta a mi lado, cerca, peligrosamente cerca. Miro nuestras piernas y están demasiado juntas, demasiado...

—En fin, que yo que soy muy lista y que los baños me inspiran —mi verborrea es única—, he pensado que el artículo podría quedar de la siguiente manera... —En realidad, se me ocurre sobre la marcha, pero no pienso negar que se me ocurren cosas en el baño, en la ducha, no seáis escatológicas ahora —: «No hay mejor colchón que una conciencia tranquila y un cuerpo bien follado». —Y más pancha que ancha que me quedo.

Mis amigas no se sorprenden demasiado, pero Max me mira con cara de «¿qué coño estás hablando, loca del moño?»

—Pues me gusta —dice Mar.

—Pensé que pasaría por aquí un ángel o algo así —replico yo.

—A mí también me parece bien, el otro era demasiado soso. —Alma está concentrada en lo que hablamos.

—Pues yo no sé de qué habláis, ahora, me resulta divertido y muy real.

—A ti nadie te ha dado vela en este entierro —le suelto con superioridad a Max, que opina sin haberlo pedido. Es una cuchara, se mete en todo.

Me bebo mi copa de cava en menos que canta un gallo, me noto la garganta seca y es porque no esperaba verlo aquí. Tan guapo que duelen los ojos. ¡Maldito destino!

En resumidas cuentas, nombramos artículo veinticinco de la Constitución Femenina —tras la reforma a la que lo hemos sometido esta noche de karaoke —: «No hay mejor colchón que una conciencia bien tranquila y un cuerpo bien follado».

—Creo que lo del tatuaje lo podemos arreglar esta semana. Busquemos un sitio y vayamos. —Alma está emocionada, más que emocionada, alterada, es la segunda copa que se toma, ya no es ella.

Acaba de subir una chica a cantar. Tal y como está transcurriendo la noche, creo que Alma no subirá, está demasiado piripi ya. La chica en cuestión ha pedido una canción que me encanta de DVicio, se titula «Paraíso» y es bastante movida y pegadiza. Presto atención a la forma en la que la canta, cierra los ojos y se centra en la letra. No es una cantante profesional, ni mucho menos, pero con observarla, con ver sus movimientos, sus gestos, su lenguaje no verbal, me doy cuenta de que ella ha tenido esa clase de relación de la que se habla en la canción. Una en la que tú te enamoras perdidamente de un chico y tus padres no quieren saber nada de él, ni pretenden darle la oportunidad de saber si a ti te llena y te hace feliz. En fin...

—¿Por qué no subís a cantar una canción vosotras?

Esa es Alma, la piripi.

—Ni de coña —me apresuro a responder.

—Sería divertido —añade Max.

—¿Estás loco o se te ha caído una losa en la cabeza? —Yo sigo erre que erre.

—¿Por qué? Sería divertido de verdad... Yo elijo la canción.

—Ya lo que me faltaba —me quejo.

Pero no me da tiempo, porque se levanta y se marcha en dirección al DJ. Este le entrega un papelito, Max lo rellena casi sin pensar y regresa con esa sonrisa maléfica en la cara.

—Tenemos que hablar —les digo mientras él está tramando su malvado plan de ponerme a cantar una canción patética o ¡peor!, pidiendo a Los Chicanos del sur.

—Ya sabíamos que algo te pasaba. ¿Es con él?

Me limito a asentir. Alma no se ha pronunciado, pero Mar ha dado en la tecla a la primera.

—Luego seguimos, que ahí viene.

Finjo ese gesto tan característico de mí que indica que no he roto un plato y continúo como si nada hubiese pasado.

—No pienso cantar a Los Chicanos esos que le gustan a Mar, advertido quedas.

—¡Oye! Que los Chicanos del Sur son muy divertidos. —Mar sale en defensa de su canción, esa que le gusta y que no logramos conseguir que eliminen del libro de «posibles canciones».

—Sí, los bailaba mi tatarabuela cuando tenía quince años. Me niego —le digo de nuevo a Max.

Sigo hablando, pero en mi cabeza sigue rondando esos dos besos que nos hemos dado y que no he tenido valor de contar.

Sé que mis amigas se van a enfadar, porque siempre compartimos todo. Pero yo estoy acostumbrada a buscarme la vida, a solucionar mis problemas y muchas veces, los cuento cuando ya están resueltos, o cuando estoy completamente tocada y hundida.

—No es eso, ya lo verás —me comenta Max con entusiasmo.

Miro mi teléfono, pero sigo sin ver nada de Jaime. Si es que...

—Hola —al final resulta que el susodicho no me ha escrito, pero sí que ha venido.

Me guiña un ojo antes de darle un beso a Alma.

Lo observo y nuestras miradas conectan, creo que ha percibido la energía de mi cuerpo. ¡Que le corten la cabeza! Eso le digo con los labios, pero el gesto de cortarle su cuello lo hago con las manos. Me enseñaron mis rumanos, la cultura de la calle se llama.

—Nos toca —me dice Max.

—¿Ya? Pero si hace como veinte segundos que le entregaste el papel, ¿tienes enchufe aquí también?

Se ríe y me agarra de la mano para guiarme hasta el escenario. ¡Qué culo tiene! ¿Lo he dicho ya?

—Esta canción salió hace unos meses, pero me flipa desde que la escuché.

Leyva hace acto de presencia, «Sincericidio» retumba en el local y yo me quedo pasmada porque me gusta mucho este grupo. Hace tiempo que lo sigo, pero no es habitual encontrar gente a quien le guste. A Alma y Mar, por ejemplo, les parece horrible. No es de su estilo. Para gustos, colores...

La letra me describe a la perfección; es un «por más que quieras o me lo pidas, no lo haré, lo haré cuando yo quiera». También tiene muchos tintes de mi vida, de mi vida con quien me acompaña. Hace meses que jugamos a ser el gato y el ratón, nos peleamos, nos puteamos, nos perseguimos, nos va el juego, pero sano —aunque el pegamento de ratones mola muchísimo—. Te quiero, dice... Son palabras mayores. No, no nos queremos, ni él a mí, ni yo a él —reventarle la boca sí quiero, en eso Leyva no se equivoca—. Pero es cierto que hemos llegado a ese punto de camaradería sana, nos ayudamos cuando tenemos que hacerlo, pero a su vez, jugamos como nadie juega. ¿Podría decirse que eso entra dentro de lo que busco en una relación amorosa? Podría ¡claro! Pero también necesito que sea un empotrador nato, si no empotra, no mola.

Al final, nos lo pasamos muy bien, mejor de lo que yo pensaba. Esa es otra de las cosas de la vida, que la actitud es importante, si partes de esa negatividad y derrotismo, probablemente nunca pueda salir algo bien o disfrutarlo de tal manera que te marque, simplemente siéntelo, vívelo y gózalo. Esto bien podría ser un anuncio de un refresco —si alguien de Coca-Cola me lee, por un módico precio arreglamos—.

¿El resultado? Bajamos sonriendo del escenario, con ese gesto sencillito, pero que bien podría definirse como cómplice. Recibimos aplausos varios, sobre todo, del género femenino, porque tienen ojos en la cara.

El chico de la mesa de al lado, el que me ha prestado la butaca, si me observa con atención. Es guapo, mucho más guapo de lo que pensé en un principio. Le guiño un ojo antes de ocupar de nuevo mi sitio.

—¿Podemos hablar un momento? —conozco lo suficiente a Jaime como para darme cuenta de que los nervios se han vuelto a apoderar de él.

—¡Eres tan mono cuando te pones nervioso! Dan ganas de meterse contigo y no parar —que conste que me río con él y no de él, aún.

Salimos fuera del local. Mar nos mira y le hago un gesto con las manos indicándole que luego la pongo al día. Max me mira como si fuese un bombón de chocolate de la caja Nestlé. Y yo a él, ¿para qué negarlo? Es guapo, mucho más guapo que el chico de la butaca. Aquí hablan mis deseos más primarios, porque en el fondo, sigo viendo a ese tío que se ha metido conmigo desde el principio, sin conocerme, sin saber quién soy. Aunque bien pensado, yo también lo he hecho con él... Y una de esas preguntas que te hacen replantearte bastantes cosas... ¿Quién es Max? No nos hemos molestado en conocernos: sé que es juez, reside aquí, tiene treinta y tres años, le gusta Leyva, vive en un piso en Las Torres y es muy bueno en su trabajo. No le conozco, no nos hemos molestado en hacerlo, ninguno de los dos.

También es cierto que yo no suelo contar mi vida a la primera persona que se planta frente a mí y me dice «¡Hola!», me cuesta bastante más. ¿Conocerme y conocer mis sentimientos? Ellas, las dos que están ahí dentro. El resto, pinceladas. Y me preocupa sentirme cómoda en ocasiones y ser capaz de abrirme a él. Me preocupa...

—Llevamos un rato aquí fuera y estás como ausente, ¿qué pasa? —parece que Jaime también va pillando detalles de mi forma de ser—. ¿Es por el tío ese?

Creo que podría mentirle, justificarme, evadirme, utilizar la ironía y el sarcasmo... Hay muchas opciones y lo que me apetece es ser sincera.

—Sí, y si haces una broma de ello, te corto las pelotas. —Un simple matiz, nada más allá que eso.

—Alma no me ha dicho nada —murmulla Jaime.

—No se los he contado..., aún.

—Se van a enfadar —prosigue.

—Lo sé —me sincero—, pero ni he encontrado el momento ni las ganas para hacerlo.

—No me parece justo —me rebate.

—Hablaré con ellas, pero no ahora, quizá mañana. Ahora nos toca disfrutar de la noche —¿Disfrutar? Pues estaría bien, en todos los sentidos



posibles, ya puestos...—. ¿Ya te has decidido?

—Estoy temblando —confiesa.

—Te va a decir que sí —intento infundirle calma —, no tengo la menor duda.

—¿Qué pasa aquí? —Mar ha salido y se ha reunido con nosotros.

—Buenas noches. —Gerard acaba de llegar y esto empieza a parecer una petición de mano oficial.

—Díselo tú —me pide Jaime.

—¿El qué? —Mar frunce el ceño.

—No tengas malas ideas, arpía —me burlo—. Jaime le va a pedir a Alma que se case con ella.

Gerard no se sorprende, simplemente sonrío. Mar abre los ojos como platos, no se lo esperaba.

—¿Tú lo sabías? —Me señala con el dedo y yo asiento varias veces.

—¿Has dejado a Alma con Max? —Esta vez es mi amiga la que cabecea afirmando.

—Yo ya lo sabía —el Panini interviene para decirnos lo que yo de antemano, ya suponía.

—Le escribí yo, si lo voy a hacer, mejor hacerlo bien —explica Jaime.

Tiene razón, no había pensado en lo que supone esta noche, es mucho más que un simple karaoke o una noche de chicas, o una de esas peleas sin fin de las que Max y yo somos protagonistas.

—Tienes mucho que contar —me reta Mar con la mirada.

—Mañana —le pido con palabras y le ruego con la mirada.

—Mañana —sentencia sin darme posibilidad a réplica, antes de darse la vuelta y entrar en el local.

La he cagado un poco bastante. Ellas siempre me han contado todo, me han dicho en cada momento lo que sucedía en sus vidas —amorosas— y yo he

mantenido silencio. No saben nada de los dos besos —y qué besos— que ha habido. No lo he dicho porque no me he sentido bien últimamente, no he profundizado por eso. Me siento desubicada. Ya no somos tres: Alma, Mar y Érika. Ahora somos más, somos seis —si contamos a Candela— y yo siento que el Comando no es tan Comando como antes. Es egoísta por mi parte, puede que sí, pero siempre hemos estado nosotras al pie del cañón, luchando contra viento y marea, nadando a contracorriente, y ahora siento que en parte las pierdo. Y es por eso por lo que quizá no lo haya contado. Por eso y, porque en el fondo, tengo miedo, miedo a verbalizar determinados sentimientos, determinadas sensaciones que no tienen una explicación lógica. Porque tengo pánico a empezar a estar en ese punto en el que han estado ellas cuando los conocieron. No hay mayor batalla que la que uno mismo lucha contra sus propios miedos, y aunque parezca mentira, este cuerpo y esta cabeza encierran muchos...

—¿Cuál es el plan? —Gerard no se ha ido tras Mar, pero si me ha mirado sin saber qué sucede.

Debo centrarme en esto, Jaime me necesita, pero lo más importante, es que Alma necesita que su noche sea especial.

—Yo le propuse venir esta noche, subir al escenario, cantarle una canción y darle un discurso chulo —finalizo.

—Del discurso no me dijiste nada —se queja el Señor Paella.

—¿Y qué pensabas? ¿Mandarle una carta? —añade un puñado de ironía en esta frase y ya sabes lo que le quiero decir exactamente—. Aquí la única que tiene que preparar un discurso no voy a ser yo. —Aquí no añadas ironía, aquí añade un poco de venganza.

—Érika tiene razón —me apoya Gerard—, no puedes cantar una canción y quedarte solo con eso.

Mar vuelve a incorporarse a la conversación y su marido le hace un breve resumen de nuestro plan.

—¡Se me ocurrió a mí! —Estoy orgullosa, sí, pero intento que Mar deje de estar enfadada.

—Me parece bien —me contesta, seca seca.

—Yo tengo la canción perfecta —añado—. Y no son los Chicanos del Sur —me burlo.

Mar me hace una peineta y yo le saco la lengua. «No te enfades», muevo los labios, pero me sale la voz.

—Mañana —me dice de nuevo.

Tras cerrar bien el plan, entramos todos en el local. Alma nos mira extrañada, entramos en manada, y ella se ha quedado sola con Max.

—Hablé con él para que la entretuviera. No parece ser tan malo —me dice Mar al oído antes de ocupar de nuevo nuestros asientos.

La conozco muy bien. Es una frase con mucha intención, no es al azar. Sé lo que hace y lo que pretende conseguir y no es, ni más ni menos, que ver mi reacción.

—No te fíes de las apariencias —le respondo restándole importancia a su comentario. Aunque en el fondo, sé muy bien que no es malo, simplemente, no hemos comenzado con buen pie. Situaciones más típicas en el día a día de lo que creemos.

Le he dicho a Jaime la canción que debe pedir, pero de momento no hace nada, solo se sienta en una butaca al lado de su futura mujer. Ya más próxima que futura.

—Necesito ir al baño —nos dice Alma.

—Vale —responde Mar.

—He dicho —recalca— que necesito ir al baño. —Nos señala a las tres y eso no es un «voy sola» eso es un «mover el culo y vamos ya».

Nos levantamos como si tuviésemos una mecha en las posaderas y la seguimos como borregas.

—¿Qué pasa?

No respondo, solo rezo para que Jaime y Gerard sean lo suficientemente espabilados como para aprovechar nuestra ausencia, pedir la canción y coger el toro por los cuernos.

—Pues que «esta» se está callando cosas —Mar es lista, porque habla de

otra cosa para distraerla. Aun así, el marrón me cae a mí. Si es que...

—¿Callándote? ¿Por qué?

—Le he dicho que mañana hablaremos, hoy hay demasiados hombres aquí —Mar prosigue con su ataque.

—En mi defensa debo decir que pensaba contaros varias cosas hoy, pero ha llegado él y es por culpa de tú marido —recalco el «tú marido» mirando intensamente a Mar.

Mar chasquea la lengua en señal de desaprobación, pero no dice nada más, entra en el baño, porque parece que Alma no es la única que tenía ganas de vaciar la vejiga.

—No me gusta que te calles las cosas —ahora es Alma la que comienza con la charla.

—Mañana hablamos —la interrumpo antes de que siga.

No me dice nada, no insiste y tras entrar ella en el servicio, subimos las tres.

Ellos se encuentran sentados en la mesa, hablando y sonriendo. Me quedo inmóvil, mientras mis amigas continúan el camino en dirección a la mesa. La estampa que tengo frente a mí me gusta, me gusta más de lo que debería o de lo que debería estar permitido imaginar. Es de esos momentos en los que observas algo y paladeas las sensaciones que te produce, como cuando estás frente al escaparate de una dulcería y mentalmente seleccionas los dulces que devorarías sin pensarlo, o como cuando te encuentras en la sección de Mr Wonderful en el Corte Inglés y no sabes si llevarte el estuche, la libreta —una, dos, tres, cinco o veinte—, un bolígrafo, un imán, un paraguas o una taza, o si dejarte el sueldo y llevártelo todo —lo de que soy un poco friki ya lo hemos hablado, ¿verdad?

No sé si está bien pensar o imaginar, no sé si debería hacerlo o no, pero a veces la razón va por un lado, la mente por otro y el corazón por dónde quiere.

Ahora mismo el refrán de «cada oveja con su pareja» se hace más real que nunca. Mis amigas y lo que parecía que iba a ser una noche de comando, se han ubicado al lado de sus maromos.

—Si empezáis a comeros la boca, os juro que poto encima de cada uno. Que somos amigos, nos queremos y tal —en esta ocasión, me dirijo a ellos—, pero esta es nuestra noche. —Y tal y como hizo Alma cuando dijo que quería bajar al servicio y nos señaló a las tres, opto por usar su mismo gesto para enseñar de quién debería ser la noche de fiesta, locuras, borrachera —si se diera el caso— y confesiones —que tengo muchas guardadas—.

Todos miran a Max y él alza las manos en señal de exculpación.

—Ni de coña —corto rápidamente.

Puede que sea mi subconsciente, mi cabeza o mi pensamiento, que suele ser bastante mal intencionado, pero esas miradas —y uso el plural porque ha sido la de los cuatro— me ha dicho sin palabras que para comerme la boca con alguien ya lo tengo a él. Y sí, besa muy bien, y no es que no tenga ganas. —¡La necesidad! Palabrita del niño Jesús—. Pero no creo que sea bueno para mi mente, que está colapsada pensando en cómo debe ser su lengua recorriendo mi cuerpo y en especial mi entrepierna —repito ¡la necesidad!—. Max me guiña un ojo y me da un pequeño pellizco en el muslo, otro gesto cómplice y estas cosas a mí me ponen tensa.

No me desenvuelvo bien en situaciones así, en las que recibo un gesto o muestra de cariño, cercanía, complicidad... Supongo que es porque no estoy acostumbrada a ellas.

Me gusta mucho ver cómo las madres agarran a los niños por los mofletes o les llenan la cara de besos. Como corren tras ellos en busca de una pelota o simplemente sacan una caja de colores para pintar en una servilleta dentro de una cafetería. Esas cosas tiernas que yo no viví y que no pude sentir en mis propias carnes. Esa sensación de que ahora lo más importante eres tú y sus vidas giran en torno a ti y no a ellos. Eso no me sucedió a mí y lo que soy hoy es la consecuencia de ello.

—Jaime —las palabras de Mar interrumpen mis negros pensamientos. Recordar mi infancia, las vivencias y las carencias, me llevan a un punto muy oscuro de mí misma, uno que me gusta esconder en lo más hondo de mí y obviar constantemente aunque me persiga.

—Te toca —esta vez es Gerard quien le dice que se mueva.

Yo le guiño un ojo y le lanzo un beso.

—¿Qué pasa? —parece que esta es la frase más recurrida de la noche.

—Ahora verás —respondo a Max.

Puede que sea muy difícil pasar de un estado de tristeza o desdicha, a uno de emoción o hilaridad. Pero es imposible no hacerlo, al ver a Jaime sobre el escenario, con la firme intención de pedirle a mi amiga que se case con él, nervioso e inseguro. Es... Es mi familia ¡Joder! La mejor que se puede tener.

Coge el micrófono entre sus manos y Gerard saca el móvil para immortalizar el momento que se avecina. Los acordes de «Volví a nacer», de Carlos Vives, comienzan a apoderarse del local y un estremecimiento se adueña de forma innata de mi cuerpo. La gente habla, bebe, bromea, ríe, gesticula, pero nosotros solo tenemos ojos para él y para el gesto tan bonito que está llevando a cabo.

Gerard cantó una canción para Mar hace meses, pero era bien distinto, en realidad ambos, Jaime y Gerard, son bien distintos. Mar jugaba, Gerard jugaba... Y parece que fue el principio de lo que prometía ser un final juntos. Lo cual me lleva a pensar que Max y yo también jugamos, llevamos jugando meses, aunque no haya habido una canción intencionada de mí para él o de él para mí. Esta noche yo y mis pensamientos, estamos que lo bordamos.

Comienza a cantar con timidez, algunas personas le hacen caso y otras no. Tararean o bailan. Nosotras no perdemos detalle y Gerard continúa grabando. No se sabe la canción, no le había dicho cuál era, pero a pesar de ello, sigue el ritmo lo mejor que puede. Alma aplaude emocionada, por verlo ahí, cantando, con cierta soltura.

Y es que por tu amor volví a nacer  
tú fuiste la respiración y era tan grande la ilusión,  
pero si te vas que voy a hacer...  
Planchar de nuevo el corazón  
se pone triste esta canción.  
Y quiero, casarme contigo,  
quedarme a tu lado, ser el bendecido por tu amor.

Por eso yo quiero, dejar mi pasado,  
que vengas conmigo, morirme en tus brazos dulce amor.

Por eso yo quiero...

(...)

Ese momento..., ese momento en el que mi amiga ve como Jaime la mira, intensamente, la señala y le indica con el dedo que suba al escenario mientras tararea, porque ya no sigue la letra, ahora son ellos, como siempre, desde el principio.

El DJ baja la música y Alma no sabe qué hacer, nos mira a todas inquieta y nerviosa. Comienza a ser consciente de que no es una simple actuación.

—Princesa —la llama Jaime.

Alma se levanta y sigue un hilo invisible que la lleva a su encuentro.

—Hemos vivido miles de cosas en estos años, porque lo nuestro se remonta a seis años atrás. Málaga nos hizo encontrarnos, sin pretenderlo y sin esperarlo. Madrid fue nuestra aliada, nuestra Celestina, nos besamos en aquella esquina por primera vez y dejé de ser el hombre correcto que siempre fui. Tenerife me enseñó lo que era estar a tu lado, junto a ti, vivirte, sentirte, amarte más intensamente y Toledo nos llevó a la despedida final, a ese momento amargo donde hubo un hasta siempre y tú me respondiste, «hasta luego». Regresé a ti, no había un solo instante en el que Alma Flores no estuviera en mi mente, en mi cuerpo y en mi alma, porque sí, porque te quedaste con mi alma, y será tuya para siempre.

»Tenemos un camino por recorrer, juntos, de la mano; momentos que superar, que escribir, que crear y sueños por cumplir. Y en todos, en todos mis proyectos, mis metas y mis deseos, estás tú. Has sido, eres y serás, por siempre tú. Por eso, Alma Flores —Jaime se pone de rodillas y saca una tímida caja del bolsillo de su pantalón, y ahogo un suspiro al ver la maravillosa estampa que se desarrolla frente a mí, frente a todos nosotros, del local al completo—, me harías el hombre más feliz, o quizá más feliz aún, si me dijeras que sí, que te casas conmigo, que pasas el resto de tu vida a mi lado, que no seremos dos, seremos uno, de la mano, siempre de la mano. ¿Qué me dices, princesa?

Ya nadie baila, habla, sonríe o gesticula. Ahora todos contenemos la respiraci3n, esperando la respuesta de nuestra amiga. Yo me he puesto de pie, en realidad, creo que todos estamos de pie, observando con atenci3n y derriti3ndonos.

—¡Dile que s ! —grita alguna espontánea.

—¡Te puedes casar conmigo, si ella no quiere! —añade otra y todos reímos.

Alma se arrodilla frente a Jaime. Le toca la mejilla con dulzura y le da un tierno beso en los labios.

—Caminaremos juntos de la mano. Aprenderemos uno del otro. Nos querremos ayer menos que hoy y hoy menos que mañana —dice mi amiga verbalizando la conocida cita—, pero jams , jams  sería capaz de decirte que no. A partir de ahora, lo que pase en Tenerife, se queda en Tenerife, Jaime.

—Lo que pase en Tenerife, se queda en Tenerife.

—¿Es un sí? —le pregunta él inquieto.

—Es un sí —le afirma llena de convicci3n mi amiga.

Jaime coloca el anillo en su dedo anular y la ayuda a levantarse. La alza entre sus brazos y dan vueltas sin parar, sonriendo, mirándose a los ojos.

S , estoy llorando, pero de emoci3n.

—Pensaba que eras una chica dura —me dice Max.

—Y lo soy —le confirmo mientras sorbo los mocos como si no hubiese un mañana.

Lleva mi mano a sus labios y deposita un tierno beso en ella. No s  c3mo sucede, pero en ese instante me doy cuenta de que nuestras manos est n unidas y nuestros dedos entrelazados. Y sí, un escalofrío me recorre cuando sus labios rozan mi piel. Empiezo a no estar tan segura de que sea simplemente fruto de la necesidad.

La gente sigue aplaudiendo y felicitando a nuestros amigos, mientras se acercan de nuevo a nuestra mesa. Yo aprovecho para romper el contacto con la excusa de ir a abrazarlos.



—Felicidades. —Los envuelvo entre mis brazos a ambos y Mar se suma al apretón colectivo.

—Salgo un momento fuera —le digo a Mar.

—Lo he visto —me dice.

Asiento y me limito a pensar que mañana contaré todo.

Salgo del local y camino varios pasos sin una dirección concreta. Necesito aire. Necesito respirar, recuperar el poco control que tengo sobre mí y mi cuerpo ahora mismo. ¡Maldita sea! Me gusta, me gusta y no hay vuelta atrás.

—¿Por qué has salido?

Es él.

Me giro y continúo caminando, no puedo responder, no si pretende que lo haga con sinceridad.

—Érika... —Puñetera voz.

—Necesitaba coger aire, ha sido una noche de emociones. —Y no es mentira, simplemente es más sencillo omitir que reconocer todo lo que quizá pienso. Es lícito, ¿no? —. ¿A qué has venido?

—Me apetecía verte —murmulla, de nuevo cerca, peligrosamente cerca.

—¿Por qué? —le pregunto.

—¿En serio quieres saberlo?

Sí.

—No —respondo.

Max tuerce el gesto, creo que esperaba que mi respuesta fuese otra bien distinta a la que le he dado. Es mejor no saber para no volverme más loca aún. Demasiadas complicaciones tengo ya como para que entre otra incógnita en la ecuación.

# Capítulo 12

# Max

No fui en su busca porque quisiera molestarla, fui en su busca porque necesitaba verla y esto... Esto últimamente me pasa más de lo que debería.

Me recibió en su línea, con fiereza. Pero la sucesión de acontecimientos hicieron que finalmente acabásemos con las manos unidas. Unidas, que no juntas. No es lo mismo, y sin duda alguna, no despierta lo mismo.

¿Cómo hemos llegado a este punto? Mejor dicho, ¿cómo he llegado yo hasta este punto?

No me considero un hombre de esos que se enamoran con facilidad, ni siquiera de los que se encaprichan habitualmente.

En la infancia tuve varias novias, pero eso no cuenta, porque era un niño y no sabía siquiera el significado del amor. Bien visto, tengo treinta y tres años y sigo sin saber lo que significa. Tampoco me he preocupado por ello. He pasado mucho, muchísimo tiempo, estudiando, formándome para ser juez, para lograr estar donde quiero estar. Cuando era un enano, soñaba con ser abogado, defender a los buenos. Mi madre siempre me decía que para eso también podía ser policía, pero a mí me gustaba ser abogado, porque los veía como personas importantes. Al final, decidí elegir otro camino y terminé, no solo siendo abogado, sino juez.

Pasé una adolescencia normal, como todos, la edad del pavo pasó por mí, pero yo no pasé por ella. Nunca he sido uno de esos chicos —ahora hombres— con especial interés en estar con una mujer, y me explico: Evidentemente, sí sentía atracción física por las mujeres, y tenía necesidades que en bastantes ocasiones culminé en el baño de mi casa, pero no sentía ese deseo de tener una novia o una pareja estable. Simplemente, estaba bien tal cual estaba.

Con el paso de los años, crecí y maduré, me centré en mi futuro y me he limitado a ser un hombre de escasas parejas con una duración bastante determinada y muchas relaciones esporádicas que satisfacían esas necesidades primarias de las que he hablado.

Ahora es bien distinto, quizá porque he llegado a mi meta profesional y mi subconsciente se permite tener unas expectativas bien distintas, este es el

mantra que me repito diariamente para no volverme completamente loco. La otra parte de mí me dice que es porque he encontrado a alguien que realmente despierta esos instintos que creí dormidos. Algún día tenía que pasar, ¿no? Que mi madre quiere nietos.

Y ahora me encuentro aquí fuera, con ella más lejos de lo que me gustaría y deseando decirle que me vuelve loco. Loco por muchos motivos, no solo por su maldito carácter o por sus locuras, sino porque sé que bajo esa armadura hay vida y hay emociones escondidas. Érika no es quien parece ser o quien lucha por aparentar ser, es una chica que sufre. Bien lo sé yo.

No soy el ángel salvador de nadie, no pretendo librarla de sus miedos o de sus fantasmas, no. Pero si quiero saber qué le sucede. Qué la ha llevado a ser como es hoy, aunque me puedo hacer una ligera idea con varias cosas de las que he sido testigo.

Me acerco de nuevo a ella, que me observa quieta con ambas manos en la cintura, con esa pose chulesca que la acompaña cuando se pone a la defensiva.

—Esta noche acabarás en mi cama —murmullo.

Me encanta ver sus reacciones, me encanta llevarla al límite porque dentro de esos límites es donde ella pierde la seguridad y se abre.

Doy la vuelta y me dirijo hacia el local, en busca del grupo, me voy a despedir. Ahora es el momento de ellos, como amigos y familia. No formo parte de esto, por más que quiera o por más que Gerard sea mi amigo.

—Chicos, me retiro —les digo nada más localizarlos.

Están brindando y no es para menos.

—No te vayas —me pide Mar.

Antes hemos hablado algo, mientras Érika estaba fuera con Jaime, supongo que planeando lo que iba a suceder aquí. Desde la primera vez que las vi, supe que eran buenas chicas, y que querían mucho a la fiera.

Alma me pidió que no juegue con ella, Mar la secundó en su petición.

No pretendo jugar con ella, ni con ella, ni con nadie, en realidad. No de la manera que implicaba su petición. Jugar hemos jugado, al gato y al ratón en miles de ocasiones, donde ella me busca y yo la sigo, o viceversa. No hay

juego, porque al fin y al cabo para mí, esto ha dejado de serlo desde ese momento en el que fui consciente de que se me estaba yendo de las manos, que la quería proteger de su madre y de lo que ella le hizo sentir en ese despacho, de muchas cosas que ni siquiera sé pero que quiero averiguar.

Finalmente me despido de todos, entre besos, abrazos y más felicitaciones y salgo del local. La veo apoyada en la pared con el chico de la mesa de al lado. Lo veía venir. Veía claro que intentaría algo, porque ella tampoco lo frenaba.

—Me voy —lo digo cerca, pero no tanto como antes, cuando quise ponerla nerviosa de nuevo.

—Adiós —me responde sin más, casi por compromiso. Su acompañante ni se molesta en abrir la boca.

—Recuerda lo que he dicho —añado haciendo mención a la frase que pronuncié antes de entrar en el local.

—Creo que no —me reta.

—Veremos —contrataco—. ¿Recuerdas lo que te dije hace unos meses en Candelaria?

Se incorpora y se pone tensa, sabe a lo que me refiero.

—Pues lo sigo pensando.

Vuelvo a girar sobre mis pasos y me marchó. Creo que he movido ficha y que es el turno de ella. No puedo hacerlo todo. Necesito despertar en ella cosas si quiero saber hacia dónde nos dirigimos.

Me cruzo con varias mujeres mientras me dirijo hacia mi coche y alguna de ellas me dice alguna palabra subida de tono. No me interesan. No me molesto en sonreír porque la única mujer que deseo en mi cama es a esa morena que acabo de dejar en una calle con otro.

Espero no haber encendido un fuego que no pueda apagar por mí mismo.

Tras arrancar el coche, le envío un escueto mensaje a Gerard: «Avísame cuando Érika se vaya y si se va sola». Es injusto que mi amigo tenga que hacer de espía, pero necesito saberlo, necesito tener el control de esto o terminaré por darme golpes contra la pared.

Me responde un escueto «Ok». No necesito nada más, sé que lo hará.

Enciendo el televisor, por evitar que el silencio de la habitación, de la casa, me agobie. Por no saber qué sucederá o si realmente actúo de manera correcta. Me pongo una copa de *whisky*, del que siempre tengo en el mueble bar, para situaciones como esta. Parezco una fiera enjaulada. Lo reconozco.

Decido sacar varios informes que tengo pendientes y encender el ordenador. Trabajar hará que me concentre en otras cosas más allá de desear volver a esa maldita calle y sacarla de allí aun en contra de su voluntad.

Prosigo con varios casos que esperan una sentencia.

Pasan las horas y finalmente sí he podido concentrarme y despejar la mente, el *whisky* también hace su efecto y me ha ayudado.

El pi pi del móvil me hace alzar la cabeza entre tanto papel.

Gerard:

Se ha ido.

Max:

¿Sola?

Necesito saberlo.

Gerard:

Sola. La hemos dejado en su casa hace rato.

Vale, no va a venir, pero por lo menos, no se ha ido con nadie. Y eso me satisface.

Max:

Gracias.

No recibo respuesta. Tampoco la esperaba.

Cierro el portátil, meto los papeles en su carpeta y dejo mi pluma encima de la mesa del salón. Me acerco a la ventana y observo cómo la noche ha tomado más forma que nunca. Aún se ven varias personas caminando por la avenida y el aparcamiento del Parque Marítimo repleto. Grupos haciendo botellón e imagino que con la música a todo meter. No los oigo porque estoy demasiado lejos y en una ubicación alta, pero es una típica escena de sábado

noche.

Desabrocho mi camisa, botón a botón y dejo que resbale por mis brazos. La coloco en la silla, no me apetece siquiera recoger. Me dirijo a la cocina a por un vaso de agua, lo bebo y lo lleno de nuevo para dejarlo sobre la mesilla de noche.

Me descalzo y me quito el cinturón. En esta ocasión, sí lo dejo colocado en su lugar, dentro de la cómoda.

No me da tiempo a quitarme el pantalón, porque suena el timbre.

No puede ser...

Me dirijo a la entrada con celeridad, está frente a mi habitación, por lo que no tardo nada en llegar. Creo que, aunque estuviese en la otra punta de la casa iría tan rápido como mis piernas me lo permitiesen.

Abro sin pensarlo, sin demora, con premura y cierto punto de excitación.

Y ahí está. Ella. La que me roba el sueño últimamente.

## Capítulo 13

No puedo creer que me haya decidido a venir.

No me he parado a pensar en nada, desde el mismo instante en que me dijo eso en la calle, en que me recordó sus palabras de aquel día en aquel pueblo, no pude dejar de pensar en él. Casi parecía una quinceañera contando los minutos para irme y venir a su encuentro.

Me recibe sin camisa, con su torso al descubierto y esos malditos abdominales en los que bien se podría rallar queso. Ya no es solo su culo, es él, en general. Sin más. Él.

No me dice nada, se mueve ligeramente hacia la izquierda y abre el paso permitiéndome la entrada.

Hace días estuve en este mismo lugar, con un rabo del chino en mis manos, jodiéndole una cita como venganza. Ahora estoy aquí de nuevo con otras inquietudes bien distintas, y me siento nerviosa. ¿Yo? «A lo que has llegado, Érika», me digo a mi misma.

Dejo el bolso encima de la mesa que tiene en el salón y observo las carpetas colocadas a un lado; ha estado trabajando. También llego a esa conclusión porque sigue despierto. Mar y Gerard me dejaron en casa. No subí. Tras un tiempo prudencial, bajé las escaleras tan rápido que podría haber ganado una media maratón y cogí un taxi. Le di su dirección y aquí estoy.

—¿A qué has venido? —me pregunta, *sexy*. *Sexy* a rabiar.

—A que me repitas lo que me dijiste hace meses, lo que acabas de decirme en aquella maldita calle.

—¿Realmente quieres que te lo repita?

Se acerca peligrosamente, como un león a punto de atacar a su presa.

—Sí —me estremezco por su cercanía.

Es imposible obviar lo que despierta en mí.

—Quizá prefieres que te lo demuestre.



¿Qué tienes que perder, Érika? ¿Qué?

Recorro la escasa distancia que nos separa y lo beso. Sin pensarlo, solo sintiendo, dejando que sea mi cuerpo el que tome el control de la situación, tal y como lleva queriendo hacer mucho mucho tiempo.

Max responde a mi beso con la misma carga de necesidad que yo, mostrándome que el fuego también lo impulsa hasta mí. Me sujeta por las caderas y me alza. Me eleva invitándome a envolverlo con mis piernas. Siento su piel, su pecho y arde. Arde él y ardo yo.

—¡Joder! —exclamo cogiendo aire.

—Me pones cachondo —se sincera.

Y por fin repite esa frase que me dijo hace meses y que desde entonces me hace estremecer.

—¡Demuéstramelo! —le digo repitiendo su última invitación, pero en esta ocasión cargada de exigencia.

Me observa unas décimas de segundo antes de apretar mis muslos, antes de acentuar el contacto entre su polla y mi coño.

Me muerde el cuello con ansias mientras camina. Choco contra la pared del salón y varios retratos que tenía colgados en la pared caen al suelo.

—¡Joder! —Miro hacia abajo y veo que se han hecho añicos y él está descalzo.

—Me da exactamente igual —me responde con la voz ronca, presa de la excitación que nos envuelve—. Pienso follarte contra esta pared y contra todas las que hay en mi casa, si puedo. Te voy a destrozarte —finaliza mientras presiona mi cuerpo con más fuerza contra la impoluta pared blanca.

—Espero que sea verdad, no me gusta que me engañen —le reto.

Apoya mis pies en el suelo, con extrema delicadeza después de haberme empujado contra la pared de esa forma tan primitiva.

Se agacha y me descalza. Me quita el pantalón y lo tira sin demasiado cuidado. Tengo la camisa y las bragas puestas. Acerca su nariz a mi centro y me observa desde abajo.

—Es la imagen más erótica que he visto en mi vida —murmullo clavando mis ojos en él.

—Cuando te saboree, será más erótica aún —me responde.

Le agarro con fuerza por el pelo y lo obligo a continuar, no puede pretender decirme eso y dejarme así.

Muerde mis bragas, muerde mi piel, sensible, mojada.

—Estás excitada —me dice.

—Como tú —le contesto haciendo referencia a eso que noté hace un momento y que dista mucho de ser una barra de pan —aunque espero que sí sea una buena barra de algo.

Sigue mordiendo mi centro y yo cada vez estoy más exasperada.

—¿Podrías darte un poco más de prisa? —le pregunto.

—¿Desesperada?

—Mas bien diría que salida.

—En ese estado me gustas más.

Muerde mis bragas por última vez antes de bajarlas por completo. Me invita a que las deje a un lado y que mis piernas tengan total movilidad.

Entierra su cabeza entre mis piernas y gimo de manera brusca sin poder contenerme. Mueve su lengua sin piedad, sin compasión, haciendo que me empape muchísimo más. Observo cómo su cara se llena de mi humedad. Introduce un dedo dentro de mí y comienza a moverlo con premura.

—Más —le pido sumida en ese mar de sensaciones que despierta.

Introduce un segundo dedo y comienza a moverlo con más fuerza, con más brío.

Mi cuerpo se mueve al compás de sus penetraciones, buscando esa salida que necesito desde hace tiempo. No me deja culminar, no me deja seguir disfrutando de su contacto. Cesa de forma brusca y limpia su boca empapada de mis fluidos con su brazo derecho.

—¿Quién te ha dicho que pares? —le recrimino.

—Asúmelo, en esta ocasión no tienes el poder —me responde chulesco.

—Imbécil —replico con enfado.

—Niñata.

—Capullo —finalizo.

Suelta el botón de su pantalón y lo baja hasta hacerlo a un lado. La única pieza de ropa que queda ahora mismo en su cuerpo se limita a un bóxer negro que provocan que se me seque la garganta —solo la garganta, puesto que lo otro está más que mojado y con estas vistas, empeora la cosa.

Coloca su mano encima y comienza a tocarse.

¡Joder! Me pone. Me pone mucho.

Tenía que saber si era un empotrador pero viendo todo esto creo que es el puto Dios del sexo.

—¿Quieres tocarme? —lo dice susurrando, pero a pesar de ello, a pesar de que prácticamente no se le escucha, está cargado de autoridad, de esa forma que me hace enloquecer. Me gustan los hombres que saben lo que quieren y lo que hacen y, por encima de todo, que lo quieren y lo hacen ya.

Asiento e intento llevar mi mano hasta su polla.

—No —me dice—. Creo que me voy a portar mal contigo.

Baja sus bóxers y se queda completamente desnudo. Ese rallador de queso se queda en nada comparado con la barra que sí que tiene. ¡Esto promete!

No me deja tocarle, pero sí observarle. Continúa acariciándose con suavidad, esta vez, empuñando con fuerza su polla entre sus dedos. Comienza con un lento vaivén y me excita, mucho. Me gusta verlo tocarse de esa forma para mí, excitado por mí. Ser yo la que lo ha llevado hasta ese estado.

—Sigue —le pido perdida en esa bruma de sensaciones ardientes.

Hace caso a mi petición y comienza a acelerar el ritmo. Echa la cabeza hacia atrás y emite un ronco gemido.

—No quiero que te corras —le ordeno.

—No pienso correrme así. Quiero correrme dentro de ti, mientras te

empalo —me responde mientras prosigue con sus caricias.

Se acerca a mí tanto, que su polla choca contra mi estómago. Me alza en brazos y me observa con detenimiento. Sus ojos brillan, tiene las pupilas dilatadas y esa mirada azul que lo caracteriza está más opaca que nunca. Mi vello se eriza al roce de su miembro entre mis muslos. Me roza el clítoris con ella intencionadamente. Comienza a acariciarme con su polla, a recorrer mi centro con ella provocándome, llevándome al límite.

—¡Fóllame de una maldita vez! —rujo llena de desesperación.

—Shhh —me chista—. Esa boquita.

—No sabes tú bien. —Paso la lengua por mis labios, incitándolo, de la misma manera que él lo hace con su polla.

—De eso tendremos tiempo después —susurra prometedor.

—No creo que tengas tanto aguante —me burlo.

—Veremos —responde seguro de sí mismo.

No me concede la oportunidad de réplica. No me permite soltar una mísera palabra porque me penetra con urgencia. De una sola estocada se hace con mi cuerpo, se hace dueño de mis gemidos y de todas mis terminaciones nerviosas.

Comienza a moverse marcando un ritmo cadente; sale rápido, entra despacio y al llenarme por completo mueve las caderas en círculo. Ese es su jodido patrón y me vuelve completamente loca. Es un delirio, un maldito y exquisito delirio.

Sujeto su pelo entre mis dedos y lo obligo a mirarme.

—Más —le exijo—. Más rápido, más fuerte y más duro —le demando con fiereza.

Y me hace caso. Comienza a moverse rápido, a profundizar tanto que siento que me parte y de nuevo ese cosquilleo que con su lengua y sus dedos logró provocar, hace acto de presencia y me pide salir, explotar y hacerme levitar.

—Estás a punto. —Acompaña sus palabras con un leve mordisco en mi oreja.

—¿Cómo lo sabes? —jadeo.

—Porque reconozco tu cuerpo y las señales que me envía. Te conozco más de lo que crees, de lo que te atreves a reconocer.

No respondo. No puedo hacerlo, porque esas sensaciones, esas mariposas que revolotean en mi estómago comienzan a ascender y descender, haciéndose dueñas y señoras de todo.

—¡Oh, joder! —exclamo.

—Sí —murmulla sin parar de embestirme, presionándome más contra la pared—. Te voy a joder, pero de verdad —añade.

Es más que probable que mañana tenga moratones, pero por este polvo, bien valdrán la pena.

—Me corro. ¡Joder! ¡Me corro! —grito, grito como si no hubiera vecinos, como si no hubiese un mañana, como si no me hubiesen follado jamás así. Y mentiría si dijera que alguna de esas tres afirmaciones no es cierta.

Sigue penetrándome, sigue moviéndose sin piedad dentro de mí y lo noto temblar. Su orgasmo también está cerca. Continúa con sus acometidas.

—¡No aguanto más! —me dice casi sin voz.

—¡Córrete! —le pido—. ¡Vamos, lléname!

Y sale de mi interior justo antes de correrse. Se toca para finalizar y observo cómo mancha mi barriga, mis muslos y mi pubis.

Apoya su cabeza en mi hombro y me aprieta contra él, mientras recuperamos el ritmo de nuestras respiraciones. Me abraza y me dejo hacer. A pesar de no conocerlo, mi cuerpo me dice que sí es así, lo reconoce como familiar. Y eso es otro indicador más de peligro que debo tener en cuenta.

Si ahora mismo tuviese la posibilidad de poner banda sonora a este momento, si pudiese hacerlo, Vanesa Martín sería la elegida y «Si pasa o no» nos acompañaría ahora mismo, nos arrojaría sin buscarlo, sin saberlo y sin esperarlo. Porque a veces, la mayoría de las cosas en la vida pasan de esa misma manera...

—Ven —me pide—, vamos a la ducha. —Su voz ha cambiado, de cazador

a cazado, lo sé porque yo me siento exactamente igual.

Le sigo, sin que nuestras manos se separen, sin perder el contacto. Me gusta esta sensación.

—Puedes ducharte, aquí hay toallas limpias —dice mientras señala el mueble del baño.

Asiento, quizá debería preguntarme el motivo por el cual no se quiere duchar conmigo después de la intimidad que acabamos de compartir, pero al fin y al cabo, no quiero saberlo, como bien dice Vanesa Martín en esa pequeña banda sonora «no se bien qué va a pasar entre nosotros» pero tampoco me permito ese tipo de preguntas. He disfrutado de un polvo maravilloso, me he corrido y eso es lo que me prima. Lo que me debe importar.

Se da la vuelta y sale del baño, dejándome desnuda. Desnuda y sola.

Acciono el grifo del agua y dejo que caiga en cascada mientras se calienta. Debo quitarme los restos de maquillaje. Imagino que no tendrá nada de eso en su magnífico y lujoso baño de mármol. ¡Pijos del carajo! Mi baño debe costar una cuarta parte de lo que cuesta este.

Abro la puerta con sumo cuidado y miro hacia ambos lados del pasillo, como si fuese una ladrona en una casa extraña. Lo de «la casa extraña» no se aleja mucho de la realidad. No lo veo, así que salgo medio de puntillas y cierro la puerta para que el ruido del agua no le de pistas.

Voy en busca y captura de mi bolso y me lo llevo de nuevo al baño. Saco un minipaquete de toallitas desmaquillantes y este es el momento en el que todas queréis salir de fiesta con uno, por si folláis con un jamelgo con el que he copulado yo esta noche y necesitáis desmaquillaros. Al fondo veo el bote de crema depilatoria que he comprado a Cham Cham y mi super bombilla maléfica se enciende. Muajajajaja.

Me quito los restos de maquillaje, me meto en la ducha y me enjabono bien, a conciencia. No me gusta salir a la calle con restos de semen, que una cosa es ser una guarrilla dentro de casa y con un tío, y otra bien distinta es serlo en la calle por falta de agua y jabón —y hasta aquí, mi *higieneconsejo* del día—. Me seco el cuerpo y me envuelvo en una toalla, ejecuto la misma maniobra con mi pelo. Aprovecho para coger el bote del gel y vacío el

contenido. Lo relleno con crema depilatoria y lo dejo en su sitio. Guardo la prueba del delito de nuevo en mi bolso.

Camino hacia el salón, que es donde he dejado mi ropa y mientras recorro el pequeño pasillo hasta allí, veo la silueta de Max mirando por la ventana. Percibe mi presencia y se gira.

—Gracias por dejar que me duche. —Mejor ser una niña buena, que tiempo de ser una bruja tengo bastante.

—Tal y como vas me dan ganas de volver a follarte, esta vez contra esa otra pared, pequeña fiera. —Señala la pared que tiene a su lado, en esa pequeña terraza acristalada en la que se encuentra. Ese «pequeña» me recuerda a Josh y a mi infancia. Era su apelativo.

—Está bien, sexo con vistas a la ciudad —bromeo obviando el escalofrío que me produce su mirada mientras recojo mi ropa, restándole importancia al comentario que me ha dejado tocada—. Date la vuelta, voy a vestirme.

—¿Y perderme lo mejor? No, gracias.

—Como quieras.

Puede que hubiese un momento en mi vida en la que era una chica tímida. Esa época en la que aún creía que las cosas de la vida, los problemas, se solucionaban dejando que pasaran los días. Donde creía que la gente tenía un fondo bueno y que no había maldad en el mundo. No sé exactamente con qué edad cambié de idea. Supongo que cuando, putada tras putada, veía que las cosas siempre eran exactamente iguales, que sí que había gente mala y que tenía mucha de esa gente cerca.

Dejo caer mi toalla al suelo y me doy cuenta de que ya no están los cristales en el suelo ni los marcos que los acompañaban tampoco. Los ha recogido.

Me doy la vuelta y comienzo a cubrir mi desnudez con las prendas que traje puestas. No, no es muy higiénico, pero tampoco creo que sea bueno salir a la calle desnuda.

Advierto cómo se acerca a mí. Sus pasos suenan débiles, pero el silencio que nos envuelve hace que ese tipo de cosas se distingan a la perfección.

Supongo que es lo mismo que le sucedió a él cuando yo salí de la ducha.

Está justo detrás de mí y fusiona su cuerpo al mío. Noto la suavidad de la tela que cubre su sexo y el calor que sigue emanando de su torso.

No he terminado de vestirme y sus manos se colocan de nuevo en torno a mis pechos, los masajea y mis pezones responden a esas caricias con descaro.

—No eres indiferente a mí. —Su presunción me hace gracia.

Me giro y me coloco frente a él. No llego a colocarme a la altura de su rostro, no soy especialmente alta y él tampoco es especialmente bajo. En este caso, como tantos otros en la vida, sí es cuestión de tamaño.

Llevo mi mano a su entrepierna y agarro su polla entre mis dedos. No está completamente flácida, está semierecta. La masajeo por encima de la prenda, mientras con mi otra mano hago lo propio con sus testículos, acompasando el movimiento para provocarle mucho más.

—Creo que tú tampoco lo eres —le digo justo cuando deja escapar un gemido de entre sus labios.

—No, no lo soy —confiesa clavando su mirada en la mía, originándome cierto desconcierto.

—Será mejor que te duches, creo que estás algo pegajoso —le recomiendo mientras me giro y le vuelvo a dar la espalda.

Yo soy así, actúo así, es mi forma de comportarme. No me gustan determinadas situaciones en las que hay que demostrar sentimientos o en las que hay que decir palabras que no sientes o no quieres sentir.

No le conozco lo suficiente como para decirle que el mismo desconcierto que yo provocho en él, él lo provoca en mí. Que me planteo cosas, situaciones y que me gusta el juego que tenemos. Me gusta encontrar a alguien que verdaderamente siento a mi altura. En todos los sentidos. Jamás se me ha ocurrido pensar en estar con alguien que no pudiese hacerme frente y mucho menos, que quiera cambiarme. A pesar de que, ahora que Alma y Mar están comprometidas y casadas, yo soy una, un número único e impar dentro de ese trío que formamos hace tiempo. Hace tantos años.

Max se ríe y me abraza por detrás.



—No hagas esto —le pido mientras me separo—. Es sexo. No tenemos que fingir nada. Sabes que yo no necesito este tipo de cosas para irme tranquila, lo único que necesito para irme tranquila es haberme corrido y eso lo has conseguido. Date por satisfecho.

Me pongo el sujetador, sin girarme, sin enfrentarme de nuevo a él, porque en el fondo, no quiero que se dé cuenta lo que me afectan mis propias palabras.

—Perfecto —me responde cortante.

Noto la pérdida de su cercanía, quizá antes de que rompa el contacto, y lo siento marcharse sin más. Cierra la puerta del baño y el sonido lejano del agua al caer me acompaña en el salón.

Me acerco tímida a la terraza, a contemplar las mismas vistas que él veía minutos antes. No debería sentirme mal, pero me siento así, rara y con cierto punto de nostalgia por su distancia. Soy una jodida bomba de relojería, y es normal que le haya molestado mi comentario.

Cojo mi bolso y me marchó, sin despedirme, sin decir adiós, sin más. Porque no estoy preparada, porque ninguno de los dos lo está. O eso es lo que quiero pensar.

Me dirijo a la parada de taxis más cercana, la ventaja de ser sábado por la noche es que el servicio de transportes públicos es mucho más fácil de encontrar y mucho más fluido. Le facilito la dirección de mi casa y me dirijo hacia allí.

Saco el teléfono y escribo a mis perras sats, en el Comando.

Érika:

La he liado y me vais a matar.

Mañana a las once en el Au Revoir.

No me van a responder, son más de las cinco de la mañana. Dormiré poco, pocas horas, pero lo que más me preocupa son ellas y el desconocimiento que tienen de todo esto. Al fin y al cabo, he ido por mi cuenta sin contarles nada. Y eso no les gusta, de la misma forma que a mí tampoco me gustaría.

Guardo de nuevo el teléfono en el bolso y pago la carrera al llegar a mi portal. Entro en casa y noto cierto vacío apoderarse de mi estómago. Soy una chica de impulsos, de prontos e impetuosa, y ahora pienso que quizá debería haberme quedado y haberle pedido disculpas. Supongo que esto lo dice ese pequeño angelito que en ocasiones alberga en mi interior. Luego sale el demonio que llevo dentro y me dice que no, que tiene muy buen falo y que me ha echado un polvo para recordar, que espero que se le caigan todos los pelos con la crema depilatoria y que seguiré puteándolo porque empezó él y además ¡me gusta! Me gustan las trastadas y jugar, por supuesto ya sabéis quién debe ser la ganadora: yo. ¡Que no haya dudas al respecto! Que quede claro de qué lado estáis, del mío, ¿verdad? Pues eso.

Me desnudo, por segunda vez en lo que va de noche, y me pongo una camiseta larga, como me gustan a mí. Programo el despertador y silencio el teléfono, para poder descansar.

Me cubro con la manta y el perfume de su jabón me da una bofetada en la cara. Huele a él. Esto es una jodida condena.

Me incorporo y saco papel y boli del cajón de mi mesa de noche. Como siempre, recorro a él, cuando más perdida me siento, cuando más rara estoy.

Buenas noches, Josh:

Ya no te escribo con la esperanza de recibir una respuesta. Ni siquiera sé exactamente con qué esperanza te escribo ni cuándo será la última vez que lo haga. Ahora pienso que escribo más para mí que para ti.

Son poco más de las cinco de la mañana, de un sábado cualquiera, pero para mí, un sábado diferente. Te voy a contar una historia, de esas que sabes cómo empieza, pero no como acaba. Hace meses le conocí. Por casualidad, porque el destino es así de caprichoso, de enigmático y de capullo, sí, he dicho capullo, pero es que lo es y no tengo mejor forma de explicarlo. Nuestro primer encuentro fue de lo más raro y diferente que puedes encontrar; bien, te pongo en antecedentes. Voy a un juicio y él es el juez. No pasa nada más allá, terminamos y el caso queda visto para sentencia. Salimos fuera, de los últimos, porque nos quedamos recogiendo y hablando, lo normal, tú debes saberlo. Pues desde ese momento, ya comenzamos con mal pie. No me preguntes el motivo, no sé con certeza cuál es, pero no se acercó a mí intentando ser ameno y cordial, podemos decir que «entró a matar», y ya sabes lo que se dice, quien a hierro mata... El caso es que, desde ese momento, se abrió la veda. He buscado infinidad de trucos para poder gastarle una broma; unas pesadas, otras simpáticas, otras muy yo y otras muy yo de nuevo. Y él ha respondido a cada uno de mis ataques con ingenio y galantería. Y ahora estamos en ese punto, llegamos a ese

punto en el que ambos estamos confundiendo las cosas. No voy a desvelarte los motivos, pero creo que tampoco es necesario. Y tú me dirás, ¿por qué me cuentas esto? ¿Por qué te lo cuento? Probablemente, porque necesito hacerlo, porque hace muchos años que te dije que estaría aquí, que te esperaría, años en los que ni siquiera has estado, pero para mí nunca te fuiste. Ahora me gustaría que me respondieras tú a algo, permíteme esa licencia, ¿por qué no nos hemos visto en todos estos años? Y lo peor de todo, ¿por qué a pesar de no haberlo hecho siento que te he traicionado?

Un beso.

Érika.

Puede que los sentimientos me jueguen una mala pasada, pero así es como me siento. No tenemos nada, no nos debemos nada, pero lo que sintió esa niña hace tantos años sigue presente dentro de mí. Quizá eso es lo único puro que conservo. Quizá es la única bondad que sigo manteniendo.

Ahora si es el momento de dormir, de cerrar los ojos y no pensar. Espero que su olor no me haga tener pesadillas.

Suena el despertador unas horas después y a mí me ha pasado un tráiler por encima. ¡Odio dormir poco! Pero si lo veo desde otra perspectiva, anoche me fue muy bien, sexualmente hablando. ¡Hala! Ya me he alegrado la mañana sin casi pensarlo.

Reviso el teléfono sin levantarme de la cama. Aún me quedan cuarenta y cinco minutos para llegar al Au Revoir y encontrarme con las chicas, que por cierto, me cortaran en trocitos y se acabará vuestro sufrimiento, por tener que aguantarme y eso...

Veo varias llamadas perdidas de Max y tengo varios wasaps. Miro primero los de las chicas, porque soy consciente de la bomba que les solté anoche. Preguntas y más preguntas que responderé cara a cara, ya va siendo hora.

Lo de Max es muy diferente, está enfadado, doblemente enfadado podría decir por lo que veo aquí. En primer lugar, algo de pelo se le ha caído porque me ha mandado una foto de su brazo y le falta esa parte de vello rubio que antes le acompañaba. Me hace gracia, así que lo mejor es mandarle varios emoticonos con caritas sonrientes, de esas que lloran de risa y no de pena, ¡de esas! Por otra parte, está enfadado por la forma en la que me fui, sin despedirme, a hurtadillas.

Érika:

No debería haberme ido de esa manera.

Tienes razón, pero ¿qué te iba a decir?

Por otra parte, tranquilo, tu pelo volverá a crecer, ¡rubio!

Me gustan los hombres morenos, me parecen más varoniles, más machos, pero en este caso, la atracción que he sentido por Max va más allá de un simple color de pelo. Hasta de una simple y llana atracción sexual. Creo que eso es lo que me confunde, el hecho de que sea así, de que me plante cara y, sobre todo, de que esté a mi altura.

Me meto en la ducha y me enjabono rápido. No tengo demasiado tiempo, he estado entretenida respondiendo, riéndome y elucubrando, como para pararme a otras cosas.

Me visto con la ropa de fin de semana, esa que no me hace parecer una crítica de cocina, una abogada mala o una estrecha de cojones. Voy a tener que poner de moda en la oficina eso de los viernes informales, para sentirme mejor.

Cojo el tranvía en la Plaza Weyler y me voy en dirección al Au Revoir. Lo bueno de vivir en la capital es que las conexiones son bastante buenas y callejear es agradable, según la época del año. En verano es un auténtico horror.

Las veo al entrar, sentadas en nuestra mesa de siempre, como si esta nos hubiese elegido y no permitiese que nadie más que nosotras la ocupara. Alberto coloca varios vasos en su sitio y me guiña un ojo. Desde que tiene novia, parece otro.

—Cualquiera diría que estáis aquí desde las nueve —bromeo.

—Por si esta vez te escapabas —responde seria Mar.

Mal empezamos. Están enfadadas. A Mar se le nota mucho más, suele ser más cortante que Alma por eso estamos casi siempre a la gresca. Alma dice que nos parecemos mucho y yo no veo similitud alguna.

—No empecemos —interviene Alma.

¡Lo que os dije! Ella es mucho más paciente.

No respondemos. Yo ocupo mi sitio y miramos hacia los lados, como si no estuviésemos juntas. Como si estuviésemos incómodas.

—No me gusta esto —dice Alma de nuevo.

—A mí no me gusta que nos mantenga al margen y no nos cuente lo que sucede —responde Mar.

Y la muy perra canela tiene razón. Odio cuando tiene razón.

—No ha sido a posta —justifico.

—Así que... reconoces que lo has hecho —dice Alma.

Alberto llega justo en ese momento de tensión en el que me declaro culpable de todos los hechos que se me acusan y ya hay un veredicto muy claro. Siempre digo que cuando alguien tartamudea, en la situación que sea, es porque es culpable. ¿Que te pregunto si has follado anoche y tartamudeas? Culpable. ¿Que te pregunto si te has gastado todo el dinero en zapatos o ropa y tartamudeas? Culpable. ¿Que te pregunto si te has pillado por el carachancla y tartamudeas? Culpable, culpable y culpable. ¡Ojo con tartamudear!

Qué putada esto de tener que reconocer las cosas, ¡lo odio!

—Lo de siempre —le pido. Es la ventaja de ser asiduas.

—Igual —repiten Alma y Mar.

—¿Tres barraquitos y tres *roulet cheese cake*? —pregunta Alberto a modo de confirmación.

—Exacto —responde Mar—. Si necesitamos algo más ya te lo decimos luego.

—Sí, unas tiritas y quizá Betadine —bromeo.

—No lo descartes —me reta Mar.

—Venga, vale. Déjalo ya. Soy culpable —reconozco.

—¿De qué? Si se puede saber —me pregunta Alma.

—De haberse enrollado con el juez y no habernos dicho nada, ¿no la ves? —ironiza Mar.

—¿Qué se supone que debe ver? —Ya me estoy mosqueando.

—Tienes cara de recién follada —contesta la periodista.

—Deberías haber sido abogada en vez de periodista —le suelto sin más —, porque haces juicios de valor sin saber.

—¿Acaso me equivoco?

Mar se ha cruzado de brazos y su actitud es desafiante. Esto es como lo de tartamudear, son cosas que se saben, imagino que también influyen todos esos años de amistad que cargamos a nuestras espaldas.

—No, no te equivocas —confieso.

—¿En serio? —pregunta Alma. La pobre me ha dado un pequeño voto de confianza, hasta ahora—. ¿Y por qué no lo has contado?

—No sé, no he estado animada para hacerlo.

—¿Sabes lo que creo? —prosigue Alma. Mar permanece en un segundo plano, callada y observándome.

—¿Qué? —respondo.

—Que tú eres así. Ella es así —le dice en esta ocasión a Mar—. Estás tan acostumbrada a buscarte la vida y resolver tus problemas por ti misma sin contar con nadie, que en estos momentos no sabes siquiera cómo debes reaccionar. Ni como te debes comportar.

Alberto llega con nuestras bebidas y nuestros dulces. Y se interrumpe la conversación.

Alma tiene razón. Yo soy así. Desde hace muchos años. No es nuevo para nadie cómo me he sentido y determinadas cosas que he vivido. Es complicado pasar por etapas en tu vida, etapas importantes como puede ser la adolescencia, y saber que nadie confía en ti, que estás sola y que debes buscar tu camino si quieres avanzar. Estudiar, esforzarte y seguir adelante por ti misma, porque no existe ese hombro sobre el que apoyarte cuando tienes un mal día, cuando suspendes un examen o cuando te rechaza el chico que te gusta. Y esa es la consecuencia de lo que soy hoy.

Lo que eres y vives, será lo que seas, y a su vez, lo que seas, será lo que

vivas.

—Vosotras más que nadie sabéis lo sola que me he sentido en miles de ocasiones y ahora, ahora ¿qué?

—Primero cuenta qué ha sucedido y luego armaremos un plan —me anima Alma.

Les relato todo, mientras damos pequeños mordiscos y largos sorbos a nuestras bebidas, que se acaban con rapidez. Nuestro primer beso, su aparición en mi cita, el segundo beso, nuestro encuentro de anoche y lo lejos de ser indiferentes uno del otro que estamos. Porque lo estamos; lo estoy, aunque me cueste reconocerlo.

—Estoy muy sola, muy sola y muy jodida —finalizo tras contarles todo.

—¿Escuchas eso?

Por los altavoces suena «Tú eres la vida», de Maldita Nerea. Nos quedamos en silencio para escuchar la letra, tal y como me ha dicho Mar.

Ninguna estrella está sola

ni deja de brillar,

aunque el silencio y las horas

quieran hacerla llorar.

Llenas de luces las sombras  
callas la soledad,  
no eres el miedo que ahoga,  
eres la vida que das.

—¿Te he dicho alguna vez que eres mala? —le reprocho a Mar.

Ella se ríe, esto es algo así como «fumar la pipa de la paz» pero sin humo y sin pipa. Con barraquito y dulces, que es mucho mejor.

—Entonces, ahora se abre la veda para poder meternos contigo, ¿verdad?  
—prosigue Mar.

—Ni de coña, ya sabes que tengo unos amigos rumanos por ahí... —me mofo.

—Tú y tus rumanos, los tendrás que invitar a la boda. —Ahora es Alma la que se ríe de mí.

—El día que tenga que dar el discurso en tu boda lo titularé: «La polla que conquistó a Alma».

—Y yo te partiré la cara —me amonesta.

—Tú has empezado —me defiendo—, no te quejes. Si me buscas...

—Yo ya estoy casada, así que puedo burlarme que no hay discurso de por medio.

—¿Te lo ha pedido Jaime? —curioseas Alma ahora que ha salido el tema.

—Habló conmigo, sí, me lo pidió y no le pude decir que no.

—En mi boda no diste ningún discurso —me reprocha Mar.

—En la de Alma lo hago por coacción. De todas maneras, el Panini no me lo pidió. —Alzo los hombros restándole importancia—. Seré la madrina de tu primer hijo y solucionado. Daré un discurso en la iglesia.

—Y saldremos en los periódicos porque el cura no querrá bautizar a mi hijo.

—¿Así que vais a tener hijos pronto? —ahora soy yo la que la instiga.



Le hago un gesto a Alberto para que se acerque mientras seguimos poniéndonos al día. No es que no hablemos, porque lo hacemos, pero es verdad que últimamente cada una ha estado muy pendiente de sus cosas: Mar prácticamente acaba de llegar de su luna de miel. Alma se nos casa, es madre y mujer aunque me cueste reconocerlo, y yo... Pues he estado bastante alterada con los últimos sucesos y la presencia de un rubio de ojos azules en ellos.

—Tráenos unos refrescos y algo de picar, esto parece que se nos va a alargar más de lo previsto.

Llevamos más de una hora en la cafetería, hablando, discutiendo, riéndonos, amenazándonos, básicamente lo que se dice «una mañana de Comando».

Alberto sonrío y se marcha en busca de nuestro refrigerio.

—No nos lo hemos planteado aún, acabamos de casarnos, Érika, no es el momento.

—Se te agota el tiempo, cielo.

—¡Serás...!

Ellas saben cómo soy y que no lo digo con maldad. Entre nosotras es muy normal este tipo de cosas; meternos las unas con las otras, pincharnos y buscarnos la lengua. Probablemente, ese sea uno de los secretos de nuestra amistad, sabemos lo que somos y cómo somos y no nos importa. Nos enfadamos, sí, y es normal. En ocasiones hemos estado algún que otro día sin hablarnos. Normalmente Alma suele estar en medio, no porque no tenga carácter, sino porque eso que dice de que Mar y yo nos parecemos, puede que sea más cierto de lo que yo misma quiero creer.

—De todas maneras, quiero aclarar y decir algo en mi defensa, en todo este tema de Max —empiezo—. Tú —señalo a Mar— tardaste meses en contar que te habías tirado al Panini. Esto tiene que funcionar como inmunidad, es más, lo voy a poner como artículo en la Constitución Femenina.

No me había acordado de que Mar hizo exactamente esto con nosotras, tardó mucho tiempo en contarnos lo que había sucedido. Nos chocó, no vamos a negarlo, más que nada porque si aquello era un simple polvo sin sentimientos, no nos entraba en la cabeza ese secretismo. Ahora entendemos

todo, eso no fue un polvo, fue más, ella se quedó tocada y tras todo lo que batallaron, por fin hoy están casados. Que sigo sin entender la manía que tiene la gente de casarse, con lo bien que se está soltera pero no entera...

—Si ya lo llamas Max, mal asunto.

—No te burles, Alma —me quejo—. Total, que el artículo debe ser el siguiente: «Declaro inmune a toda aquella que folle por placer y no lo cuente. Declaro culpable a aquella que tartamudee contándolo». Artículo veinticuatro. He dicho.

—¡Le estás haciendo un buen guiño a eso de tartamudear!

—Claro. No puedo no hacerlo, erais culpables sin casi saberlo.

—Le dice el cazo a la sartén.

—No te pases, Alma, que todavía no he escrito el discurso —la vuelvo a amenazar.

Ese desayuno da pie a un almuerzo, todos juntos. Como debe ser, porque la familia es la familia, como bien diría la mafia.

## Capítulo 14

Han pasado pocos días desde ese sábado. He tenido varias reuniones con Lili y hemos solicitado un peritaje en el juzgado, a expensas de que en este nos asignen a uno que sí sea imparcial.

No he visto a Max y tampoco sé si le habrá crecido el pelo. Y sí, estoy de mal humor. Vale. Dije que era un polvo y que me quedaba con eso, pero estoy quemada por saber que follamos y que no he vuelto a saber nada de él. Era yo la que tenía que darle una patada en su trasero tras follar.

Según me han contado, y no es que haya estado investigando, se ha cogido unos días de vacaciones. Se ve que no tenemos ese nivel de intimidad y cercanía en el que nos contamos ese tipo de cosas. Me jode, claro que me jode... Más me jode darme cuenta de que me estoy pillando. Si es que...

Cojo el teléfono y marco la extensión para que venga Zuli.

—Tráete ese ladrillo. Tenemos varias citas que cerrar.

En estas semanas han aumentado el número de casos en el bufete. Está genial esto de tener trabajo, pero el estrés empieza a pasar factura en nuestra planta y más concretamente, en mi piel y mi falta de sueño.

Zule entra con su famoso «ladrillo» bajo el brazo.

—Me das asco —me quejo.

—¿Por? —ella es de esas personas a las que les puedes decir cualquier burrada que sabe que no es con inquina. Por eso me gusta y por eso congeniamos.

—Porque pareces fresca como una lechuga y yo parezco un manojito de berros pochos.

—Duermo mis horas, como bien y hago ejercicio.

—Yo ninguna de esas tres cosas. —Hago un puchero, pero ella me mira como si nada.

—Deberías tomarte unas vacaciones —me aconseja.

—Ya, claro.

«Como el carachancla», pienso.

—Hablando de vacaciones —juro que lo dice de tal forma que se me erizan los pelos de los brazos—. Ha llegado.

—¿Quién? —Sí, sí, me hago la loca.

—Tu juez.

—No es mi juez —me defiendo.

—Pues mi juez —me fastidia.

—Creo que no soy el juez de nadie en esta habitación.

¿Habitación? ¿Y en otras?

Me recuesto en la silla y sonrío triunfal. A ver cómo sale de esta mi amiga/secretaria. Alzo las cejas en repetidas ocasiones sin borrar la sonrisa de mi cara.

—Es una forma de hablar —se disculpa—. Tengo que irme —se apresura a añadir.

Se levanta y sale tan rápido del despacho que bien podría ser ella la que ganase la media maratón ahora.

—Vaya, vaya, ¿te han cundido los días de vacaciones? —le pregunto cuando Zule ha salido del despacho.

Me levanto y me siento en el borde de la mesa. Estoy cómoda, lejos de cómo pensé que me iba a sentir cuando lo volviese a tener frente a mí.

—No —responde escueto.

—¿No? —No esperaba este tipo de respuesta, casi que prefiero esas en las que es irónico y sarcástico y permite que mi yo interior aflore sin contemplaciones.

—No.

Sus zancadas son decididas. Recorre la distancia que nos separa, de una forma abrumadora, conquistando con cada movimiento el terreno por el que

pasa. No me da tiempo, no lo veo venir, no me lo espero. Simplemente chocamos. Como el mar cuando impacta contra un acantilado y lo hace suyo. De esa misma forma, nuestros labios impactan, nuestras bocas encajan y nuestras lenguas se funden.

Llevo mis manos a su torso y las dejo allí. Sintiendo su pecho agitado, dominado, en esta ocasión, por el deseo irracional al que nos somete nuestra cercanía y ¡maldita sea! Puede que no esté bien, pero es el mejor lugar del mundo. Sus brazos, su boca y su cuerpo lo son.

—He contado los días, las horas y los segundos desde la última vez que te tuve entre mis brazos. Me consume tenerte lejos, pero más me consume tenerte cerca y no poder hacerte mía. Doblegarte a mi antojo.

—Querrás decir dejar que yo sea quien te someta a mi antojo. No me gusta Anastasia Steel y menos Christian Grey.

Nuestras frentes están unidas. Nuestras respiraciones se funden fruto de nuestra cercanía y en el aire flota esa tensión sexual no resuelta que busca su final feliz.

—¿Y qué te gusta a ti? —me reta con picardía.

—Tú —respondo mientras tiro de las solapas de su chaqueta para que nuestros labios vuelvan a impactar.

Quizá juegue en mi contra al revelar mis cartas. Quizá tenga que callarme. Quizá deba negar lo que despierta en mí. Quizá deba negármelo a mí misma. Quizá... Pero no quiero. No puedo. No me gusta.

No tenemos nada tangible más que esto que nos abrumba y asusta a partes iguales. Pero ¿por qué siempre debemos luchar en contra de lo que sentimos?

—¿Sabes qué? —le pregunto mientras separo nuestros labios, nuestras lenguas y cojo aire para recuperar un mínimo de control.

—¿Qué? —me responde igual de perturbado que yo.

—No te conozco —le doy voz a todos esos pensamientos que he tenido en más de una ocasión sobre él y su vida—, y tú tampoco me conoces a mí.

—Eso tiene fácil solución. —Con esa voz, realmente hace que todo parezca sencillo.

—Ah, ¿sí? Y según tú, señor juez, ¿cuál es?

—Mmmmm, eso de señor juez me pone, letrada.

—Mmmmm, eso de letrada me pone, señor juez —respondo extasiada.

—Ten una cita conmigo —me ruega. Porque sí, me suena a ruego. Quizá yo quiero que suene así.

—¿Me estás invitando a salir? ¿Cómo cuando éramos adolescentes? —me mofo.

—Algo así.

—No te pega el papel de galán de telenovela.

—No lo soy —se defiende.

Sigo sentada en la mesa. Max está situado entre mis piernas. Cerca, peligrosamente cerca.

—¿Crees que un galán de telenovela tendría un problema como este y lo mostraría sin pudor?

Lleva mi mano, que hasta el momento reposaba en su pecho, hasta su más que abultada entrepierna. No me pongo nerviosa, no me siento incómoda, no me despierta pudor. Solo deseo y necesidad en estado puro.

—¿Te levantas así todos los días o es solo cuando me ves?

—Puedes descubrirlo por ti misma.

—Me dirás que la cita es cena, cine y cama —curioso.

—No —sentencia escueto de nuevo—. Te diré que cenaremos, nos saltaremos el cine, follaremos y probablemente desayunemos tras haberte dejado que recorras mi cuerpo con tu lengua.

—Interesante propuesta. Me lo pensaré. Puedes dejarle una instancia a mi secretaria, señor letrado.

—Instancia es la que te voy a dar yo.

Me sujeta por la parte baja de las rodillas y me alza, rompiendo el contacto con la madera fría e inerte y acrecentando la fricción con su grande,

gorda y enorme polla. Si es cuestión de definir, mejor hacerlo bien y con todos y cada uno de los adjetivos que bien merecidos tiene.

Enredo mis piernas en su cintura de forma mecánica, como si ellas entendieran que ese es el lugar que les corresponde, como si de una pieza de un puzle se tratase. Nuestras bocas vuelven a encontrarse y el sonido de nuestras lenguas inunda la habitación.

—Puede entrar alguien. —La cordura hace acto de presencia, pero solo momentáneamente. Como ese ángel y demonio que se colocan uno en cada hombro, alejándote de los pecados capitales e incitándote a cometerlos todos, sin saltar uno de ellos.

—¿Quieres parar? —me pregunta con la respiración agitada, frenando sus pasos.

—¡Maldita sea! ¡No!

Un gruñido varonil sale de su garganta ante mi osada y sincera respuesta, envolviendo todos mis sentidos. Mi vello se eriza, mis pezones se yerguen fruto de las sensaciones que despierta este hombre en mí.

Continúa el recorrido e impacto contra la estantería llena de expedientes y libros sobre derecho constitucional y penal.

—Tu cuerpo hace juego contra el Código Civil —susurra caliente, cerca, peligrosamente fiero.

—No es de mis favoritos —le digo acercando mi boca a la suya. Sus labios son carnosos, dulces y salados, suaves y rebeldes.

Todo en nosotros es una contradicción. Como los polos puestos que se atraen, que saben que no pueden, pero sí quieren. Como el gato y el ratón del que os he hablado en ocasiones. Eternos enemigos, pero compañeros de juegos.

—¿Estás preparada?

—¿Para qué? —pregunto mordiendo su labio, ese que me llama desde hace meses.

—Para que te folle aquí y ahora —finaliza.

—No lo sé, prueba y luego te respondo.

Un certero golpe de su polla contra mi centro me hace gemir. Separa sus manos de mis nalgas y desenredo mis piernas para volver a ponerlas en el suelo. Sus manos se separan, pero acarician cada parte de mi cuerpo a su paso hasta que mis tacones tocan el parqué del despacho.

Se separa de mí y se gira, lo veo irse y siento un pequeño vacío en mi interior. Esto se comienza a complicar, se convierte en necesidad y cruza un límite infranqueable para mí desde hace mucho tiempo.

Puede que ese sentimiento de soledad que me ha asolado durante tantos años y con el que he aprendido a vivir, hayan hecho que me proteja instintivamente de las relaciones personales. De todas, menos de la que comparto con Alma y Mar.

—¿Dónde vas? —No reconozco mi voz, suena tímida y llena de incertidumbres.

No me responde. No se da la vuelta. Se acerca a la puerta con paso decidido y es uno de esos momentos en los que te haces más consciente que nunca de que todo en él es pura determinación.

Sujeta con firmeza la llave de la puerta y la gira, cerrando la habitación. Alza la cabeza una vez finaliza su cometido y me sonrío de lado.

Se apoya en la madera, con las manos tras la espalda y la pierna derecha cruzada sobre la izquierda.

—Iba a cerrar la puerta, señora letrada. —Su voz de nuevo suena *sexy*, sensual.

—Señorita —le corrijo.

—¡Desnúdate! —me exige.

—¡Desnúdame! —le ordeno.

Sonríe. Otra vez esa maldita sonrisa que calienta mis bragas, que me hace palpitar la entrepierna.

Se separa de la puerta y camina hacia donde me encuentro, sin apartar sus ojos de los míos y sin borrar esa maldita sonrisa de la cara.



—¿Por qué sonríes? —me atrevo a preguntar.

—Porque no eres consciente de las guarradas que pienso hacerte.

—¿Y te hacen gracia? —le reprocho—. No deberías burlarte de una mujer que tiene el Código Civil pegado a su culo.

Se para antes de llegar a donde me encuentro. Desabrocha su chaqueta y la deposita con suma delicadeza en la silla donde momentos antes estaba sentada mi secretaria.

—No, no me hace gracia. Me pone extremadamente cachondo tenerte así.

—¿Así como? —de nuevo, le reto.

—Expectante —sentencia con desdén—. Hemos hablado demasiado —murmulla—. ¡Desnúdate!

—Estás en mi edificio, en mi despacho, no me exiges, no tienes poder —lo digo, sí, pero sé que sí lo tiene, que tiene poder, mucho más del que yo quiero reconocer.

—No es tu edificio —me rebate desabrochándose la camisa con parsimonia; botón a botón, de manera delicada.

—Lo era, hasta que tú llegaste —respondo quitándome la chaqueta y colocándola en mi silla.

Llega al último botón. Y lo observo detenidamente. El ojal debe sentir el vacío que ha dejado su compañero, con la misma magnitud que siento yo la distancia que hay entre nosotros.

—Te dejo el honor de quitarme los pantalones, letrada.

¡Dios! ¡Me vuelve completamente loca!

Mi camisa blanca termina en el mismo lugar en el que he dejado mi chaqueta.

—Te dejo el honor de quitarme la falta, señor juez.

—Eres mala —murmulla.

—No te haces una idea.

Camino hasta colocarme a su altura. Él sin camisa, con su torso ahí, al alcance de mis manos, de mi lengua... Yo con mi sujetador puesto, esperando un movimiento por su parte. Esperando que me lo arranque y su boca ocupe el vacío que deje la tela.

—Has pensado —me dice mientras comienza a deslizar con suma delicadeza el asa derecha de mi prenda interior— que estamos en un despacho —clava su mirada en la mía, cuando comienza a hacer lo mismo con la otra asilla—, que pueden oírnos —comienza a recorrer con su dedo índice el contorno de la copa— e incluso pueden tocar mientras te esté follando —finaliza mientras baja la copa con la que jugaba antes y me pellizca el pezón con intensidad.

Gimo. Gimo de puro placer. De puro gozo.

—¿Lo has pensado? —prosigue.

—Es una de mis fantasías —respondo aún con los ojos cerrados por el calor que ha despertado en mí.

—Vaya, vaya, mi letrada tiene fantasías.

—¿Ahora soy tu letrada? —Quiero, quiero serlo.

—Llevas siéndolo mucho tiempo.

—Ah, ¿sí?

—Más del que me gustaría reconocer —finaliza.

Me alza de nuevo. Mi falda comienza a ser un gran impedimento porque me siento incómoda con ella. Lee mi pensamiento porque vuelve a bajarme, dejando que mis zapatos toquen de nuevo el suelo. Busca a tientas la cremallera sin dejar de besarme, de mordirme, de poseerme, de arrancarme gemidos. Da con ese cierre y lo desliza. La falda se arremolina en mis piernas y separa nuestras bocas para pedirme en una silenciosa súplica que salga de ese remolino de ropa que se ha formado en torno a mis zapatos.

Hago caso. No me supone ningún esfuerzo hacerlo, porque es lo que quiero y lo que necesito. Su contacto, su calor, su fuego corriendo por mis malditas venas, haciéndome sentir viva; más viva que nunca, con más ganas de conquistar el mundo de Érika que las que he sentido en estos treinta y tres

años.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Por qué, ¿qué? —contrataca.

—¿Por qué no lo quieres reconocer? —Necesito saberlo. Quiero saberlo.

—Porque te has metido bajo mi piel sin yo siquiera saberlo —murmulla.

Lo beso. Lo beso con ansias, con pasión, con fiereza, con cariño, con sensualidad, con rabia. Con rabia porque eso que siente él lo siento yo también. Porque no entraba en mis planes, en los planes de Érika sentirse extraña. No. No de nuevo, no cuando eres consciente de que esperabas que alguien apareciera tras tantos años y te dijese «he vuelto, he vuelto a por ti porque teníamos un trato y todos esos años lo he tenido presente». Porque ya no somos Josh y Érika. No. No como yo pensaba. Somos Max y Érika. Somos dos.

—Acepto esa cita —susurro tras separar un instante su boca de la mía.

—No esperaba menos —me responde.

—Yo solo espero que cumplas tu palabra y me folles fuerte.

—¿Ahora o en la cita? —me pregunta canalla.

—En ambas.

En esta ocasión, el Código Civil nos observa desde la distancia.

Me arrodillo y comienzo a desabrochar el cinturón. Sonrío porque el bulto que esconden sus pantalones es imposible de obviar.

—Sabes que si tuvieses que salir de mi despacho ahora en estas condiciones, sería muy cruel por mi parte.

—Érika, Érika, Érika, ¿sabes las ganas que tengo de cerrarte esa boquita?  
—Su mirada oscura lo dice todo.

—Muchas —respondo interpretando lo que leo en sus ojos.

Bajo la cremallera de sus pantalones y dejo que caigan a sus pies.

—Con los zapatos puestos, dudo que puedas moverte a placer.

Hago lo mismo con los bóxer y por fin lo tengo en todo su esplendor, frente a mí.

—Veamos cuántas son las ganas de cerrarme la boca y si eres capaz de conseguirlo.

Sujeto su polla entre mis dedos y ejerzo presión sobre ella. Muevo mi mano y comienzo a masturbarlo con suavidad. Disfrutando de cada movimiento y del poder que tengo ahora mismo sobre él.

—Podría decirse que te tengo «en mis manos».

Agacha la cabeza y me observa desde arriba y, sí, esa maldita sonrisa de nuevo.

—Quizá sea mejor decir que me tienes en tu boca.

Mueve sus caderas intentando acercar su polla a mi boca y esta vez soy yo la que ríe.

—No puedo negar que eres ingenioso.

Le recompenso besando su glande.

Él me compensa gimiendo.

—Soy ingenioso y también soy un hombre de recursos.

Lleva su mano derecha hasta mi pelo y empuja mi boca hacia su polla. Podría alejarme. Podría girar la cabeza. Podría cerrar mi boca. Podría hacer tantas cosas... pero la verdad es que quiero probarlo, saborearlo, llevarlo al límite y tener el control. Volverlo tan loco como me vuelve él a mí cuando lo tengo cerca. Porque sí, porque yo estoy bajo su piel, pero él está peligrosamente cerca de estar bajo mi alma y eso, eso sí es difícil de combatir.

Entra en mí, en mi boca y la pasión se apodera de mis sentidos. Muevo mi mano a la vez que acompaso los movimientos de ella a los de mi lengua. Chupo, chupo con ansias mientras él balancea sus caderas intensificando su placer. Cojo sus huevos entre mis manos y los aprieto con delicadeza, con suavidad. Quiero volverlo completamente loco.

—Ahhhh —gime mientras sigue balanceándose—. Mírame —me pide—. Por favor —suplica.

Alzo la vista y nuestras miradas conectan mientras continúo con mi juego. Mis manos y mi boca son las responsables de que él esté fuera de control. Su balanceo deja de tornarse suave y aumenta la intensidad, de la misma manera que yo aumento la intensidad de mis lametones.

Su polla entra en mi boca con decisión y llega hasta el final de la misma. Contengo las arcadas cuando choca contra el inicio de mi garganta y él gime en respuesta a su invasión.

—Me voy a correr —me dice—. La chupas demasiado bien —añade sensual.

Le dejo hacer, no tengo problema en ello. En la guerra y en el amor está todo permitido. Por supuesto, en el sexo también.

No. No se corre. No lo hace en mi boca. Me empuja con suavidad y quedo tumbada en el suelo. El frío, en contraste con el calor que siento, me reconforta.

—Te voy a destrozar —me dice.

Se sitúa entre mis piernas y aparta mi brasileña. No, no la rompe como cuentan los libros eróticos que leemos y que tanto morbo nos da. Él se limita a rodarlas a un lado y sonreír de nuevo. Porque sabe que estoy cachonda, empapada y que no necesito ningún tipo de preliminar para correrme, solo sus potentes embestidas.

—Te voy a destrozar —repite.

—¡Destrózame! —le ordeno, le ruego o le suplico. ¡O todo a la vez!

Su polla entra en mí. Siento cómo se abre camino y despierta cada una de mis terminaciones nerviosas, cómo mi cuerpo se enciende y el frío del parque deja de tener importancia. Ahora arde, arde como yo.

Sus manos se colocan a ambos lados de la cabeza y el balanceo de sus caderas me sumerge en un estado de desenfreno indescriptible.

—Abre tus ojos —me pide.

Le hago caso y nuestras miradas, de nuevo, conectan.

—¿Por qué me pides eso? —Llevo mis manos a su culo y presiono. Un

grito se escapa de mi garganta al sentirlo tan adentro, llenándome tanto.

—Porque cuando me miras, leo en ti y veo lo que escondes.

Y eso asusta. Asusta de verdad, porque mi fachada ha sido mi protección durante todos estos años. Durante gran parte de mi vida. Porque hay máscaras, fachadas, escaparates, podemos llamarlo como queramos, pero la realidad es la misma. Todas las personas escondemos sentimientos, vivencias, formas de comportarnos; por encajar, por miedo, por sentir que somos parte de algo, de algo tangible. Por protegernos.

—¿Qué lees en mí? —me atrevo a preguntar.

—Que no eres tan mala como quieres aparentar.

—Todos somos un poco malos —me defiendo.

Max para. Deja de moverse para simplemente analizar mis palabras.

—No. La vida nos hace cambiar, pero nuestra naturaleza no es la de ser malos. Es la de protegernos.

Tiene razón. Tiene toda la maldita razón del mundo.

—No quiero que Aristóteles me folle.

—¿No? —bromea.

—Quiero que me folles tú. Sucio y perverso.

Le doy una pequeña nalgada para que continúe con lo que nos traíamos entre manos antes de comenzar a filosofar sobre la vida.

Sale de mi interior, despacio y lento. Notando cómo el vacío de su carne me hace sentir sola de nuevo.

—No...

—¿Quieres que te folle? —me pregunta con voz ronca.

—Sí.

—¡Pídemelo! —me exige.

Alzo mis caderas en su busca, pero él se limita, una vez más, a sonreír.

Chaquea la lengua contra el paladar antes de mover la cabeza negando.

—Niña mala —me dice—. Si quieres que te folle, tendrás que pedírmelo.

—Fóllame, ¡maldita sea! ¡Destrózame! —finalizo.

Me embiste de nuevo. Hasta lo más profundo. Llenándome al completo. Sus movimientos se acentúan y se hacen cada vez más intensos y certeros. Me sujeta el pelo y lleva su boca al encuentro de la mía y nos fundimos en un beso animal. No cesa en sus acometidas, mientras seguimos besándonos y mordiéndonos. Sale despacio y entra con fuerza.

—Mírame —me ruega.

Cada vez más rápido y más intenso. Más fuerte, más bestia, más animal. Como a mí me gusta. A mi justa medida.

—¡Dios! —atino a decir.

—Dios no te va a sacar de aquí.

—Ni yo quiero que lo haga.

Solo quiero más. Más. Más.

—Dime que quieres correrme —le pido.

—Quiero correrme.

—Dime que quieres llenarme —le exijo.

—Quiero llenarte.

—Dime que quieres más.

—Quiero más —murmulla mirándome con intensidad.

—Me corro —susurro.

Ese maravilloso cosquilleo que ha creado su bombeo comienza a nacer. Lo siento desde los dedos de los pies, erizando mi vello, irguiendo mis pezones, contrayendo mi sexo en torno al suyo. Dejo que se apodere de mi cuerpo, que lo tome como suyo propio y que me haga ver las estrellas.

—Me corro —pronuncia Max.

—¡Lléname! —le ordeno.

Y lo hace. Lo hace como si no hubiese un mañana. Como si eso fuera lo

único que importa en este momento, en todos los momentos. Como si no necesitáramos más que nuestros cuerpos para sentirnos en casa para conquistar nuestro mundo, para ser él y yo; yo y él.

—Al final sí que estaba preparada —bromeo.

—Al final, jamás podremos sacarnos de debajo de la piel, Érika. Porque yo soy tuyo, pero tú eres mía.



## Capítulo 15

Es curiosa la vida. Es curioso el mundo. Es curioso como dos personas pueden pasar del odio al amor en cuestión de semanas. De días. E incluso, de horas. Es curioso, sí.

Terminamos de vestirnos. Me dio un tierno abrazo y un beso más dulce aún y se fue, dejándome plena, pero a la vez vacía. Curioso también, como una situación puede dar pie a dos sentimientos tan contrapuestos.

Zule entró como si no supiese lo que había ocurrido tras esa puerta en su ausencia. Yo no di detalles, pero me dijo «deberías abrochar los botones de la camisa en el orden correcto». No hizo falta más para saber que no es boba y no se chupa el dedo.

Los días han ido pasando. Hemos intercambiado algún que otro mensaje, pero hemos estado ambos bastante saturados. Las horas de sueño siguen escaseando y mañana tengo una reunión con Lili porque ya nos han asignado un perito.

—Siento el retraso, tengo más trabajo del que me puedo permitir —me justifico cuando llego al Au Revoir alrededor de quince minutos tarde—. Pero traigo novedades, de esas morbosas que os gustan y que hará que me perdonéis.

—Suelta por esa boquita —me apremia Mar.

—El lunes tuve el sexo más morbosos, guarro y sucio que he experimentado en mi jodida vida.

Mis amigas guardan silencio. Se miran entre ellas y ni se inmutan.

—¿No pensáis decir nada? ¡Sexo! La palabra sexo debería ser algo así como. —Dudo en el adjetivo que otorgarle—. La puta polla del mundo de las palabras y conversaciones.

—No nos sorprende para nada que tengas ese tipo de sexo —dice Alma.

—Es más —añade Mar—, lo raro sería que fuese aburrido. No te tenemos catalogada como una santa y virgen, pura y casta.

Agrio el gesto ante ese «posible» símil. No, ni de coña.

—Bueno. Vale. He tenido el sexo más sucio, guarro y morboso con Max, en mi oficina, de día. Incluso, podéis añadir aquí un puñado de romanticismo porque me dijo, y cito textualmente para que se os caigan las bragas: «Al final, jamás podremos sacarnos de debajo de la piel, Érika. Porque yo soy tuyo... pero tú eres mía».

Mis amigas, esas que se sientan frente a mí, bien podrían parecerse al cuadro del Grito de Munch, o al icono ese del WhatsApp con las manos a los lados y la boca abierta.

—Cuando podáis cerrar la boca, prosigo.

—Entiende que estemos en *shock*. Esa frase es de todo menos erótica —añade Mar.

—Yo no le doy importancia —¡Mentira!, ¡mentira cochina!

—Sí, ya... A papá gorila, plátanos verdes —se burla Mar.

—¡Joder! ¿Qué queréis que os diga?

Alma le hace un gesto a Alberto para que se acerque a nuestra mesa.

—¿Ya tenemos claro lo que vamos a pedir? ¡Tengo hambre! —protesta Alma.

—¿Hambre? ¿Es más importante el hambre que yo? —me quejo.

—Si me dices que estás embarazada de nuevo, juro que te quito el habla —añade Mar.

Alma le saca la lengua. Siempre políticamente correcta.

—Yo le habría hecho una peineta —bromeo.

—Menos mal que ella no eres tú —se mofa Mar.

—A Dios doy gracias, ya tenemos bastante con una Érika —les explico con tranquilidad.

—Chicas —Alberto hace acto de presencia, libreta en mano para tomar la comanda, como si no supiera lo que solemos pedir—, ¿qué vais a tomar?

—Pues, básicamente lo de siempre —pide Mar.

—Mejor trae un par de bocadillos. He traído algo —¿Algo? ¿Qué algo?

—¿Qué has traído? —Decido que lo mejor es darle vida a mis pensamientos.

Mi amiga rubia; Alma, que ya sé que Mar también es rubia, pone encima de la mesa su maxibolso, ese tan grande como los que uso para salir de fiesta o para ir a un juicio, de vacaciones quince días a cualquier lugar del mundo o en el que guardo la batidora, y saca un par de revistas de novia.

—Mierda —me quejo—, si lo sé no vengo.

Mar aplaude encantada, supongo que es porque ella ya pasó por eso y lo vive de otra manera. Pero si tenemos en cuenta que odio las bodas, bautizos y comuniones... ¡Pues eso! Que ya me están saliendo sarpullidos. Además, que hace nada estaba haciendo lo mismo con mi otra amiga rubia.

—¡Cállate! Te he elegido un vestido monísimo, un vestido verde.

—¿Pero se me ven las tetas? —le pregunto.

Ambas me miran mal, pero yo fijo no darme cuenta.

—En mi boda no vas a enseñar las tetas. —Alma sienta los pilares de lo que quiere y lo que no, y ahora mismo lo de escribir el discurso utilizando la palabra polla, cobra más sentido en mi cabeza. Tengo que comentarlo con Jaime, a ver si no tiene inconvenientes —añadir un puñado de ironía y una pizca de sarcasmo aquí—.

—Yo soy la soltera del grupo, si no enseñe las tetas no voy. —Ahora la que sienta los pilares soy yo—. Búscame algo que me favorezca, que se dice que en las bodas se liga mucho.

—¡Y tú te lo has creído! —exclama Mar sonriente—. Lo que se dice de las bodas es que de una sale otra.

—¡Ja! Pues conmigo no contéis, que yo paso de esos rollos pastelosos.

—No sé qué pensará Max de eso —puñalada de Alma.

Polla a la de uno. Polla a la de dos. Polla a la de...

—Max es sexo. —Pues sí, hoy parece que está siendo el día de las «bolas», a cada cuál más grande.

—Érika, sé que dijimos que nos burlaríamos de ti cuando te enamoras de alguien, ya sabes —explica Mar—, por eso de que has sido una perra canela todos estos meses burlándote de Alma y de mí. Pero como te queremos, procuraremos reírnos poco, es decir, lo justo y necesario para fastidiarte.

—Sí —interviene Alma—, porque sacarte los colores como que será un imposible.

—Efectivamente —corroborar Mar.

—¿Alguna vez os han mandado al carajo?

Mis amigas se quedan pensando un momento, como si no supiesen la respuesta.

—Sí —claudica Alma.

—Tú —especifica Mar—, y en reiteradas ocasiones. Básicamente, nos has mandado a tomar por el culo, pero ya que nos ponemos finas, lo diremos así, a tu manera.

Maldito Panini que no me pidió escribirle un discurso en su boda. Eso no se lo perdono. Le habría hecho uno sobre conejos y no precisamente saltarines. ¡Hala! Qué pancha me habría quedado.

Alberto nos trae un plato de frutos secos y varios refrescos.

—¡No se pueden decir palabrotas delante de las revistas de novia! Eso debe ser pecado.

—Pecado es traerme engañada. Yo venía contenta por mi sesión de sexo y ahora tengo que mirar telas y cortes y no se ni qué cosas más.

—Tocados —aplaude Mar.

—Paso de los tocados. Yo quiero una pamea. —Y ahora sí que aplaudo, si yo también se ponerme cuqui.

Vamos dando sorbos a nuestras bebidas y comiendo frutos secos.

—Ya recuerdo el motivo por el que hicimos un artículo en la Constitución

femenina sobre los frutos secos y sus componentes.

—¿Cuál era? —inquire Alma.

—Estás tan centrada en esa revista —señalo una de las quince que ha traído, al azar—, que se te olvidan las cosas verdaderamente importantes.

—Yo me acuerdo —dice Mar mientras aparta los garbanzos—. Es el número veintidós «los garbanzos de los frutos secos no los come nadie, deberían estar prohibidos por ley». Creo que era así —añade tras beber.

—Sí. Pero por nuestra ley deberían estar prohibidos, que ya tiene bastante que resolver el Estado como para que se centren en nuestras trivialidades.

—¡Vaya! —ironiza Mar—, hoy has venido de abogada.

—Hoy ha venido follada —apostilla Alma.

Mar y yo nos miramos en varias ocasiones, estamos *ojipláticas* y bastante sorprendidas.

—¿Qué te pasa? Alma Flores no dice tacos.

—No me hacéis caso. Necesito elegir vestido de novia. Me caso en breve.

—¿Qué te vas a casar en breve si aún no tienes vestido? —me burlo, intencionadamente además.

—Máximo en dos meses, es la fecha que me ha puesto Jaime de límite.

—¿Eso quiere decir que nos vas a tener dos meses recorriendo tiendas para encontrar un vestido? —como diga que sí, me enemisto de Alma.

—Sí.

—*Mecagüentodo*.

—Amén —añade Mar.

—¿Pero tú no odiabas los Amén? —la pico.

—Lo hago por joder.

—Jodida es lo que estoy yo. ¡Ay qué polvazo!

—No queremos detalles, gracias —protesta Alma.

—Yo sí quiero saberlo —me pide Mar con ojitos de santurróna.

—Pues ahora no te lo cuento, por perra canela. Que nunca me has hablado de la polla de tu marido. ¡Anda! Mira, ¿no te gusta cómo discurso?

—Te quito el habla, lo juro. —Alma alza la mano como cuando llaman a declarar al estrado y juran decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—Yo no pienso pagar lo que cuesta ese vestido. —Acabo de ver que ese pedazo de tela insignificante cuesta cerca de dos mil euros, ¿estamos locos o qué?—. Voy a mirar si lo venden en Ali Express.

—Ni de coña. —Alma me quita el teléfono de las manos, porque sí, lo confieso, iba a mirar en Ali Express.

Mar se parte de risa, pero a mi gracia no me hace.

—Es mi boda e irás vestida decente. Nada de chinos.

—Cham Cham debe odiarte.

Hace días que no le hago una visita. Creo que debo pasar por allí. No necesito nada en especial, pero me aburro si no le amenazo con llamar al Inspector de Trabajo. Creo que voy entendiendo el recelo que profesa hacia mí. Todo va encajando.

—Tenemos que hablar de algo muy serio. —Alma se pone recta y nosotras empezamos a cagarnos de miedo —no literalmente, no hay que ser escatológico—, porque nos tememos que nos vaya a contar alguna historia que nos ponga tristes o que nos alerte.

—¿Qué? —Mar ha acabado con el plato de frutos secos. Nos ha dejado los garbanzos.

Le hago una señal y le indico que se los puede comer también, total.

Llamo a Alberto mientras Alma saca de su maxi bolso una revista más.

Bien, podemos respirar.

—¿Otra más? ¡Mátame camión! —me burlo.

—Esta es de zapatos —explica Alma.

—Me dejas más tranquila. —Otro puñado de ironía aquí, por favor.

Trae una página marcada con un *post it* en forma de corazón y lo abre.

—¿Podré casarme con estos zapatos? —nos pregunta inocente.

—¿Esta mierda es lo que querías contarnos? —me quejo.

—No es una mierda, ¿los has visto bien? —Me pone la revista tan cerca, tan cerca, que hasta veo los colores borrosos.

—Veo bien que tiene varios ceros, eso en Ali Express los encuentras más baratos.

Vuelvo a coger mi móvil, pero esta vez es Mar la que no me deja abrir la aplicación.

—Si yo voy de Jimmy Choo, tú vas de Jimmy Choo —me especifica Alma.

—No, la cosa es así. Tú vas de Jimmy Choo y yo voy de Cham Cham. Como mucho de Zara y date por satisfecha.

—Eres más agarrada que un pasamanos —se burla Mar.

—Lo que soy es pobre. Me veo haciéndole la competencia a Cham Cham.

—Pero ¿me podré casar con ellos? —Mi amiga empieza a hacer pucheros porque quiere que le digamos que sí.

—Cariño —le explica Mar—, tú te puedes casar con lo que te de la real gana.

—Amén —añado.

—Dejemos un momento el tema de la boda de lado. Hablamos hace tiempo de hacernos el tatuaje y seguimos sin concretar nada.

—¡Joder! ¡Es verdad! —exclama Mar.

—Nos hemos despistado por completo —explico—. Nos lo hacemos, ¿verdad?

—Ya habíamos dicho que sí —contesta Alma.

—No tenía mucha fe puesta en ti —confieso—. Aún temo que salgas corriendo cuando veas la aguja.

—¡Ah! ¿Pero eso se hace con aguja? —pregunta la futura novia.

—No, claro. Le pasas saliva a un papel, lo pones encima de la piel y ¡tachán! Ahí tienes tu super tatuaje —me burlo, sí, sin piedad.

—¡Ja, ja! No me hace gracia —protesta Alma.

Mar, por el contrario, se parte de risa y yo me sumo.

—Si es que yo iba para payasa y me quedé en abogada. Cosas de la vida.

—Érika, tú siempre ibas para algo —apostilla Alma que sigue enfadada.

—Probablemente porque tengo muchas cualidades y todas ellas desaprovechadas —confieso.

—Vale. Baja Modesto que sube Érika —ironiza Mar—. Toma. —Me tiende el teléfono.

—¡Ah! —aplauzo—, por fin me dejáis buscar mi vestido en Ali Express.

—No —protesta Alma—, soy capaz de cortarte el cuello —me amenaza.

—¡Coño! —Sí, sí, soy mal hablada, no es nada nuevo—, cuando quieres te sale la chica de barrio que llevas dentro —me burlo.

Alma me remeda y me hace muecas varias. Yo le saco la lengua, que cuando quiero también puedo ser cuqui.

—Te daba el teléfono para que buscaras un sitio donde hacérselo —me explica Mar antes de llevarse el vaso a la boca.

Al final pedimos unas cuantas Coca-Colas, porque con café solo no nos iba a dar para todo lo que tenemos que hablar y ver, porque mira que hemos visto tonos de blanco.

—Podemos ver si hay algún bono de esos de ofertas —propongo.

—Érika —me reprende Alma—, parece que comes arroz y pasta y que pasas hambre. Estás todo el día buscando ofertas y comprando en el chino.

—¡Oye! —me quejo—, que algunas somos pobres y tenemos que tirar para adelante como podemos.

—¡Ya será menos! —exclama Mar—. Que te quejas mucho, pero no



cobras tan mal.

—Ya. Pero hay que quejarse, ya sabes lo que dicen ¡el que no llora, no mama!

—Mamar es lo que has hecho tú. —Mar, sí, pitorreándose de mí.

—No puedo decir que no. —Finjo indiferencia, pero el simple hecho de pensar y recordar lo que ha pasado esta semana en ese despacho, me hace tener ganas de más, vamos ¡que me brinca la pepitilla!

Finalmente, nos decantamos por un estudio en el centro. Revisamos las fotos que vimos en Facebook de los trabajos realizados y nos gustaron bastante, hasta el punto de coger una cita para la próxima semana. Veremos si al final lo cumplimos o tendré que mandarle los rumanos a mis amigas, sin rencor, solo para que vayan. Cero coacción en la visita. Otro puñado de ironía, por favor.

No hay mucho más que decir, pasamos el resto de la tarde entre revistas, colores, tonos de blanco y posibles lugares para festejar la boda.

Y sí, después de esto, tengo más claro aún que no me casaré, porque las bodas son un rollo y un gasto innecesario.

He dicho.

## Capítulo 16

Ese «yo soy tuyo, pero tú eres mía» sigue martilleando en mis pensamientos, como ese taladro percutor que te molesta constantemente cuando hay obras en la calle que transitas habitualmente; o como cuando tomas cualquier frase al azar, y la haces tuya, tu mantra.

No suelo ser de esa clase de personas que hace de su vida un lema. O de la vida de cualquiera. Suelo ser más de esas personas que busca consuelo en las pequeñas cosas que aporta el día a día. Eso de los amaneceres, las lunas, las estrellas, corazones y flores o peluches no van conmigo. Yo soy feliz sintiendo que todo está donde debe estar. Me explico...

Dice Efecto Pasillo en una de sus canciones, que se sienten bien cuando la sartén no se pega y le sale la tortilla redondita<sup>5</sup>, perfecta, pues ese es el resumen de lo que para mí es la perfección. ¡Mmmm! Sí, lo de la tortilla también, pero no, voy más allá. Para mí, saber que mis amigas están bien, que la gente que me importa lo está y en general conmigo lo están, es lo que me hace sentir verdadera calma. Encontrar la paz.

Es evidente, y sería un embuste por mi parte, si os dijera que el resto de aspectos o áreas de mi vida están mal, con saber que a quiénes quiero no lo están, soy feliz. No soy tan altruista como para conformarme exclusivamente con eso. No soy defensora de las causas perdidas, a pesar de ser abogada, ni tampoco soy una ONG andante. Mi trabajo, mis aficiones, las personas que me importan y que están cerca y yo misma, son lo que me diferencia de la Miss de un concurso. Hola, soy Érika y quiero la paz en el mundo.

Vale, esa frase mola mucho y queda bien allá donde vayas: «Buenos días, seré tú abogada y defenderé tu divorcio. Me llamo Érika Manrique y quiero la paz en el mundo». Puede que, si hiciese una campaña en redes sociales un con *banner* así o en la misma prensa, ganaría algún que otro caso, si, ¿pero con qué fin? Con ninguno.

Ya me conocéis, sabéis cómo soy y muchos de los motivos que me han llevado a ser de esta manera.

Una vez vi en la tele, que hay un país en el que cuando nace un bebé, la

primera noche duermen a la intemperie, y que si sobreviven, quiere decir que se merecen estar en el mundo. A mí me parece una auténtica locura y estoy convencida que en ese país —del cual no recuerdo su nombre— no hay Servicios Sociales, porque es más que probable que les quiten a cada familia sus hijos conforme le están dando los puntos a la madre que los parió. ¡Vaya! Pues en este caso, esa frase no ha sonado como uno de esos insultos míticos, sino como una afirmación rotunda y de peso.

Pues eso, que me lío con las explicaciones. Cuanto más analizo a mi familia, más cuenta me doy de que ellos, quizá, todo esto lo hicieron por mí, para que me curta en mil batallas y para que el simple hecho de que me haya sentido tan sola y abandonada estos años, sea hoy la prueba de que me merezco vivir porque he llegado a donde estoy por mis propios méritos y no le debo nada a nadie. En realidad, esa es una puta excusa barata que me pongo para intentar sentirme mejor conmigo misma, pero la realidad me golpea en la cara cuando pienso que es sencillo aceptar la verdad: en mi caso, la familia no existe.

No he vuelto a hablar con mi madre. De mi padre no sé nada hace meses y por parte de mi hermano he recibido algún wasap donde me pedía que hablara con la persona que me dio la vida, porque no me había perdonado lo del veterinario. Lo he estado posponiendo, como quien pospone ir al dentista o al ginecólogo. Mucho que nos gusta a todas hacernos *selfies* y enseñar hasta las muelas del juicio en ellos y que nos den barra —ya me entendéis—, pero que poco nos gusta ir a todas las revisiones. Sé que debo llamarla, sabe que debe llamarme, pero ambas somos conscientes de que estamos más tranquilas así, dejando que corra el aire.

He llegado a mi casa, tras bajarme en la parada del tranvía más cercana y sacar las llaves del bolso para abrir la puerta.

Miro hacia dónde se encuentra Cham Cham que gira la cabeza haciéndose el loco, como si no me hubiese visto. ¡Que baje Dios y vea esto! Con el cariño que me profesa a mí ese chino tan majo y gira la cara haciéndose el interesante. Pienso en cruzar la calle e ir a hacerle una visita, pero el sonido de mi teléfono me interrumpe y le doy prioridad a saber qué clase de mensaje he recibido y sobre todo, de quién. Espero que alguien me haya enviado un tío bueno/rabo, no hay nada mejor que recibir esa clase de fotos. ¡Es maravilloso

recrearse la vista! La otra parte de mí, piensa en si mi querido magistrado —bragas volatilizándose en tres, dos, uno...— me habrá enviado algún mensaje o también, puestos a pedir, su rabo.

Y sí, no os quiero hacer esperar mucho, pero es él, el mismo hombre que me tiene tan perdida y tan desubicada. Es un archivo de audio. Miro hacia Cham Cham, que esta vez sí tiene su vista puesta en mí. Le hago un leve gesto con la cabeza a modo de saludo y él me responde con uno similar. ¡Ya pasaré luego a verte! Pulso el *play* y coloco el teléfono en la oreja, mientras que, con la otra mano, introduzco la llave en el portal con la intención de subir a mi piso. Me suena la canción que escucho, pero me suena con la voz de Paulina Rubio. Entro en casa, tiro el bolso sobre el sillón y se esparcen varias cosas por él. Esa es una de las desventajas de llevar tantas cosas dentro. Pero al final, la ventaja de tener todo lo que necesito impera sobre la cantidad o el peso de dicho accesorio.

Me dirijo a mi habitación y me tiro en la cama. El bolso ha caído prácticamente de la misma manera que yo, a plomo. Vuelvo a entrar en la aplicación de mensajería instantánea y veo que me ha adjuntado la canción completa, no solo un trozo de la misma, acompañado de un mensaje. ¡Vamos por partes! Primero el mensaje.

Max:

Escúchala con atención y dime qué opinas.

Vale. Es una indicación fácil y pensaba escucharla. Pulso encima y se abre el Spotify y comienza a sonar «Mi nuevo vicio» de Morat. El título ya de por sí, es muy sugerente.

Trato de pensar que nada pierdo intentando, darle vuelta a todo y dejar irte tal vez.

No sé qué me pasa ¿a quién estoy engañando?

Mis ganas me consumen y me empieza a doler.

Érika:

¿Me quieres decir algo, señor juez?

No tarda nada en responder. Está en línea.

Max:

¿La has escuchado toda?

¿Por qué seguimos jugando a los dados?  
Sabiendo que esto está cargado a tu lado.  
¿Por qué seguimos jugando a las cartas?  
Sabiendo que tienes un as bajo la manga.  
Y ¿por qué vivimos bailando este tango?  
Si me caigo del piso sin poder acabarlo.  
Eres mi nuevo vicio.

Érika:

Estoy en ello.

Max:

Termina.

Y simplemente le hago caso. Puede que en otra ocasión, meses atrás, semanas, sin ir más lejos, le hubiese respondido un escueto «vete a la mierda», pero estas son las pequeñas cosas de la vida, las curiosas. Cómo evoluciona una relación y la persona que las sufre con ella. No creo que jamás hubiese sentido odio por él, ni siquiera inquina o rabia, era simplemente animadversión, antipatía, por sentirle capaz de hacerme frente. Y aquí viene otro de esos momentos en los que me confieso, sin clérigo delante que me vaya a recomendar rezar un par de plegarias para purgar mis pecados, pero quizá peor, porque a lo mejor es mucho más complicado abrirte a quienes quieren saber tú historia y confesar que esto que veis, esto que hay aquí, es mi máscara de defensa, esa que me ha ayudado durante años a salir ileso del campo de batalla.

¿No os ha pasado nunca, haber conocido a alguien y que sintáis que es un borde y darte ganas de mandarlo al carajo? Pues quizá, esa persona que actúa con soberbia es alguien que ha sido infeliz durante años, que ha decidido tejer una máscara con cada una de las cosas que la han hecho sufrir y que focaliza el dolor propio en el ajeno. Es de esas historias de ¡sálvese quien pueda! O mejor, ¡antes de que me toque a mí, que te toque a ti! Y os lo digo con total sinceridad, las hay y más de lo que quizá pensamos, ¿o es que acaso no os dais cuenta de que somos el fruto de todo y cada uno de nuestros sufrimientos? También de nuestras buenas vivencias, no solo quiero que veáis lo negativo de la vida, pero es cierto que muchas veces nos marca más lo malo que lo bueno,

¿por qué será?

Vuelvo a darle al *play*, porque me gusta, porque quiero analizarla, porque quiero entenderla y porque me he perdido la mitad de la letra divagando sobre las máscaras y antifaces que usamos todas y cada una de las personas en nuestra vida.

¿Qué se supone que se hace cuando la letra de una canción que escuchas te manda un mensaje claro y concreto?

Mmmmm, pensemos:

Opción A: contestar algo inteligente.

Opción B: responder con un chiste malo en plan, «jaja, me parto y me mondo».

Opción C: la opción A y la opción B son croquetas.

Opción D: enviárselo al Comando.

Sabéis cual elijo, ¿verdad? Porque por muy tentadora que sea la C, como la D ninguna.

Reenvío mensaje y espero impaciente las respuestas. Hace poco que nos fuimos cada una a su casa, pero no puedo evitar sentir la necesidad de que me digan lo que piensan, de compartir impresiones.

No me da tiempo de esperarlas tras la pantalla, como la posesa que soy, porque llaman al portero y el sonido retumba en la cocina de mi casa. De mi minicasa.

Camino descalza hasta el lugar desde donde proviene el sonido. La suerte de vivir en el centro de la ciudad, es que aquí la humedad y el frío no es el mismo que en otros lugares.

—¿Sí? —Mi voz no parece ni mía.

—Tengo una entrega para usted. —La voz del repartidor que va a realizar la posible entrega, tampoco es mucho mejor.

—Sube —le indico mientras pulso el botón para permitirle el acceso al edificio.

Me dirijo a la entrada, para esperarlo con la puerta abierta. No le indiqué cuál era mi planta ni mi puerta, pero entiendo que eso vendrá especificado en la dirección que él posee.

Y ahora que empiezo a pensar detenidamente en esto, ¿una entrega? ¿Un paquete a estas horas?

—Buenas tardes —me saluda el chico de no más de veinticinco años. ¡Quién los tuviera!

—Casi buenas noches —le reprocho.

¡No seas tan borde, Érika! Es un simple empleado.

El pobre adolescente no responde, se limita a tenderme la pequeña caja y una punzada me azota el estómago al creer saber lo que contiene ese embalaje.

Firmo el documento de recepción de la mercancía y se la devuelvo al chico. Cojo la caja entre mis manos, me despido con un casi inaudible «gracias» y me dirijo a la cocina de nuevo. Dejo la preciosa caja verde con lunares blancos sobre la encimera y me alejo varios pasos, como si temiese que de un momento a otro pueda estallar. Como si fuese una auténtica bomba de relojería.

Sé lo que es. Cada vez lo tengo más claro. ¡Me voy a volver completamente loca!

«¿Por qué me haces esto?».

Esa pregunta me bombardea. Una y otra y otra vez.

Encamino mis pasos hasta mi habitación. Bloc de notas en mano, bolígrafo en la otra, regreso a la cocina. Puede que las chicas hayan respondido, puede que Max lo haya hecho y siga esperando, pero no entiendo nada. No entiendo este juego.

No me escribe hace meses.

No me contesta hace meses.

No sé nada de él hace meses.

¿Y comienza este juego del que él solo entiende la finalidad?

Hola Josh:

Hoy no eres querido, no. No lo eres porque no entiendo nada de lo que sucede. Miles y miles de preguntas azotan mi mente, pero ninguna de ellas obtiene respuesta porque solo tú sabes qué significa todo esto.

He acudido a ti siempre. De una forma u otra lo he hecho. Y siempre has respondido; más tarde o más temprano lo has hecho. Pero llevo meses sin saber nada, sin recibir señales de tu «existencia» pero en cambio, tienes tiempo para enviarme esas magdalenas que me transportan a todos esos momentos que vivimos y que atesoramos con tanto cariño, incluso con amor.

Dime pues, ¿a qué juegas? ¿A volverme loca? ¡Responde! ¡Da la cara y dime qué es esto! No puedo seguir pensando. No puedo seguir esperando. No merezco esta distancia, porque siempre has estado para mí, porque me lo prometiste. ¡Maldita sea! Y lo peor de todo..., es que yo te creí.

Necesito respuestas, Josh. Las necesito.

Érika.

Mis garabatos y mi forma de escribir distan mucho de la habitual. Parece que hasta yo misma haya decidido demostrar cómo me siento con mi caligrafía.

Vuelvo a la habitación, decidida a responder a Max. Porque, aunque no quiera terminar de reconocerlo, ahora es él. Simplemente él.

Érika:

La he escuchado. Repito, ¿me quieres decir algo, señor juez?

No está en línea y es perfectamente comprensible. Me he ausentado un rato y no va a esperar tras una pantalla a que le responda.

Salgo de su conversación y me dirijo a la de las chicas.

Mar:

¿Qué quiere decir eso?

Alma:

¡Está coladito por ti!

Mar:

Eso me parece a mí también. ¿Érika?



Alma:  
¿Érika qué?

Mar:  
¿Dónde está?

Alma:  
Mandándole corazones a Max.

Mar:  
¡Quien la ha visto y quien la ve!

Érika:  
No seáis estúpidas. Me ha llegado otro paquete con otro *cupcake*.

Mar:  
¿Y?  
Puso un montón de caritas de sorpresa.

Alma:  
¿No me digas?

Érika:  
¡Te digo! Estoy confundida.

No es mentira. Lo estoy. Profundamente confundida con los sentimientos que despierta Max y las dudas que me produce Josh. Es un caos completo.

Alma:  
Creo que esto no tiene solución.

Mar:  
Debes pasar página. Solo fue parte de tu infancia.

Érika:  
Tenéis razón, pero resulta que él ha sido, quizá sin saberlo, el que me ha ayudado todos estos años.

Alma:  
Hasta que llegamos nosotras.

Érika:  
Amén.

Mar:

Quizá deberías irte a Inglaterra a buscarlo.

Alma y yo ponemos caritas de sorpresa.

Mar:

Podemos ir todas.

Érika:

¿Estás loca?

Alma:

Entendería esta propuesta viniendo de Érika, ¿pero de ti, Mar?

Érika:

¿Pero qué concepto tienes de mí?

Alma:

¿Hace falta que te responda?

Mar:

No es mala idea.

Érika:

No, en realidad, no.

Alma:

¿Habéis perdido la cabeza ambas?

Érika:

No creo que pueda escribir sin cabeza.

Mar:

Me da que sigue en su sitio.

Alma:

Era ironía.

Érika:

Buenas noches. Necesito pensar. Y follar, eso también, que me desestresa.

Alma:

Paso de vosotras.

Mar:

¿Hago la maleta?

Alma:

Estáis locas. Buenas noches.

Mar:

Hasta luego, Mari Carmen.

Mientras hablaba con el Comando, me han entrado varios mensajes de Max, así que salgo de la conversación con ellas y voy directa a leer lo que me ha puesto.

Max:

Si te vienes a casa, te lo cuento.

Esto promete.

Érika:

¿Y por qué siempre tengo que ir yo a tú casa?

No me gusta ceder. No me gusta que siempre gane. No me gusta que se salga siempre con la suya.

Max:

Pues entonces quizá debas asomarte a la ventana.

Mierda. Mierda. Mierda.

Lanzo el teléfono de forma brusca a la cama y las patas me llegan al culo para ir hasta la ventana del salón. Hay más ventanas en casa, pero sé que la del salón es la que mejor visión de la calle tiene y es la que se encuentra justo debajo del portón.

Alzo el estor y saco medio cuerpo.

¡Érika, disimula un poco, hazme el favor! Que parece que has llegado a un plato de ropa vieja y necesitas comértelo de una sola cucharada... Mmmm, comértela...

—¿Qué haces ahí? —¡Joder, qué guapo es!

—Quería verte —y lo dice sin más, sin nerviosismo, sin vergüenza, sin contemplación alguna. Sin ponerse rojo.

—¡Ale! ¡Pues ya me has visto! —¡Reconócelo, tienes ganas de que te vea de cerca!

—No es suficiente.

—La cosa está así: puedo abrirte y dejarte subir, cosa de la que no estoy del todo convencida, o bien, dejarte morirte de frío ahí abajo. Y mañana llamar a la ambulancia. —¡Chúpate esa!

—Pues yo la veo de la siguiente manera: puedes dejarme subir y que haga contigo lo que quiera —uy, creo que este argumento es más que suficiente para salir corriendo a abrirle la puerta—, o bien, seguir enseñándome las tetas desde la ventana.

—¡Pero qué coño! —Miro hacia mis tetas y veo una camiseta puesta que tapa todo lo que no se debe ver, por lo menos, lo que no deben ver los viandantes, que a mí me gustan mucho mis tetas, pero no enseñárselas a cualquiera.

—¡Ja! ¡Has picado! —se mofa.

—¡Cabrón! —le digo sin miramientos.

—Debes saber que tu amigo Cham Cham, ahora amigo mío también, me ha confesado tus secretos. Ya sé que es él quien te suministra de todas esas cosas que usas para alegrarme el día y para depilarme también.

Mi querido enemigo Cham Cham, y digo enemigo, porque le estoy haciendo una pequeña muestra de cariño mientras le indico cómo le voy a cortar la minipolla en cachitos y se la voy a dar de comer a los tiburones del Loro Parque, me saluda desde la puerta de su tienda, con una sonrisa en los labios. *Mecagüentodo*, puñetero chivato.

—¡A la inspección que vas! ¡Te vas a cagar! —Chino Cudeiro, le quiero decir, pero no quiero que los vecinos me oigan insultarlo, no desde la ventana, que tengo una reputación que mantener—. Espera, que te abro —claudico.

Observo antes de girarme y encaminarme a la cocina, que Max le hace un gesto de gratitud alzando el dedo pulgar antes de acercarse a la puerta para esperar a qué le abra.

¡Esta me la pagas!

Oigo el timbre y presiono el botón para darle acceso. Me quito la camiseta, el sujetador y los pantalones y los lanzo de cualquier manera dentro del cesto de la ropa del baño.

Axila uno: huele bien.

Axila dos: huele bien.

Perfecto.

Abro la puerta. Coloco mi mano en alto, cubriendo el borde de la madera y activo el «plan seducción fatal».

Los pasos se oyen cada vez más cerca y sé que es él porque lo huelo.

Cuando oía a Alma y Mar decir que ellas eran capaces de distinguir a Jaime y Gerard entre el alboroto de la gente o en algún lugar público sin haberlos visto, yo me reía. Me reía abiertamente, porque creía que estaban chifladas o simplemente que estaban tan cachondas como para saber cuándo estaban cerca. Por eso de las feromonas que desprenden los animales cuando están en celo. Algo muy similar. Con lo cual, o bien yo estoy igual de salida que ellas en su momento —y probablemente que ahora también—, o al final va a resultar cierto eso que ellas narraban y de lo que yo me mofaba.

—¡Joder! —masculla nada más llegar a mi planta. No ha terminado de subir las escaleras.

—Eras tú el que me ha dicho que se me ven las tetas desde la ventana. Ahora me las puedes ver desde la puerta.

—¡Eres mala! —exclama con la voz muy baja.

—¡El pequeño bulto que se forma en tu pantalón me indica que te gusta que así sea!

Se agarra la polla con la mano derecha y me da la sensación que eso ya de pequeño, poco tiene.

Doy un paso hacia atrás y deslizo mis braguitas por mis caderas. Dejo que caigan al suelo y observo su mirada, oscura, profunda y ardiente.

—¿Te gusta lo que ves?

Afirma.

—¿Quieres saborear lo que ves?

Afirma.

Deslizo mis manos entre mis pliegues y no me sorprende que esté completamente empapada.

Llevo mis dedos impregnados de mis fluidos hasta mis labios y los recorro con ellos, dejando un rastro de mi sabor, de mi propia excitación.

—¿Quieres besarme?

Afirma de nuevo.

—Pues no será hoy. Por cabrón.

Cierro de un portazo y me voy hasta mi habitación.

No podéis haceros una maldita idea de lo remotamente complicado que me supone actuar de esta forma cuando la realidad de la situación es que me habría encantado arrancarle los pantalones, romperle los calzoncillos y tragarme su polla sin ninguna contemplación.

Le oigo llamar a la puerta y mis pies pretenden ir solos hasta ese trozo de madera.

—Abre —me pide.

No respondo.

El sonido de mi teléfono me asusta. Mi mente está concentrada en inspirar y expirar porque estoy sufriendo más que en un parto de trillizos. ¡Mentira! Probablemente menos, pero el símil mola ¡ehh!

—¿Qué? —respondo tosca.

—¡Abre la maldita puerta o la pienso tirar abajo!

—Eso sí que es un saludo.

—No me toques la polla, Érika. No juegues porque yo también sé hacerlo.

—Los juegos los inventé yo. —Me pongo chula, más chula que un ocho.

—¡Abre la maldita puerta! No te lo repito más.

—¿Me estás amenazando?

—Espero que no guardes una llave bajo el felpudo o sobre el dintel de la puerta.

—¡No serás capaz!

Tiro de nuevo el teléfono y corro hacia la entrada. No me molesto ni en colgar la llamada. Escucho el pestillo girar y la puerta se abre.

Me quedo parada en mitad del salón. Max se desabrocha los pantalones, baja sus calzoncillos y su magnífica polla asoma dándome la bienvenida.

Corro en su dirección, como esa polilla que se encamina hacia la luz sin poder parar el poder que ejerce sobre ella, me lanzo contra su cuerpo y me encaramo a sus caderas. Camina conmigo en brazos y me empuja con fuerza contra la pared del salón. La maldita pared donde tengo colgados los cuadros de Alma, Mar y míos. Caen al suelo sin remedio y se hacen trizas los cristales.

Nota mental: comprar marcos para fotos, de plástico. Completamente de plástico.

—¡Joder! —exclamo.

—Te compraré nuevos, ya me he hecho amigo de Juanlu.

—¡Cab...!

No me permite terminar la frase porque une sus labios a los míos con apremio. Me saquea la boca con premura, con deleite, con pura locura. Me besa con desesperación y necesidad.

Tiro de su rubia melena y separo nuestros labios. Se separa de mí unos instantes que me parecen eternos y me interroga con la mirada.

—¿Soy tu nuevo vicio? —necesito hacerle esta pregunta.

Se toma su tiempo, un tiempo que me resulta interminable y un pequeño escalofrío me recorre la columna vertebral.

—Eres más que eso.

Mete sus manos entre nuestros cuerpos y me recorre los pliegues con la polla. Extendiendo mi propia humedad por todo mi coño. Excitándome mucho más. Ardo, ardo por este hombre.

—Estás empapada —murmulla cerca de mis labios.

Nuestros alientos se mezclan por la cercanía de nuestras bocas.

—Estoy empapada por ti —confieso.

—¿Soy tu nuevo vicio? —cuestiona.

Érika Blanco Manrique, ¿qué piensas contestar a eso?

—Eres mucho más que eso.

<sup>5</sup> Sencillo de Efecto Pasillo: Cuando me siento bien, 2015 (pertenece a la Playlist de Spotify de Quédate con mi alma).



# Capítulo 17

# Max

No la he penetrado. No he tenido que cesar en mis embestidas. Aun así, es como si todo nuestro mundo se hubiese parado. Es exactamente eso, hemos dejado de respirar y hemos comenzado a robarle latidos a nuestro corazón.

—¿Qué has dicho? —Mi voz está cargada de sorpresa, porque es así justamente como me siento.

—No me hagas repetirlo. —La suya suena a ruego.

—Érika...

Coloca su dedo sobre mis labios y no me permite continuar.

—Tengo miedo —confiesa—. Hay muchas, muchísimas cosas que no sabes de mí.

Ahora soy yo quien la chista, quien le niega continuar con sus confesiones.

—Hay muchas cosas que sí se de ti. Quizá más de las que crees.

La realidad es que no nos conocemos como quizá creo que nos conocemos. No sabemos uno del otro todo lo que deberíamos, pero yo siento que sé lo suficiente. Lo necesario para saber que estoy loco por ella y que no me importa luchar contra lo que haga falta para que ella, Érika, lo entienda.

—No me gusta hablar de mí, de mi vida.

—No hace falta que lo hagas. No necesito que lo hagas, porque todo tiene su tiempo y su espacio. Resulta que nosotros somos una pieza en un puzle. Una pieza de tantas que conforman la vida, pequeña fiera. —Érika sonrío ante mi apelativo—. Cada pieza debe encajar en un lugar; podemos intentar encajar en muchos, muchísimos, pero no lo haremos, no hasta que encontremos nuestro sitio.

—¿Y tú sitio cuál es? —me pregunta temerosa.

—Mi sitio es ese en el que estés tú, Érika.

Se retira, mueve su cabeza hacia atrás para observarme con más perspectiva.

—Yo no tengo sitio. No sé cuál es mi sitio.

Se deshace de mis brazos y una sensación de soledad me embriaga.

—No vuelvas a huir, no es el momento de eso.

La sujeto por el brazo. Estamos medio desnudos. La desnudez ya no solo afecta a nuestro cuerpo. Quizá es el momento de contarlo, de descubrir mis propios miedos y mis fantasmas, mis secretos...

Termino de retirar mis zapatos, mis pantalones, mis calzoncillos y el suéter que traía puesto. Me quedo con la camiseta y la sigo hacia su habitación.

Se ha metido en la cama y se ha tapado. No me mira, tiene la vista perdida en la pared.

—¿Qué pasa?

Me recuesto a su lado y me acerco todo lo que su pantalla protectora me permite.

—No me gusta esto —me dice—. No me gusta lo que me estás haciendo sentir.

—¿Qué te hago sentir?

—Me haces sentir insegura. Haces que afloren mis putos miedos y no me gusta.

—No puedes ser toda la vida una tía que lucha contra viento y marea.

Se incorpora, coge una camiseta y se cubre.

—¿Qué sabrás tú de luchar contra viento y marea! Don «hola, soy Max y tengo una vida perfecta, con mi melena Pantene perfecta y mis ojos azules perfectos». —Pone voz infantil y me parece enternecedor verla así.

—Tampoco me conoces. Es cierto que he tenido una vida sencilla, mi familia ha luchado porque así sea y yo lo he intentado también, pero es no significa que me hayan regalado nada.

—Quiero que te vayas —me pide.

—¿Qué? ¿Por qué? —Esto sí que no me lo esperaba.

—Ya he hablado más de la cuenta. No es necesario mortificarme más —  
sentencia.

—No me hagas esto —le pido.

—Vete —repite.

Se abraza a sí misma con tantas ansias y tanto dolor, que siento su pena en mi piel. En mi cuerpo.

—No —sentencio firme—. No pienso irme y dejarte aquí, ¡me importas!  
¿No lo entiendes? Eres más de lo que quiero reconocer, llevas siendo más  
durante mucho tiempo.

—Tú no —me rebate.

—Mírame a los ojos y dime que lo que me has dicho antes era todo una  
burda mentira, ¡dímelo! ¡Maldita sea, Érika, dímelo!

Se levanta de la cama, baja los brazos y los deja caer cerca de sus  
caderas. Se acerca a mí, con paso seguro y firme. Vuelve a ser la Érika de  
siempre.

—Solo quería que me follaras. El día que necesite que alguien me salve,  
tranquilo, serás al primero que llame.

Se da la vuelta y sale de la habitación.

No quiero irme, no quiero salir de esta casa sin ella. Pero ahora mismo no  
puedo hacer mucho más, no quiere verme y no puedo obligarla a que esté a mi  
lado y me cuente su vida, su pasado, sus miedos y temores, sus incertidumbres  
e inseguridades. Como bien dije antes, cada cosa en la vida tiene su espacio y  
su tiempo.

Me dirijo al salón, recojo la ropa y me visto. Guio mis pasos hasta el baño  
y toco en la puerta con suavidad.

—Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

No responde. Tampoco creía que lo fuese a hacer.

Salgo de su casa, bajo las escaleras y saco el teléfono del bolsillo del  
pantalón y llamo a Gerard.

—¡Ey! ¿Qué haces? ¿Puedes hablar? —le pregunto.

—Estoy en casa, ¿qué sucede? —me responde mi amigo.

—¿Podemos vernos?

—¿Qué pasa?

La voz de la mujer de Gerard se oye cerca del auricular.

—Érika. —Con esa sola palabra ya sabe a qué me refiero.

—¿Quieres venir a casa?

—No sé..., tu mujer es su amiga, no quiero causarte un conflicto de intereses ni un racionamiento de tu vida sexual.

Mi amigo se ríe a causa de mi broma.

—Eso no va a suceder jamás —responde con seriedad—. Espera —murmulla Gerard.

Oigo cómo cuchichea algo, pero no entiendo lo que dice con claridad.

—Vente. No te preocupes —finaliza.

—En un rato estoy por ahí.

Cojo mi coche y me dirijo hacia casa de Gerard y Mar. Necesito hablar con alguien sobre todo esto. Quiero entender la situación, juro que quiero, pero por encima de todo, quiero ayudarla y protegerla. Quiero estar ahí para ella.

Una oleada de ideas, todas relacionadas directamente con Érika, me acompañan el camino hasta casa de mi amigo. Mar se vino a vivir con él antes de casarse.

Lo que sí tengo claro, es que ella es la pieza del puzle que falta en mi vida. Esperaré a que entienda que encajamos, que sencilla y llanamente, nos acoplamos a la perfección.

Como bien sabéis, mi amigo vive en una villa de lo más *cool*, y utilizo este adjetivo, por no decir pija y cara. A pesar de ello, él es un tipo de lo más normal, nada de prepotencia o de aparentar y ostentar. Creo que esa es otra de las cualidades que ha hecho que seamos tan buenos amigos. Me gusta la gente

sencilla, con caracteres sencillos y formas de pensar que lo acompañen.

Toco la bocina del coche antes de acceder a la zona de aparcamiento que tiene en la entrada. Sitúo mi coche al lado del de Mar, apago las luces y quito la llave del contacto. Alzo la vista y allí la veo a ella, a la mujer de mi amigo plantada.

—¡Buenas noches! —intento sonar seguro y tranquilo, pero la realidad es que Mar me impone.

Tiene un carácter sencillo y cercano, pero en ocasiones, se parece mucho a Érika, porque cuando tienen que defender lo que consideran suyo, saca las uñas y no tiene problema en usarlas en tu contra.

—¡Vaya, vaya! ¿El corderito se convierte en oveja y necesita de un pastor que le guíe?

Me río. Realmente me hace gracia el símil que ha utilizado y lo peor de todo, es que ha dado en el clavo.

—Yo venía a ver a mi amigo —me justifico.

—¡Y yo que me lo creo! —me reta Mar—. Anda, pasa —me dice desde la puerta.

Camino despacio hasta donde ella se encuentra. En mi cabeza sigue rondando ese momento en el que Érika me dijo que me fuese. Hay cosas que le duelen, que le hacen daño, heridas abiertas y llagas sin cauterizar.

—¡Cobarde! —le suelto a Gerard nada más llegar al salón de su casa.

Él se limita a encogerse de hombros mientras mueve la copa que tiene en la mano derecha. El sonido del hielo chocando contra el cristal lo tiene casi obnubilado.

—¿Qué piensas? —inquiero al verlo así.

Sé que dije que necesitaba hablar con alguien, pero no puedo llegar a esta casa, ver a mi amigo pensativo y limitarme a omitir su estado de ánimo.

—Gaetano... —Mar se sienta a su lado y Gerard pasa la mano por encima del hombro de ella, realzando el contacto de sus cuerpos.

Conozco perfectamente la historia de Gerard y su padre, los fantasmas y

las miserias que los han acuciado durante tantos años. Y sinceramente me alegro de que mi amigo haya tomado la decisión que tomó, la acertada, la que le dicta su corazón.

—¿Qué sucede con Gaetano? —cuestiono.

Gerard alza la vista de su vaso y en ese momento sí que parece ser consciente de que estoy aquí con ellos.

—Sigue metiéndose donde no le llaman. —El tono taciturno que utiliza mi amigo para pronunciar la frase, me hace pensar que realmente está llegando a su límite.

—Pensaba que se había hecho a un lado, que ya ese tema era asunto del pasado.

—Eso también lo pensábamos nosotros —responde Mar.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —Vuelvo a la carga.

—En su día, cuando decidí que no me importaba perder todo por estar con Mar, él se mantuvo en un segundo plano y simplemente desapareció. Hoy me reclama la mitad de mis negocios o la compra de estos. Teníamos una sociedad, al yo haber incumplido el contrato con Marzia...

—Marzizorra —rectifica Mar, burlona.

—Con Marzia—Gerard la aprieta más contra su regazo y su mujer se limita a sonreír sin separarse de él—, cree que es lícito quitarme mi parte —concluye Gerard.

—¿Sabes que es lo mejor de todo? —ironiza Mar.

—¡Sorpréndeme! —exclamo sonriente. Conociéndola como la conozco —no mucho, pero algo puedo intuir—, me soltará alguna de sus frases cargadas de sarcasmo y mordacidad.

—¡Que nos da absolutamente igual! —lo dice con ese gesto de tranquilidad que la caracteriza, sin miramientos, sin tensión, sin ápice de duda.

—Yo la elegí a ella —comienza Gerard— y la volvería a elegir una y otra vez.

—Toda mi vida he trabajado para salir adelante, no me duelen las manos o

los pies para continuar haciéndolo.

Mar es una mujer fuerte, valiente, con valor y con carisma, una mujer que no le tiene miedo a las adversidades.

Las tres, ellas tres, son así. Son verdaderos ejemplos a seguir. Las admiro y admiro su talante.

—¿Y ahora qué? —cuestiono con cierta timidez.

—Ahora volvemos al punto de partida. Me da exactamente igual todo. Suyo es —concluye Gerard.

Ambos sonríen en paz, mientras están en brazos uno del otro.

Es curiosa la vida, es curioso como lo que realmente importa es lo que somos cuando estamos plenos, cuando somos lo que queremos ser y estamos justo dónde y con quién queremos estar.

Nos obcecamos en que lo material es lo que nos hará sentir rebosantes de júbilo y nada más lejos de la realidad. Es un tópico bastante usual, escuchar eso de «el dinero da la felicidad» y es así hasta cierto punto.

El dinero nos da estabilidad, nos permite vivir de forma cómoda y, en ocasiones, sin preocupación. Pero también es verdad que despierta otra clase de sentimientos más grises y opacos, menos especiales. Aprendemos a valorar menos las cosas, la consecución de ellas, somos más egoístas, menos filántropos y nos creemos con derechos para. Y no caemos en la cuenta de que lo que hagamos y los que somos, es nuestra mejor carta de presentación. Nuestra mayor satisfacción la traen los sentimientos que producimos estando cerca de los que queremos, rodeados de paz. Al fin y al cabo, la cartera llena no es una forma de vida, es un añadido a la misma.

—Y dime, rubito, ¿qué te trae por aquí? —Mar hace una pausa sin perder la sonrisa—. ¡Espera! ¡Espera! No me lo digas... Érika. —Y sí, sigue sin perder la sonrisa.

—La misma que viste y calza —alego.

—¿Qué ha pasado ahora? —continúa Mar.

—Yo venía a hablar...



—¡Bah! —me corta—. Él no la conoce como yo —se justifica.

—Ya, pero creo que no es bueno que te cuente nuestras cosas.

—Si lo que quieres es hablarme de su delantera, no vas a contar nada que yo no sepa. Tiene dos buenas razones, una lengua afilada y un carácter de cojones, ¿me he equivocado en algo?

—Ni pizca —sentencio.

—La conozco bien, mejor que él —dice señalando a su marido—, o que tú —contesta con su vista fija en mí, sin parpadear.

—No es nada nuevo para vosotros que llevamos tiempo jugando al gato y al ratón...

—Demasiado tiempo —añade Mar.

—Sí —concluyo—, demasiado tiempo. El problema es que...

—Que el ratón cree ir de gato y acaba siendo ratón —expone Mar.

—¡Prefiero hablar con Gerard! —bromeo.

—Ya, ya... He vuelto a dar en el clavo.

—Básicamente.

Gerard deja su vaso de *whisky* sobre la mesa y centra toda su atención en nuestra conversación.

—He permanecido en silencio todo este tiempo, observando lo que hacéis, lo que decía, cómo jugáis y cómo, sin saberlo, habéis acabado enamorados.

Mar separa la cabeza de su torso y lo observa con los ojos como platos.

—¿Enamorados? —El asombro en mi voz es imposible de disimular.

—Eso he dicho —asegura Gerard.

—Eso ha dicho —le apoya su mujer—. Es más, estoy completamente de acuerdo. Lo único malo es que Érika no cree lo mismo.

—No, no lo cree, es más, si supiese que estoy aquí y que hablamos de ella, es más que probable que nos eche una maldición, que nos salgan verrugas en el bigote y se nos llenen de pelos asquerosos. —Ese es Gerard y el

razonamiento es bastante certero.

—¿Y yo qué? ¿Nadie ha pensado si yo estoy o no de acuerdo? —me quejo.

—No, rubito. De ti lo venimos sospechando hace mucho tiempo —me rebate Mar.

—¿Tanto se me nota? —decido rendirme, luchar no es la solución en este caso.

—¿Hace falta que te lo diga? —inquire la rubia.

—Supongo que no.

—Una vez asumido el tema, ¿cuál es el problema? —Gerard interviene de nuevo.

—Ella. No sé por dónde pillarla, no sé qué espera, qué quiere, me echa sin más.

—Max, es complicado —me explica Mar mientras se levanta y se acerca a la inmensa ventana de cristal que da a la piscina.

—¿Por qué? —inquiero con verdadera curiosidad.

—Porque, rubito —se gira y me observa con los brazos cruzados—, primero tiene que darse cuenta de lo que siente, después aceptarlo y por último, tener valor para enfrentarse a todo eso que la aterra.

—¿Y qué le aterra? —estoy expectante.

—Ella.

—¿Cómo que ella? —cuestiono.

—Le aterra ella misma. En esta ocasión, no podrás ser el juez, tendrás que hacer de abogado. Te tocará defender lo que sientes y luchar por ganarla a ella.

—¿Y si no lo consigo?

Mar se vuelve a girar y observa el movimiento del agua.

—Entonces es que has respetado las leyes, y con Érika hay que saltárselas.

## Capítulo 18

El sonido estridente del teléfono me despierta. Saco mi mano del calor del nórdico y hago un intento de llegar a la mesa de noche. Está más lejos de lo que en un principio creo. Ruedo por la cama hasta tantear a la madera, todo ello sin abrir bien los ojos; con este tipo de maniobra, es más que probable que me convaliden primero de Mugendo. En fin...

—¿Sí? —acierto a decir.

—¿Aún estás acostada?

La voz chirriante de mi madre me termina de despertar, de sopetón.

—¡Es sábado! Y aún es de noche. ¿Qué esperas?

—Lo normal. Que trabajes, como hace tu hermano.

Una mezcla de gruñido y suspiro escapa de mi boca. Estas son las clases de conversaciones que no quiero tener un sábado por la mañana. El resto de la semana tampoco.

—Lo que tú digas —me limito a responder lo más sencillo y lo que menos repercusiones va a traerme.

—Sabes que dentro de un par de días es Nochebuena, y aunque reniegues de tu familia, debes entender que lo lógico es que vengas a cenar con nosotros.

Odio cuando mi madre se pone en ese plan. Detesto el victimismo. Ella siempre tiene que ser la pobre desvalida que lo pasa mal por la hija que tiene.

—No me gusta la Navidad —me excuso.

—¡Érika, por favor! Lo que no te gusta es pasar tiempo con nosotros. Odias a tu familia y no entiendo el motivo, con lo que nosotros hemos hecho por ti y todos los sacrificios a los que nos hemos sometido.

—No reniego de mi familia —miento—. Sabes que normalmente paso la Nochebuena con las chicas.

—Esas chicas de las que hablas se han casado o tiene pareja, incluso una hija. No creo que tú entres dentro de sus planes esa noche. Está muy bien que

quieras anteponerlas a mí, pero debes entender que tu ciclo en su vida ha pasado y que ya no es tan importante en sus vidas como quieres creer. Siento ser yo la que te lo diga, pero te has quedado atrás.

Y sin más dilación, mi madre corta la comunicación.

Maldigo el momento en el que mi madre le da voz a parte de mis miedos. Todas las personas tenemos fantasmas convertidos en miedos, inseguridades, dudas..., y que sea ella la que formula en voz alta sensaciones que llevo teniendo desde hace semanas, me hace más daño aún.

Tener miedo a la soledad no es nada del otro mundo, no es algo que sea inverosímil, al contrario; diría que hay muchas, muchísimas personas que tienen miedos. Temores que les acorralan en situaciones y les obligan a tomar decisiones que, probablemente, en otro momento no habrían tomado.

Mi teléfono ya no emite ningún sonido, pero sigue unido a mi oreja. No tengo sueño, no tengo hambre. Solo necesito hablar.

—¿Qué pasa? —la voz somnolienta de Mar me da los buenos días.

—Necesito hablar —confieso.

—Érika..., me pillas en mal momento —se justifica mi amiga.

—Vale, perdona —me disculpo—. Ya hablaremos —finalizo antes de colgar.

No debería sentirme mal o haberme ofendido porque Mar no pueda hablar conmigo, pero la realidad es bien distinta. Necesitaba desahogo y no la he encontrado al otro lado. Como siempre ha sido.

Decido inténtalo con Alma. Un tono, dos, tres, cuatro y me salta el buzón de voz.

—¡Joder! ¿Para eso quiero yo amigas?

Sí. Estoy rabiosa, enojada y malhumorada.

Me incorporo y decido meterme en la ducha. Quizá el agua caliente temple mi estado de ánimo. ¡Vale! Sé que lo temple el agua fría, pero no tengo narices, ni ovarios de meterme bajo el agua helada, por muy encrespado que esté mi humor.

Tras varios minutos permitiendo que el agua caiga sobre mi cuerpo con toda la calidez que es posible de soportar, salgo y me visto con la ropa más cómoda que encuentro en mi minúsculo armario.

Para este tipo de situaciones, en las que mi madre me llama y me hunde por completo, suelo tirar de varias cosas que me motivan.

Lo primero siempre ha sido escribirle una carta a Josh, pero como hace meses que jugamos a algo que no me llena o satisface, he decidido descartar esta opción. Otra de las cosas que me suele funcionar es llamar a las chicas, pero como veis, no están para mí —quizá deba a acostumbrarme, tal y como me ha dicho mi madre por teléfono hace más de media hora—. La tercera alternativa es la de llenar mi cuerpo de chocolate en cualquiera de sus formas: tableta, barritas, galletas y cereales varios. Lástima que no haya hecho la compra. Por ahora, no tengo más opciones, así que..., decido que lanzarme a la calle a..., pues no sé bien ni a qué.

Cojo la chaqueta, el macrobolso que perfectamente podría ser una bolsa de viaje, y me encamino a la puerta de salida del edificio.

Cham Cham me observa desde la puerta, pero ni ganas tengo de meterme con él hoy.

Mis estados de ánimo son así, se me nota a la perfección cuando estoy mal, cuando no me siento bien conmigo misma o con mi entorno, porque me vuelvo respondona, caigo en comentarios que suelen estar fuera de lugar y además, no tengo ganas de chingar a Cham Cham, y lo más normal es que me guste amenazarlo con algún tipo de inspector.

Necesito café. Una cosa es que mi estado de ánimo no me acompañe y otra bien distinta es que mi estómago ruja como un león y mi sien comience a latir por la ausencia de cafeína.

Hay varias cafeterías por la zona, es una de las ventajas que tiene mi residencia en el centro, con lo cual, decido entrar en una que me de buen aspecto y que tenga público. Ya sabes lo que dicen, si hay gente es porque debe tener algo bueno. Para este tipo de cosas debe haber algún refrán, pero yo no soy buena en esas cosas.

Café en mano, Donut de glassé en otra, sigo vagando por las calles

capitalinas. Me gusta ver el tránsito de las personas a estas horas de la mañana: repartidores estresados, trabajadores con prisas para abrir los negocios puntuales, personas fumando en las terrazas de las cafeterías o en las paradas del tranvía... Resulta, como poco, evocador.

Callejeo sin parar hasta llegar a la Avenida Marítima. Se nota que no es un día laborable para muchos, porque el tráfico es activo y no encuentro ningún embotellamiento como suele pasar entre semana.

Tiro el vaso de plástico, ya sin contenido alguno, a una de las papeleras de la avenida y continuo mi paso recordando las palabras de mi madre. Me ha dolido mucho lo que me ha dicho, desde el primer segundo hasta el último. Y lo peor de todo, es el miedo que ha logrado avivar en mi cuerpo, cual tela de araña que se expande sin control. Por un momento pienso en Lili, mi clienta y en las sensaciones de lucha y de combate a la que está dispuesta a someterse con tal de que su hijo no sufra. Creo que la entiendo más de lo que quiero pensar.

Como ya os conté en su momento, nunca he tenido las agallas de defender un caso en el que haya un menor de por medio, la realidad es que nunca he estado preparada para afrontar mis propios temores ni de que me azoten todos esos recuerdos negativos que se han ido acumulando dentro de mi caja de Pandora.

Me hubiese encantado tener una madre que luchara por mí con el mismo ímpetu que lo hace Lili por su hijo. Nunca, jamás, podrá reprocharle que no haya dado todo por él, que no lo haya intentado, que no se haya arriesgado, a pesar de los inconvenientes, de los gastos, de las negativas o del dolor que puede provocar el resultado, y eso..., eso vale la pena. Eso es lo que más importancia tiene en este mundo. El estar tranquilo con uno mismo y con haber luchado hasta el final.

Saco mi teléfono móvil del bolsillo y marco el número de Zule.

—¿Mmmmjaaaaa?

—¡Vaya! ¿Ese es tu saludo para la mejor jefa del mundo?

Percibo varios ruidos raros, que bien podrían parecerse a un escupitajo.

—¡No son horas de llamar a nadie, ya seas mi jefa o el tío más bueno que

haya parido madre!

—¿Qué coño estabas haciendo? —le pregunto atónita.

—¿Cuándo? —me responde Zule.

—Ahora mismo, tras ese saludo tan peculiar —ironizo.

—Quitarme el pelo de la boca a base de echar aire —argumenta mi querida secretaria.

—Yo a eso lo llamo vulgarmente «escupir» —me jacto.

—No se puede considerar escupitajo si no hay saliva de por medio. He dicho que expulsaba aire, no fluidos —explica Zule.

—¿Te has dado cuenta de que estamos teniendo una de esas conversaciones de besugos?

—Érika, ¡por Dios bendito! Son las ocho de la mañana de un sábado cualquiera. Me da igual el tipo de conversación que estemos manteniendo, es más, no debería haberte cogido el jodido teléfono.

—Yo me sé una que hace mucho que no folla —me burlo sin contemplaciones.

—Yo sé de una que tiene que aprender a dejar de llamar los sábados y, además, cerrar el pico de oro.

—¿Quién eres tú y que has hecho con mi Zule? —Al final resulta que tenía que haber llamado a Zule primero, me está animando mucho más que mis propias amigas.

—Tu amiga Zule está pasando por una mala racha —confiesa la susodicha.

—¿Y eso? —Es de esos momentos en los que caes en la cuenta de que estás tan metida en tu historia, tus asuntos de siempre, tus mierdas varias y miserias por doquier, que no has sido capaz de preocuparte por nadie que no seas tú—. ¿Qué sucede?

—Me ha dejado mi novio —sentencia.

—¿Te refieres a ese novio que hace tiempo que ha dejado de tener tiempo para ti? —Puede parecer que estoy siendo sarcástica, pero creo que nunca he

sido tan sincera. ¡Bueno! ¡Lo confieso! Siempre soy sincera.

—No sé si me apetece hablar de este tema. Anoche estuve bebiendo hasta tarde y me duele la cabeza. ¿Podrías resumirme el motivo de tu llamada y dejar que entierre mi cabeza bajo la almohada hasta asfixiarme con mi propio y vomitivo aliento mañanero?

—¡Qué asco! Pero tienes razón, el aliento mañanero es el peor del mundo —dictamino con solemnidad.

—Y el olor a pies... —añade mi secretaria.

—Zule, te llamaba para concertar una cita con Lili la próxima semana. Dicho esto..., esta noche me paso por tu casa, ahogaremos las penas en alcohol, beberemos cual piratas del caribe, comeremos chocolate y nos haremos la manicura la una a la otra.

—¡Eso sí que es un planazo! —se burla Zule.

—Zuleima Fernández, noto cierto deje de sátira en cada una de las palabras que acabas de pronunciar.

—¿Yo? ¡Por favor! ¡Jamás osaría a ello!

—Te dejo, petarda. Espérame esta noche, vestida, que llevo el arsenal de manicura supermegacuqui.

—No se te ocurra comprarlo en ese chi...

Evidentemente, cuelgo el teléfono antes de que finalice la frase puesto que no tengo intención alguna de comprar nada en una tienda hípermegacara, de esas que por una pintura de unas te cobran cinco euros, ¡¿estamos locos o qué?!

He ido caminando sin un destino determinado, sin saber bien hacia dónde me han llevado mis pasos, o quizá sí que sabía pero no era capaz de verbalizar dónde quería estar o, peor aún, con quién. Me sitúo frente a la puerta del edificio. Es alto. Muy alto. Diría que es más que probable que sea el más alto de la ciudad capitalina.

No tengo claro qué decisión tomar; regresar sobre mis pasos y hacer el camino a la inversa o tocar ese número que ahora mismo emite una luz centelleante entre todos los demás. Realmente no resplandece en el



videoportero, pero a mis ojos, parece que resalta entre todo esos números.

—Disculpe.

—¡Eh! ¿Cómo? Perdón.

—Le he dicho que si entra —murmulla con voz queda el completo desconocido que está plantado frente a mí.

—Estaba pensando —respondo con cortesía.

—Pues piense menos y decida más —finaliza borde.

—Perdone. Me parece muy educado por su parte preguntarme si voy a acceder al edificio, pero está completamente fuera de lugar que me trate con esa grosería. —¡Toma ya! Ni en los juicios a los que asisto me pongo tan competente como ahora.

—Y a mí me parece una soberana estupidez que esté plantada frente a la puerta de un edificio mirando un portero con tanta indecisión como lo está haciendo usted.

He decidido sujetar la puerta, porque vistas las tornas que está tomando esta conversación, es más que probable que me deniegue el acceso.

—No me apetece discutir —claudico.

Acceso al edificio y cierro la puerta con brusquedad. No estoy de humor. Todo lo que había conseguido Zule con su «supuesto escupitajo» lo ha ahogado este vecino asqueroso.

—¡Maleducada! —Escucho amortiguado por el cristal del portón.

¡Pero qué coño se cree! Vuelvo sobre mis pasos y abro la puerta con decisión.

—¡Capullo! Si quiere insultarme tenga valor para decírmelo a la cara. Que esta zona será de niños ricos de la *jet set*, pero usted es un gilipollas integral.

El vecino me mira sorprendido; normal, tras los insultos que le acabo de dedicar. No responde y casi que lo agradezco, porque esas dos perlas que le he soltado podrían haber sido muchas más si me toca la moral.

Conozco relativamente bien el edificio. La primera vez que entré en él,

tenía una polla de goma guardada en el bolso. La segunda vez, un bote de crema depilatoria. En esta ocasión, no traigo nada, como se podría decir en una de esas pelis malas de policías que echan en la tele los sábados por la tarde y cuyo título es mejor olvidar porque te pueden sangrar los ojos, los oídos y hasta la lengua si te arriesgas a repetirlo.

Mientras espero a que llegue el ascensor saco el móvil. Alma y Mar no han dado señales de vida. Aún me parece increíble que Mar me haya colgado el teléfono de esa forma. A ver... ¡Sí! Quizá estoy dramatizando un poco el asunto y no me ha colgado, pero no se ha preocupado por saber qué me sucedía. Que me parece genial que esté follando con su Panini y todo ese rollo, pero los amigos deberían ser lo primero, ¿verdad?

Una sensación de congoja se instala en mi estómago cuando me planto frente a su puerta. Siento esa punzada de celos, cuando el primer pensamiento que acude a mi mente es el de que puede estar acompañado.

Mi mano se queda alzada, en pausa, antes de tocar la madera que ahora mismo nos separa. Apoyo la frente en el frío material y suspiro profundamente. Llamo sin despegar mi piel de la puerta.

Se abre de inmediato y caigo sobre su pecho.

—¡Mierda! —exclamo—. Juro que me iba a separar pero has sido demasiado rápido —alego en mi defensa.

—Buenos días —responde escueto, obviando mi justificación.

Separo mi cara de su pecho y alzo la vista. No hay pijama. No hay pelos a lo loco. Ausencia de legañas y saliva en la comisura de los labios...

—¿Ibas a salir? —Adopto la actitud de novia celosa y desconfiada. ¿Novia? ¿En serio he dicho esa palabra?

—No, ¿por qué lo dices?

Max se hace a un lado y me invita a entrar con su cabeza. Un gesto universal, lo llaman.

—Te veo demasiado pulcro como para ser un sábado poco más de las ocho de la mañana. ¡Ya sé! Acabas de llegar.

Dudo de lo que acabo de decir, porque no parece tampoco un resacado.

—No. No acabo de llegar. Hace un rato que me he levantado y estaba trabajando.

Señala con su índice el montón de carpetas que tiene encima de la mesa.

—Pues parece que ahí tienes para rato —murmullo alicaída.

Parece que ya no es solo Mar y Alma las que no tienen tiempo para mí. Max está ocupado y he venido a incordiarle. Si al final va a resultar que mi madre tiene razón y no soy la primera opción para nadie.

Bien pensado, para Max no debería serla, más teniendo en cuenta que, por mucho que nos hayamos dicho que somos nuestro vicio —y cito esta palabra porque es la que más importancia tiene ahora mismo entre nosotros—, no quiere decir que tenga que ser su prioridad como amiga. Puede que sea un mero interés sexual... ¡Vaya! Si es que resulta que voy soltando miedo tras miedo.

—Mejor me marchó.

No he soltado el bolso, tampoco he tomado asiento.

—No te vayas —me pide—. Quizá podrías ayudarme...

—Sí, ya... ¿Te explico la diferencia entre un juez y un abogado? —pregunto con socarronería.

—¿Te explico las similitudes? Porque hasta donde yo sé, ambos hemos estudiado la misma carrera universitaria. A veces las definiciones e implicaciones de una frase, dependen del prisma con el que se mire.

—Tienes razón —claudico—. Más razón que un santo.

—Siéntate, anda. Voy a preparar café, tienes pinta de que te ha pasado un tren por encima.

—¡Mientras no tenga pinta de que me hayan meado los perros, vamos bien!  
—ironizo.

—Hasta ese punto no hemos llegado —bromea.

—Eso solo pasa en carnavales —le explico mientras suelto el bolso y me siento en el sofá—. Vaya, parecía más incómodo de lo que es. Podríamos

follar en él —suelto de carrerilla. Max se para y me observa con una sonrisa enmarcando su cara, de oreja a oreja, para ser más específicos y descriptivos —. Era una broma, no creas que hablaba en serio, no me gusta follar en sillones —me excuso.

—Ya, claro —replica.

Mi boca, esa que va por si sola y no guarda silencio cuando debe hacerlo.

—¿En qué estás metido ahora? —Tengo que alzar la voz para que me escuche, porque está en la cocina. No está lejos, es la primera habitación a la izquierda en el pasillo, pero puede que con el trajín del café no me oiga.

—En varias cosas a la vez —me responde asomando la cabeza por el hueco de la puerta.

Tengo que confesaros algo. Es guapo. Guapo a rabiar. Guapo de cojones. Y rubio, sí. Yo que toda la vida me he fijado en morenos, ahora resulta que..., resulta que... Pues que es rubio. ¡No me hagáis decirlo, coño!

—¿Me lo vas a contar o tengo que suplicarte? —Sale de la cocina y se acerca a mí con poderío, ¿sabéis a qué me refiero?—. A mí, esas poses chulescas no me provocan el efecto que pretendes.

—¿Y cuál es el efecto que se supone que «pretendo»? —me pregunta recortando la distancia que nos separa.

Se coloca de cuclillas y apoya sus brazos sobre mis piernas.

—Pretendes que caiga rendida a tus pies, me ponga de rodillas y te la chupe. Estás equivocado, conmigo eso no funciona y tampoco pienso chupártela, carachancla.

Aprovecho su posición para darle un pequeño empujón con mis piernas y tirarlo al suelo. Y *touché*, lo consigo sin casi esfuerzo.

—Que conste que me he dejado caer. —Se carcajea en el suelo.

No hace ademán de levantarse, ni tampoco se molesta en dejar de reírse.

Me pongo de pie y le ofrezco mi mano para ayudarle a levantarse.

—¿Qué es lo que se supone que te hace tanta gracia? —inquiero estupefacta. No, no pillo la broma.

—Tú —alega el muy canalla.

—Pues ahora que te ayude a levantarte tu madre, ¡no te jode! —me quejo.

Sujeta mi mano con firmeza antes de que pueda retirarla y tira de ella. Caigo sobre él. En una peli romántica, lo que sucedería es que caería cual pluma de pavo real y ambos reirían a carcajadas. Lo que ha sucedido en mi caso, es que he caído a plomo sobre su cuerpo y lo he aplastado sin piedad. Como lo hacen en *Pressing Catch* pero sin montaje de ficción por medio.

—¡Joder! —exclama intentando recuperar el aire—. Parece que no pesas nada, pero me has reventado las costillas —se queja.

—Nadie te ha mandado tirar de mi brazo —me justifico.

—También es cierto —dice posando su mano en mi pálida mejilla—. ¿Qué me haces, Érika?

Volvemos a las tres opciones:

Opción A: Respondo una ironía y rompo el momento emotivo.

Opción B: Lo beso. Lo beso como deseo desde que abrió esa maldita puerta.

Opción C: La opción A y la opción B son croquetas.

¿Cuál elegiríais vosotros?

Yo lo tengo claro.

## Capítulo 19

—Menos lobos, caperucita.

Como veis, he elegido la opción A.

—¡Cállate! —profiere.

Sus labios se apoderan de los míos y en menos de un segundo me tiene rendida a sus pies. Es ese maldito sabor que tiene que me vuelve completamente loca. La cadencia de sus movimientos me envuelve de tal manera que pierdo la razón cuando su lengua irrumpe en mi boca y la domina por completo.

No puedo más que subyugarme a él. A su lengua. A su sabor. A su pasión. A su arrojo que lo domina todo.

Rompo momentáneamente el contacto de nuestras lenguas y lo observo con detenimiento.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes los ojos más bonitos que haya visto jamás?

—¿Estás segura? —responde a mi pregunta con otra.

—¿De qué? —inquiero dudosa.

—¿De que sean los más bonitos que hayas visto jamás? —argumenta Max.

—Hubo una época de mi vida, en la que solo había unos ojos que me embrujaban, que me tenían hechizada. Esa persona ya no está, no forma parte de mi vida.

Sigo encima de él, apoyada sobre su cuerpo y, sorprendentemente, me siento muy a gusto.

—Cuéntame más —murmulla.

—Pues más vale que vayas a apagar la cafetera, porque está pitando y no quiero que arda la casa con un bomboncito como yo dentro. Aún me queda mucho que disfrutar en esta vida —me burlo.

—Espera —me pide.

Se incorpora y me recompensa con unas magníficas vistas de su tren trasero. Todo el tren trasero.

Tarda unos segundos en volver, con sendas tazas de café en sus manos.

—Sé que te gusta con leche, pero no sé si con azúcar.

Sonrío por su detalle.

—Me halaga que te fijas en mis gustos.

—Los pequeños matices de la vida marcan la diferencia.

—¡Que filosófico estás hoy! Deberías haber estudiado filosofía —sugiero—. Yo iba para mercenaria, pero me quedé en el bando de los buenos y al final resulta que me dio por defender.

—¿Cómo decidiste ser abogada? —me pregunta.

—Esto viene de muchos años atrás. Cuando era pequeña, soñaba con ello. Con ser abogada. Bromeaba con Josh. —Dejo la taza a mi lado y me coloco boca arriba en el suelo, que muy al contrario de parecer frío, está templado. Cosas de ricos, seguro.

—¿Josh? —me interrumpe Max.

—Mi vecino. Se fue a vivir a Inglaterra cuando yo era pequeña. Mis mejores recuerdos están todos ligados a él, luego la cosa cambió. Se fue y me quedé sola, con unos padres que dejan mucho que desear y un hermano que es un cero a la izquierda en mi vida.

—No me gusta todo eso que me cuentas. Te voy a contar yo algo, no te enfades —me advierte y yo tuerzo el gesto ante su sugerencia—. Es cierto que el día que estaba en tu despacho y llamó tu madre, estuve a punto de quitarte el teléfono.

Max se coloca de lado y apoya su cabeza sobre el brazo flexionado.

—Me di cuenta —afirmo.

—No lo hice por respeto. Respeto hacia ti. Quizá no eres consciente, pero tu gesto cambió, te pusiste en posición de alerta y hasta enrojeciste.

—Normalmente, cuando hablo con mi madre, me suceden ese tipo de

cosas. La teoría me la sé. Debo defenderme, pero la realidad es que siempre termino cayendo bajo sus hilos y me siento culpable.

—Culpable como poco. Según entendía pensabas llevar al gato de tu madre al veterinario cuando ni siquiera querías hacerlo. Me lo contó Zule. Te advertí que no te enfadaras por lo que te iba a decir.

—No, no me enfado —susurro.

—¿Por qué dejas que te traten así?

—No lo sé —le respondo—. Hace un rato me ha llamado. —Me incorporo y me siento. Cojo la taza de café y la remuevo con sutileza para que no derrame parte de su contenido—. Todo ha comenzado porque quiere que pase la Nochebuena con ellos y todos los años la paso con las chicas.

—¿Pero? —Max me apremia a continuar mi relato.

—Pero me ha dicho que ellas ahora tienen su vida y que es más que probable que yo no encaje en ella ahora mismo. Y me ha dado miedo, Max. Puede que no lo entiendas. Perdí a Josh cuando era pequeña —giro la cabeza y lo observo con atención, él se limita a mirar al frente, mientras da pequeños sorbos a su bebida caliente—, y tengo miedo a perder a Alma y Mar porque son todo lo que tengo. Me he sentido muy sola todos estos años hasta que las encontré a ellas. El destino me llevó a ellas, estoy segura.

—No las vas a perder —confiesa mientras me observa con atención—. Es verdad que las cosas pueden haber cambiado; Mar se acaba de casar y Alma tiene una hija.

—Y está a punto de casarse, porque Jaime se lo pidió en el karaoke, no te olvides.

—Alma se va a casar —me dice sonriéndome con ternura—, pero eso no quiere decir que vayan a dejar de ser tus amigas, dice que siguen su camino. Formas parte de él, pero será diferente.

—¿Sabes? Esta mañana he llamado a Mar tras la llamada de mi madre, me ha respondido y me ha dicho que no podía atenderme en ese momento. Alma ni siquiera ha contestado. Han pasado —miro a ambos lados para ver si localizo mi teléfono, pero no lo veo—, han pasado un par de horas y sigo sin saber de



ellas.

—Pero gracias a eso está aquí —argumenta Max.

—Sí —claudico.

—Y no solo estás aquí, sino que estamos compartiendo café, suelo y confidencias.

—Brindemos por ello. —Le extiende la taza para sellar nuestras revelaciones con café.

—Brindemos, pues —responde a mi ocurrencia.

Entrechocamos las tazas y bebemos sin apartar las miradas uno del otro.

—Pasa la Nochebuena conmigo —me propone de repente.

—¿Perdona?

—Pasa la Nochebuena conmigo.

—Es justo lo que había entendido. —Me río.

—Haremos algo divertido. Jugaremos al Sing Star, al Parchís o al Monopoli. Hablaremos, beberemos y comeremos.

—Te falta «y follaremos».

—También —murmulla sin perder la sonrisa—. Encaja a la perfección con mis planes de juego.

—Primero tendrás que seducirme —sigo la broma.

—¿Eso es un sí? —me pregunta asombrado.

—Eso es un ya veremos —finalizo sonriente.

—¡Venga! Dime que sí —murmulla con carita de gatito desvalido.

—No se supone que deberías pasar esas fechas con tu familia.

—Los tengo lejos —me explica—. Iré a pasar el final de año. Primero tengo que dejar cerrada la montaña esa de papeles que ves ahí.

—Trabajas demasiado —sentencio.

—Me gusta mi trabajo —me rebate.

—Me pasa exactamente lo mismo. No sabría vivir sin hacer lo que me gusta.

—Es de esas cosas que llevamos en la sangre.

—Nunca me has hablado de tu familia —indago.

—Tampoco tú de la tuya.

—Mi vida es un asco —le explico—. Esa escena que te acabo de narrar es un poco la tónica de lo que habitualmente vivo. Estoy acostumbrada a ir por mi cuenta, a buscarme la vida. Las únicas personas con las que cuento, y no sé si conjugar el verbo en pasado, son Alma y Mar, por ende, sus respectivas familias.

—No vuelvas a darle vueltas al tema, porque creo que lo estás exagerando —me interrumpe—. Solo tienes que ser consciente de que, al fin y al cabo, cada una tiene su vida y debe compartirla con otras personas. El día que tú también tengas una pareja o una familia, entenderás lo que te estoy explicando. No es malo sentir miedo, lo malo es no tener valor para enfrentarse a ellos.

Y tiene razón en lo que me cuenta, en todo. No solo en lo filosófico de su discurso, sino en cada uno de los consejos que me da.

—¿Sabes qué? —le pregunto sin dejar de mirarle fijamente. Me he tumbado a su lado y ambos estamos frente a frente, vestidos, pero quizá más desnudos que nunca.

—¿Qué?

—Creo que esta es la primera vez que tenemos una conversación racional, como dos personas adultas que no se chinchán y se provocan.

—No —me corta—. Ya hemos tenido alguna.

Max se levanta sin permitir que comente nada acerca de lo que acaba de decirme. Saca su iPhone y lo conecta por Bluetooth a los pequeños altavoces que tiene en el salón. La voz pausada de Vanesa Martín cantando «Sintiéndonos», pone banda sonora al momento. Me encanta esta canción...

—Sigue —me anima sentándose de nuevo a mi lado.

—Quería decirte que tienes razón, tuvimos una conversación trascendente,

aquella vez en mi despacho —especifico.

—Lo cual demuestra que podemos ser personas normales y corrientes que tiene sentimientos, miedos, dudas o inseguridades, y que no es necesario cerrarse en banda por ello. Que las penas compartidas, son menos penas. Te empeñas en que somos enemigos, pero te equivocas.

—No somos enemigos... —confieso.

—Hace unas semanas, me dijiste que nosotros jamás seríamos amigos, que no tendríamos una relación cordial, y mira..., ¡te equivocaste! —me reta.

—Bueno, eso de que me he equivocado es cuestionable —respondo con altanería.

—Te cuesta reconocer los errores, pero sabes que tengo razón.

—No te pongas chulo, que yo a los gallitos me los meriendo con papas —bromeo.

—¿Cómo aquel con el que quedaste el día que coincidimos en el restaurante?

Alzo una ceja, ironizando bastante sus palabras.

—¿Coincidimos?

—La vida está llena de coincidencias, unas agradables y otras pésimas —sentencia con sorna.

—Sabes a la perfección que querías joderme la cita porque yo te jodí primero tu polvo.

—Eso del polvo fue un golpe bajo —me explica.

Los celos comienzan a tomar forma y sentido en mi cuerpo. Quiero evitar estas sensaciones de congoja que me provoca el pensar, el imaginar a Max con otra mujer. ¿Qué cojones me está pasando?

—Perdona —finalizo—. Reconocer los errores es de sabios.

—Me gusta —se sincera.

—¿Cómo?

—Me gusta —repite.

—Eso lo he entendido.

Max sonrío, con esa media sonrisa que tanto me gusta y pasea sus manos por el pelo. Me sorprende queriendo pasar las mías tras las de él, recorriendo su cabello rubio y percibiendo las sensaciones que despierte el tacto de ellos entre mis dedos.

—Me gusta que tengas el coraje de hacerme frente. Nunca había conocido a alguien con esa fuerza.

No quiero responder a eso o puede que quizá no tenga valor para hacerlo. Yo, Érika Manrique, la mujer sin pelos en la lengua, la que dice todo lo que se le pasa por la cabeza, la que no filtra y suelta miles de palabras malsonantes por minuto, esa es la misma que ahora se siente diferente, rara, extraña. La que no controla lo que siente su cuerpo cuando está cerca de él y a su vez, la que tiene un miedo terrible a confesarlo y a que le hagan daño.

Es curioso cómo nos protegemos del miedo al dolor. Cómo queremos luchar contra viento y marea para evitar sentir algo por alguien y que luego tengas que recoger los pedazos del suelo. Alma siempre nos ha contado, cómo sentía que era un cadáver en la cuneta cuando Jaime se fue, cuando en Toledo se dijeron un «adiós» y un «hasta luego». Yo en ese momento, abagué porque la solución más sencilla y la más elemental, era la de evitar todo eso, es decir; no siento, por lo tanto no duele. Mar luchó por ello también, batalló contra lo que sentía por Gerard y lo que éste provocaba en ella, pero finalmente se rindió.

Y les he dado mucha caña con todo ese proceso de sentimientos, de altibajos emocionales por lo que pasaban ambas. Y ahora, hoy, soy más consciente que nunca de que hay cosas que no se pueden evitar en esta vida, que por más que luchemos contra ellas terminaremos cayendo en los enredos, porque el destino es así. Nos envía señales, juega sus cartas, para que, de una manera u otra, decidamos; y es en este preciso instante, donde Jaime aparece frente a mí, donde esa conversación que tuvimos hace ya más de un año, yo le planteaba una cuestión, sencilla pero difícil a la vez, un cúmulo de verdades universales resumida en tres palabras: ¿vives o sobrevives? ¿Qué decido? ¿Qué creéis que debería decidir?

—Has dado con la puta horma de tu zapato, nene.

—Y eso es lo que más me gusta...

Me tumba boca arriba y se coloca encima de mí. Mi cuerpo reacciona por sí solo y mis piernas se abren para dejar el espacio necesario para que su cuerpo encaje como esa maldita pieza de puzle de la que me habló la última vez que nuestros cuerpos se fundieron en uno solo.

Nos miramos. Con intensidad y vigor.

—Tienes los ojos más bonitos que haya visto jamás —repito mis palabras de antes, pero en esta ocasión con un matiz diferente: adoración.

—¿Más que ese tal Josh?

—Hace mucho que no lo veo. Fue la persona más importante en mi vida durante mucho tiempo. Muchos años viviendo del recuerdo, luchando contra esa ausencia que aún hoy siento. Lo bueno de las ausencias, es que sencillamente dejan de serlo cuando quieres que sean una raya más y no un vacío constante. Mi presente es otro y mi futuro aún está por escribir.

—Quiero besarte, Érika —me interrumpe—. Pero también quiero saber más —añade.

—¿Y cuál de las dos cosas eliges?

—Sintiéndonos —resuelve tal y como indica la canción que suena de fondo.

Sus labios sellan los míos y se hacen dueños de todo mi ser. Hay besos con clase y clase de besos, como todo en la vida. Y los besos de Max saben a pura adrenalina. Una sacudida inexplicable me sacude el cuerpo por completo. Me burbujea el estómago y me cosquillean las extremidades. Mis dedos piden recorrer su espalda, tocar su piel mientras su lengua sigue descubriendo rincones de mi boca. Es una tortura deliciosa.

—Érika. —Muerde con suavidad mi labio inferior antes de pronunciar mi nombre.

—Dime. —Abro los ojos y nuestras miradas de nuevo se unen. La suya, azul como el cielo y profunda como el mar. La mía, castaña como la tierra más fértil que haya.

—Quiero confesarte algo...

Ese «algo» queda en el aire y doy gracias a Dios de que no haya finalizado la frase porque si me confiesa que está enamorado de mí, que me quiere o que quiere tener una prole de bebés morenos de ojos azules, además de que toda la lujuria desaparecería de mi cuerpo, es más que probable que corra tan rápido como sean capaces mis piernecitas de soportarlo.

—¡Shhh! No digas nada —le chisto—. No soy buena con este tipo de cosas. No me gustan las etiquetas, las definiciones, los formalismos...

—Pero yo...

—¡Shhh! —repito—. Solo bésame, que nada más tenga importancia en este momento que nuestros besos.

Claudica, y vuelve a tomar el control de mi cuerpo esa explosión de fuegos artificiales, porque no he encontrado nada mejor en este mundo que lo que me despiertan sus labios tomando los míos, sus manos venerando mi cuerpo, su piel contra mi piel.

Hemos luchado, nos hemos enfrentado en miles de ocasiones; bromas, respuestas ordinarias, contestaciones irónicas, sarcasmo, euforia, enfado, frustración... Todos estos son adjetivos que bien podrían describir la relación amor-odio que hemos tenido desde el principio de nuestros tiempos. La realidad es que hemos estado probando nuestro nivel, luchando contra esa atracción que nos hacía estremecer en cada contacto y que nos turbaba cada vez que lo pensábamos con cierta distancia. Ahora, que está encima de mí, que mi sexo clama por ser poseído por el suyo, soy perfectamente consciente de que he caído en sus redes, sí, pero él también ha caído en las mías y solo nos queda una cosa... Decidir qué camino tomar. ¿Huir e intentar salir ilesos, o enfrentarnos a lo que tenga que suceder? ¿Vives o sobrevives?

—Max... —murmullo perdida en las sensaciones.

—Érika... —susurra perdido en mi piel—. Eres preciosa.

—Lo sé —me burlo.

—Arrogante, eso también eres.

—Lo sé. Y tú un capullo.

—Lo sé —repite Max.

—Y extremadamente *sexy* —confieso.

—Eso también lo sé —contrataca.

—Gilipollas —me mofo.

—Niñata —me dice.

—Carachanca —le suelto con sorna.

—Fiera —pronuncia con socarronería.

—Fóllame —finalizo.

Max separa su cara de la mía y me observa con cierta perspectiva.

—¿Qué parte me he perdido?

—Me he cansado de ese juego, ahora quiero otro bien distinto. Uno en el que tu polla se introduce dentro de mi cavidad y me proporciona placer.

—¿Cavidad? ¿En serio?

—Una ya no puede intentar ser fina. —Pongo los ojos en blanco.

—Se te da de pena ser fina.

—Fóllame ya, que esto comienza a parecer un programa de esos malos de la Cuatro.

—¡Cierra la boca! —me exige clavando su abultada pelvis contra mi sexo —. Esto es lo que provocas en mí.

—No sé si te has dado cuenta, pero tienes cierta zona hinchada, puede que tengas que ir al médico.

Le pido en silencio que se quite de encima de mí.

—Túmbate, soy su nueva enfermera y tengo que revisar esa zona que tienes inflamada. —Señalo su polla con mi dedo índice y muerdo mi labio inferior ante su mirada profunda. Lo tengo justo donde y como quiero.

—¿Vas a ejercer de enfermera *sexy*?

—Voy a comerte la polla —sentencio.

Gateo hacia atrás, marcando la suficiente distancia como para poder colocarme a la altura de sus pies. Quito sus zapatos y agrio el gesto antes la posibilidad de que le huelan a queso —específico: queso rancio—, obvio esos pensamientos y alzo la vista, me encuentro con la mirada más profunda y oscura que haya podido ver jamás, es esa mezcla perfecta entre el cielo y el infierno. Retiro los calcetines y asciendo en dirección a la cinturilla de su pantalón deportivo. Ahora la que sonrío soy yo.

Mis expectativas en este momento son enoormes, tan enormes como el bulto que se esconde tras el algodón.

—Sí —afirmo rotunda—, la enfermera Érika Manrique confirma el diagnóstico. Tiene usted una grave inflamación en la zona genital.

—¿Qué puedo hacer para que disminuya? —me pregunta Max siguiéndome el juego.

—Veamos —pienso mientras termino de retirar el pantalón—. Incorpórate —le pido. Sigue mis exigencias al pie de la letra mientras retiro su camiseta—. ¿Tienes frío? —Señalo sus pezones endurecidos con sorna.

—Un poco —confiesa.

—Pues todo el frío que tienen tus pezones mengua conforme bajamos a la zona sur de tu cuerpo.

Me coloco a la altura de su erguido pezón y lo introduzco en mi boca sin dejar de observar sus reacciones con cierto atisbo de curiosidad. Tiene los ojos cerrados, producto de la desesperación que le provocho. Chupo, muerdo, torturo y beso sin cesar. Una vez finalizo, comienzo de nuevo.

Max alza su pelvis que se encuentra con mi estómago. Está caliente y húmeda. Exactamente como lo estoy yo.

—¿Quieres que cambie de zona?

Asiente.

—¿Quieres que baje hasta tu...?

Asiente sin dejar que finalice mi interrogatorio.

Comienzo a descender de forma agónica. Besando y lamiendo cada trozo



de piel que encuentro a mi paso.

Alzo la vista y en esta ocasión me encuentro con su penetrante mirada. Ha colocado su cabeza bajo los brazos y me observa con interés y esmero. Impaciente porque llegue justo a dónde ambos deseamos.

Vuelve a elevar sus caderas y en esta ocasión su polla roza mis pechos, aún cubiertos por la tela de mi camisa.

—Te sobra ropa —me indica mi mejor paciente.

—Tienes razón —cedo.

Me levanto y coloco mis piernas por fuera de las suyas. Hemos follado en repetidas ocasiones, quizá no tantas como me gustaría, pero más de las que pensé hace meses. Y he podido observarlo a mi antojo, pero nunca de la manera en la que lo puedo hacer ahora, en este preciso instante.

Ojos profundos, mirada mordaz, piel blanca, escaso vello, músculos firmes y torneados, pecho y abdominales definidos sin caer en lo excesivo. Me falta la mejor parte, ¿verdad? ¿Esperáis que os diga que tiene un buen miembro? Pues definir su polla como buen miembro es quedarse completamente corto. Añádase aquí un poco de ironía, la palabra «corto» no encaja en nada que tenga que ver con su cuerpo, al contrario, todo es largo y grueso, ¿mejor así?

Dejo a la luz mi sujetador negro, mi color favorito para la ropa interior, y le permito que se recree en el contraste del algodón en mi piel. El algodón también puede ser bonito en el cuerpo, solo es necesario que alguien te mire como me está mirando ahora mismo él a mí; con libidinosidad.

—El resto —me ordena incorporándose y dejando que el peso de su cuerpo recaiga sobre sus codos—. Por favor —añade tras ver mi ceja izquierda alzada.

Hago caso. Cambio de posición y me coloco a un lado. Comienzo a bajar mi vaquero con sensualidad. —Ayuda bastante que sea tan ajustado—. Contoneo mis caderas a un lado y al otro dejando a la vista unas braguitas negras, del mismo material que el sujetador.

—No es lo más *sexy* que hayas visto en tu vida —le explico—, pero es

cómodo y...

No me deja terminar mi discurso sobre las recomendaciones de usar algodón, que bien poco le importan en este momento, según veo. Tira de mi pierna y caigo sobre él.

—Cierra el pico —me ordena antes de tomar mi boca con posesión.

No hay nada de delicado en la forma en la que me posee, me besa con urgencia y premura, me besa con ansias, con pasión y arrojó. Su lengua entra en mi boca y me seduce por completo. Un agónico gemido escapa de ella sin freno, exactamente como se encuentra el resto de mis sentidos: poseídos por mi juez particular.

—Creo que la doctora tenía que hacer algo en una zona específica de mi cuerpo —me sugiere tras romper el beso.

Por un momento dudo de lo que dice. Tras un beso así, no pienso con claridad.

Me hace una pequeña señal en dirección a su polla y entiendo a lo que se refiere.

Vuelvo a gatear hasta situarme a su altura. Max sujeta la polla entre su mano, con fuerza, y comienza a moverla con suavidad. Movimientos sosegados y precisos, acompañados por su delirante gesto.

—Estoy duro como una piedra por tu culpa —confiesa.

—¿Por mi culpa? —Retiro su mano y la sustituyo por la mía—. Si yo soy una chica buena.

La aprieto y Max me responde alzando de nuevo sus caderas y gimiendo sin control.

—¡Maldita sea! —exclama fuera de sí—. ¡Hazlo ya! —me pide con severidad.

Continúo con la cadencia de mis movimientos y acerco mi boca a su glande. Soplo y Max intenta que no solo el aire roce su miembro.

—Por más que lo intentes, será cuando yo quiera —finalizo.

Un largo suspiro escapa de entre sus labios y cierra los ojos decidido a

dejarse llevar.

Beso con suavidad el tronco, la cabeza, los testículos y acompaño mi juego con movimientos. Una solitaria lágrima brota y cae sobre su estómago. La cojo entre mis dedos y la observo brillante. La llevo a sus labios y los embadurno con ella.

—Voy a probarla —le aseguro—. Pero primero de tus labios.

Y ahora soy yo quien lo besa. Deslizo mi lengua por sus labios y pruebo el sabor salado de su líquido preseminal. Sabe a él, a placer, a fuego, a fogosidad y pasión, a entrega, a amor...

Desciendo con rapidez y me coloco a la altura de su polla. La introduzco con decisión dentro de mi boca y la chupo ávida de más, de más placer y de más sabor. Llevo mis manos hasta mi clítoris, está abultado debido al calor que provoca la situación en mí, no soy inmune a todo esto, a él.

—No te toques —me pide con la mirada incendiada—. Deja que yo lo haga —finaliza.

Le hago caso, a pesar de ser yo la que tiene el control de la situación.

Coloco ambas manos a los lados de su cadera y dejo que sea mi boca por sí sola la que le proporciona todo el placer que necesita. La introduzco todo lo que puedo y aguanto. Me recompensa con sus gemidos, con su voz aguda, fuera de sí.

—¿Quieres más? —le pregunto tras sacarla y colocar mi mano de nuevo alrededor de ella, con fuerza mientras lo masturbo.

—Sí —afirma.

Comienzo de nuevo. Chupo la cabeza, muevo la mano y la introduzco por completo, sin dejar de mover la cabeza con esmero.

—¡Mierda, Érika! No voy a aguantar mucho —me advierte.

No respondo, sino que continúo mi asalto. Sus caderas comienzan a moverse solas en busca de más placer.

—Quiero correrme en tus tetas —me pide.

Se levanta y se coloca de pie frente a mí. Yo, por el contrario, me arrodillo

delante, pero a pesar de la posición, la que domina la situación soy yo y eso me satisface sobremanera.

Comienza a masturbarse con énfasis. Acerca su polla a mi boca y la introduce, me agarra por la cabeza y me folla la boca por completo, sin piedad.

—¡Joder! —exclama perdido en el placer—. No puedo más —finaliza sacándosela, sustituyendo la boca por su mano y acelerando el placer. No tarda nada en comenzar a convulsionar y su leche me mancha toda. Caliente, como estamos los dos ahora mismo. Max gime sin control mientras se corre sobre mi piel.

—¡Eres la hostia! —exclama volviendo en sí.

Me tumba de nuevo sobre el suelo y se sitúa entre mis piernas.

—¡Te voy a destrozar! —dice segundos antes de penetrarme.

La capacidad de aguante que tiene este hombre es, como poco, pasmosa. Me embiste sin cesar sin perder un ápice de dureza. Su polla está tan tiesa como si segundos antes no hubiese estado derramando su leche sobre mis tetas.

Me folla con urgencia, como si tuviese miedo a que este momento fuese a acabar antes de tiempo. Mis piernas se posan sobre sus hombros y me penetra profundo, llegando todo lo adentro que puede.

—Este es el mejor lugar del mundo —me dice.

—¡Es el puto Nirvana! —exclamo notando cómo esa electricidad que precede el orgasmo se forma dentro de mí.

Leva sus dedos a mi boca y me pide que los chupe. Le hago caso. Acto seguido, lleva ese dedo a mi clítoris y comienza a masajearlo.

—¡Joder! —exclamo ahora yo—. Me voy a correr.

—Eso es lo que quiero. ¡Córrete! ¡Córrete para mí!

No cesa en sus movimientos, en ninguno de ellos, y yo no puedo más que permitir que mi cuerpo tome el control y se deje ir en un agónico gemido que me deja completamente exhausta.

Sigue embistiendo profundo, a pesar de que mi cuerpo ahora mismo es gelatina. No para, no pierde el ritmo, fuerte, potente, varonil.

—¡Me corro! —me dice él.

Noto el orgasmo que le recorre el cuerpo porque su piel quema y su cuerpo tiembla. Segundos después, se coloca a mi lado y me atrae contra el calor de su cuerpo.

—No podemos estar follando de esta manera, si siempre me tiras sobre ti, terminaré por romperte un hueso —le explico recordando cómo me tiró sobre su cuerpo antes de que comenzara la fiesta del sexo.

—Follar de esta manera es lo mejor que existe en la puta vida. Y prepárate, porque esto no ha hecho más que comenzar, abre las piernas —me dice colocándose sobre sus rodillas—, tengo ganas de volver a desayunar.

## Capítulo 20

—¿Qué piensas? —me pregunta Max mientras seguimos en el salón tumbados, desnudos.

—Estaba concentrada en la letra de la canción —reconozco—. Me gusta esta parte.

Será lo que tenga que ser, si aún nos late la piel y soltamos las riendas seguimos queriendo, queriendo jugar y al final nuestra ropa quedó... desordenada.

Max se queda en silencio, escuchando la letra de la canción, tal y como hacía yo minutos antes. Vanesa Martín pone banda sonora al momento, suena «Ropa desordenada» y parece escrita para nosotros en este preciso instante.

—Escucha esto —me pide dándole hacia atrás a la canción para que de nuevo escuche la estrofa que acaba de sonar.

Y de repente vuelvo a respirar, en tu olor se ha quedado mi pecho, no sé cómo me rendí ante ti, desde cuando te llevo en mi sueño.

Será lo que tenga que ser...

—Demasiado romántico, ¿no crees? —inquiero dándome la vuelta y enfrentándome a su mirada.

—Demasiado real —responde a mi pregunta.

Me giro por completo y me coloco cara a cara ante él.

—¿Qué quieres decir?

Me asusta, me asusta mucho lo que me diga. Una parte de mí clama al cielo porque pronuncie todas esas palabras que quiero escuchar. Saber que no le soy indiferente, que me tiene estima y que todo este juego del gato y el ratón nos ha pillado de tal manera que puede que no tengamos escapatoria...

Otra parte de mí quiere salir huyendo. Es fácil enfrentarse a lo que ya conoces, a los temores y miedos contra los que has luchado en repetidas ocasiones y que sabes cómo vencer.

—No quiero presionarte, Érika. No quiero que sientas que necesito que

hables o que digas algo que no sientes o para lo que no estás preparada, pero te mentiría si te dijese que eres indiferente para mí.

—Bueno, tú tampoco lo eres para mí, Max. Eres un cabronazo, pero eso no quiere decir que te pille por la calle y quiera atropellarte, eso era antes. Tampoco dudes que quiera hacerlo algún día, si me tocas las narices — bromeo.

—No me has entendido —me dice acercándose a mí con más ímpetu—. Lo que quiero decirte es que siento algo por ti que va más allá de un amor fraternal.

—¿Me estás diciendo que...?

—Te estoy diciendo que te quiero.

Me separo de él. Llevo mucho tiempo intentando salir ilesa del dolor de los sentimientos, y ahora no sé bien cómo reaccionar. No es que no me guste lo que me cuenta, o que no quiera oírlo, ¡claro que sí! Pero yo no estoy preparada para decir eso, principalmente porque tengo un caos monumental en mi cabeza.

Tengo un ángel y un demonio colocado en cada hombro. El ángel me dice que me entregue sin recelo, que confíe y me deje llevar, que todo puede salir bien. El demonio me dice que folle, que folle todo lo que pueda y más y que no implique nada de sentimientos que puedan enturbiar el sexo.

Yo funciono de una manera poco convencional. Hay personas a las que les encantan todas esas historias románticas que claman al amor y a la felicidad. Para mí, eso es símbolo de miedo e inseguridad, porque cada vez que me he aferrado a algo, he terminado perdiéndolo: Josh, mis padres, mi hermano y puede que Mar y Alma también estén en esa lista, ¿qué me queda? Adoptar un arsenal compuesto por más de treinta gatos y criarme con ellos, solo espero que no muera y sea devorada por mis mininos.

—Max, yo...

—No me digas nada, Érika. No tienes que decir nada. Solo quería que sepas cómo me siento.

—Yo no sé si siento lo mismo por ti. No quiero engañarte.

—No importa. Seremos lo que quieras que seamos.

—No sé si habrá un seremos. —Me empiezo a agobiar—. Creo que necesito espacio.

—No te vayas —me pide cuando se da cuenta de que me estoy poniendo de nuevo toda la ropa que ahora mismo se encuentra tirada, sin orden alguno, por el suelo.

—Necesito irme. Necesito espacio —repito.

—¿Por qué huyes cada vez que tienes que enfrentarte a los sentimientos?

De nuevo esas preguntas que son como dagas afiladas que me hieren.

—¿Por qué te empeñas en que sea como quieres? ¿Por qué no entiendes de una maldita vez que toda mi puta vida me he sentido sola y que nadie ha estado para mí? ¿Sabes tú lo que es tener miedo? ¿Lo que es sentirse sola y no tener a quién acudir? ¿Lo que es tener una familia que no te quiere? ¿Que solo te llama cuando necesita de tus favores? ¿Sabes lo que es sentirse como una puta mierda?

¡Ya está! ¡Ya lo he soltado todo!

—Érika...

—No, claro que no lo sabes. ¿Querías conocerme? ¿Querías hurgar un poco dentro de mí? ¡Pues ya sabes lo que hay! No hay nada. No hay una puta mierda dentro de mí.

El sabor salado de mis lágrimas comienza a impregnar mi paladar, no he sido consciente de que descendían por mis mejillas y morían en mis labios. No lo he sido en ningún momento.

Max termina de levantarse y se acerca a mí, desnudo. Tan desnudo como está mi alma ahora mismo.

—¡Shhh! —Me chista mientras me acuna contra su pecho. Huele a él y huele a mí—. No estás vacía. Solo tienes que ver que dentro de ti hay mil cosas buenas y me he enamorado de todas y cada una de ellas.

—Dentro de mí no hay nada, Max. Te lo dije una vez, el día que necesite que alguien me salve, te llamaré el primero. No necesito nada de nadie, nunca lo he necesitado.



—¡No huyas de mí! —me repite intentando hacerme entrar en razón.

—Yo no te quiero —le explico con recelo—. No te he pedido que me quieras.

—Eso se siente —me explica paciente.

—Pues deja de sentirlo —le pido cogiendo mi bolso.

Salgo del edificio, con paso decidido y sin mirar atrás. Necesito distancia. Necesito huir, pensar. No quiero sufrir más. Puede que mi madre tenga razón, que me quede sola, que no merezca ser la prioridad para nadie. Puede que mi mayor condena sea la de vivir sin sentir nada. Sin saber lo que se siente cuando se ama de verdad.

Salgo del edificio sin dejar de llorar. Llora por todos los malditos sentimientos que tengo, que siento y que no sé cómo desafiar.

Cojo un taxi en la Avenida Anaga. No quiero caminar así, me siento abatida.

Llego a casa en menos tiempo del habitual, subo a mi piso y entro en silencio. Cierro la puerta y me dejo caer al suelo. Apoyo mi espalda en la madera y entierro mi cabeza entre mis manos.

—¡No sirvo para nada! —grito—. No sirvo para nada —rujo más alto.

—No seas estúpida.

Alzo la cabeza y me encuentro a Mar frente a mí. Tiene ambos brazos apoyados en sus caderas y está enfadada.

—¿Qué haces aquí?

—Me ha llamado Max —me cuenta.

—Vaya, ahora los dos sois amigos y yo no me había enterado —ironizo.

—Está preocupado por ti —me explica con paciencia.

—¿Te ha contado lo que ha sucedido?

Mar me tiende la mano y me invita a ponerme de pie.

—Me lo ha contado, sí.

—¡Me ha dicho que me quiere! —grito—. No se puede querer a alguien como yo, ¿no lo entiendes?

—Érika, ¿cuándo vas a dejar de decir estupideces? Eres una tía normal y corriente, que merece una vida normal y corriente y un amor fuera de lo común.

Llaman a la puerta y me levanto. Me tiro en el sofá mientras Mar abre. No tengo ganas de nada. Bueno, sí, quizá de emborracharme, ¡y yo no bebo! Mierda de vida.

—¿Qué pasa? —Alma se sienta a mi lado y contrae el gesto al verme en este estado.

—¿A ti también te ha llamado Max? —le pregunto dudosa.

—A mí me ha llamado Mar —finaliza.

Mar le hace un breve resumen mientras yo estoy hecha un ovillo en el sofá.

—¿Te ha dicho que te quiere y has salido huyendo? —me pregunta atónita.

—No se puede querer a alguien como yo —termino.

—Todavía le doy un tortazo —me amenaza Mar.

—No tienes el derecho a ello, esta mañana te llamé y no «tenías tiempo» para mí —le cuento ofendida.

—¿Sabes por qué? —me pregunta.

—Si estabas follando con tu marido, no quiero saberlo. —Me arremolino más contra mis rodillas y agacho la cabeza.

—¡Eres una estúpida! —grita Mar.

—No creo que así se vaya a solucionar nada —interviene Alma. Ella siempre poniendo paz entre nosotras dos.

—Te he dicho que no podía atenderte porque justamente lo que pretendía era que fueses a ver a Max, que te des cuenta de que siente algo por ti, que te quiere a pesar de que eres obtusa, obcecada, malhablada, loca e irracional.

—No soy todo eso —me defiendo.

—Lo eres —contrataca Alma apoyando a Mar.

—¡A la puta calle las dos! —grito señalando la puerta.

Mar me hace una peineta doble. Doble porque me hace una con cada mano. Alma contrae el gesto y me dice que me va a dar la torta ella. Yo me callo.

—Yo tampoco te he cogido el teléfono porque Mar me había comentado que necesitabas darte cuenta por ti misma de todo, encontrar el rumbo y simplemente vivir lo que tengas que vivir.

—¿Así que las dos habéis confabulado en mi contra? —les pregunto estupefacta.

—Los cuatro. Cinco, si cuento a Max —añade Mar.

—Con amigos como vosotros, mejor un arsenal de zarzas, que por lo menos al pudrirse da estiércol.

—Juro que le pego —repite Mar.

—¡Os odio! —me quejo.

—¡Mentirosa! —exclama Alma pacientemente.

—Max estuvo en casa anoche y nos comentó cómo estaba todo. No le culpes de estar enamorado y querer luchar por ti.

—¿Pero no entiendes que no es tan sencillo? —Me pongo en pie y comienzo a llorar con más fuerza.

—Eres tú la que lo quiere complicar —añade Mar.

—¿Qué tienes ahí? —me pregunta Alma.

La susodicha señala mi camiseta. Está pringosa.

—Semen.

—¿Qué? —inquire Mar con cara de asco.

—Semen, corrida, lechita...

—¡Para! —me corta Alma—. A la ducha pero ya.

Bien pensado, tienen razón. Me incorporo y me voy a la ducha. Mis amigas me siguen y entran conmigo al baño.

—Es un baño pequeño, no sé si os habéis dado cuenta —indico con sarcasmo.

—No —responden ambas al unísono omitiendo mi comentario.

Me deshago de la ropa y ambas ponen cara de asco cuando ven el estado de mi pecho.

—¿Qué? ¡Ni que vosotras nunca lo hubierais hecho! No me acordaba de que ahora sois todas puras y castas, no te jode.

—Este es el plan —comienza Alma ignorando toda la sorna de mi anterior comentario—. Primero te vas a bañar, luego te vas a vestir con algo que no esté manchado y nos vamos a ir a almorzar.

—¿A almorzar?

—Exacto —finaliza Mar—. Pero, primero...

—¿Primero qué?

—Primero tenemos una cita en un estudio de tatuajes, tenemos algo pendiente.

Me giro con rapidez y las observo atónitas.

—¿Es en serio?

—Sí —afirman las dos rubias al unísono.

Y efectivamente eso es lo que hacemos. Nos dirigimos a un estudio de tatuajes. No hemos vuelto a sacar el tema, porque bien saben mis amigas que no me deben forzar a hablar cuando no quiero hacerlo. Todo tiene su momento, su tiempo y su espacio, y este no es el mío.

Alma entra la primera. No hace falta que demos demasiados detalles sobre lo que queremos hacernos, porque desde hace más de un año lo tenemos claro.

—Érika, por cierto —me cuenta Mar antes de entrar a hacerse el suyo—, he tirado la caja con el *cupcake*, estaba duro como una piedra y creo que no te lo ibas a comer.

—No, no pensaba. Gracias.

Y es inevitable que piense en Josh y en Max, en cómo le conté a este la

parte más bonita de mi infancia, cómo quería que entendiese que si que hubo un momento en el que fui feliz y sus cartas me animaban a seguir siendo más yo, aunque mi carácter comenzase a ser menos de lo que quiero ser y más de lo que necesito para protegerme.

Max está ahí, es mi presente, pero necesito cerrar también mi pasado.

—Creo que tenemos que ir a Londres.

Alma me observa atónita.

—Será una broma, ¿no? O quizá he escuchado mal por el sonido tan horrible de esa máquina.

—¿Te ha dolido? —le pregunto sonriendo.

—Coño, y tanto.

—Mi amiga diciendo palabrotas... ¿Quién eres tú y qué has hecho con ella?

—Soy pija, pero tampoco te pases, coño —bromea.

—«Pija» y «coño» no pueden ir en una misma frase, eso es como ir en contra de nuestra Constitución Femenina. Eso debe estar penado por la Ley. Que también te digo, si estuvieses acusada de algo, yo te defendería.

—¿Gratis? —me pregunta Alma.

—Tampoco te pases, que necesito la pasta —me burlo.

—Agarrada.

—Mucho.

En ese instante sale Mar tocándose el costado. Ella se lo ha hecho allí.

—Parece mentira, hablamos de esto hace más de un año, en el Au Revoir, sin saber que al final lo haríamos —confieso poniéndome en pie—. Es mi turno. Por cierto, Mar, tenemos nuevo artículo en la Constitución Femenina.

—¿Sí? ¿Y cuál es? —cuestiona la susodicha.

—Artículo veintiséis: «“Pija” y “coño” no pueden ir en una misma frase».

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que te lo explique Alma, yo tengo una amistad que sellar por los siglos de los siglos.

Entro en la cabina, siendo consciente de que este es el primer contrato con tinta que firmaré. Pero no una tinta cualquiera, sino una de esas que sabes que no se va a borrar porque te marca de por vida, como me han marcado ellas. Porque son mi complemento perfecto, aunque nos amenacemos, nos insultemos, nos gritemos y nos digamos barbaridades. La amistad es así, ¿no? Un tándem maravilloso.

—¿Mar? —grito desde dentro de la cabina.

—¿Sí?

—Nos vamos a Londres.

Mi amiga aplaude con énfasis y yo sonrío de nuevo.

Un tándem único.

# Capítulo 21

# Max

Mi reproductor sigue sonando a pesar de que ella ya no está en esta habitación, no físicamente, pero está dentro de mí. La siento muy adentro. Vanesa Martín ha dado paso a Pereza. «El día que no pueda más» pretende darme una buena bofetada en la cara.

Sigo en el suelo, en esta ocasión sentado. Encierro mi cabeza entre mis manos y me dejo llevar por la letra que retumba en el sistema de audio de mi salón.

El día que no pueda más voy a matarte

y, aunque me mate la pena te tendré un rato delante, sentado en las escaleras loco por reanimarte.

Parece que la música acompaña la marabunta de pensamientos y de sentimientos que me asolan. Intento luchar por ella, porque entienda que no me quiero ir, que no tengo intención de marcharme a ningún lado, pero siempre encuentro ese maldito muro que recubre su corazón. Es perfectamente lícito que se defienda de todo lo que ha vivido, ¿quién mejor que yo para saber lo que ha sufrido? Nadie es capaz de entenderla hasta el punto en el que yo lo hago. Nadie. «¡Mierda! La estoy cagando a base de bien».



Me levanto lento  
voy hacia arriba,  
dejo cabos sueltos... a la deriva.  
Y no dejo huella,

quiero irme con ella

donde me pida...

«Donde me pida...».

Me incorporo con rapidez. Necesito tomar decisiones, necesito coger las puñeteras riendas de la situación.

«Dónde está mi maldito teléfono». Observo con atención la pila de expedientes que tengo amontonadas en la mesa y con los que pensaba tomarme la mañana y lo sustituyo de inmediato por una llamada y una visita de urgencia.

Busco entre mis últimas llamadas y doy con el nombre de Gerard rápido.

Un tono, dos, tres y por fin su voz me responde al otro lado.

—¿Sí?

—Buenos días —saludo escueto—. Necesito verte.

—Estoy en el Au Revoir —me cuenta.

—¿Con Mar? —le pregunto temeroso. A ver cómo le digo que la estoy cagando, que no lo he hecho bien.

—No. Ella se ha ido a casa de Érika.

—¿Sabes algo? ¿Está bien? Esta mañana le he pedido ayuda a Mar — confieso mientras ese miedo a que algo le suceda y no poder ser yo quien le de consuelo emborriona todos mis pensamientos.

—No sé nada. Esta mañana cuando la ha llamado no la ha atendido, me parece que Mar se ha aliado contigo. Le va ese rollo de casamentera.

—Si se entera de lo que estás confesando, es más que probable que te corte las pelotas —me burlo.

—Si le cuentas algo, te buscaré, te encontraré y te castraré —me amenaza.

—Necesito verte —le pido.

—Vente al Au Revoir, estaré aquí.

—En una hora como mucho estoy ahí. ¿Gerard?

—¿Sí?

—Llama a Jaime.

Ahora entiendo ese momento en el que las chicas necesitan las unas de las otras cuando se encuentran mal o cuando están perdidas. En este momento, yo siento que necesito de alguien que me guíe.

Gerard es mi amigo, Jaime es amigo de él y de ellas. Creo que mejor que ellos no me puede aconsejar nadie.

Camino hasta mi habitación en busca de ropa que esconda mi desnudez. Selecciono algo sencillo y me encamino hasta el baño. Una parte de mí me pide una ducha que borre todo el sudor que tengo impregnado y que me recuerda la manera tan primitiva en la que follamos en esa habitación. Otra parte, me pide que guarde como un tesoro más todas esas huellas que dejo ella a su paso en mi piel. Debo de ser consciente de que, por más que lo intente, por más que pretenda que sea así, ya es tarde para que ella salga de dentro. Ya no hay escapatoria. He sido cazado. El ratón que se creía gato.

Salgo de mi edificio cabizbajo, pensando y dudando en todas las cosas que debo contarles. Es curioso, como soy ahora yo el que está lleno de miedos. No, el miedo no se contagia. El miedo se crea y se expande por evitar luchar contra ellos desde un principio.

Tal y como había predicho, cincuenta minutos después, entro en el Au Revoir.

En la barra veo a mi amigo hablando de manera distendida con uno de sus camareros. Me acerco hasta ellos y tomo asiento en una de esas butacas verdes que tanto color le dan al local.

—¿Y Jaime?

Mi amigo se gira y me observa con atención.

—Tenía que buscar niñera para Candela. Me ha dicho por teléfono que la dejaría con su suegra y vendría a dar con nosotros. Ahora, los de las tardes de Au Revoir parecemos nosotros.

—Es sábado por la mañana —contrataco.

—Sabes lo que quiero decir —sentencia Gerard—. Alberto, tráele a mi amigo algo de desayunar, tiene pinta de que haya estado toda la mañana

haciendo ejercicio —se mofa.

—Algo he hecho —reconozco tras pensar de nuevo en todo lo que sucedió en mi apartamento antes de que estallase—. Café con leche —pido antes de que el camarero desaparezca en dirección hacia la cocina.

Gerard juega con un vaso, sin mirarme. Espera a que sea yo quien dé el primer paso.

—¿Cómo van las cosas con tu padre? —Puede que yo esté lleno de barro, pero eso no quita de mi amigo también tenga sus problemas y me preocupe por él. Sí, definitivamente esto es como las tardes de Au Revoir de las chicas.

—No vamos a llegar a un jodido entendimiento —confiesa—. Es un egoísta que no piensa más que en él mismo.

—No entiendo cómo habiendo vivido todo lo que ha vivido, todo lo que sintió por tu madre, no comprenda que puedas enamorarte y que no controles tus sentimientos.

Ahora Gerard alza la vista y la fija en mí. Se lleva su mano derecha al mentón y lo acaricia con parsimonia.

—Porque es un cabrón egoísta y no quiere a nadie más que a sí mismo.

Y es que la vida está hecha de personas así, de personas egocéntricas que no ven —ni quieren ver— más allá de sus propios intereses. Personas que te dicen que sí, que les importas, que estarán a tu lado siempre, que pase lo que pase no olvidarán lo que han sentido y a la primera de cambio te traicionan, ¿por qué? Me encantaría saberlo, me gustaría tener la respuesta para esas preguntas porque de esa forma no pasaría. Quizá por eso entiendo a Érika, que se proteja como lo hace porque sabe lo que es que la traicionen quienes menos deberían hacerlo. Quizá es por eso por lo que empatizo ahora mismo tanto con Gerard y sé que si él supiese cómo se siente Érika, haría mucho más por ella de lo que hace.

—¡Aquí estoy! —exclama Jaime llegando a nosotros respirando con dificultad—. ¿Qué me he perdido?

—Gerard me estaba contando que su padre es un cabrón. —Ya veis, todo se pega menos la belleza, o eso dicen, pero las cosas mejor llamarlas por su

nombre, aunque molesten, no gusten o incomoden.

—¿Os dais cuenta de que parecemos las chicas con sus tardes de...?

—Sí —le interrumpo—. Justamente eso habíamos comentado.

—Al final resulta que me he perdido más cosas de las que pensaba —se queja haciendo un puchero.

—Ya entiendo por qué las chicas dicen que eres un cotilla —se mofa Gerard.

—¡No soy un cotilla! —le rebate Jaime. Ambos lo miramos con cara de «ya, sí, claro...», y nuestro amigo finalmente cede—. Sí, vale, me gustan los chismes, pero un poco solo. ¿Qué nos trae hasta aquí?

Alberto llega con un sándwich que tiene una pinta deliciosa y mi café con leche. Gerard y Jaime clavan la vista en mi plato y a la voz de «yo quiero uno de esos» piden ambos al unísono el desayuno al camarero.

—Me he quedado completamente obnubilado ante ese pedazo de pan — reconoce Jaime—. En fin... ¿Me decís lo que nos trae hasta aquí?

—¿Y tu mujer? —le pregunta Gerard.

—Con las vuestras —responde sin quitar ojo de mi sándwich.

—¿Tienes hambre? —le pregunto socarrón.

—Sí —revela el susodicho chismoso.

—Otro que ha estado haciendo ejercicio —apostilla Gerard.

—No lo entendéis, pero es que Alma...

—¡No quiero saber más! —le corto—. Pretendo poder mirarla a la cara la próxima vez que la vea.

—Guarda algo para la noche de bodas —bromea nuestro italiano.

—En fin —corto toda posibilidad de seguir hablando de temas que en los que prefiero ser desconocedor—, y a todas estas, que me pregunto yo si las chicas hablarán de nosotros sin reparos o serán de las que guardan ese tipo de cosas.

—¿En serio estás haciendo esa pregunta, Max? ¡Al final va a tener razón Érika y eres un carachanca!

—Ja, ja. Ni puta gracia —me quejo.

—Preguntas estupideces. A estas alturas ya deben haberse contado el tamaño, grosor y aguante que tiene tu pene.

—Y Gerard dice pene, pero ellas seguro que dicen polla, o cosas peores —añade Jaime.

—¡Vaya! Pues menos mal que soy el que más grande la tiene de los tres —bromeo.

—¡Vayamos al baño a medirla! —propone Jaime.

—¿Estás de coña o qué? —le pregunto atónito.

—¿Perdona? —inquire Gerard.

—¡Joder! Me estaba quedando con vosotros —responde el contable—. Paso, no pienso hablar más.

Le doy un largo trago a mi bebida y comienzo a dar rienda suelta a todos mis miedos.

—Érika es como un muro de contención —esa es la primera frase que suelto, para abrir boca, básicamente.

—Te has fijado en la más dura de las tres —añade Gerard.

—Fíjate —cuestiona Jaime—, yo creo que no es la más dura de las tres sino la que más se protege. Creo que utiliza ese carácter tan agrio que tiene para resguardarse de lo que la rodea. Yo me llevo bien con ella..., ahora.

—No me he fijado en ella. —Vuelvo al punto en el que Gerard dijo que me había fijado en la más dura, porque creo que «fijarse» es quedarse corto—. Me he enamorado de ella.

—Mi más sentido pésame —me consuela Gerard.

Jaime guarda silencio.

—¿Tú no piensas decir nada? —le pregunto, porque esto que estamos aquí compartiendo bien puede definirse como una mañana de amigos.

—Yo solo te digo que no le hagas daño. Sé sincero con ella y dile lo que sientes, si ella se siente segura, terminará por abrirse a ti.

—Ya han follado —bromea Gerard.

—Estoy hablando en serio —se queja Jaime.

—Perdón —cede el italiano—, quería romper el momento de tensión.

—Le he dicho que la quiero —reconozco.

—¿Y? —curiosease Gerard.

—Pues me ha dicho que yo no sé nada de su vida, de sus penas, miserias, de su soledad...

—¿Y lo sabes?

—¡Sí, joder! ¡Claro que lo sé! —exclamo fuera de sí—. Sé más de lo que ella cree.

—Yo no soy bueno dando consejos. Mar me volvió loco desde el principio, no tuve claro qué me sucedía porque ya me había resignado a que nada de esto podía ser cierto. A que el amor no estaba hecho para mí. Me iba a casar con Marzia porque era la vía fácil y porque el amor no entraba en mis planes. Llegó a mi mundo y me enamoré de ella antes de ser consciente de estarlo.

—¿Y qué hiciste? —le pregunto antes de llevarme un trozo de sándwich a la boca.

—Secuestrarla y llevársela a Italia —se burla Jaime.

Gerard le hace una peineta y sonrío con complicidad al valenciano.

—Me di mi tiempo, le di su tiempo y dejamos que todo fluyera. Al final, resulta que el destino nos tenía preparado un plan para que no pudiésemos separarnos.

—¿Y tú? —Me giro hacia donde está sentado Jaime que sigue devorando con la mirada mi sándwich—. ¿Cuál es tu historia?

—Mi historia es sencilla; yo sobrevivía, ahora vivo.

—Se te da muy bien resumir, pero no me he enterado de nada —le explico.

—Yo estaba casado cuando conocí a Alma.

—¿No me jodas? —Mi cara debe ser un poema—. No tenía ni idea.

—Normal, eres el último en llegar al grupo. No es que vaya contando mi vida por ahí. Estaba casado y llevaba casado muchos años. No estaba enamorado, pero siempre he sido un tío leal a mis principios. Hasta que llegó ella, puso de vuelta mi mundo y no pude sucumbir a lo que sentía. Me enamoré perdidamente. No fue fácil. Estaba en Tenerife cuando mi exmujer se enteró de todo y volé a Valencia. Allí me dijo que estaba embarazada y que era mío. Al final resultó que no era el único que estaba enamorado de otra persona. Ella esperaba un hijo de otro y Alma esperaba una hija mía. Y voilà. Regresé y aquí estoy, en una mañana de Au Revir con mis dos nuevos amigos, ahora somos algo así como el comando perros satos.

»Como te digo, todos tenemos miserias y penas para dar y regalar, pero debes confiar en ti, en ella y en el destino. Él te enviará las señales necesarias para que llegues al lugar donde debes estar.

—¡Qué horror! Es un nombre horrible —se queja Gerard.

Saco mi teléfono y le pido a Jaime su número.

—Voy a crear un grupo —les explico—. Seremos los ángeles del infierno.

—Eso es otra bazofia y está cogido seguro, por algún grupo de emos o góticos o algo de eso. —Se ríe Jaime.

Me quedo unos segundos pensando y se me ocurre una idea.

—¡Listo!

Les llega una notificación y entran en la aplicación de mensajería instantánea.

—¿Comando el verdadero? —pregunta Gerard.

—¿Qué mejor nombre que ese? Somos el verdadero porque, aunque queramos aparentar tipos duros y fortachones, estamos bien pillados. Estamos verdaderamente enamorados.

—Que esto no salga de aquí —se queja Gerard—. Tengo una reputación que mantener —bromea.



—Se lo pienso contar a tu mujer —le amenaza Jaime.

Al final resulta que las chicas tienen razón; cuando hablas, compartes, comentas y analizas las cosas con otras personas que te conocen y entienden, todo se ven desde otra perspectiva. Está claro que yo tengo mi forma de ser, que tengo miles y millones de fallos y que he cometido errores y los que quedan, pero por encima de eso, está ella y mis sentimientos. Puede que sea cuestión del destino, de las señales y del cosmos, que me esté diciendo que mi casa está donde esté ella. Puede que tenga que trazar un plan, que me tenga que enfrentar a miles de demonios y que luchar no sea suficiente, pero bien es sabido que más vale morir de pie que vivir arrodillado, y por Érika, bien valdrá la pena. Porque llevo toda la vida buscándola, porque llevo toda la vida esperándola.

## Capítulo 22

Al final resultó que salimos del estudio de tatuajes con una marca en la piel y con un viaje que organizar. Alma cree que estamos chaladas y Mar aplaudía cada vez que decía que nos íbamos de viaje. Eso sí, después de las Navidades porque en estas fechas ya sabemos... Yo bien daría un salto en el tiempo y me olvidaba de todo.

—Zule, ¿qué haces?

He decidido llamar a mi amiga/secretaria para comentar con ella si sigue en pie el plan de esta noche.

—Dime que no me llamas porque quieres que llame a Lili para concertar una cita para el lunes.

—¿Has estado bebiendo? —le pregunto sorprendida.

—No lo suficiente porque aún me acuerdo de cómo se llama.

—Voy para tu casa. —Esto no me lo puedo perder.

Corto la comunicación antes de que me suelte uno de esos rollos de mujer deprimida sobre que se va a quedar soltera y que adoptará a treinta gatos que luego se la comerán cuando muera sola en su apartamento. Espera... ¡Que ese rollo lo solté yo hace nada! Vaya, pues yo soy una soltera amargada. Mejor compartir las penas con Zule, se me pasará antes.

Me lavo con agua tibia mi brazo, ahí donde mi infinito decora mi piel, y me pongo la crema que me han recomendado en el estudio. Cojo un abrigo y salgo a la calle. Decido pasar a ver a Cham Cham porque no está bien ir a casa de una amiga borracha sin nada que llevar. Cruzo la calle y entro a la tienda. Los veinte mil gatos que menean la mano sin parar me saludan, quizá me están haciendo una especie de peineta sin dedo o me están mandando a cagar sin más, pero finjo no darme cuenta, ya sabéis, eso de que te ignoren jode, ¡pues hala!

—Cham Cham —grito—. No es propio de ti que no estés en el mostrador, puede entrar alguien y robarte un llavero.

Y digo llavero porque es lo único que hay en ese mostrador. Eso sí, de distintas formas y modelos. Cojo uno con forma de polla y me lo guardo en el bolsillo, bueno, quería guardármelo en el bolsillo, pero el chino cabrón es rápido y me pillá.

—Dos *eulos* —me pide el muy cara dura.

En realidad, la cara dura soy yo que pensaba llevármelo.

—¡Tendrás cara! Dos euros por esto que ni da orgasmos ni nada —no me contesta—. Necesito un par de copas monas, esta noche pienso emborracharme.

—¿Mi amigo *lubio* donde *estal*?

—Ni lo sé, ni me interesa.

No quiero pensar en Max ahora porque lo he tratado fatal y me he comportado como una obtusa, pero es que él con su pelo guay, su polla guay, su cuerpo guay y su discurso de «te quiero» guay me han hecho trastabillar y yo no estoy acostumbrada a esas cosas.

Cham Cham entiende que no me tiene que decir nada más y se va en busca de las copas que le he pedido. Sigo mirando los llaveros y observo un pequeño *stand* con imanes tras de mí. Uno llama mi atención. Es de un pequeño columpio de madera, me gusta por lo que representa. Siempre he dicho que, si algún día pudiese, me compraría una casa con jardín y en él pondría un balancín como este. En mi plan, está el balancín y Max sentado en él. Es un sueño precioso que no se puede cumplir, pero soñar es gratis.

—Me llevo esto también. —Le extiendo el imán y pago antes de irme—. Volveré en estos días, llegan las Navidades y tengo que comprar los reyes.

A Cham Cham le hacen los ojos chiribitas, porque se piensa que me dejaré mis ahorros en su tienda. Pero mi idea es más sencilla, a mi madre unas bragas de gatos, a mi hermano unos calzoncillos de gatos y a mi padre otros calzoncillos de gatos. Básicamente porque se asemeja a lo que esconde la tela... ¡Ya me entendéis!

Para Alma y Mar no iré al chino, si le aparezco a alguna con bragas de gatos, es más que probable que me las hagan comer sin poder pestañear.

Paso por el súper y pillo varias botellas de bebidas. No sé lo que bebe Zule, porque básicamente nunca me he emborrachado con ella. Trabajamos juntas hace algo más de un año. Mi anterior secretaria se marchó sin dar los quince días de preaviso alegando que yo era insoportable. ¿Yo? Que soy todo risas y armonía... ¡Anda y que la peten! Quizá de eso es de lo que tenía falta. En fin, estuve varios días haciendo entrevistas a varias candidatas. Odio hacer entrevistas porque siempre son las mismas preguntas preparadas y las mismas respuestas preparadas. El caso es que entró una chica jovencita, con el pelo enmarañado, un ladrillo de color azul —en ese momento el ladrillo de Zule no era rojo— y se sentó con actitud desafiante delante de mí. Ya la pose me sorprendió, pero más me sorprendió cuando me dijo: —No busques más porque yo soy todo lo que necesitas.

Me quede con la boca abierta y que alguien consiga eso en mí ya dice mucho. Evidentemente, me recompuse y le hice la entrevista como a cualquier otra persona, pero me encantó su desparpajo.

—Ya te llamaré —le dije al finalizar.

No quería que pensara que lo tenía todo hecho. Además de la actitud tenía un buen currículum. Tiempo después me enteré de que necesitaba este trabajo porque cobraba bastante más que el despacho en el que estaba y yo la explotaba infinitamente menos.

Encajamos, ella se adaptó a mí, a mis días malos y no tan malos y a mi forma de ser. Yo me encariñé con ella porque es muy buena y es por eso por lo que creo que debo ir a su lado. Las rupturas son una mierda y los hombres otra mierda más. Y ahora debería añadir que solo sirven para follar y os permito hacerme la ola si queréis.

Llego a su calle y soy más consciente que nunca de que, a pesar de haber trabajado juntas mucho tiempo, hemos compartido pocos momentos fuera del ambiente laboral. Ella con su vida, yo con la mía y esto es lo típico de las personas, que al final pasan sin ser vistas si no te esmeras en que sea de otra forma.

Érika:

No sé cuál es tu número.

Sigo esperando por fuera del portón. Saco el imán que he comprado y que

había guardado en mi bolsillo. Es una mezcla perfecta de lo que fui y de lo que deseo: ese columpio es parte de mi infancia. Yo era una niña dulce que pretendía ser una chica dura para poder estar a la altura de mi hermano y vecinos. Ahora, soy una chica dura que tiene miedo a ser de otra forma para que no le hagan daño. También es cierto, que no concibo mi vida siendo de otra forma. Quizá un poco menos borde y más cercana en ocasiones, más empática, como me diría Alma.

Me siento en el pequeño escalón que separa la puerta de la calle y espero a que Zule me conteste —y espero que lo haga, porque hace frío; Canarias, decían. No hace frío, decían—.

Rozo mi brazo y el pellizco de dolor del tatuaje aún sigue ahí. No es dolor como tal, es un pequeño ardor que me recuerda a ellas. Sí, puedo decir que son lo más importante que tengo en mi vida. He aprendido infinidad de valores gracias a ellas dos, valores que hasta ahora me restaban otras personas. Y en momentos en los que haces balance de cualquier tipo, de tu vida en general, algo así como poner una balanza para medir lo que te suma y lo que te resta, debes darte cuenta de que lo más importante es sentirte bien contigo misma.

Zule:

Tercero izquierda.

Me levanto, guardo de nuevo el imán en mi bolsillo derecho y busco el número que me ha facilitado. Pulso el botón en repetidas ocasiones, convencida de que lo más probable es que Zule me esté insultando con una sonrisa en la cara.

Me permite el acceso y busco el ascensor. Llego hasta el rellano de su planta la puerta está entornada.

—¡No me has recibido en la puerta! ¡Vaya falta de educación! Que sepas que te tenía por una gran anfitriona —me burlo—. Con lo que yo te quiero...

—No soy la mejor compañía hoy. —Su voz me llega amortiguada por un cojín.

—Levántate de ese sillón. Yo tampoco tengo uno de mis mejores días, pero aquí estoy. Para levantarte el ánimo. He traído alcohol, unas copas chulas y pinturas de uñas.

—¡Todo un planazo!

—No me gusta ese tono sarcástico que has usado. —Llego hasta su altura y me doy cuenta de que parece una vagabunda—. Das asco —me quejo.

—Si vas a venir a echarme la bronca, mejor te largas por dónde has venido y cierra al salir.

—Das asco —repito—. Literalmente. Hueles como la Calle San José en Carnavales.

—Eso huele a meados.

—Chica lista. Has pillado el símil.

—Yo meo en el baño.

—Perfecto. —Asiento con énfasis—. Ahora vete a bañarte. Tengo una manicura que hacerte, tenemos que criticar a los hombres y además, cogernos un pedo bestial.

—Tú no bebes —me reta.

—Hoy sí —finalizo.

Quince minutos después, pijama nuevo y limpio, pelo mojado y suelto y sin zapatos, comenzamos nuestro planazo.

—No sé si ir al grano o es mejor esperar a la tercera copa. —Dudo. Como bien os dije, a veces me falta empatía—. Mejor empiezo yo. Nunca he tenido un novio serio.

—¿No me jodas? Va siendo hora de que sirvas una copa. Paso de tener conversaciones profundas sobria —explica Zule.

—Te entiendo, pero son las siete de la tarde, si bebemos rápido no llegaremos a las diez.

—Mejor —sentencia contundente—. A ver si esta noche consigo dormir.

Me levanto y me voy en busca y captura de la cocina y de lo que tenga para picar: aceitunas, una lata de atún, pan tostado, un queso de dudosa procedencia y un paquete de manises.

Quito las velas que tenía encima de la mesa de centro y voy dejando los

platos con las cosas que he pillado en la despensa.

—¿Una lata de atún? —me pregunta atónita.

—No te me pongas exquisita que tu despensa da más vergüenza que la mía. Si lo llego a saber, traigo algo.

—Luego pedimos chino, cuando estemos medio borrachas y obliguemos al chino que nos atienda a pronunciar la letra «r».

—Si dices estas cosas estando sobria, cuando tengas encima un par de copas me descojonaré de ti.

¿Entendéis por qué me llevo tan bien con Zule?

—Perra —me insulta.

—Ya te he confesado mi secreto mejor guardado, ahora te toca a ti.

—Trae el estuche de la manicura, está en mi habitación —dice mientras se incorpora.

—Tranquila, no muevas tu culo del sillón que se te rompe el *ojete* —me quejo.

—Lo voy a mover pero para coger la copa, llenarla y comer atún.

—¿Ahora si quieres el atún? Hasta hace un momento todo eran quejas.

Las carcajadas de Zule me acompañan hasta el baño. La cocina no me hace falta buscarla porque no tiene, es como mi casa, cocina-salón-comedor todo junto. Pero para llegar al baño encuentro primero un vestidor y luego su habitación.

—¿Dónde está el baño? —le pregunto desde el estrecho pasillo.

Observo con atención los cuadros que tiene colgados. Me recuerda un poco al mío: foto con amigas, fotos de familia, fotos con un chico. Lo descuelgo y me lo guardo.

—Dentro de mi habitación —especifica mi amiga.

—Pues que divertido que los invitados tengan que pasar por tu cuarto para ir a cagar, el olor que dejan debe ser sublime —ironizo.

—No seas guarra —grita la susodicha.

Reviso entre los cajones y al final doy con el neceser y con una caja de condones a medio usar.

—Ya sabía yo que de santa tenías poco.

Le tiro la caja de condones a la cabeza y me dejo caer a su lado.

—Tenía novio —se justifica.

—No hace falta tener novio para follar, mírame a mí... —suelto sin más.

Mi compañera de sillón se retuerce. Una mezcla de niña del exorcista y reptil viperino y me observa con perspicacia.

—¿Con quién estás follando tú?

Sujeto el neceser con las pinturas y comienzo a sacar las cosas necesarias.

—¿Qué color te gusta más? Yo he traído tres, pero tú tienes miles, se nota que eres supercuqui, harías buenas migas con Alma.

Sí, sí, lo sé... Estoy desviando la atención. Artimañas que una tiene.

—¿Con quién estás follando tú? —insiste mi nueva «no amiga» (ahora es no amiga porque me está interrogando ella a mí y no al revés), no deja de observarme suspicaz. ¿Habéis visto todos esos memes que se hacen de gatos observándote con los ojos entrecerrados? Pues esa es mi Zule, pero con menos pelo y el bigote más corto—. ¿Con el juez?

Silencio. Como David Bisbal, temazo, ¿no?

—No —miento descaradamente.

Zuleima salta del asiento del sillón y se pone de pie en menos que canta un gallo. Ha pasado de modo gato suspicaz a ninja mortal.

—¡Te estás tirando al juez! —no sé si pregunta, exclama, afirma o está entrando en *shock*.

—Hemos venido a llorar tus penas —digo zanjando el tema.

—No me lo puedo creer. —Se sienta a mi lado y me extiende la pintura color borgoña, la que le compré a Cham Cham, y posa su mano sobre mi muslo



—. Con lo que nosotras somos, que te estés follando al juez y no me lo hayas contado. ¿Desde cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué tú y no yo? ¿Es un empotrador? ¿En su casa? ¿Dónde vive?

—¿Esto es un interrogatorio? —Muevo el dedo índice señalándonos a ambas en repetidas ocasiones.

—¡Érika, entiéndeme! Esto es un puto bombazo... ¿Sois novios?

—¿Qué novios ni que nada! ¿Un te quiero cuenta como novio?

La boca de mi secretaria le llega al suelo, pero al suelo del edificio no de su piso.

—¿Te ha dicho que te quiere? ¡Pero si hasta ayer os odiabais! ¿Qué me he perdido?

—¿Todo? —resumo.

—Empieza desde el principio.

Cojo la lima entre las manos y le hago un breve resumen, omitiendo esas partes donde me hace guarradas varias, le hago guarradas varias, le pido que se corra en mis tetas —y no descarto en un futuro la cara y otras partes de mi cuerpo—, en fin, que omito toda clase de detalles escabrosos que son los que más molan, pero los más íntimos.

—Creo que jamás podré volver a miraros a la cara mientras fingís que nada ha pasado.

Alzo la vista de la lima, porque corro el riesgo de cortarle la fina piel de los dedos y decido zanjar un poco toda esta historia.

—No tienes que fingir nada porque entre nosotros no hay nada.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Te ha dicho que te quiere!

—Y yo salí huyendo —finalizo.

—¿Acaso no sientes nada?

De nuevo alzo la vista, pero en esta ocasión observo el edificio de enfrente por la pequeña ventana. Desde nuestra posición se observa a una pareja en el salón, viendo lo que creo que puede ser una película. Él está

sentado en el lado derecho de sofá y ella en el izquierdo con sus piernas encima de los muslos de él. Las manos de su amante reposan sobre ellas y las recorren con suavidad. Como si fuese un gesto cotidiano entre ellos, como si esa cotidianeidad fuese algo tan sencillo que surge de la nada. Pienso en Max y en mí en una situación similar. Probablemente no fuésemos capaces de estar así. Estaríamos peleando por el sitio del sillón, por los pequeños pelos que tengo en invierno en las piernas y que él se quejaría porque se le enredan entre los dedos, o quizá nuestro enfado tuviese algo que ver con quien prepara la cena o qué plato de chino pediríamos. Pero sí, me puedo ver con él en esa misma tesitura.

Llevo de nuevo mi mano al bolsillo y ahí está el imán.

—Sí —respondo concisa.

—Sí, ¿qué? —me pregunta atónita Zule.

—Si siento algo, lo que pasa es que no sé decirte el qué.

## Capítulo 23

Tras mucho convencer a mi amiga de que era un tema zanjado, decidimos que era el turno de mi manicura y de mi interrogatorio. Al fin y al cabo, para eso había venido.

—Te advierto que con ese discurso que te has pegado para convencerme de que te deje en paz con el tema del juez, me he bebido más de una copa. No te puedo garantizar que no te deje unas uñas redondas, otras cuadradas y otras sin nada que pintar —me advierte Zule burlona.

—Déjate de desviar la atención y cuéntame todo. Desembucha que ahora me toca a mí hacer de poli.

—Eso lo llevas en la sangre —replica con sorna—. No me sorprende que seas una preguntona.

—Trabajo investigando y preguntando, ¿qué esperas?

—Pues que seas benévola conmigo. A veces me das miedo —me confiesa Zule.

—Soy todo amor, ¡no sé por qué lo dices! —ironizo.

—¡Déjame que lo piense! —Mi amiga se lleva la lima de las uñas a la mejilla, alza la vista en dirección al techo y comienza a hacer movimientos con la boca. De izquierda a derecha y de derecha a izquierda—. Puede que sea por el pegamento de ratones, por la polla plástica que llevaste a casa de Max, por la crema depilatoria, por la chuleta cruda...

—¡Maldita! —me quejo—. Ya no te cuento nada más.

—Lo próximo será que aprendas formas de asesinar sin ser descubierta —explica mientras retoma su trabajo de embellecimiento de mis uñas.

—No lo descarto —confieso con una media sonrisa decorando mi cara—. En fin, tus artimañas de niña buena para desviar el tema son de sobresaliente, pero no funciona conmigo. Cuéntalo todo, sin obviar ningún detalle escabroso, morboso y cachondo. Esto último cuéntalo con especial detenimiento y con todo lujo de detalles.

—¡Eres una cochina!

—¡Ehhh! ¡Sin faltar al respeto a los mayores! —me quejo.

—Me enrollé con el jefe —suelta sin dilación.

—¿Perdona? —me parezco a Mar.

—Me enrollé con el jefe.

—¡La hostia! ¿Pero tú no eras algo así como pura y casta? —protesto asombrada.

—Lo que soy es subnormal —confiesa apesadumbrada.

—¡Shhhh! —la chisto—. No hables así de mi amiga. Ahora bien, ¿a cuál de los dos te follaste? ¿Cristen o Wolf?

—¿Tú que crees? —inquiére socarrona.

—Veamos. —Mi vena de abogada toma el control y comienzo mi superanálisis del caso—. Ambos están casados. Ambos son varones, por lo tanto, tienen polla y las mismas posibilidades. Teniendo en cuenta que Cristen tiene más de sesenta años y es su hijo el que está tomando el control de sus casos y que Wolf tiene cuarenta y pocos y está de muy buen ver... ¡Me quedo con el jodido Wolf!

Mi amiga asiente sin más dilación.

—Has acertado.

—¿Cómo tiene la polla? Siempre he querido saberlo... Es guapo. No tanto como Max, pero es guapo.

—No pienso contarte eso —protesta mientras sacude de mis manos los restos que ha ido dejando al limar mis uñas.

—¡Oye! Se te da bien lo de la manicura. Ya sabes, para cuando te echen a la calle. —Sí, sí, puedo ser muy perra canela cuando quiero.

—¡Zorra!

—Tú hablas y yo oigo «bla, bla, bla». ¿Cómo tiene la polla?

—Grande y gorda. Punto final.

—Me basta. ¿Me lo cuentas o te lo tengo que sacar con cuchara?

—Esta es de esas historias que empieza como «no sé qué coño pasó, pero una cosa llevó a la otra y...».

—Y acabaron follando como conejos en la mesa de su despacho.

—Básicamente —confirma Zule.

—Empezamos con sutiles coqueteos, alguna que otra caricia robada en el ascensor, encuentros fortuitos que no lo eran tanto, y bueno...

—Acabaron follando como conejos en la mesa de su despacho.

—Sí. —Pone los ojos en blanco y vuelve a mirar al techo, como si pudiese tener alguna respuesta ahí.

—¿Pero cuánto tiempo?

—Meses.

—¿Cómo que meses? ¿Meses y yo sin enterarme? ¡Esto es inconcebible! Hablaré con él y le diré que te despida por omisión de información a tu superior.

—Pues de paso dile que te despida a ti también por follarte al juez y no contar nada, ¡cacho perra!

—¡Este caso queda visto para sentencia! —especifico para darlo por cerrado.

—Estoy jodida, y no literalmente, no me mires con esa cara.

—¿Yo? ¡Por favor! Cómo osas...

—Empezó siendo un rollo, un polvo y al final mírame...

—Acabaste pillada hasta el tuétano.

—Sí —me confirma.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué acabó todo? —tras formular la pregunta me doy cuenta de que es algo obvio.

—¿En serio me preguntas eso?

—Lo siento—me disculpo—. Es una pregunta absurda, pero no iba a la

parte donde te deja, sino que mi intención era la de saber por qué te dejó, cuál fue su excusa.

—Más bien su realidad. Me dejó porque tiene mujer y no quiere continuar con esto.

Este tipo de historias me recuerdan a Alma y Jaime. Él estaba casado y yo tenía mucho recelo ante sus decisiones y la forma en la que le podrían afectar negativamente a mi amiga. Es cierto que en su caso salió bien, pero la realidad es que ahí fuera hay miles de parejas que llevan una vida paralela. Amores de quita y pon, de mentira, parches que tapan una vida que no es la real. Y al final, ¿qué es lo que impera? La cobardía. Las personas somos cobardes por naturaleza. Lo somos. Tenemos miedos a lo nuevo, a abandonar la zona de confort; en unas ocasiones, porque dejan atrás niños, en otras, porque tienen miedo a que les juzguen o reprochen, a ser tachadas de putas o tachados de cabrones.

—Pues tengo una idea. La mejor idea que se puede tener —afirmo rotunda.

—Miedo me das.

—Le vamos a mandar a los rumanos.

—¿Cómo? —Mi amiga ha terminado de darme una primera capa de esmalte de uñas. Que por cierto, me quedan divinas.

—Los rumanos. Le vamos a mandar a los rumanos y verás que fácil lo solucionan.

—¿Qué rumanos? —me pregunta llena de asombro.

—¿No te he contado esa historia nunca?

—No. Que yo sepa no.

—¡Joder, eso sí que es raro! Yo a todo bicho viviente que odio, le mando a los rumanos. O lo intento, porque no me dejan.

—¡Estás tardando! —me apremia Zule.

—Hubo una vez hace mucho tiempo... ¡Es coña! —me burlo—. Hace un tiempo, antes de trabajar en este bufete, estuve prestando servicios como voluntaria en una ONG. Iba muchas tardes a echar una mano en lo que hiciese

falta, no solo en temas legales, que yo por esa época aún andaba muy verde, pero le ponía ganas. La verdad es que me siento muy orgullosa de esa etapa de mi vida. Me desvinculé de mil historias negativas y estar cerca de personas que tenían mucho menos que yo me hacía ver la realidad. Tenemos mucho más de lo que vemos o de lo que queremos ver.

»Pasaba mucho tiempo allí, ayudando a servir cenas, preparar bolsas con comida, clasificar ropa..., hicimos piña en el barrio. Una tarde, me encontraba sola en el local y entró un chico a preguntar. Me acerqué a él, como otras tantas veces había hecho, para saber qué deseaba. Terminé arrinconada contra la pared de la oficina con un cuchillo enorme bajo mi cuello. No supe bien cómo reaccionar, me quedé paralizada. ¿Sabes eso que dicen de que cuando estás a punto de morir ves la vida pasar delante de tus ojos?

—Ajá —me contesta Zule estupefacta.

—Pues es mentira. Siento ser yo la que te lo diga. No ves una puta mierda, pero sí que estás segura de que vas a palmar sin haber aprovechado al máximo la vida. Nos preocupamos por miles de cosas que no tienen sentido, cosas irrelevantes, y dejamos de ver lo que importa porque está ahí y lo que tienes cerca y crees seguro no lo sabes apreciar.

—¿Y qué pasó?

—¡Joder! Me siento como una abuela contando una historia. Solo te falta ponerte de rodillas y poner tus piernas en forma de mariposa.

—¡Cuenta! —exclama.

—Pues pasó que el chico del cuchillo me pidió dinero. Creía que estábamos forrados de pasta o algo por el estilo. Supongo que por el movimiento de comida, no sé... Y entró un grupo de jóvenes, rumanos, para ser más exactos. Sacaron cuchillos aún más grandes y era yo o el atracador. Salió bien, pero perfectamente podía haberme llevado un navajazo. «A la chica no la toques», le dijeron al atracador. Imagínate la escena: varios chicos con cuchillos del tamaño de tu brazo —Zule se mide el brazo—, quizá no tanto, pero tengo que darle emoción a la historia —me carcajeo y me saca la lengua—, lo que te decía, varios chicos con cuchillos enormes increpando al que me quería hacer picadillo. Si me rajaba, no saldría de allí con vida. Así que se fue.

»Les di las gracias, tras dejarme caer al suelo cagada de miedo. Me ayudaron a levantar y se quedaron conmigo un rato. «Eres de la familia», me dijeron. «A la familia se la protege», añadieron. Se convirtieron durante un tiempo en mi sombra. Cuando empecé a trabajar, tuve que reducir las visitas. Ellos también se iban a mudar, con lo que no sabía cuándo nos volveríamos a ver. Me dieron su teléfono y me dijeron que estaban agradecidos conmigo por toda la ayuda que les había prestado y que cuando alguien me hiciese daño, no dudara en llamarlos que ellos acabarían de forma metódica y silenciosa con la persona en cuestión.

—¿Te lo dijeron así?

—No. Me dijeron: «iremos y lo rajaremos», pero quedaba mejor tal y como yo lo había descrito.

—Una anécdota más.

—Sí. Desde ese momento tengo siempre esa broma en la manga. Me gusta. A la familia se le protege —le digo mirándola fijamente—. Piensa una cosa; probablemente el tema con Wolf te salió mal, pero te arriesgaste y lo intentaste. Decidiste vivir lo que viniese sin pensar.

—Me siento utilizada —confiesa.

—No te falta razón, por eso lo de mandarle a los rumanos —le recuerdo —, pero que te quiten lo *bailao*. ¿Quién sabe? Estoy convencida de que ha perdido más él que tú.

—La verdad es que esto de que estés enamorada te está volviendo una sensiblon.

—¡Shhh! No se lo cuentes a nadie —le pido—. Y ahora, termina mi manicura, tenemos que emborracharnos y llamar a alguna línea erótica para pedir fideos chinos.

—¡Estás loca! —Se ríe mi amiga.

—¡Qué sería de nosotras sin estos ratitos! —apostillo.

—¡Qué sería de nosotras, sin duda!

Al final pasamos la noche juntas, sin llamar a ninguna línea erótica pero muertas de risa. A los vecinos de abajo les dio por montar su fiesta particular



y nos pusimos a hacerles la ola. Literalmente. Yo no vivo en ese edificio, por lo que no tendré que avergonzarme si me los cruzo en el rellano, pero Zule... La pobre, casi mejor que se mude.

Tras esa noche de locuras, manicuras y alcohol, dejé que pasaran los días. Y por fin llegó la esperada noche...

Esta noche es Nochebuena y mañana Navidad..., y sí, así comienza un villancico, pero también describe mi día con total realidad.

Mi madre ha estado llamando como loca, supongo que para saber si compraba toda esa parafernalia para celebrar una noche de paz que terminaría siendo guerra. Tengo que enfrentarme a esto y tengo que hacerlo por mí misma y sin más dilación... Pero será más tarde. No creáis que soy una cobarde, no, ni mucho menos —bueno, a veces un poco sí—, pero es que ahora tengo una reunión con Lili, a la que por cierto, llego tarde.

Me ha costado horrores levantarme. Tras el fin de semana pasado, he estado muchas noches dándole vueltas a varias cosas, y todas ellas han ido quitándome el sueño.

Siempre he querido pensar que soy una chica dura, una tía dura de pelar, como diría la canción de la rubia aquella, ¿os acordáis? Pero empiezo a tener ciertas dudas al respecto. Quizá no dudas sobre mi forma de ser, sino de comportarme a determinadas situaciones. Si algo saqué en claro de esa noche con Zule, es que ella se arriesgó a pesar de que pudiese salir mal. Igual que lo hizo Mar. De la misma forma que lo hizo Alma.

Me faltan dedos en una mano para contar el número de veces que en el que saqué una broma o un comentario jocoso del estado de enamoramiento de mis amigas. Ellas me amenazaron en muchas ocasiones con pagarme con la misma moneda cuando me sucediese a mí y yo estaba convencida de que eso no iba a ocurrir. Pues bien, quizá es el momento de reconocer las cosas y aceptar mis sentimientos. Y eso se merece una tarde de Au Revoir.

Érika:

¿Au Revoir al salir?

Llego tarde, pero no voy a incrementar la tardanza por un mensaje que les mande a mis amigas.

Cojo mi maxibolso y salgo pitando hacia la oficina. Por el camino me vibra el teléfono y sé que son ellas, pero necesito preparar el expediente de Lili antes de entrar a la reunión.

—Café con leche. —Paso por delante de Zule tan agobiada que ni los buenos días le doy—. Llego tardísimo, lo siento —me disculpo al ser consciente de mis formas.

—Lili está en la sala de espera. Max ha preguntado por ti —lo suelta así, sin más. Pero yo me he quedado sin aire al pensar en el susodicho.

—Café con leche y cinco minutos.

Entro en mi despacho y saco el teléfono. Necesito tranquilizarme un poco.

Mar:

¿Ha pasado algo?

Alma:

¿Hoy es jueves?

Mar:

Es Nochebuena, va a estar todo cerrado.

Y así un par de mensajes más que me salto.

Érika:

En mi casa, a la hora que queráis.

No es el mejor día para hablar con ellas, pero necesito desahogarme con alguien o no habrá forma de poder dormir.

Alma:

Ok. Yo no cocino.

Mar:

Vale. Llevo dulces.

Zule entra en mi despacho y se sienta frente a mí mientras aún estoy tecleando en mi móvil.

—Un minuto —me disculpo—. Ya —le digo cuando he cerrado la cita de esta tarde—. ¿Cómo vas?

—Bien, mejor. No era tan importante para mí.

Sonrío ante su comentario, al final resulta que se tomó en serio mi consejo.

—Mar siempre me dice que nunca debemos ser la segunda opción para nadie —le cuento—. Debes agradecerle el consejo a ella.

—Luego hablamos, Lili está fuera.

Asiento y le doy un pequeño sorbo a mi café con leche. Me reconforma el calor de la bebida en mi paladar.

—Buenos días —me saluda mi clienta.

—Buenos días —respondo con cortesía mientras me incorporo y me acerco a saludarla—. Tienes mala cara. —Un comentario desafortunado pero real.

—Puedo decir lo mismo de ti. —*Ídem*.

—¿Cómo estás? Es una época jodida.

—Esta noche mi peque cena conmigo. He quedado con Lucas aquí fuera, me trae al niño dentro de un rato. Hemos intentado llegar a un acuerdo. Pasará la Nochebuena conmigo, Navidad con él. Fin de año con él y Año Nuevo conmigo.

—Parece un acuerdo muy bueno, dentro de lo que cabe.

—Es Navidad, no me gusta separarme de Lucas, pero tampoco puedo dejar a su padre sin verlo.

—Es bueno para Lucas que sus padres intenten tener una calma lógica dentro del drama que supone una separación.

—Lucas entiende todo lo que sucede, es pequeño, pero pregunta.

—Obvio —matizo—, es un niño y para él también habrá supuesto un cambio en muchas cosas.

Pienso cómo sería mi vida si mis padres se hubiesen separado, las repercusiones que tendría en mí. No es que ellos no sean felices juntos, porque a su manera lo son, pero ¿qué implica una separación para el menor? ¿Qué daños podemos ocasionarles? Quizá no somos conscientes de que ellos lo

viven en primera persona porque están en medio y quieren a ambos progenitores. Hay matrimonios que intentan sobrellevar la situación porque consideran que lo mejor para el pequeño es que cuenten con sus padres en casa y puede que sea cierto, pero no siempre es posible. ¿Por qué? Porque no todos acaban bien. Hay algunos que pueden perfectamente ser amigos tras una separación como si nada hubiese pasado, y eso es lo ideal, pero la realidad es que la inmensa mayoría no acaba así y el motivo es sencillo: duele.

Duele que te dejen, el cambio de vida, el desprecio y la traición, y ese dolor a veces se traduce en miedos. Miedo a empezar, miedo a lo nuevo e inesperado... Pero no hay mal que cien años dure —ni cuerpo que lo resista—.

Por tanto, ¿qué es lo más lógico en una ruptura con menores? Hacerse el menor daño posible a uno mismo y a lo que fue la familia. Luego cada situación es distinta y generalizar es un error.

—Sí. Tenemos que intentar que sea lo más sencillo posible para él.

—Para eso estamos aquí y para intentar hacerlo sencillo para ti también. Tenemos fecha para la primera vista. El peritaje se hará en breve, puesto que hay que presentarlo en el juicio. Tendré más detalles la próxima semana. Te mandaré un correo electrónico con toda la información. Tienes que recordar que se someterá tanto el padre, como la madre. —Lili asiente—. Ahora bien, empecemos a trabajar en el tema. Tenemos un juicio que ganar.

Casi dos horas después, tenemos que terminar nuestra reunión.

—Tengo que irme —me interrumpe—. Voy a recoger a Lucas.

Me despido de ella. Fíjate qué curiosas son las cosas, cómo te pueden hacer feliz solo con una visita. Lili va radiante a recoger a su pequeño.

Nos despedimos con efusividad. Es uno de esos detalles que tiene la vida, al final empatizas con personas que te rodean y te sientes un poco más completo.

Es una de esas cosas que conforman el destino. No eres del todo consciente de las situaciones o personas que se cruzan en tu camino y de la forma en la que pueden trastocarte. Sin ir más lejos: Alma y Mar en unas clases de baile. Jaime y Gerard en una cafetería. Zule en una entrevista. Max

en un juicio. Y de alguna forma, llegan para cambiar parte de ti, para descubrirte otras facetas o para ponerte a prueba.

Y hablando del rey de Roma... que por la puerta asoma.

—Ya no sé si darte los buenos días o las buenas tardes.

No hemos hablado desde la última vez, desde que me marché de malas maneras en su casa.

—Llevo toda la mañana reunida con Lili, por lo del caso del niño.

—Yo también he estado ajetreado. Ya sabes..., aquel montón de expedientes —me explica.

—Oye, Max... Hablando de lo del otro día, quería disculparme. No era mi intención.

—Lo hablamos esta noche cenando —me propone—. Es Nochebuena...

Unos gritos que provienen de la calle llaman mi atención. Zule entra como un vendaval.

—Es Lili.

—¿Lili? —le pregunto asombrada.

—Eso parece.

—¡Mierda! —Me levanto y me dirijo a la ventana, seguida por Max y Zule. Parecemos las tres viejas del visillo asomadas a ver qué pillamos de toda la historia—. Creo que es con el exmarido, me acaba de decir que venía a traerle el niño.

Decido bajar a la calle. No me gusta esta historia ni que esté sola.

Una vez más, mis acompañantes me siguen.

Cogemos el ascensor. Balanceo la pierna derecha sin cesar.

—No estés nerviosa. —Max sujeta mi mano intentando reconfortarme.

—No me gusta esto —repito esta vez en voz alta.

Mis acompañantes me siguen como perros fieles a su dueño.

Conforme me acerco a la calle, el sonido de las voces se intensifica. Hay

un pequeño corro de gente observando la escena. Veo a Lili, con los ojos rojos y les mejillas llenas de surcos de lágrimas. Mal asunto.

—¿Qué sucede? —Me acerco a ella, básicamente, porque en esta guerra, la más perjudicada es ella. El segundo motivo es que es mi clienta y es ahora mismo quien más me llega al alma.

Lili no me contesta, sino que se abraza a mí sin que su llanto cese.

—¿Qué pasa? —ahora es Max quien pregunta.

—No me ha querido traer al niño. —Sus sollozos no cesan.

—¿Qué? ¿Por qué? —le pregunto atónita a Lucas.

Observo al exmarido de Lili frente a nosotras. Su mirada muestra indiferencia ante la escena que tiene frente a él. Una madre que llora porque no va a pasar la noche con su hijo.

«No voy a decir tacos».

—Porque es mi hijo y también tengo derecho a pasar la noche con él.

Por un momento soy consciente de que no está solo. Dentro del coche hay una mujer mayor, viendo la escena y sonriendo satisfecha ante ella. Esto es como una película mala, salvo que deja de ser película para tener un punto de realidad.

«No voy a decir tacos».

—Habíais quedado en que pasaba la Nochebuena con ella y el Fin de Año contigo. —Intento apaciguar la situación, a pesar de que mi cuerpo me pide que le dé con la mano abierta.

—¿Y tú quién eres? —lo pregunta cruzándose de brazos. Es probable que no le haga gracia que yo sepa cuál era el acuerdo que tenían. A menos información, menor posibilidad de pérdida de credibilidad.

—Su abogada —le respondo altanera.

—Así que tú eres la sinvergüenza que le está metiendo ideas en la cabeza. —Ahora es la mujer mayor la que baja del coche y me ataca—. Ellos lo que tiene que hacer es volver juntos.

—Ella lo que tiene que hacer es decidir lo que quiere y a quién quiere. Y vosotros aceptarlo —le digo increpando al supuesto marido, también llamado gilipollas.

Max se acerca a mí y me observa con atención. Me conoce. Me conoce más de lo que quiero reconocer. Conoce las señales de mi cuerpo. De señales va la cosa...

—Ella se ha buscado esto solita. ¿No quiere divorciarse? ¡Pues que se atenga a las consecuencias! —me contesta él con actitud chulesca.

—¿Te has dado cuenta de la gran gilipollez que estás diciendo? ¡No se puede obligar a nadie a estar con otra persona porque sea lo mejor para ti o lo más cómodo! —Mi enfado comienza a incrementarse de forma exponencial.

—Yo no la obligo a estar conmigo. Si lo que quiere es convertirse en una guarra, que lo sea, pero no delante de mi hijo.

—¡Eres un hijo de puta! —dije que no iba a decir palabrotas, juro que lo he intentado, pero me lo está poniendo muy difícil, ¿con qué clase de personas convivimos?—. Lili ha hecho bien divorciándose de ti. Es más, debería haberlo hecho antes.

—Creo que esto debe terminar aquí o llamaré a la policía —Max interviene serio. Intenta apaciguar los ánimos, lástima que no se dé cuenta de que ninguno de los dos estamos por la labor—. Entiendo que ambos llegaron a un acuerdo y debería cumplirse, por el bien de la relación y del menor, que es lo que os debe importar a ambos.

—¡Me importa una mierda lo que sientan ellos! —exclama el exmarido furioso—. Ella es la única culpable, que le explique a su hijo que lo que quiere es zorrear.

—¡Serás...!

Suelto a Lili de la mano, que sigue llorando a lágrima tendida y me dirijo con paso firme hasta donde se encuentra el bicho ese —y se le queda demasiado grande la palabra bicho—, recorto las distancias con toda la premura que mi cuerpo me permite. El susodicho se pone firme y sonrío burlón, conoce mis intenciones y sabe que si le zurro, tiene las de ganar. Yo también lo sé, pero no puedo contener el fuego que me quema por dentro.

Max me sujeta con rapidez. Me coge en brazos desde atrás y aprisiona mis manos entre sus brazos, impidiéndome que le dé su merecido. Uno que debería darle cualquiera. Comienzo a patalear, frustrada por la escena. Lili llora. El exmarido ríe, la madre satisfecha. Max sujetándome para que no cometa una locura.

—¡Suéltame! Puede que termine en comisaría, pero te juro que bien valdría la pena.

—¡Vaya! Ya entiendo por qué cogió Lili a esta abogada —le dice con socarronería el bicho a su madre—, al final resulta que las dos son iguales: unas tremendas zorras.

Trastabillo y caigo al suelo. No esperaba que Max me soltase. Todo sucede como en una de esas películas de Tarantino. Max me suelta. Caigo al suelo. Max alza el brazo con fiereza. Golpea la cara del bicho. Ahora es el bicho quien se tambalea. Se lleva las manos a la nariz. Sangra. Max se sujeta la mano. Lili grita. Zule grita. La madre que lo parió grita y yo me levanto y aplaudo. Aplauo con fuerza y varias personas del corrillo que estaba formado cuando llegamos también lo hacen.

—Ni se te ocurra volver a referirte a ellas de esa forma, son más mujeres que tú hombre.

Oírlo hablar así, defenderme, defendernos... Es mágico e inexplicable.

Zule se lleva a Lili dentro del edificio y yo corro en dirección a Max.

—Mi héroe —grito abrazándome a él—. ¡Gilipollas! —le grito al exmarido de Lili—. Hasta poco te ha dado para todo lo que te mereces —finalizo observándolo con cara de asco—. Eres mi Thor particular. —Y lo beso, lo beso sin reparos, con amor, con aroma a admiración, a paciencia, a todo eso que tengo guardado en la caja de los miedos. A todo eso que le decía a Zule que admiraba. Se arriesgó y perdió, pero sintió hasta el último momento con todas y cada una de las consecuencias. Como Alma. Como Mar, que apostó por su italiano.

En fin... Disfrutemos del presente, porque mañana no sabremos qué puede suceder.



## Capítulo 24

—No podía permitir que te tratase de esa forma.

Aún estoy entre sus brazos. Me he olvidado de todo lo que nos rodea: el gilipollas de Lucas, su madre, los viandantes que habían formado el corrillo y hasta Zule y Lili que han entrado en el edificio al ver las tornas que tomaba la situación.

—Gracias —digo con admiración. Así es cómo realmente me siento. Quitando a Alma y Mar de esta ecuación, es la primera persona que me defiende. Que da la cara por mí. A veces me empeño en ver el lado negativo de las cosas, de la vida y me olvido de que toda moneda tiene dos caras. Ni el malo es tan malo, ni el bueno es tan bueno, y que darle una oportunidad a las personas y a la vida en general es importante y a veces, incluso te sorprende.

—Sí —respondo con una seguridad aplastante.

—Sí, ¿qué?

—Si voy a pasar la Nochebuena contigo y tú vas a pasar el Fin de Año conmigo.

—En Fin de Año no sé si podré estar en la isla, tengo que visitar a mis padres.

—¿Dónde viven tus padres?

—En las afueras de Londres.

—¿Londres? Nunca me lo habías contado.

—Tampoco hemos tenido la oportunidad de profundizar. Aún no hay nada cerrado, puesto que mis padres comentaron que quizá vendrían ellos. Todo depende de si mi hermano, su mujer y sus hijos pueden viajar.

—Pues cenas con ellos y te vienes con nosotras. ¡Nos vamos de karaoke y tienes que cantar conmigo!

—Canto fatal —confiesa mientras me aprieta más contra su cuerpo.

—No importa, lo que importa es que estés conmigo —finalizo.

Tras un breve pero intenso beso en la calle, entramos en el edificio y subimos a mi despacho. Allí está Lili con Zule. Mi clienta está dando pequeños sorbos a una infusión, intentando calmar sus nervios.

—Eso de ahí fuera ha sido horrible —explica Zule—. He llamado a la policía.

—Es más que probable que tu marido también la llame tras el incidente.

Max habla del incidente con cierto recelo. Yo lo recuerdo con honor.

Me arrodillo frente a Lili y la observo desde abajo. Coloco mis manos en sus rodillas y veo sus ojos hinchados producto de las lágrimas derramadas y de la tensión que ha acumulado.

—No te preocupes, todo va a salir bien. Estábamos todos de testigos y hemos visto lo que ha sucedido ahí fuera. Será su palabra contra la nuestra.

—Eso no nos garantiza nada —explica Max—. Podemos explicar en el juzgado lo sucedido, pero eso no quiere decir que tengamos todo de nuestra parte. Es muy importante la intervención del perito y lo que él detalle en el informe, eso sí son pruebas objetivas. Igualmente haré lo que esté en mi mano para que se sepa lo que ha sucedido hoy.

—Gracias. —La voz tímida de Lili no nos sorprende. Simplemente confirma el estado en el que está.

—Creo que deberías hablarlo con la policía cuando llegue. Independientemente de que no haya un régimen de visitas, habíais llegado a un acuerdo amistoso que es más que evidente que ha incumplido.

—No me va a devolver el niño. —Y por fin sus miedos salen a flote.

—No digas eso. —Tengo que darle ánimos a pesar de que hasta yo en este momento tengo mis dudas—. Por eso debemos poner constancia ante la policía de lo sucedido.

Tras el incidente, efectivamente como pensábamos, viene la policía. Lucas ha presentado una denuncia contra Max por la agresión producida en la calle.

Les explico que nos faltaron al respeto y todos confirmamos lo sucedido, incluso varias personas del edificio que también se encontraban dentro del corrillo de mirones.

—Quieren hablar conmigo en privado —me explica Max antes de irse a su despacho.

—Tranquilo, si te trasladan al calabozo te llevaré una hamburguesa del Mc Donald's para que cenes. Será romántico, tú entre rejas y yo por fuera de ellas, nos daremos la mano y a las doce me iré pitando, como Cenicienta, porque me convertiré en pobre.

—No sé qué me inspira más romanticismo, si tu burdo intento por reconfortarme o la hamburguesa de plástico que me ofreces para cenar.

—Espero que tú sepas preparar algo mejor que yo.

—Me conformo con que traigas el postre —me reta.

—Está bien —concedo—, llevaré un bote de nata e iré depilada. —Le guiño un ojo antes de darme la vuelta y salir del despacho.

Tras cerrar la puerta, sigo oyendo las carcajadas de mi letrado favorito.

Debo irme, tengo una cita con mis chicas. No sé si la mejor cita del día, pero estará entre lo mejor que me suceda hoy.

Corro como alma que lleva el diablo porque según he podido leer en el móvil, habían quedado a las tres y media en el Au Revoir, y ya se me ha pasado la hora.

Empujo la puerta de la cafetería con fuerza y por poco caigo de bruces.

—¡Mierda! —farfullo entre dientes.

Alberto me observa y me guiña un ojo. «Si te ríes de mí, te la corto». Y sí, se ríe de mí, pero no se la cortaré, por empatía con su supuesta novia esa que dice tener y que no conocemos.

—Lo siento —me disculpo al llegar a la mesa de mis amigas—. ¡Ohhh! ¡Has traído a Candela! Déjame cogerla. —Así, todo de carrerilla y sopetón. Mis amigas me observan atónitas y les debo una explicación—. Lo siento, es el estrés, llevo un día que si supieseis...

—Pues cuéntanos —me pide Alma dejando que coja a Candela entre mis brazos.

—¿Te he dicho que eres preciosa? ¡Tú sí que eres una princesa, no como tu madre! Vas a tener una cola de machos ansiosos por penetrarte sin piedad y tu padre...

—¡Basta! —me corta Alma—. No quiero saber más.

—Basta sí que eres —se burla Mar—. Y bruta un rato, ¿cómo le dices esas cosas a un bebé?

—Para que vaya aprendiendo —les explico.

—¿Vas a contarnos algo? —me pregunta Mar.

—Pero sin decir palabrotas, que está mi hija delante. No quiero que la primera palabra que diga sea polla, a ver cómo se lo explico a Jaime.

—Puede que te lo oiga decir a ti en tus noches de desenfreno.

—Cierro la puerta, no seas pervertida.

—Y guarrona —añade Mar.

—Bueno, el caso es que...

Y procedo a hacerles un extenso resumen, de esos que tanto me gustan a mí, contándoles todos los detalles del día.

—¿Vas a ir a cenar con Max? —me pregunta llena de asombro Alma.

—Siempre cenamos juntas —protesta Mar.

—Vosotras ya no sois solo vosotras. Tú —señalo a Alma— tienes a Jaime y a Candela, sin contar con tus padres y tu hermana.

—Los padres de Jaime llegaron anoche —especifica.

—¿En serio? —pregunta Mar—. No habías dicho nada.

—No había salido el tema tampoco —se justifica la susodicha.

—El caso —interrumpo—, es que tú cenas con tu familia, y tú —señalo a Mar en esta ocasión— cenas con la tuya porque tampoco eres tú sola.

—Viene mi madre y su novio.

—¿Alfredo? —le pregunta Alma.

—¿Alfonso? —le pregunto yo.

—¡No dais ni una! Se llama Agustín.

—Por «A» sabíamos que era —se disculpa Alma.

—A lo que íbamos —vuelve a la carga Mar—, ¿vas a cenar con él?

—¡Ajá! —confirmo.

—Vale, podemos empezar a meternos contigo...

—¡Es verdad! —la interrumpe Alma—. ¿Tú no eras la señorita «yo no me pienso enamorar de nadie»?

—¿Quién ha dicho nada de amor? Solo me gusta por su rabo —confieso.

—¡Mentirosa! ¡Estás enchochada<sup>6</sup>! —afirma Mar.

—No te enamores, bla, bla, bla. El amor es un rollo, bla, bla, bla. Yo soy inmune al amor, bla, bla, bla —la que suelta todo ese rollo es Alma, la de los Jimmy Choo.

—¿Y tú cuando te casas? —hablando de Jimmy Choo, me ha venido eso a la cabeza.

—Pensaba contarlo esta noche, pero visto que no nos vamos a ver, nos casamos en febrero. Una ceremonia por lo civil, pequeña.

—¡Menos mal que pregunto! Porque si no pido ya el vestido en Ali Express no me llega. He metido en la cesta varios que me gustan ¿los queréis ver?

—No —niega Alma—. Como lleves un vestido del chino a mi boda, te echo sin piedad.

Mar se parte de risa.

—¿Pero tú de que parte estás? —le pregunto ofendida.

—De la de ella, está más que claro.

—Zorra.

Mar me hace un par de muecas, se rasca la nariz con el dedo corazón y luego me saca la lengua. Todo junto, ¡qué capacidad la tía! Para que luego

digán que las mujeres no sabemos hacer dos cosas a la vez... ¡Y hasta tres!

—Sabes que febrero está a la vuelta de la esquina, ¿verdad?

—Sí —me responde escueta Alma.

—Y que no tienes vestido, ¿verdad? —le pregunta Mar en esta ocasión.

—Sí, pero eso lo resolvemos la semana que viene, después de Fin de Año.

—Mátame, camión. Yo no voy —me quejo.

—Tú vas y te callas —responde firme, se pone recta y todo, ¡no digo más!

—A ver —me defiendo—, que desde el cariño te digo que ir de compras contigo es un rollo. Te gusta todo y tardas mucho. Deberías comprarte el vestido *online*, en Ali...

—Si vuelves a mencionar ese chino te rajo.

Chim pum bocadillo de atún.

—Para que luego digan que eres cuqui y fina. —Se carcajea Mar.

—Y todas esas amenazas con una menor delante. Esto probablemente valdría para quitarte la custodia.

Alma no abre la boca, pero lleva su dedo índice, con su perfecta manicura roja, al cuello y me hace un gesto muy fácil de entender: me va a cortar el cuello si no cierro la puta boca. Esa es la traducción literal de su gesto.

—Iré porque eres mi amiga, pero primero pienso emborracharme o drogarme, lo que me haga efecto antes. —Alzo los hombros y levanto la mano para que Alberto venga a traernos algo de comer. Con todas las novedades, ni he almorzado.

—¿Qué desean las chicas más guapas de Canarias?

—Y del mundo —le rebate Mar.

—Yo no te digo nada, con todo ese tema de que ahora tienes novia, no quiero ponerte en un aprieto y que me tengas que elegir a mí —me burlo.

—No te elegiría a ti —contrataca.

—¡Vaya! Ahora sí que me has partido el alma. —Me llevo la mano al

pecho y hago un gesto de dolor.

—Eres de lo que no hay... —replica Alberto.

—Me lo dicen a menudo —afirmo con rotundidad—. En fin, como ya no me quieres, tráeme algo de comer, que no he almorzado. Y no escupas dentro, mira que tu jefe es el marido de mi amiga. —Le guiño un ojo y le lanzo un beso.

—Dile a tu marido —en esta ocasión Alberto se dirige a Mar— que esto no está pagado. Necesito un aumento de sueldo.

—Le daré tu recado —confirma mi amiga.

Alberto se va y nos deja a solas de nuevo.

—Volviendo al tema —vuelvo a centrar la atención de mis amigas—, esta noche ceno con Max. Yo seré el postre y él me comerá...

—Sin detalles, gracias —me interrumpe Alma.

—El chumino —finalizo. Mis amigas ponen cara de asco, como si a ellas no les gustara que se lo hagan, ¡no te jode!—. En fin, que ceno con él, pero el Fin de Año nos vamos todos juntos al karaoke.

—Tendré que preguntárselo a Gerard. —Duda mi amiga.

—Luego me dices que no hemos cambiado... Llámalo —la apremio.

—¿Ahora? —pregunta Mar.

—¡Claro! Y tú a Jaime. Yo me quedo con Candela, por si queréis salir fuera y deciros guarradas varias.

Mis amigas me hacen caso. Se levantan y salen justo en el momento en el que se acerca Alberto.

—Gracias —le digo cuando me coloca enfrente un bocadillo con una pinta deliciosa y un café con leche—. ¿A qué hora cerráis hoy?

—A las seis —me responde con parsimonia.

—No tardaremos mucho. Oye, Alberto —lo intercepto justo antes de que se marche—, me alegro mucho de que estés feliz, en serio.

—Gracias —me responde con una amplia sonrisa enmarcando su cara—, ya era hora de que algo bueno llegase.

—Siempre llega algo bueno, solo hay que esperar el momento.

Alberto vuelve a sonreírme y se va. Nos quedamos Candela y yo juntas.

—No mires el bocadillo de esa forma, que no tienes dientes. Si te dejo probarlo tu madre no me invita a la boda. Aunque bien pensado..., si no hay boda, no ha discurso. Si no hay boda, no hay gasto en el vestido... ¡No sé si darte el bocadillo entero!

—Si le das algo, te corto las manos —me amenaza Alma.

—¡Oye! —me quejo—, que lo de las hormonas supuestamente ya pasó y deberías tener un carácter dúctil y condescendiente. No estarás preñada otra vez, ¿verdad?

Ahora sí que me da un paro al corazón.

—¿Qué te ha dicho Jaime? Puedes no omitir los mejores detalles donde te explica cómo te va a rellenar como un pavo.

Alma se lleva la mano a la frente y niega.

—Hay cosas que nunca van a cambiar.

—Vosotras me queréis así —finalizo con mirada angelical.

—Y da gracias a eso. En fin, dice que sí, que se apunta al karaoke pero que no piensa bailar el «Picky, picky».

—Al final voy a tener que desheredarlo —me cruzo de brazos enfadada—, esa canción es sagrada.

—Pues vamos a tener que buscar otra que nos guste a todos.

—Bla, bla, bla —repito sus palabras de antes—. ¿Cómo tienes el tatuaje?

—Me pica y se me está cayendo un poco la piel. Lo que nos dijo la chica.

—A mi me pasa igual —le cuento.

—¿Ya te lo ha visto Max? —me pregunta curiosa.

Le devuelvo a Candela para poder dar rienda suelta a mi bocadillo y mi



bebida antes de que termine helada.

—No. Hace demasiado frío y no me he desnudado delante de él en los últimos días.

—¿De qué habláis? —Mar se une a la conversación aún con el móvil en la mano—. Gerard viene ahora a buscarme, vamos a comprar no sé qué cosa para mi madre. Dice que le quiere dar algo esta noche.

—Que le compre un lubricante. —Ambas me miran y se ríen—. ¿Qué?

—Yo he pensado lo mismo —confiesa Mar.

—Y yo —añade Alma—. Después de lo que contaste cuando te salió aquel superchichón, es normal que lo pensemos.

—¿Cómo va tu tatuaje? —esta vez es Alma la que le pregunta a Mar—. Estábamos hablando de eso, le decía que me pica y se me está cayendo la piel.

Alma se hizo el tatuaje en la zona de debajo de la cadera. Mar se lo hizo en un costado y yo en el brazo.

—Pues como vosotras, exactamente igual.

—Estoy preocupada por Max. Antes de irme se ha quedado hablando con la policía. No quiero que tenga problemas por defenderme.

Mar se levanta y me lleva la mano a la frente, para comprobar mi temperatura.

—No, no tengo fiebre. Puedes estar tranquila. El calor lo tengo en otra parte. —Y sonrío abiertamente, como uno de esos emoticonos del WhatsApp que enseñan la dentadura completa.

—¡Quién te ha visto y quién te ve! Esto se cuenta y no se cree. —Mar, sí, ella, la que siempre se mete conmigo.

—Tenía que llegar este día. Lo hemos esperado taaantooo tiempo —añade Alma.

—¡Oye! Que estoy delante, parece como si fuese a graduarme y hubieseis estado toda la vida esperando a que sacara las asignaturas que me faltaban —me quejo.

—Se acerca más a cuando tiene un hijo soltero y llega ese día en el que se echa novia y te dice que se va a vivir con ella.

—Yo no tengo novio —especifico.

—Pero lo tendrás —me rebate Alma.

—Mira que te gusta una boda y los emparejamientos —me defiendo.

—Ya sabes... Soy una amante de las causas perdidas.

—¿Y lo de Londres? De eso también tenemos que hablar —nos interrumpe Mar—. Tengo un montón de ganas de ir.

—Vamos en misión busca y captura, no en misión turista.

—Haremos una cosa. Unos días lo dedicaremos a hacer turismo y otros a buscar a ese chico. —Mar ya tiene planificado hasta los lugares, lo tengo clarísimo. Es como Zule pero sin el ladrillo.

—Busquemos los billetes para después de Reyes. No me puedo ir antes. Viaje *express*; fin de semana —explica Alma.

—Sí. Yo tengo programa hasta los viernes. Podemos ir como mucho de sábado a lunes.

—Yo tengo que ver los días que tengo juicios para cuadrar la agenda.

—Cerremos la fecha. Tú que eres la experta en internet, busca y nos avisas —me pide Mar.

—¿Lo habéis hablado con vuestros maridos?

—¿Lo has hablado con tu novio? —inquiére Alma.

—¿Estás ovulando? Porque estás de mal humor —cuestiona Mar.

—¿Ves? Yo le he preguntado hace nada si estaba preñada. Porque tiene la misma actitud.

—Ni estoy embarazada —matiza esta última palabra debido a mi expresión anterior al referirme al estado de buena esperanza de una mujer—, ni estoy ovulando. Es el estrés. Es mi primera cena en familia. Con toda la familia, aclara.

—Tranquila, que no la vas a liar —la consuela Mar.

—Eso espero.

—Lo mío será peor. Imagínate a mi madre queriendo restregarse con Gerard delante de mí y de su novio. Mejor me doy a la bebida.

—No te pases, Mar, que tu madre mola mucho y está genial para la edad que tiene. La mía es peor.

—Es verdad. ¿Y ese tema? —me pregunta la susodicha.

—Pues me ha estado llamando, pero no lo he cogido. Me da hasta miedo. Sus reproches me ponen de mal humor.

—Tienes que enfrentarte a ello —me anima Alma.

—¿Pero no puede ser el próximo año mejor?

—Me da que no.

—La llamaré luego —claudico.

—Cambiando de tema, ¿qué pensáis cenar? —pregunta Alma.

—Yo no sé tú, pero yo espero cenar polla.

Y con esta última palabra, mis amigas me insultan y se van dejándome la cuenta sin pagar. Es en estos momentos donde agradezco comprar en el chino, porque ellas sí que han comido antes de que yo llegase y nadie me había dicho nada.

<sup>6</sup> Enamorada.

# Capítulo 25

# Max

—No tengo claro qué hacer de cenar —comento mientras doy un largo sorbo a mi bebida.

He quedado con Gerard. Por supuesto, en su casa, en el Au Revoir sé que están ellas y no era el momento de aparecer por allí, más sabiendo que estarán hablando de mí y de lo sucedido hoy.

—Si has venido a soltarme un rollo de chef cinco estrellas, mejor vete por donde has venido.

—¡Qué poca paciencia tienes! —le recrimino.

—No es una de mis mejores cualidades —confiesa—. Creo que mejor me cuentas eso de la policía.

—La insultó. —Cada vez que recuerdo ese momento me tiembla la mano de pura rabia.

—¡Estás jodido!

—No. Simplemente he contado lo sucedido. Hay testigos. Es cierto que le he golpeado y no tenía que haberlo hecho, pero se lo merecía. La ha insultado —repito de nuevo.

—No me refiero a eso. —Guardo silencio un momento esperando a que mi amigo termine de explicar esa frase y lo que quiere decir con ella—. Estás jodido...

—¡Eso ya lo has dicho! Y en varias ocasiones.

—Lo que quiero decir es que estás perdido. Perdido por ella.

Ahora entiendo su frase.

—Sí. ¿Para qué negarlo? Hace mucho tiempo que lo estoy.

—Es mejor que lo reconozcas.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo? —Mi amigo niega con la cabeza esperando a que continúe—. Lo mejor es que no sé cómo ha sucedido.

—O sí. Estabas jugando con fuego y ya sabes lo que dicen.

—Eso es lo que te pasó a ti, ¿verdad? —Le doy una palmada en la espalda cuando sonrío recordando esos momentos.

—Yo también jugué con fuego. Y me alegro mucho de haberme quemado.

—Yo no sé si me alegro o no. Simplemente estoy acojonado.

—¿Por qué? ¿Por ella? —inquire Gerard.

—Por ella, por mí, por los secretos, por todo lo que nos rodea, porque tiene miedos y no sé si seré capaz de ayudarla.

—Érika no necesita que la ayuden. —Mar acaba de hacer acto de presencia en ese salón.

—*Piccola bionda*. —Gerard se levanta y acude en su busca como esa abeja que necesita la miel para subsistir.

—Érika lo que necesita es que la quieran, como todas las personas. Como tú mismo —me explica tras haber besado de forma tierna a mi amigo. Ambos toman asiento frente a mí en el sofá y me observan con atención—. Te estoy intentando ayudar.

—Gracias por lo del otro día. Acudió a mí.

—Sabía que sería así. Estamos intentando echarle un cable, echarle un cable al destino.

—Esta noche cena conmigo. —Una gran sonrisa enmarca mi rostro al pensar en ese momento—. Espero no cagarla.

—Simplemente sé tú mismo.

—Esa fiera me tiene loco —revelo sin ningún tipo de pudor.

—Lo sabemos hace tiempo. Solo queríamos que os dierais cuenta. Al final, eso que dice Gerard de que los que pelean se desean ha sido más cierto y real que nunca.

—Me voy. —Me pongo en pie y abotono mi chaqueta—. Gracias por la copa, y por los consejos.

—No hemos dicho mucho. La pelota está en vuestro tejado. Intenta no

cagarla esta noche —me aconseja Mar.

—Lo intentaré.

Salgo de casa de Mar con el tiempo más que justo para ir al súper y pillar algo. La idea es sencilla. Creo que lo importante de esta noche es la compañía.

Compro bebidas y cosas para picar. Haré lomo al horno con salsa de mostaza y unas papas panaderas. Tampoco quiero comprar comida en exceso porque va a sobrar.

Me dirijo a casa con todo lo necesario y comienzo con los preparativos. Por un momento me da miedo. ¿Y si no viene? ¿Y si ha cambiado de opinión? ¿Y si huye de nuevo?

Limpio las manos con un par de servilletas y me dirijo raudo y veloz hasta mi chaqueta, que está colgada en una de las sillas del comedor. Saco el teléfono y tecleo con la misma carga de velocidad que de angustia en el cuerpo.

Max

No pensarás dejarme plantado, ¿verdad?

Llevo el aparato conmigo hasta la cocina y lo deposito encima del microondas. Todas las ondas electromagnéticas juntas.

Termino de meter la cinta de lomo en el horno y doy vueltas en el minúsculo espacio como un gato enjaulado.

«Tranquilo, solo han pasado diez minutos y no ha respondido, estará ocupada». «O quizá es que no piensa venir». Las malditas voces de mi cabeza me van a volver completamente majara.

Me sirvo una copa de vino tinto que tenía abierto en el frigorífico y sigo dándole vueltas a la situación.

Érika es una de las mujeres que más cosas ha despertado en mí. Sentimientos de lo más variopintos y contradictorios. Una sonrisa perenne aflora en mi cara al pensar en la cantidad de situaciones divertidas que se han dado entre nosotros en los últimos meses. Ha habido cosas malas, pero lo bueno pesa más.

El tema de su familia me oprime el alma. Yo que tengo una familia maravillosa, unos padres que siempre han estado por y para mí, un hermano que nunca ha faltado a su palabra y que siempre ha estado a mi lado para reconfortarme, hacen que me sea imposible imaginar otro tipo de situaciones. Está claro que el concepto que tengo yo de familia dista mucho del que tiene Érika, pero no es su culpa. No ha podido elegir. Creo que es culpa de sus padres, pero... ¿qué lleva a unos padres a comportarse de esa forma con sus hijos? No quiero exculpar a nadie, quiero saber lo que sucede para que esto sea así. Llevo mucho tiempo preguntándomelo. Quizá algún día lo averigüe.

El sonido del teléfono me trae de vuelta. Es ella.

Suelto la copa de vino y sujeto el móvil entre mis manos. Me adjunta una foto.

«¡Qué coño!». Es un jodido bote de nata.

Érika:

¿Cómo no voy a ir si yo soy el postre?



Indiscutiblemente, es lo mejor que me ha pasado nunca. Es pícara, atrevida, cercana, inteligente, avispada, tiene la lengua muy suelta, pero a mí me gustan las mujeres así, con carácter. Como me dijo ella una vez, «has dado con la horma de tu zapato». Y me encanta que así sea.

Érika:

Estaré ahí en un rato. Espero que haya comida.

No he podido almorzar decentemente.

Max:

Hay comida, bebida y compañía.

¡Mejor plan imposible!

Compruebo que he puesto el tiempo adecuado en el horno y me voy a la ducha. Quiero estar listo para cuando ella llegue. Fijaos lo curiosa que es la vida a veces. No es la primera cita que tenemos, no es la primera vez que compartimos comida, espacio y tiempo, pero aun así, para mí, es como si fuese nuestro primer encuentro y estoy nervioso por ello.

Termino de acicalarme y vestirme y me voy de nuevo a la cocina. Comienzo con los preparativos: mantel, mesa, velas, platos y cubiertos. Enciendo mi minúsculo árbol de Navidad. No tiene bolas, es uno de esos a los que se les ilumina el final de las ramas y varían los colores. Es práctico y cómodo.

El sonido del timbre me sorprende y me dirijo con rapidez a la puerta de la entrada. Abro y lo primero que veo es un bote de nata. Ella se ha escondido en un lado.

Saca la cabeza y sonrío pícara. «¡Cómo no me va a tener loco!».

—Finalmente he traído un flan, comprado, no casero —me aclara—. Queda bien con la nata.

—¡Ohh! Pensaba que el postre eras tú, ya me había hecho ilusiones —explico apesadumbrado.

—Si te portas mal...

—Se supone que normalmente es al revés, si te portas bien...

—Bueno, a mi me gusta más eso de portarnos mal, es más divertido.

La sujeto por la cintura y la acerco con rapidez a mi cuerpo. Pego mi nariz a la suya y deposito un suave beso en sus labios. Uno de esos que solo es un mero contacto, pero suficiente para hacernos estremecer.

—Déjame ver ese bolso —le recrimino—. Es demasiado grande, tengo miedo a que en él hayas traído un bate de beisbol, un cortafiambres o un bote de crema depilatoria. —Le guiño un ojo y ella sonríe.

—El bolso de una mujer es sagrado —me responde justo antes de darme un beso ella a mí.

—Creo que vas a ser lo más delicioso que pruebe esta noche —reconozco.

—Si te portas mal... —repite burlona.

Pasamos al salón y tomamos asiento en el pequeño sofá.

—¿Quieres que ponga la tele o prefieres música?

—Música —me pide mientras se dirige al amplio ventanal que da a la ciudad—. Es maravillosa la ciudad en Navidad, ¿verdad?

Asiento mientras conecto el dispositivo al Bluetooth. «Give me love», de Ed Sheeran comienza a sonar y cierro los ojos con cierto temor. Le dije que la quería y salió huyendo.

—Dame amor... —me dice girándose y observándome con atención—. Dame amor —repite desnudando su alma.

—Todo lo que quiero es el sabor que permiten tus labios —traduzco la estrofa que ahora mismo suena y me acerco con mis manos en los bolsillos. Extiendo una mano que ella sujeta con fuerza, con ganas. Como llevo esperando tiempo que lo haga. Como lo hizo en su día.

—Dame amor —dice abrazándose a mí.

—Jamás pensé que llegaría este momento —confieso con la voz entrecortada—. Tengo mucho amor para darte, Érika. Solo déjate llevar.

—Tengo miedo —me confiesa.

—Todo va a salir bien, solo déjate llevar.

No bailamos. Solo nos movemos con suavidad de izquierda a derecha. Un

leve balanceo en el mismo lugar. Con unas vistas espectaculares.

—Al final va a ser cierto eso de que en Navidad se cumplen los deseos — me explica.

—¿Cuál es tú deseo? —le pregunto henchido de amor.

—Tú —me responde escueta—. Desde hace mucho tiempo, tú.

No sé exactamente cuánto tiempo estamos ahí, parados frente a la ventana, observando la noche de Santa Cruz. El mar moverse con calma, con la misma calma que sentimos ambos en brazos del otro.

—Jamás me habían defendido así, como hiciste tú. —Alza su vista y nuestros ojos conectan. Conectan como hemos hecho siempre, aunque hayamos intentado jugar a evitarnos.

—No pienso permitir que nada de eso vuelva a suceder —lo digo en serio, no me gusta que se sienta sola, que esté triste o que tenga miedo quiero que sienta que puede contar conmigo.

—Yo sé defenderme —bromea.

—No me cabe la menor duda. —Sonrío—. ¿Tienes hambre?

—Mucha. Alma y Mar casi no me han dejado comer. Está empeñada en que la próxima semana tenemos que ir a ver vestidos de novia y de damas de honor.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—¿En serio me preguntas eso? —Érika se ha vuelto a sentar en el sofá y me observa con los ojos como platos. Me gusta, me gusta tanto...

—Se supone que a vosotras os encanta hacer ese tipo de cosas; ir de compras, probaros ropa, elegir modelito...

Érika bufa ante mi explicación.

—Odio ir de compras con Alma y Mar. Son cansinas. Me van a hacer probarme ropa y más ropa. Yo soy más práctica, me gusta lo sencillo. Les insinué que me quería comprar el vestido en el chino y casi sufro un linchamiento por parte de mis mejores amigas.

—Normal —contrataco—. No puedes ir a una boda vestida del chino —bromeo.

—Eso no está escrito en ningún lado, ni siquiera en nuestra Constitución Femenina.

La veo sacar el móvil del bolso —tras un rato de búsqueda—, mientras yo sigo colocando cosas en la mesa del salón.

—Bonito árbol, por cierto. ¿A qué es del chino?

—No empieces —la reto con la mirada y ella me saca la lengua. Me planto a su lado en un santiamén y me tumbo sobre ella en el sofá, la sujeto por el pelo con fuerza y la obligo a mirarme—. Me dan ganas de comerte entera, me pones extremadamente cachondo cuando te pones así, cuando me haces frente, cuando te pones juguetona y pícara.

—Estaba grabando un audio al comando —me cuenta—. Ahora deben saber que te pongo cachondo. —Se ríe—. Eres un palurdo —bromea riendo a carcajada.

—¡Eres mala! —exclamo sonriendo.

—¡Lo soy! —confirma—. Pero me ha molado eso de que te pongo cachondo. ¿Lo puedes repetir?

—¡Bruja! —Le hago cosquillas en los costados y ella comienza a reír a carcajadas.

—¡Para! —grita—. Odio las cosquillas y tengo que mandar un audio.

—Deja a las chicas tranquilas.

—¡No! —me rebate—. Es importante lo que acabas de decirme.

—¡A mí no me nombres! No quiero que me linchen por tu culpa.

—Mar me ha confesado hoy que se han puesto de tu lado —me cuenta—. ¿Las has comprado?

—No. Es mi irresistible encanto.

—Baja, Modesto, que sube Max —se mofa.

La dejo un rato tranquila mientras me voy a la cocina a trocear el lomo. Lo

he dejado dentro del horno, por lo que aún está templado.

—¡Huele muy bien! Pensaba que lo único que sabías hacer bien era follar.

—Me siento como un trozo de carne ahora mismo —me quejo.

—También eres buen profesional.

—Y un hombre excelente —añado arrogante.

—Baja, Modesto, que sube Max —repite Érika.

—Y te quiero —suelto a bocajarro.

Me quedo quieto por un momento, con uno de los platos en la mano. No es la primera vez que se lo digo, lo sé, pero como bien comenté antes de que ella llegase, la última vez salió corriendo.

Camina con suavidad hasta mí. Me quita el plato de la mano y lo coloca encima de la encimera. Coge mis manos entre las suyas y vuelve a capturar mi mirada.

—Yo también te quiero —confiesa y mi corazón rebosa de amor y satisfacción.

—Repítelo —le pido.

—Te quiero —dice de nuevo.

—Graba un audio de esos tuyos —le pido bromeando—. Necesito que quede constancia de ello.

—Ellas ya están al tanto. ¿Sabes? Estuve con Zule hace unos días, en realidad, estuvimos borrachas una noche.

—¡Tú no bebes! —exclamo con Érika entre mis brazos.

—Es empatía de amiga —me explica—. Estaba un poco hecha polvo por un amor de mierda. El caso es que me hizo reflexionar y sacar varias conclusiones de nuestra conversación.

—Los borrachos y los niños dicen la verdad —afirmo—. Así que es más que probable que tengan razón en todo lo que sacasteis en claro.

—Exacto. Primero: los hombres son un rollo. —bufo ante este primer

comentario y ella me chista con su dedo índice, lo beso con ternura—. Segundo: el que no arriesga no gana, con lo cual, es mejor perder por haber jugado, que ver los toros desde la barrera. —Asiento ante sus palabras y no porque a mí me venga bien en este momento o me beneficien, sino porque son reales—. Y por último: no hay nada mejor que tener unos amigos rumanos.

—Yo no quiero ni imaginar a esos amigos tuyos. Casi que prefiero vivir en la ignorancia.

Érika se encoge de hombros y se pega más a mí.

—No me apetece cenar, me apetece quedarme aquí para siempre. Donde no haya problemas.

—¿Qué problemas? ¿Tu madre de nuevo?

Érika separa su mejilla de mi torso y me mira de nuevo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Me estás espiando?

—No, te estoy conociendo.

—Parece que me conoces más de lo que creo.

—Seguro —finalizo.

—Antes de venir la llamé por teléfono. Tuvimos otras de nuestras confrontaciones y me colgó. Lo hace para hacerme enfadar y sentirme mal. Siempre le funciona.

—Quizá deberías dejar de hacer caso a sus intentos de boicotear tu estado de ánimo. Puede que lo que debas hacer es plantarle cara y marcar tu terreno.

—¿Qué quieres decir?

—Que un «¡basta!» a tiempo es la mejor de las soluciones.

Érika parece meditarlo en silencio durante un rato. Me mantengo expectante por si me da la razón o me la quita, ¿quién sabe? Ella es así de explosiva.

—Necesito pensar en ello. No soy una persona de tomar las decisiones en caliente. Y menos estas.

—Pues a Lili la atendiste en un impulso.

—Eso aún no sé ni cómo sucedió —me explica—. Sentí que debía hacerlo.

—¿Señales?

—Probablemente, porque he de reconocer que me está enseñando mucho.

—¿Qué has sacado en claro?

Me levanto y le ofrezco de nuevo la mano para que ocupemos nuestras sillas y comencemos a cenar algo. Ella me sigue.

—Pues que ser madre es algo que nace y crece. No hay un manual que nos diga qué debemos hacer en cada situación. Tampoco lo hay para saber qué hacer cuando eliges mal a tu compañero de camino.

—No creo que sea cuestión de elecciones. Creo que hay cosas que se sienten y los sentimientos se desgastan.

—¿Se gasta el amor de tanto usarlo? —ironiza.

—No. No me he explicado bien. Quiero decir que hay amores que no son amores como tal. Creo que hay amores de los que te hacen levitar, de los que te quitan el aire y el sentido y luego hay otros en los que simplemente sientes un cariño por la otra persona que, en ocasiones, te empeñas en enmascarar en un falso amor.

—¿Estás seguro de que eres juez y no un asesor matrimonial? —bromea mi chica.

—Seguro.

—¿Por qué decidiste ser juez?

—¿Cambias de tema? —inquiero socarrón.

—No, solo momentáneamente.

—Porque de pequeño quise serlo y luché por ello.

—Como yo —añade—. Exactamente como yo. ¿Y si nos pasa a nosotros? —me pregunta.

—Entonces será mejor haber vivido y sentido, que habernos privado de ello.





## Capítulo 26

Estamos desnudos en la cama. Sus dedos recorren la piel desnuda de mi brazo. Hemos pasado la noche más maravillosa del mundo: risas, besos cargados de amor, de pasión, de deseo y de olvido, abrazos, miradas furtivas y no tan furtivas... Creo que no podré jamás olvidar lo que hemos compartido. Los miedos dejan paso a los sentimientos y estos a su vez, a la esperanza.

Al final, la vida es eso; disfrutarla mientras tenga sentido. Darle sentido mientras tengamos vida.

—¿Y esto?

Sus expertos dedos, esos que esta noche me han hecho suspirar y gemir de placer, han dado con la piel aun inflamada de mi recién estrenado tatuaje.

—Un tatuaje.

—Lo sé, pero..., antes no estaba. —Tierna, así me suena su voz en este momento.

—Antes sí estaba. Hace días que no.

—¿Te estás riendo de mí? —me pregunta girándome con precisión y colocándose entre mis piernas.

—Jamás, señor letrado. Palabra de abogada defensora de la causa.

—¿De qué causa? —me pregunta estupefacto.

—De la que tienes entre las piernas.

Max decide que es el mejor momento para someterme a un ataque de cosquillas y protesto por ello.

—¡Cuéntamelo! —me pide pellizcando mi nalga derecha.

—Esto viene de años atrás. Una tarde, una cafetería, un Comando de amigas que son hermanas, una promesa de eternidad...

—Es un compromiso en toda regla.

—Sí —confirmo—. Algo así. Nos hemos comprometido a ser amigas

siempre.

—¿Nunca discutís?

—Mucho. Sobre todo Mar y yo. Alma suele ser la que intercede. Pero al final, siempre intentamos solucionarlo. Yo reconozco que tengo un carácter muy raro.

—¡No! ¿En serio? —dice con socarronería.

—No te burles. —Le doy una cachetada en el culo y se ríe—. Pero tú me quieres así —lo digo con anhelo y esperanza. Sé que me lo ha dicho en ocasiones, pero no dejo de tener miedo a que esto sea un espejismo y que finalmente tenga fecha de caducidad, por más que quiera vivirlo... Por más que tenga presente la historia de Alma, de Mar e incluso, la historia de Zule.

—No me burlo, pero no has sido demasiado perspicaz en esta ocasión, has dejado que te tome el pelo de forma sencilla y fácil. ¡Mal! —me dice besando mi frente con cariño.

—¡Shhh! —le chisto porque creo oír una canción que me encanta.

—¿Qué pasa? —Más que una pregunta, parece una duda.

—Escucha —le pido.

Al fondo se escucha, de forma muy tenue y sutil, una de sus canciones, de las canciones de Vanesa Martín.

—Casi no se oye.

Comienzo a tararearla muy bajito.

Apareces de repente en mi vida, desordenando sueños, tirando expectativas.

Y no me queda más remedio que rendirme poco a poco y me acomodo, pero haces todo fácil.

Sonrías y te quedas.

Echas de un soplo todos mis fantasmas.

Pongo en calma este cuerpo impaciente que te demanda ganas y recurro a mis manos, para saciarme de esta lluvia que provocas.

Sin ti la sed me agota.

Cruzas la barrera de este inquieto corazón, no queda nada más en esta habitación que respirar de ti y de lo libre que ahora soy.

Rompes el silencio con el roce de tu piel, si no enciendes la luz yo me cegaré.

Hoy necesito encontrarme en tus esquinas, detenerme en ti un momento.

—Ahora mismo, esta canción y su letra es perfecta —le confieso.

—¿Señales?

Lo observo con atención, como llevo haciendo toda la noche. Porque cada vez que me explica, me narra o me confiesa algo, me deja completamente embobada.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—¿Qué sabes tú de las señales? —inquiero llena de asombro.

—Sé que las señales existen.

—Nosotras siempre hablamos de ello. Empezó como un mero juego de palabras, algo que no teníamos claro si era real o no pero que siempre sucedía algo que terminábamos enlazando con las señales y con el destino. Y al final, hemos podido comprobar que nuestras vidas están sumidas en una vorágine de sucesos en los que, nuestras decisiones, esas que creemos tomar de forma aleatoria o razonada, son producto de una consecuencia que nos afectará y nos volverá a marcar, por lo tanto, no puedo estar más de acuerdo contigo. Sí. Las señales existen.

—Solo están ahí esperando a ser vistas e interpretadas —me interrumpe.

—Voy a pensar que eres mi hermano y nos han separado al nacer —bromeo.

—¿Lo dices porque termino tus frases?

—¿Te parece poco? Me empiezas a dar miedo.

—Eso forma parte de la conexión de dos personas —me explica—. Es el amor —finaliza besando mis labios.

—Sabes a nata.

—Debe ser por culpa del postre.

Lo específico: tal y como había previsto, el postre he sido yo.

—Pobre flan —bromeo.

—Pobre de ti —me dice hambriento.

—¡Espera! —exclamo. Me levanto desnuda y un escalofrío recorre mi cuerpo—. Deberías poner calefacción —le reprocho—. Tengo frío.

—Pues vuelve a la cama conmigo —me pide.

Salgo de la habitación sin responder a su comentario, acabo de recordar algo. Busco mi chaqueta y meto la mano en uno de los bolsillos. Y ahí está.

Vuelvo a la habitación donde Max me espera tumbado y bien tapado.

—¿Te ha dado frío?

—Es tu ausencia.

—Ha venido Papá Noel. —Su cara es un poema.

—Yo no te he comprado nada.

—En realidad, es una tontería. Lo vi y me acordé de ti.

Le tiendo el pequeño paquete que con sumo cuidado envolví la tarde anterior. Max lo sujeta entre sus dedos y lo mira con atención.

—No va a explotar —le explico sonriendo. Me meto en la cama a su lado y espero su reacción al abrirlo. No se hace esperar.

Rasga el envoltorio y sujeta el imán que compré en el chino —venga, va, os permito que me llaméis gentuza—.

—Un imán.

—Sí.

—Un imán con un pequeño columpio.

—Sí. ¿Recuerdas cuando hablamos hace semanas, y me dijiste que algún día comprarías una casa en el campo?

—Sí.

—Pues ese imán es para que no te olvides de perseguir tus sueños. Para

que luches por lo que quieres porque a veces los sueños se cumplen.

Siento un pequeño desazón en mi cuerpo al pronunciar esta última frase porque mi sueño siempre fue volver a reencontrarme con Josh y quizá, cumplir esa pequeña promesa que nos hicimos en su día. Ahora es bien distinto. Ha cambiado todo. Ya no está Josh, solo está Max, y él suple todo eso, pero es inevitable que sienta que debo cerrar esa etapa de mi vida. Por eso mi viaje a Londres, porque quizá esto debería haberse cerrado antes, pero haberlo hecho bien. Por mi parte y por la suya.

—Érika...

Mi nombre muere entre sus labios antes de besarme con cariño y entrega. Entre nosotros siempre ha habido ese amor odio que nos caracteriza, esa pasión que sin el fuego no es nada. Pero ahora lo que siento es una auténtica calma, una paz que no he sentido. Me siento completa a su lado.

—No pasa nada —le explico—. No me importa que no me hayas comprado nada.

—Quiero hacerte un regalo —me dice.

Coge mi mano y la coloca sobre su pecho.

—¿Lo sientes?

El repiqueteo incesante de su corazón me sacude la mano y me enternece el alma.

—Sí —confieso con el corazón encogido.

—Es tuyo. Ese es mi regalo, Érika. Siempre ha sido tuyo y siempre lo será.

Puede que no sepa que sucederá mañana. Puede que el hoy sea efímero, que el mañana incierto y que el pasado sea solo eso, pasado. Pero este regalo es el mejor que me han hecho jamás.

—Te quiero —pronuncio llena de amor.

—Te quiero —repito con sus incesantes latidos acompañándose a nuestras confesiones.

Tras ese día, llegaron varios más de confesiones y de propósitos.

Propósito de hablar con mi madre de una vez.

Propósito de luchar por esto.

Propósito de dejarme llevar sin incertidumbres y dudas.

Propósito de valorar lo que tengo a mi alrededor.

Y por encima de todo, propósito de no cortarme las venas esta tarde en la tienda a la que Alma nos va a llevar.

Porque sí, aquí estamos las tres. Con un pequeño *planning* en la mano que yo quiero tirar por la ventana, pero vuelven a tenerme amenazada. ¡Para que digan que no hay opresión en el siglo XXI!

Según el plano que tengo en la mano, hay cuatro tiendas marcadas. No una, ni dos ni tres, ¡sino cuatro!

—Por favor, que alguien me pase un cuchillo oxidado. Si no muero desangrada, por lo menos moriré de la infección.

—No seas melodramática, Érika —protesta Alma—. Es mi boda y tienes que hacer un esfuerzo.

—Te dije que yo te lo solucionaba rápido.

—Si nombras a ese chino de nuevo, te estrangulo —me amenaza la rubia cuqui.

Yo, que por supuesto no soy tan valiente como parece, cierro la boca con cremallera, no vaya a ser que cumpla su amenaza.

—En la Constitución Femenina no pone nada —decido que no, que mejor no me callo, sino que tiro un poco más de la cuerda, explorando los límites del malhumor de la futura novia.

—¡La estás cagando! —me advierte Mar.

—Declaro último artículo de la Constitución Femenina. Artículo veintisiete: prohibido comprar en el chino, prohibido Ali Express, prohibido Cham Cham y hasta el chino Cudeiro del programa ese malo que dan en Cuatro. Y podría añadir una modificación de mismo, pero no voy a ser tan mala.

—¿Qué modificación? —inquiero llena de curiosidad. Basta que me digan que no puedo saberlo o que no lo van a contar, para que no pueda contener las ansias de saberlo.

—No preguntes... —me aconseja Mar.

—Si nombras de nuevo al chino, te echo del grupo.

—¡Coño! Qué radical —me quejo.

Al final hemos parado en una cafetería para desayunar. Tenemos hambre y mucho trabajo.

—No entiendo cómo puedes venirte con tacones para todo lo que tenemos que caminar —suelto con la certeza absoluta de que Mar lo piensa también. Nos miramos cómplices y confirma mis pensamientos.

—Antes muerta que sencilla —responde Alma resuelta.

En los preparativos de la boda de Mar fue todo más sencillo. No hubo una planificación exhaustiva de las tiendas a recorrer. También es cierto —como bien sabéis— que Alma y Mar se parecen como un huevo a una castaña, en cuanto a personalidad se refiere. Hay personas que les preguntan si son hermanas, no sé si eso de compartir color de pelo y piel las hace más iguales, para mí son completamente distintas y los rasgos completamente diferentes. Y la forma de organizar la boda también. La de Mar fue sencilla pero especial. La de Alma será especial pero más compleja.

En la boda de Mar comenzó mi locura con Max. Comenzamos bailando, chinchándonos en ese momento también... Esas cosas muy nuestras y que espero que no cambien.

Mar eligió un vestido sencillo y vaporoso. Ibicenco, puesto que allí se celebraba la boda y todas fuimos a la par. Elegimos ese vestido entre risas y copas de cava, sentadas en una tienda poco glamurosa. Solo nos faltó llevar bigotes y cejas para amenizar las pruebas.

—Mirad lo que he traído —Alma interrumpe mis recuerdos.

—Si sacas otra revista, me corto las venas con ella —me burlo.

Alma me saca la lengua y Mar se parte de risa.

—¡Qué bestia! —continúa riendo Mar.

—Son unas invitaciones que me han gustado.

—Eso lo puedes pedir en...

Mar tapa mi boca y Alma lleva su dedo índice al cuello, finge degollarme y yo me parto de risa.

—La imprenta —finalizo—. ¡Joder! Ya no se puede decir nada —me quejo.

—Ya nos conocemos —me reprende Alma.

Sujeto las muestras y las visualizo. Son todas sencillas a la par que elegantes y del mismo color: blancas. Unas con un vestido de novia, otra con una tarta de veinte pisos —mínimo—, otra con un chico vestido de pingüino con un corazón en la mano...

—No me gusta ninguna —claudico—, son demasiado aburridas.

—A mí me gustan todas, pero mi favorita es la del chico. —Alma hace como si nada hubiese pasado y no hubiese pronunciado ninguna frase—. ¿Cuál te gusta a ti, Mar?

—En esta ocasión, estoy con Érika. Son demasiado aburridas.

Alma nos escudriña con los ojos y nosotras miramos hacia otro lado.

—Te propongo algo —ahora no nos intenta amedrentar, simplemente atemorizarnos—: elegiremos nosotras la invitación.

—Ni de coña —así de categórica responde.

—Prometo no ponerte ninguna polla en la parte frontal —bromeo.

—Ni en ninguna parte —sentencia con firmeza—. Mar —la señala con el dedo—, te dejo encargada, pero si ella —y con «ella» se refiere a mí—, hace de las suyas, te corto el cuello también.

—¿Estás segura de que no estás embarazada? —pregunta Mar—, porque tienes el mismo carácter.

—No. —Niega con la cabeza—. Es el estrés.



Alma se va al servicio un momento mientras nosotras hacemos de comandantes de operación tarjeta.

—Yo quiero algo más divertido —profiero—. El otro día vi unas en internet en el que aparecía a una chica besando un sapo y en la parte trasera aparecía la chica corriendo de mano del chico en el que se había convertido la rana.

—¡Un príncipe! —aplaude Mar.

—¿Lo pillas?

—Es genial.

Saco el teléfono y rebusco intentado dar con la página.

—¿Y por qué estuviste buscando? ¿Acaso quieres casarte?

Alzo la mirada un microsegundo del teléfono y le hago una peineta un poco disimulada. Mar se ríe a carcajadas. Será...

—¡Aquí está! Te la envío por WhatsApp por si llega Alma. ¿Cuántos invitados tiene?

—Ni idea.

Alma aparece como si de una invocación se tratase y se sienta de nuevo frente a nosotras.

—Tenemos tarjeta —le explica Mar.

—¿Ya? —Los ojos de Alma se abren como platos—. No me fío un pelo.

—Pues te va a encantar —me jacto de mi propio logro.

—¿Has preparado el discurso? —pregunta Alma.

—No —confieso.

—Jaime te va a matar —me amenaza.

—Pues le mandaré a los rumanos.

Ambas se ríen. Nos levantamos y pagamos en la barra el escaso desayuno que hemos ingerido.

Comenzamos el recorrido según la planificación. Lo mejor es que nos

ofrecen cava en la mayor parte de los sitios a los que vamos.

—Tenemos que probarnos uno cada una —aplaude Mar.

—¡Tú ya te has casado! —me quejo.

—¡Síííí! —el grito de Alma deja patente su entusiasmo ante la propuesta de Mar.

—Paso. —Me cruzo de brazos y niego en repetidas ocasiones.

—Cada una elegirá el vestido de la otra.

—Yo el de Alma —me pido ahora con más ganas.

—Yo el tuyo —pide Mar—. Por descarte, tú el mío —le dice a Alma.

—Muajajaja. —Me río malvada.

Comienzo a dar vueltas por la tienda, en distintas direcciones. ¿Mi misión? Encontrar el traje más horrible que haya. El que tenga más encajes, más piedras, más colores..., lo que haga falta para chinchar. Al final va a resultar que me lo voy a pasar mejor de lo que pensaba.

Cada una marcha en una dirección distinta. Ahora me siento como en los programas esos de Divinity donde la novia lleva a la tienda con un séquito de amigos y familiares y comienza a probarse y probarse vestidos. Recorro el pasillo, llevando mi manos por las distintas telas que hay expuestas en él. Uno llama mi atención y las llamo.

—¡Tenéis que ver esto! —Alzo la voz para que me oigan.

—No he elegido el tuyo —protesta Mar.

—Yo tampoco el tuyo, pero este me ha gustado de verdad para Alma.

Las oigo cuchichear mientras se acercan a mi lado.

—Deberías buscar vestido para tu boda —me recrimina Alma.

—¿Otra vez? No me voy a casar.

—Tampoco pensabas tener novio y mírate.

Les señalo el vestido y omito su intención con este último comentario. Es eso o contestarle algo poco sutil.

Alma se planta frente al vestido y Mar a su lado, ambas con cara de expectación, puesto que no se creen que realmente pueda tener algo que valga la pena.

Lo saco de entre el montón de vestidos y lo coloco frente a mí. El bajo del vestido toca el suelo, pero es que no soy especialmente alta y tengo unas bambas puestas, con lo cual...

Un precioso vestido color marfil aparece ante sus ojos. El corpiño es de escote corazón, pero tiene un encaje hasta el cuello y parte de la espalda. Y digo parte, porque tiene un precioso ovalo en el centro de la espalda. Todo el corpiño es del mismo encaje y la falta es de tul. Una caída sencilla, pero muy favorecedora.

—¡Pruébatelo! —la animo.

Alma afirma con la cabeza, creo que le ha gustado tanto como a mí. Mar aplaude.

Volvemos al espacio donde están los sofás. Una dependienta la acompaña para poder ajustarse el vestido y que quede como debería quedar el día más importante de su vida.

—Es precioso —me dice Mar.

—Lo es —afirmo uniendo nuestras manos.

Permanecemos en silencio, expectantes, hasta que sale la futura novia.

Le han colocado varios complementos, entre ellos, una especie de redecilla que le sienta genial.

Mar y yo nos ponemos en pie mientras la vemos.

—Es sencillo a la par que elegante —me dice Alma emocionada.

—Te queda genial —la anima Mar.

—Es simplemente maravilloso —logro pronunciar.

No sabemos exactamente cómo sucede, tampoco podemos dar explicaciones a todo lo que nos pasa, pero es un momento mágico. Lleno de luz y de cariño, de ese que nos tenemos ya que, a pesar de las discusiones, no nos puede quitar nada ni nadie.

Unas pequeñas lágrimas recorren las mejillas de Alma, las mismas que no hemos sido conscientes de que surcaban nuestros rostros.

—¡Estoy tan emocionada! —finaliza la novia.

—Jaime se va a morir cuando te vea. Ya sé que ha valido la pena, pero es que esto... Esto es simplemente mágico.

—¿Sabes? —pregunta Mar—. Hay algo que deberíamos añadir y que nos ha sucedido a todas. —Me mira con firmeza, esperando mi posible réplica, la cual no puedo darle porque no sé lo que va a decir—. Artículo veintiocho de la Constitución Femenina: el amor es como un vestido de novia, cuando lo ves por primera vez, sabes que es el tuyo.

Y no, no tengo nada que decir, porque supongo que esta es otra de esas afirmaciones tan rotundas y reales, como la vida misma.

## Capítulo 27

Ha sido una jodida semana de locos. He estado superliada con todo el tema de Lili y tengo la mente abarrotada con el tema de mi madre. Mañana es Fin de Año y quiero hablar con ella. Pero a la vez me da reparo por lo que pueda salir de ahí.

No espero ninguna palabra buena, tampoco que me sonría y me diga que todo va a salir bien, ni siquiera que me apoye con el tema de Max. Solo espero que no me haga sentir culpable, que no acuda al victimismo y que no empiece con sus menosprecios.

Lo mejor de la semana ha sido Max. Y ahora es donde me pongo pastelosa —sí, sí, podéis lapidarme, está permitido de todo menos calcetines sucios—. He pasado una de las mejores semanas de mi vida y ha sido gracias a él. Lo sé yo, lo saben mis amigas, lo sabéis vosotros y lo sabe hasta Cham Cham.

—Mierda, Zule, tengo que llamar a mi madre y no quiero. —Entro en modo lloriquera en menos de treinta segundos.

—¿Otra vez eso? Pensé que ya habíamos hablado de que te ibas a enfrentar a ello.

Lo hemos hablado, sí, toda la semana, desde que me cogí una cogorza en su casa y le conté mi vida. No te confieses medio borracha, sales mal parada y todo el mundo conocerá tus miserias.

—¡Lo sé! Tengo que hacerlo, pero las ganas que tengo son ínfimas.

—Cuanto antes lo hagas, antes saldrás de eso.

Tiene razón. Ella, Alma, Mar, Jaime, y Max. Que son los que más conocen mi historia. Todos han coincidido en lo mismo: lo mejor es enfrentarse a los problemas. Y aquí estoy, sentada delante de Zule, con el teléfono en la mano y sin ganas de que me jodan en día.

—Tu secretaria tiene razón. —La voz de Max me hace alzar la cabeza y fijar mi mirada en su cuerpo macizo. Se me van los ojos... Si es que...

—No te he oído entrar —le reprocho.

—Yo tampoco y estaba mucho más pendiente que tú.

—Soy un ninja reencarnado en el cuerpo de un juez —bromea.

—Ahora entiendo ese cuerpo de infarto y esa forma de moverte —añado con socarronería.

—Es el momento de irme. —Zule se levanta tapándose la nariz, supongo que por el asco que le damos ahora mismo, y sale sigilosa.

—Fiera, sabes que las cosas hay que afrontarlas y tú puedes hacerlo sin problema alguno. Tienes carácter para eso y para lo que te propongas...

—¿Así es como te he conquistado? —le pregunto sonriente.

Me levanto y me acerco hasta donde se ha sentado. Me coloco en sus rodillas, como si fuese Papá Noel y yo la niña que quiere pedir su regalo y obtener su foto con el gordo de la barba blanca.

—Eso y tus tetas —bromea.

—¡Lo sabía! —exclamo risueña—. No hay nada como unas buenas lolas. —Me río.

Max me besa con ansías. No sé cómo lo consigue, cómo lo hace, pero siempre termina atrapándome en sus redes y termino olvidándome de todo.

Hasta hace nada, apenas unas semanas, e incluso días, pensaba que el amor era un estado de embriaguez pasajera. Es decir, te enamoras y eso termina por volatilizarse y quedarse un sentimiento más llano. El amor tiene fecha de caducidad. Hoy estás enamorada —o crees estarlo— y mañana termináis siendo compañeros de piso.

Equivocarse es humano y rectificar de sabios. Hay amores con clase y clase de amores. Hay amores reales, de pega, amores que crees y te empeñas en que sean pero no lo son, los hay consentidos y cómodos, libres y que deben ser cubiertos... Hay miles y miles de amores, pero... ¿cuál es el factor que hace que sea de los buenos? Es simple. El único real es ese que te hace volar. El capaz de tapan la tormenta con un beso. El que te hace olvidar con una mirada. El que te acepta tal y como eres; sin reservas, sin miedos, sin querer cambiarte. Ese es el verdadero, ¿por qué conformarnos? ¿Quieres volar? ¡Vuela!

—Me voy a Londres.

—¿Cómo? —me pregunta Max.

—En realidad, las chicas y yo nos vamos a Londres —añado.

—¿Y eso? —Su rostro ha cambiado de expresión. Percibo su tensión y su disconformidad.

—¿Qué pasa? Has cambiado de actitud.

—No pasa nada. Simplemente no entiendo lo que sucede. El motivo por el cual quieres ir. ¿Vacaciones?

Me levanto y me acerco a la ventana que da a la calle. Las visitas no son tan impresionantes y cautivadoras como las de su casa, pero me gusta mirar por ella cuando me siento inquieta. Los viandantes, los coches, los taxis haciendo sonar su claxon ante el ajeteo de la ciudad, no van a conseguir que me reconforte, pero eso no quiere decir que yo no sienta que me tranquiliza.

—No. —Muevo la cabeza, negando—. Te hablé de él, de lo que significó para mí durante mucho tiempo. Incluso cuando no estaba. Necesito buscarlo y encontrarlo.

—¿Con qué finalidad?

—¿Tienes miedo a que lo elija a él? —Me giro y lo observo sentado. Su mano entre sus cabellos, esos con los que he jugado horas. Esos que me han vuelto loca desde el minuto uno.

—No. Tengo miedo a que lo que encuentres allí te haga sentir mal.

—Pues esa es otra de las cosas que tengo que cerrar. Que hay que hilar.

—¿A eso vas?

—Voy a cerrar mi pasado para poder continuar con mi futuro —sentencio llena de elocuencia.

—¿Y cuál es tu futuro?

Buena pregunta, Érika. Responde, ¿cuál es tu futuro?

—Mi futuro estará allí donde estés tú.

Al final resulta que es cierto, que nos sucede a todas las personas cuando menos lo creemos, o cuando nos damos la oportunidad de sentir eso que se llama «volar», y es que no hay nada mejor que disfrutar de eso, de esas personas, lugares, situaciones o sensaciones que te aportan, que te suman. Para mí, no hay nada mejor que estar donde se encuentra todo lo que quiero, a pesar de que ahora lo que necesite es ir a donde menos me guste estar. A casa de mi madre.

Tras varios besos furtivos, achuchones varios, tocamientos con muchas ansias y promesas de finalizar lo que hemos empezado tras la puerta de mi despacho, me dirijo a casa de mi progenitora, en busca de nada pero con intención de otras cosas.

Vive en las afueras de Santa Cruz, junto a mi padre y a ese gato que odio —y que me odia, es recíproco—. Toco el timbre una vez llego hasta allí. He cogido el coche y he tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no entrar en un centro comercial antes de venir. No por ir de compras, sino por evitar al máximo el llegar a esta situación.

He contado en miles de ocasiones lo que me han hecho pasar y lo que he sentido. Las carencias de amor, de cercanía y de comprensión que he tenido durante tantos años. Y no me gusta repetirme, no me gusta recordar esos momentos faltos de mucho, porque han ido bastantes, más de los que me gustaría. Quizá ese es uno de los motivos por el que me torturo y siento que al final, siempre estaré sola. Es muy difícil para una persona que ha vivido situaciones como las que he vivido yo, en las que me ha faltado un hombro sobre el que apoyarme o un lugar en el que encontrar refugio, poder abrirse por completo a alguien. Ni con Max, con el que me siento completa, siendo una incompleta.

Él ha conquistado mi mundo en meses, semanas, diría yo, ha conquistado parte de mí y ha llegado para darle sentido a otra parte que creí tener escondida, dormida e incluso muerta. Y eso es lo que más le agradezco. Que haya sido capaz de infundirme calma y confianza, para no solo estar aquí hoy, sino para poder decir «basta» a lo que no me trae nada positivo. Bastante he sufrido y me he castigado durante años y años, como para seguir aguantando eso.



Ya no es un machaque, ya no es un desprecio, es un «no me importas nada más que yo», y eso es con lo que quiero romper tras cruzar esta puerta.

—¿Tú por aquí? —Mi madre ha abierto la puerta con una expresión de sorpresa reflejada en su rostro—. No sueles venir sin llamar.

—Tenemos que hablar. —Prefiero no andarme con rodeos.

Regresar a este barrio, donde me crie, hace que me transporte a momentos que aún tengo guardados entre los mejores. Puede que quiera viajar a Londres, puede que necesite cerrar esa parte de mi pasado que durante tanto tiempo me ha ayudado a sobrevivir, pero, por otra parte, no deja de estar presente, de despertar emociones. Entiendo los miedos de Max, entiendo que, aun sin conocer el verdadero significado de Josh en mi vida, sienta temor por lo que pueda despertar en mí y las repercusiones que ello me deje. Porque Josh durante muchos años fue alguien que marcó mi vida, alguien que dibujaba una sonrisa en mi cara cuando recibía una carta suya contándome anécdotas, contándome su vida.

Y me doy cuenta de que con Max eso lo he pasado por alto. Él conoce más cosas de mí que yo de él y no es que eso sea malo o que me moleste, puesto que me he abierto a él en muchos más sentidos de lo que quizá imaginé, pero necesito saber más. Conocerle. Conocer su historia. A mí me ha marcado la mía, pero ¿y a él? ¿Qué ha sido de él?

—Ahora quieres hablar, cuando llevo días llamándote y me has ido dando largas. ¡Vaya clase de hija tengo!

—Bueno. Te daré unos minutos para que te sientas mejor víctima. Se te da bien, debo reconocerlo.

Me dejo caer en el sillón, ese donde se encuentra el gato al que odio. Ese mismo que alza la vista al verme y me enseña los dientes.

—Si te acercas, te doy con el bolso, bicho infame.

—Deja a Robin tranquilo —lo defiende mi madre—. Ha estado muy enfermo y no has ayudado mucho a su recuperación.

—Gracias a Dios, porque yo haría sopa de gato.

El gato, ese que me enseñaba los colmillos afilados hace un instante,

también saca las uñas, y es uno de esos momentos en los que me arrepiento de no haberlo llevado al veterinario para que le quiten esas zarpas. Que hasta hace bien poco no sabía que existía esa opción. Debería implantarse para gatos y gatas —entiéndase la palabra gata como esa también destinada a mujeres, ¡ya sabéis!—.

—Mira lo que te dice. —Sí, sí, esa es mi madre, que abraza y acaricia al gato sin ningún tipo de reparo.

—Al gato lo tratas mejor de lo que me has tratado en toda tu vida.

—¿A eso has venido? ¿A echarme en cara algo?

—No. —Firme, Érika, no te dejes achantar y mantente firme—. Seré breve e iré al grano. Puedes llamar a tu marido, si crees que necesitas un guardián que te defienda. —Mi madre se lleva la mano al pecho y prosigue con su actitud madura.

—No hace falta.

—A tu hijo también lo puedes llamar, que siempre lo defiendes, siempre lo hace todo bien. Es el que más estudia, más trabaja, el que menos solo se va a quedar, el que más hijos va a tener, el que más cariño se merece.

—¿Quién se está poniendo de víctima ahora?

—No. No te equivoques, no es victimismo. Es sinceridad. Dime, señora madre —pronuncio con retintín—, ¿cuántas veces me has dicho que Daniel es mejor que yo en algo? ¿Cuántas?

—No he hecho comparaciones.

—Ah, ¿no? ¿Y qué ha sido entonces?

—Pretendía ayudarte —me dice con altanería.

—¿Ayudarme? ¿Y en qué crees que ayudas a una niña o a una adolescente? ¿Qué crees que saca de positivo cuando solo te repiten que tu hermano es mejor que tú? ¿Cuándo no creen que seas capaz de conseguir nada por ti misma? ¿Cuándo logras cosas y nadie las valora?

—Pues lo he hecho, porque al final, has conseguido tus propósitos —finaliza condescendiente.

—¿Crees de verdad que de esa forma me ayudabas?

—Por supuesto. —Robin toma asiento en sus rodillas y me observa desde su posición, frente a mí, con la misma actitud desafiante que tiene mi señora madre.

—Pues perdona que discrepe sobre tu mierda de forma de intentar ayudarme.

—Si vienes a esto, mejor te vas. No estoy dispuesta a aguantar ningún comentario negativo sobre mi forma de comportarme.

—¡Claro! Mi santa madre no puede aguantar un comentario negativo, pero tu santa hija sí que ha tenido que aguantarlos todos con estoicidad, ¿verdad?

—¿Quién se pone melodramática ahora, Érika?

—Yo. Por supuesto. Porque tengo el mismo derecho que tú. Permíteme el derecho de opinar sobre lo que me gusta o no, sobre lo que me duele o no y sobre lo que quiero hacer o no.

—¿Para esto has venido? —repite.

—He venido para decirte que me avergüenzo de una familia como ésta. Una familia que cree hacer lo correcto y no lo hace. Una familia donde no ha habido Navidades. Una familia sin regalos de reyes o con ellos sin importar esconderlo. Una niña de diez años no entiende que no se escondan los regalos cuando cree que es algo mágico, no entiende ver debajo de un árbol algo que llevaba viendo encima de una cama meses.

—Daniel ya sabía que los reyes existían.

—¡Daniel, sí! —grito fuera de mis casillas—, pero ¿y yo? ¿Yo qué? ¡Maldita sea! Yo era una maldita niña —mi madre no dice nada. No pronuncia palabra, no sé si porque toma conciencia de lo que le estoy contando o porque no quiere que me altere más. Ahora mismo, tampoco me importa—. Yo solo creía merecer una felicitación por mi cumpleaños, un «me siento orgullosa de ti» cuando terminé mi carrera, o asistir a mi graduación cuando me vi sola aquel día entre tantos y tantas compañeras rodeadas de los suyos. ¿Y sabes qué hice?

—¿Qué?

—Mentir. Me inventé una historia en la que no tenía padres. Mis padres habían muerto y por eso no estaban conmigo. —Mi madre comienza a llorar y soy consciente de que yo llevo llorando hace muchos minutos, de la misma forma que me duele el alma desde hace muchos años más—. ¿Y sabes qué es lo mejor? —Niega, mi madre niega—. Que desee en más de una ocasión que así fuese.

Ayer fue ayer.

Hoy es hoy.

Mañana será mañana.

Me voy de aquí sin ese peso que llega estrujándome el corazón años.

—Se acabó aguantar más desprecios. No pienso volver a hacer nada que no quiera hacer. Solo estaré con quien yo quiera, cuando yo quiera y dónde yo quiera. No soy ningún trapo, no me tratarás más como tal. Por tu culpa, por vuestra culpa, me he convertido en quién soy. Y me niego a dejar de aislarme, porque quiero amar con entereza, sin límites y sin miedos. Hoy mis temores se quedan aquí, en el mismo lugar donde se comenzaron a crear. Hoy mi dolor queda en esta habitación, donde debería haber buenos recuerdos. Donde solo quedan las cenizas de lo que quise ser y nunca fui.

## Capítulo 28

Salí de esa casa con el corazón encogido por haber confesado lo que tantas y tantas veces pensé. ¡Qué triste dar voz a algo que te debe avergonzar! Alzar la voz y verbalizar algo que pensé en más de una ocasión.

Corrí a sus brazos. Y ellos me colmaron de paz, de empuje, de fuerza y, por una vez, sentí que pertenecía a algún lugar. Me sentí en casa. Sentí que todas esas carencias que horas antes había pronunciado, se disipaban.

—¿Te encuentras mejor?

Por irónico que parezca me siento orgullosa de mí misma. Por primera vez en mucho tiempo. Intenté hacer determinadas cosas por despertar en mis padres algo de orgullo, porque por una vez en la vida, no fuese mérito de Daniel, sino de Érika. Ahora, hoy, lo que he hecho, ha sido para que Érika se sienta orgullosa de sí misma. Nadie más que yo.

—Sí.

Estamos tumbados en su cama, abrazados sin más. Sin que otro tipo de sentimiento que no sea el de sentirnos por completo, nos embriague.

Max me besa el pelo y me aprieta con más fuerza hacia su cuerpo.

—¿Sabes qué? —no me responde, pero me lo imagino negando con la cabeza—. Entre todas las cosas malas que han sucedido hoy, hay algo muy muy bueno que logra nublar esa bruma negra —sé que quiere decir algo, pero no le dejo, no se lo permito. Me giro y me coloco frente a él. Sus manos ahora dejan de envolver mi cuerpo y simplemente la coloca con comodidad sobre mi cadera—. Me he dado cuenta de que hoy soy como una cebolla. —Max sonrío ante mi comparación y, en esta ocasión, me besa la frente—. He podido quitarme tantas capas, que al final mi núcleo ha quedado a la vista y ha salido eso que tanto tiempo llevo intentando tapar con una envoltura más.

—Explícate mejor —me pide entre murmullos.

Ahora sonrío yo.

—Por primera vez en mucho tiempo, me he dado cuenta de que me he

escondido dentro de mí misma y mi carácter ha sido el fruto de muchos años de miedos, de mierdas, de dudas, de reproches, de falta de amor, de carencias. Y cuando el amor llama a tu puerta —le digo acariciando su mejilla—, te das cuenta de que todo eso que ocultabas era porque lo tenías reservado para alguien que verdaderamente lo quisiera explorar. Reconozco que has sido valiente, señor juez. Has luchado de tal forma que has conseguido ahondar, hurgar un poco y sacar algo bueno de mí.

—Érika —sus manos retiran las mías de sus mejillas con suavidad y sus labios comienzan a besarme; los labios, la frente, los ojos, la nariz, mis cejas...—, no he hecho nada. Bueno, confieso que he jugado un poco sucio —me dice entre sonrisas—, pero no he hecho nada. Simplemente he seguido el dictado de mi corazón y me he entregado a lo que siento de verdad. Creo que las personas se enamoran, sufren y sienten sin control y luchan por eso que quieren hasta el final. Yo te quiero mucho antes que tú a mí. —Mi cara de confusión debe resultarle un tanto desconcertante—. Déjame hablar —me pide de nuevo interrumpiendo mis intentos por tomar la palabra—. Yo te querido mucho antes que tú a mí, pero eso no me avergüenza, no me da reparo admitir que he sido yo quien ha intentado demostrarte mis sentimientos. Creo que bajo esas capas —coloca su mano sobre mi pecho, percibiendo con entereza lo agitado de mi latido— hay mucho que explorar y mucho que explotar. Eres como una de esas cajas sorpresa que no sabes qué te depara.

—¿Un cumplido? —le pregunto pasmada.

—Un cumplido, sin duda. Eres muy importante para mí, demasiado importante para querer confesarlo abiertamente. Nadie me ha hecho sentir lo que tú en tan poco tiempo.

—Tienes razón. —Entonces caigo en la cuenta de que llevamos un mes, cinco o seis meses en realidad, con nuestra historia, jugando a buscarnos, intentando encontrarnos.

—Ahora por lo menos sé que estoy a salvo de tus bromas pesadas —bromea apoderándose con ternura de mis labios.

—Yo que tú no me confiaría, me lo he pasado demasiado bien como para renunciar a ello. No puede negar que la broma de la polla plástica fue maravillosa. Te jodí el polvo y me alegro de ello.

—Yo sí que te voy a dar polla plástica.

Max comienza a hacerme cosquillas o por lo menos a intentarlo. Es adorable sentirte importante para alguien, sentir que uno de los sentimientos con más ímpetu es el de sentirse amado de manera incondicional por otra persona. Y yo hoy puedo decir que se lo que se siente.

Hace años, escasos meses sin ir más lejos, pensaba que todas estas historias no estaban hechas para mí. Consideraba que no era merecedora de una historia de amor, puesto que esa carencia me había marcado de por vida. Mis padres, mi propio hermano, deberían haber actuado siempre a mi favor y haberme enseñado que lo bonito de la vida siempre está rodeado de ese tipo se sentimientos. Fue bien distinto. Tuve que madurar pronto, tuve que esconderme y defenderme y eso me llevó un poco a ser quien soy hoy.

Confieso, y mentiría si dijese lo contrario, que eso también me ayudó mucho a adquirir carácter, pero quizá hubiese sido de otra forma. También es verdad que luché y me esforcé por salir adelante: mi carrera, mi profesión, mi vida al completo, se ha visto marcada por dolores que no creo merecer.

¿Qué sucederá con mi madre? ¿Con Daniel? ¿Con mi padre? No tengo respuesta a esas preguntas porque somos humanos, los cuatro, y no puedo crearme unas expectativas que pueden distar mucho de la realidad. Por lo tanto, mejor cito uno de esos tópicos que molan mucho y que poco reales son en ocasiones: mejor vivir la vida como tenga que venir, porque momentos para segundas o terceras oportunidades siempre hay y siempre las habrá.

—Tengo que confesarte algo, aunque espero que no me lo tengas en cuenta  
—le pido.

—¡Soy todo oídos!

—Me puse supercelosa cuando llegué a tu casa y te vi con esa morena. Me fui llena de malhumor, de dudas y recelos que ni yo misma entendía.

—Lo mismo me sucedió a mí al verte en aquella cita con aquel estúpido. Es más, me reprendí en miles de ocasiones pensando que necesitaba llamar tu atención, aunque solo fuese a través de esos juegos tan nuestros, porque de esa manera, te sentía pendiente de mí.

—Siempre estaba pendiente de ti, a pesar de que intentaba evitar que así

fuese. No me gustaba lo que despertabas en mí porque jamás me había sentido tan turbada con nadie.

—No es malo perder el control —me explica Max—. Lo malo es no perderlo cuando debes.

—¿Debemos perder el control? —inquiero analizando con profundidad esa mirada azul que me embruja.

—Debemos conquistar nuestros mundos.

—¿Con una armadura de cristal?

—Desnudos. Desnudos en cuerpo y alma.

—Nos sobra ropa. —Sonrío con fingida inocencia.

—Nos sobra más amor —me dice Max.

—Cuídame, Max —le ruego.

—Por siempre jamás —murmulla.

Nos besamos con suavidad y ternura. Con cariño y paciencia, con amor, amistad, fuerza, energía y miles de promesas. Promesas que son selladas por nuestros besos y caricias, y todas ellas nos indican que lo mejor está por llegar. Max se levanta y sé que busca música, siempre hay una canción perfecta en nuestro mundo. Siempre hay una melodía que acompaña nuestros cuerpos y, en esta ocasión, no podía ser de otra manera.

Max se tumba a mi lado y coloco mis manos en su duro estómago. Mis dedos recorren su piel mientras el navega en su teléfono.

—Colócate boca arriba y cierra los ojos —me pide.

Hago caso a su petición y me dejo llevar por las tenues notas que comienzan a sonar. No. No es nuevo para mí. Sé quiénes son y sé que canción está sonando.

—Funambulista —le digo aun con mis ojos cerrados.

—Es tu canción.

Abro los ojos antes esta última afirmación y veo una sonrisa sincera en su cara. Una sonrisa cálida, una sonrisa rompedora, una sonrisa sempiterna, de



esas que sabes que no defraudan.

—¿Por qué?

—Porque tú también has tenido una armadura de cristal.

Vuelve a dar hacia atrás, para que la canción empiece de nuevo y me coloca su dedo índice en mis labios para chistarme. Se tumba boca arriba y cierra sus ojos. Animándome a hacer yo lo mismo.

No nos costó querernos Nacimos para eso Para jugar a vernos Comernos con los dedos Quedarnos en los huesos Con tu armadura de cristal Que todo lo envuelve Una ventana junto al mar Respiro la vida y voy Con una espada de cartón A hacerme el valiente Bendita mi suerte «Bendita mi suerte», es el título de esta canción y no puedo negar la evidencia. Me describe. A la perfección. Además, que viene a colación a la conversación que acabamos de tener minutos antes.

—Érika.

—¿Sí? —Mis ojos siguen cerrados y me he dejado llevar por lo que la música despierta en mí.

—Quiero hacerte el amor.

—Yo no sé hacer el amor —confieso llena de dudas—. Lo mío es follar —añado sonriente.

—Yo te enseñaré —me rebate—. Es sencillo —me explica mientras se incorpora y se quita la camiseta. Levanta mis manos y comienza a subir mi suéter—. Lo primero es desnudarse—. Tras mi pullover va mi camiseta y tras ésta, mi sujetador. Comienza a hacer lo mismo con mis pantalones y no puedo evitar que una serie de estremecimientos me recorran el cuerpo logrando erizar mi piel, que arde ante su contacto—. Lo segundo es rozarnos con suavidad y despertar esas terminaciones que creemos inexistentes—. Ahora sus manos recorren la piel de mis brazos, de mi abdomen, se ha colocado a horcajadas sobre mí y enfoca mi vista en su polla, que pugna por salir a saludarme—. Chica mala —me reprende al ver donde tengo clavada mi mirada, yo sonrío perversa.

—Te dije que lo mío es follar.

Max ignora mi comentario y prosigue deslizando sus manos por mi piel.

Mis brazos, mis costados, el valle entre mis pechos... Todo sin rozar ningún punto erógeno principal, pero ciertamente, despertando mis terminaciones.

—Lo tercero consiste en besarnos lentamente, deleitándonos con el contacto y sabor de nuestras pieles. —Ahora sustituye sus dedos por su boca y comienza a provocarme más aún. Me retuerzo necesitada de más, de más ritmo y cadencia, más movimiento—. No te desesperes, solo siente, como siente este —dice besando esa piel que esconde mi corazón.

Ese es uno de los contactos que más sensaciones me produce. No es físico, no es carnal, es sentimental e incluso místico. Érika Manrique hablando de misticismo, ¡que irónico! ¿Verdad?

Prosigue besando mis rincones más íntimos con delicadeza.

—Tengo cosquillas. —Me sonrojo cuando llega al interior de mis muslos y Max alza la vista, sus ojos, esos que tan maravillosos me resultan, esos que me embrujan.

—¿Aquí tienes cosquillas? —me pregunta antes de dar un largo lametazo a mi clítoris.

Alzo mis caderas para ir al encuentro de su boca cuando rompe el contacto.

—No... —me quejo—, ahí no. Ahí me pica —lo provoco.

Max sonrío, canalla, como él sabe hacerlo para que tiemble mi cuerpo. Como siempre ha hecho, desde que me mandaba cactus o enviaba vídeos míos en el karaoke.

—A ver. —Me tienta de nuevo pasando su lengua e introduciéndola en mi coño empapado.

—¡Mierda! —Jadeo cuando vuelve a separarse—. Esto no es hacer el amor, esto está peligrosamente cerca de la tortura —lo reprendo sin consideración—. No hagas lo que no quieras que te hagan —le digo antes de levantarme—. Es mi turno. Yo también quiero hacerte el amor.

—¿Has aprendido?

—Soy una alumna brillante.

—Dirás que yo soy un profesor maravilloso.

—¡Payaso! —me mofo.

Lo incito a tumbarse en la cama y comienzo con mi juego.

—Lo primero es eliminar las barreras de tela que se interponen entre tu cuerpo y el mío—. Retiro su pantalón y observo maravillada esa polla que tanto me ha hecho disfrutar—. Te voy a confesar algo —le explico—, siempre quise saber si tenías una buena polla o era una del montón.

—¿Y cuál es tu veredicto? —me pregunta con sorna.

—Aún estoy decidiendo qué puntuación le daré. Esto va a ser como un examen final. Tu puntuación dependerá de la nota que saques en esta prueba —le reto.

—Espero hacerlo bien, señora letrada.

—Espero su esfuerzo, señor juez.

—Daré todo de mí —me responde con altanería.

—Lo segundo es rozarnos con suavidad y despertar esas terminaciones que creemos inexistentes —repito sus palabras de antes y comienzo a recorrer su piel con mis dedos. Es suave, pálida y escasa de vello. Me gusta. Paso mis dedos por su pecho, por sus pezones y su estómago. Me acerco peligrosamente a su valle, allá donde su polla palpita por recibir atenciones, y yo estoy deseosa de poder dárselas—. Lo tercero será besarnos lentamente, deleitándonos con el contacto y sabor de nuestras pieles. —Coloco mis manos a los lados y comienzo a besar su piel con parsimonia. Me acerco a su miembro y clavo mi vista en él. Tiene los ojos abiertos, la mirada oscura y el deseo se refleja en sus ojos. Alza sus caderas, tal y como he hecho yo antes—. O tienes poca paciencia, o te pasa como a mí, que solo sabes follar.

Mi hombre se limita a sonreír acercando de nuevo su capullo a mi boca y procedo a recompensarle con un beso en la punta. Mojada, así la encuentro, incluso observo el pequeño flujo que ha ido soltando ante la expectación, sobre su estómago.

—¡Chúpame la polla! —me pide.

—¡Oh, romanticismo, qué poco valorado estás! —me burlo.

No. No sonrío, porque el deseo puede con el resto de emociones. Pero a pesar de ello, le recompensó y me la introduzco en la boca. Chupo ávida de él, hasta el fondo, todo lo que quepa en mi boca antes de que sucumba a una arcada.

—Te tengo a mis pies —murmullo tras sacarla de mi boca y moverla con la mano.

—Hace demasiado tiempo que me tienes a tus pies —me confiesa sin pudor alguno.

Sonrío condescendiente y repto hasta ponerme a su altura.

—Bésame —me pide cuando nuestras respiraciones se entremezclan—. Quiero que me beses y sentir el mismo estallido que sentí cuando te besé en el Au Revoir por primera vez. Quiero sentirte igual de entregada, pero sin lucha, solo amor... En esta ocasión solo amor del bueno.

Y mis labios le enseñan todo eso que me pide y más. Porque a veces las palabras no son suficientemente potentes para describir las emociones que sentimos, porque ese pellizco que siento en el estómago cuando lo tengo cerca cuando me besa, cuando me da amor y cariño, no lo he sentido antes. No de la misma forma, porque la infancia, infancia fue y Josh es Josh, un ente que me acompañó mucho tiempo pero que se ha quedado relegado al pasado.

—Érika...

—¿Sí?

—Quiero correrme con tu coño en mi boca.

¡Boom! Me estremezco, me estremecen sus palabras.

—Eso no es romántico —le reprocho.

—No puedo más —me exige.

Me coloco a horcajadas en su cara y sitúo mi centro a la altura de su boca.

—Siguiendo tus órdenes, aquí me tienes, a tu entera disposición.

—Me gustas guerrera —me dice antes de recorrer mi coño con su lengua —, pero también me gustas dócil. —Y esas son sus últimas palabras antes de

enterrar su cara en mi coño, antes de chuparme de esa forma en la que tanto placer me da. Lleva la mano a su polla y comienza a bambolearla con prontitud, está excitado, está cachondo, como lo estoy yo. Es una escena que dista mucho de ser pausada. Nuestras respiraciones están agitadas, nuestros cuerpos se mueven buscando más placer, arden...

—¡Mmmm! ¡Más! —le pido, le exijo.

Max mueve su mano más rápido.

—Me voy a correr —pronuncia separando mínimamente su lengua de mi cuerpo.

—¡Sigue! —lo apremio—. Estoy a punto —confieso.

Me corro sin control alguno en su cara. Empapo su boca, sus mejillas, su barbilla de mí entre gritos y jadeos de pasión.

Me sujeta por las caderas y me tumba en la cama. Yo me dejo hacer, mi cuerpo ahora mismo no es capaz de responder a otro estímulo que no sea él. De nuevo, se coloca a horcajadas sobre mi cintura y mueve su mano con énfasis, se está masturbando para mí, sobre mí.

—Me voy a correr y te voy a manchar las tetas —murmulla dejando caer su cabeza hacia atrás.

Yo sujeto mis pechos entre mis manos y me retuerzo de placer, de placer anticipado, de su placer.

—¡Me corro!

Su leche caliente cae sobre mi pecho y me llena de él.

—¡Me encanta! —le confieso ardiendo de deseo por su placer.

Max me mira sonriente, con la polla aún entre su mano y me guiña un ojo.

—Tú a mí sí que me encantas.

Y no, no hace falta hacer el amor suave y pausado para que sea amor. El sexo en sí es amor, da igual si es guarro, perverso u obsceno. Porque lo que vale en todo esto es la capacidad de complementarse en él. Y eso solo lo consiguen dos personas que están enamoradas.

Enamoradas hasta las trancas.

# Capítulo 29

# Max

El último día del año ha llegado. Un año lleno de cambios, de riesgos y de metas. De dudas e incertidumbres también, pero todo eso se ve relegado a un segundo plano por ella. Esa chica maravillosa que se encuentra encima del escenario cantando con una copa en la mano una canción horrorosa. Su famoso, «Picky», de Joe Montana.

—Odio esa maldita canción —se queja Jaime entre dientes.

—Me sumo —añade Gerard.

Yo guardo silencio, porque la sigo mirando embobado. Baila al son de la música junto a Mar y Alma.

—No tiene mucho ritmo. —Me río.

—Que no te oiga decirlo, porque puede que estés sin follar mucho tiempo —fanfarronea Gerard.

—Y a ti —pronuncio dirigiéndome a Jaime—, que no te escuche decir lo de la canción, si no quieres que ese discurso que le has pedido que dé, se convierta en un *show* digno de una cámara oculta.

—Y que el cura no te case —añade Gerard.

—Nos va a casar un juez. Bien podrías haber sido tú.

—¿Yo? Yo no caso, lo mío son los divorcios —respondo con socarronería.

Estamos sentados en el karaoke, ya nos hemos comido las doce uvas y he pedido un deseo al darle mi primer beso del año; que todo en Londres vaya bien.

Se van de viaje en unos días, tras pasar el día de Reyes, y aunque no hablamos de ello, sé que está tan nerviosa como lo estoy yo. Y eso es mucho. No sé qué pasará, y eso es lo que más me inquieta.

—Se van a Londres, ¿lo sabíais?

Jaime y Gerard me miran con atención y solo les falta llamarme retrasado.



—Teniendo en cuenta que vivimos juntos y que tenemos una hija y me tengo que organizar con ella, ¿tú que crees?

—Me sumo, pero sin hija —corrobora Gerard.

—Hola.

Giramos nuestras cabezas y observamos a una morena y una pelirroja a nuestro lado. Peligrosamente cerca.

Ninguno contesta, no sé si es el *shock* o el miedo a que las tres fieras que hay subidas ahora mismo en el escenario se acerquen y nos devoren cual mantis religiosa tras aparearse con su macho. Eso, pero sin apareamiento de por medio.

—Hola —claudico y respondo.

Jaime y Gerard alternan la vista con el escenario y sonríen complacidos.

—Nos preguntábamos si queríais tomar algo con nosotras.

Gerard le enseña el anillo de casado a ambas y alza los hombros. Le lanza un beso a Mar, que no se pierde detalle de la escena, de la misma forma que Alma y Érika tampoco lo hacen.

La canción parece estar terminando, con lo cual... se puede liar parda.

—Mi mujer es aquella preciosa de allí, con la que me voy a casar en un par de semanas y la madre de mi hija.

Alma le guiña un ojo y le lanza un beso.

—¿Y tú? —inquire la pelirroja.

En una situación bien distinta, no habría tenido duda alguna en levantarme y llevármelas al baño, a las dos, pero no puedo. Las chicas se acercan, marcando territorio, como haríamos nosotras si fuese al revés.

—Esta es mi chica —explico señalando a Érika—, es una fiera, contestona, mandona y revoltosa, pero la quiero por encima de todo.

Lo he confesado en voz alta, delante de mis amigos y de sus amigas, delante de unas completas desconocidas que tuercen el gesto con actitud reprobatoria.

—¡Qué suerte tienen algunas! —exclaman antes de marcharse decepcionadas.

—Recuérdame que te la chupe después. —Me sonríe Érika antes de devorar mi boca sin pudor alguno delante de los presentes.

—Iros a un hotel —se mofa Mar.

—Parece que al final las cosas están como deben estar —añade Alma mientras se sienta sobre las piernas de Jaime.

—¿Estás contentilla? —murmulla sonriente su futuro marido. Ella se limita a asentir y todos sonreímos.

—Ahora es cuando deberías decirle que le vas a comer la po...

—¡Shhhh! —protesta Alma—, no seas tan espontánea —bromea la susodicha.

Mi novia le enseña la lengua y sonríen cómplices.

—¿Qué tal el trabajo? —le pregunta Mar a Alma—. ¿Cómo vas con la señora del divorcio?

—Esta semana tenemos una reunión. Hasta donde sé, que es más bien poco, el perito ha comenzado su trabajo. Con Lili aún no se ha entrevistado, entiendo que ha comenzado por la familia paterna. Tengo ganas de saber cómo va a terminar todo este asunto. Me pone enferma pensar que tras lo que confesó el gilipollas del padre en la calle, le puedan dar la custodia. No merece nada.

—No debéis fiaros —interviene Jaime—. Hay un montón de casos en los que fingen ser lo que no son.

—Lobos con piel de cordero —añade Mar.

—A eso precisamente es a lo que le tengo miedo. A veces hay un desamparo considerable en este asunto. Espero que el perito sea objetivo y que analice en profundidad la situación.

—Sí —interrumpe Alma en esta ocasión—, pero el perito no es culpable de analizar una situación que a sus ojos es real. Quiero decir —prosigue—, él visita una familia donde observa un ambiente adecuado y tranquilo y no sabe

lo consciente o no que puede ser de la realidad.

—¡Odio esta mierda! ¡Odio las injusticias! —se queja mi chica.

—Y eso que la defensora de las causas perdidas soy yo —admite Alma sonriente.

—Y yo la que saca moralejas de las vivencias de las personas —añade Mar.

—Al final ya entiendo por qué sois tan amigas —interrumpo dando voz a mis cavilaciones.

—¿Por qué? —me pregunta Érika con su mirada clavada en mí, de la misma forma que lo hacen sus amigas y los chicos.

—Porque en el fondo, aunque queráis esconderlo —comento con la vista clavada en Érika—, tenéis un corazón de oro.

—¡Que no se entere nadie! —exclama Érika—. Tengo una reputación que mantener —finaliza con guasa.

—¡Hora de cantar! —me reta Mar—. Ahora que eres de la familia tienes que pasar ese *test*.

—Todos lo hemos pasado —se mofa Gerard.

—Tú porque quisiste provocarme —lo provoca Mar.

—Empezaste tú —se defiende mi amigo.

—No me entero de nada. Pero eso de familia suena bien.

Me hacen un breve resumen de la escena, y la verdad es que me río con ganas.

—Ahí donde la ves, es una fiera —explica Gerard.

—Y a ti te encanta —replica Mar.

—Es la primera vez que comienzan los pasteles y no me siento fuera de lugar —me cuenta Érika.

—Eso es porque ahora me tienes a mí —respondo socarrón.

—Menos escaqueo y más cantar —esta vez es Alma la que me provoca.

Desisto ante la insistencia de las tres, porque al final, la presión es grupal, incluidos mis amigos, que me observaban con ojos centelleantes esperando poder immortalizar el momento con alguno de sus teléfonos y hacerme chantaje el resto de mi existencia.

Son curiosos los lazos que se han establecido entre nosotros tres, cosa que por otra parte, es inevitable. Cuando me sentí perdido y confuso, acudí a ellos sin pensarlo dos veces, sin necesidad de barajar otras opciones. Tengo más amistades, muchas incluso fuera de la isla, pero con ellos me siento bien. ¿Quién dice que el tiempo es indicativo de la intensidad de un sentimiento? ¿De una amistad? ¿De un amor? ¿Acaso no puedes enamorarte en cuestión de segundos? Puede que me esté poniendo muy profundo y que penséis que estoy rozando la locura, pero es así. Hay personas que se enamoran, sencillamente, que ese sentimiento que en un principio puedes confundir con comodidad o con cariño, es amor. Esa necesidad de verla, de compartir momentos, de escucharla hablar o de ver sus guiños, hasta incluso, de saber cuál será la siguiente broma. A veces hasta te enamoras antes de lo que crees. Otras, no quieres reconocerlo. Otras huyes. Y en muchas, tienes miedo.

Nuestro último día del año, y el primero del nuevo, está lleno de muchas de esas emociones. No quiero darle más vueltas a lo que pueda depararme el futuro, prefiero aprovechar el presente, aunque tenga que cantar por soleares delante de esta panda de fieras.

## Capítulo 30

—¿Todo preparado, chicas?

Estoy nerviosa. ¡Mentira! Estoy cardiaca.

—No seas pesada, Érika —me reprende Mar—. Tenemos todo listo y anoche cuando llamaste para hacernos la misma pregunta, te lo confirmamos.

He decidido gastarme el dinero y hacer una llamada a tres, poco habitual en mí, lo sé, pero es que esto es importante de verdad.

—¿Tienes tú todo preparado? —me pregunta Alma.

—Sí, o eso creo —admito con inseguridad.

—Pues ya está. Creo que debes relajarte, no pasa nada. Todo saldrá bien.

—¿Y si no sale bien? —Miedo, miedo, miedo...

—Pues haremos como siempre hemos hecho —me responde Mar.

—Buscaremos una solución —asegura Alma.

Vólamos en pocas horas a Gatwick, en Londres. Se me han pasado los días, no he podido pegar ojo pensando en lo que voy a encontrar al llegar allí.

—Recuerda que prometiste que haríamos turismo y luego buscaríamos a Josh —especifica Mar.

—No sé si mi cuerpo resistirá estar tres días allí y no poder correr en su busca nada más pisar tierra inglesa.

—Vamos un fin de semana. Tengo miles de cosas que preparar antes de la boda, o hacemos turismo o me quedo en Tenerife.

—¡Qué bruja eres cuando quieres, Alma! —le reprocho.

—Todo se pega. —Percibo una sonrisa tras el teléfono y sé que está bromeando—. Te perdono porque sé que estás tan nerviosa como yo porque te vas a casar con el Señor Paella.

—Hablando de Jaime... ¿Me ha estado interrogando sobre el famoso discurso que tienes que dar?

—De ese tema no voy a hablar.

—¡Como las famosas! —se mofa Mar.

—Algo así —le respondo altanera—. Si no se fía de mí, que no me lo hubiese pedido.

—Lo hace porque te tiene aprecio —lo defiende su futura mujer.

—Y yo a él —confieso con cierta vergüenza.

—Nos vemos en un rato —se despide Alma—. ¿Te lleva Max al aeropuerto?

—Sí.

—Voy a hacer la maleta —interviene Mar—. Hablamos en un rato.

—¿Pero no decías que tenías todo preparado? —le recrimino.

Mi amiga no contesta, porque ya ha colgado el teléfono.

—¡Maldita! Ya hablaremos luego —mascullo entre dientes.

—Te dejo yo también, tengo que darle mimos a Jaime que no para de hacer pucheros porque me voy.

—Es peor que Candela. —Me río.

—No lo sabes tú bien.

Nos despedimos y ambas cortamos la comunicación.

No he vuelto a recibir ninguna magdalena de Josh. Puede que haya recibido mi carta de despedida, o puede que simplemente se haya cansado también. Es más que probable que este viaje sea lo mejor para poner punto y final y cerrar todas esas dudas e incertidumbres que llevan persiguiéndome durante mucho tiempo. Más aún, desde que apareció Max.

Él no es el motivo de nada de lo que suceda o de lo que haya podido cambiar, ha sido uno de esos daños colaterales, si queremos verlo de esa forma, sí, no voy a decir lo contrario, pero este es el fruto de nuestros últimos meses.

A veces, vuelvo a ser una niña de seis años loca por su vecino, el único

que le hacía caso entre la multitud que la rodeaba. Vuelvo a ser más Érika que nunca, la que era inmune al dolor a pesar de que ya había tintes de lo que se podía esperar. En otras ocasiones pienso que la vida me ha dado lecciones; saber salir adelante, luchar por lo que quiero e incluso, poner punto y final a algo que hace poco tiempo creía que era lo más importante en mi vida.

De repente, aparece el amor y te golpea, te da una lección de esas que te marcan y te enseñan cosas que de verdad importan: la constancia, las ilusiones, la empatía, la cercanía, el contar con alguien que te escuche y que comparta contigo sentimientos positivos y tristezas... Y es ahí donde de verdad te das cuenta de que la vida es lo que te llena, lo que te aporta, lo que te suma, lo que te ilusiona y te hace volar, lo que despierta ese lado de ti que crees que jamás ibas a conocer y no quieres perderlo nunca más, ¡maldita sea! No quiero perder esto que he encontrado, al contrario, quiero seguir explorándolo, y es por eso por lo que debo zanjar. Porque a veces, zanjar te da la opción de comenzar de nuevo, limpia y sin ataduras de ningún tipo.

Oigo el sonido del timbre de casa e interrumpo todas mis cavilaciones.

—¿Sí?

—He llegado, fiera.

Hay cosas que no cambian, me sigue llamando fiera y probablemente lo haga siempre. De la misma forma que es probable que me guste siempre que así sea.

—Ya bajo —respondo escueta.

Cojo la pequeña maleta de mano donde tengo todas las cosas necesarias para la escapada de fin de semana y bajo a la calle. El frío del invierno golpea mis mejillas, pero no lo siento con la misma intensidad que el resto de días; los nervios, la angustia y la inseguridad de lo que pude que encuentre al llegar, hacen que el resto de sensaciones permanezcan en un segundo plano.

Max ha aparcado su coche frente a mi portal. Ha puesto los cuatro intermitentes y me espera apoyado en la puerta, con esa pose que tanto le caracteriza. Parece un chulo, pero es un hombre muy sencillo. Las apariencias engañan, aunque me gusta cuando se enfrenta a mí y logro sacarlo de quicio, o cuando lo sorprendo y no sabe qué responderme, o cuando lo reto y tira de

ingenio, porque ingenioso es un rato, aunque yo más...

—¿Café?

—Si me das un café ahora mismo, me casaba contigo, ¡fíjate!

—¿Tú no decías que no te querías casar?

—Y no quiero. No te hagas ilusiones, menos lobos, caperucita. Y ahora, aparta de mi camino —bromeo.

Coge mi maleta y la mete dentro del coche. Me subo y, efectivamente, ahí está un vaso con un café con leche.

—Ahora vas a tener que casarte conmigo —murmulla cuando se mete en el coche.

—Ni de coña. A la vuelta, si te portas bien, quizá te lo agradezca con una buena sesión de sexo oral.

—¿Me vas a recompensar con una mamada?

—No —protesto—, el sexo oral para mí. Tú confórmate con darme placer. Como si yo fuese tu ama y tú mi sumiso —me burlo—. Oye... ¡qué bien suena eso de ser tu ama!

Me extiende el café y me guiña un ojo.

—¿Desea algo más mi ama?

—Me estoy poniendo cachonda —confieso sin pudor—. Lástima que tengamos prisa.

—Una lástima, sí —dice recorriendo mi muslo con sus expertos dedos.

—¡Quita! No me tientes —le reprendo sonriendo.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta serio.

—La verdad es que demasiado.

—No deberías. Quizá lo que encuentres allí te sorprenda.

—Puede que lo que encuentre allí no me guste. Puede que él ya no sea el Josh que recuerdo, el que me defendía y me acunaba cuando lloraba o el que me escribía cartas. Incluso el que me dijo que puede que algún día nuestros



destinos se volviesen a unir.

—¡Vaya! ¿Y en qué lugar me deja a mí esta confesión? ¿Estás enamorada de él?

Clavo mis ojos en los suyos y noto miedos, dudas, puede que sea el reflejo de lo que él ve en los míos.

—Nuestras realidades han cambiado. No somos esos niños que jugaban en una calle. Yo ya no conozco a Josh, aunque me haya empeñado durante mucho tiempo en lo contrario. Max —cojo su mano y entrelazo nuestros dedos, que se acoplan a la perfección—, tú estás aquí hoy. Eres mi presente —Yo quiero ser mucho más que eso.

—Y yo quiero que lo seas.

El sonido de un claxon interrumpe nuestro momento. Oímos varios gritos y entiendo que es por nuestra culpa. Estamos interrumpiendo el tráfico y esta es una zona complicada.

—Mejor será que nos vayamos o no llegaremos a tiempo. —Max pone en marcha el coche y ese hormigueo en el estómago se hace más latente. Estoy asustada.

Finalmente hemos cogido bastante tráfico en la autopista, por lo que llegamos muy justos de tiempo.

Corremos por el aeropuerto para pasar el control y allí veo a Alma y Mar plantadas.

—Casi no llegas —me reprocha Alma.

—Nos quedamos follando antes de salir —le espeto.

Alma pone mala cara y Mar se parte de risa. Max alza las manos en señal de rendición.

—Es mentira —claudico—, pero ver tu cara ha sido un placer insuperable.

—Vamos a ir pasando el control, os damos unos minutos para que os despedáis, tortolitos. —Mar es insufrible cuando quiere, pero es normal que se burlen teniendo en cuenta la caña que les he dado yo.

—¿Y vuestros señores esposos? —las interrumpo antes de que se vayan.

—Jaime me ha traído pero tenía una reunión y antes debía dejar a Candela con mi madre. Antes de que preguntes, nos despedimos anoche, varias veces. —Me suelta una de sus miradas socarronas y se marcha antes de que pueda replicar.

—Cámbiate la peluca. ¿Y tu Panini?

—También nos despedimos anoche —continúa la broma Mar—. Tenía una reunión con el padre, ya sabes... No me apetece mucho hablar del tema.

Cuando esto pasa, cuando no queremos hablar del tema, es sencillo: respetamos a nuestra amiga con la certeza de que llegado el momento ella solo lo dirá.

Me giro y me quedo plantada frente a Max.

—Mis amigas dicen que los tortolitos deben despedirse, y ya sabes que yo soy mucho de seguir un buen consejo.

Mi chico sonrío y me agarra por la cintura tirando de mi cuerpo con firmeza. Coloca ambas manos alrededor de ella y me aprieta con fuerza.

—¿Me echaras de menos? —Beso en la frente—. ¿Me llamarás? —Beso en la nariz—. ¿Te casarás conmigo? —Beso en la boca.

—Sí. Sí. No. En ese orden. —Me divierto con su cara de fanfarrón.

—Buen viaje, fiera.

—Nos vemos a la vuelta, señor juez.

Paso el control descalza pero sin mayor impedimentos y me giro antes de colarme en la zona en la que ya lo perderé de vista. Lo veo allí de pie, con las manos en los bolsillos mirándome con su interminable sonrisa. Alzo la mano y le digo adiós.

Me voy a Londres.

Me voy a la aventura.

## Capítulo 31

—Besito. Besito. Besito —Mar se burla de mí sin piedad frunciendo los labios y lanzando besos al aire.

—Si sigues, te rajo —la corto.

—Besito. Besito. Besito. —Más de lo mismo.

—Perra.

—Déjanos disfrutar y vengarnos por todo este tiempo de burlas y quejas sobre el amor —explica Mar —¿Te has dado cuenta de que eres el cazador cazado? —me pregunta Alma.

—Me he dado cuenta de que las cosas suceden sin más —murmullo.

—Y que eres humana. Tienes sentimientos, a pesar de que te hayas empeñado en esconderlos durante años.

—No he escondido nada. Sencillamente he evitado sentir —confieso.

—¿Y qué ha cambiado? —me pregunta Alma.

—Yo. Llevo mucho tiempo escondiéndome. Soy Érika. Borde, mordaz, pícara, directa, malhablada... Soy todo eso, sí, pero ¿acaso no puedo tener sentimientos? ¿Es que una cosa impide la otra?

—Llevamos mucho, muchísimo tiempo esperando a que despiertes de esa miseria en la que te creías envuelta —me dice Alma.

—Has creído que no te mereces tener el amor de nadie, incluso a veces dudas del nuestro, y no te das cuenta de que eres tú la que te pones barreras —añade Mar.

—Mi situación familiar me ha llevado a este punto —les explico.

—No, Érika —niega Alma—, entendemos que eso te ha marcado, pero hay actitudes en la vida para afrontar los problemas. Puedes decidir dejar que todo eso te afecte y te cambie, o puedes conservar tu esencia y simplemente seguir adelante.

—Tienes unos padres que dejan mucho que desear —esta vez es Mar la

que toma la palabra—, pero también tienes gente a tu alrededor que te quiere y te apoya, a pesar de que nos metamos contigo y nos enfademos de vez en cuando.

—Una cosa no quita la otra —especifica Alma.

—Tienes a Max —susurra Mar—. Y te quiere.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque ha venido a casa varias ocasiones, buscando ayuda.

—Ya, sí —claudico—, como cuando os aliasteis para que fuese a dar con él.

—No solo eso, ha querido saber cómo llegar a ti, no se ha limitado a huir ante tus miedos o tus negativas.

—Eso es porque soy una folladora —suelto sin reparos.

—Y así, es como se jode el momento de profundidad del día. —Alma y su socarronería.

—Se te está pegando la ironía del Señor Paella.

—Ya ves —responde restando importancia a la mordacidad de mi comentario.

—Lo que quiero decirte —Mar vuelve a la carga—, es que podía haber pasado y no lo ha hecho. Y eso es porque siente. Como sientes tú también. Este viaje es para cerrar una etapa, debemos cerrarla y seguir adelante.

—Como todo en la vida —afirmo.

—Como todo en la vida —repite Mar.

Anuncian nuestro vuelo por megafonía y nos ponemos a la cola. Recibimos algún empujón al que respondo con codazos varios, porque lo que han hecho es llamar, pero la gente cree que están regalando billetes de quinientos euros o lingotes de oro, no veáis cómo han saltado las liebres al anunciar el embarque.

Subimos, colocamos las maletas en la parte superior y tomamos asiento. Esta vez soy yo el jamón del sándwich.

—Me voy a quitar los zapatos en cuanto despeguemos, se me hinchan los

pies y me duelen —explico.

—Por favor, dadme un sedante. —Mar alza la mano y llama a la auxiliar de vuelo—. Matadme y acabad con mi sufrimiento.

—Aquel día llevaba muchas horas trabajando —protesto para defenderme, recordando el día en que estábamos en casa de Mar—, y tenía medias.

—Estuve con dolor de cabeza tres días. —Mi amiga es todo simpatía, como podéis ver.

—¿No piensas defenderme? —Miro a Alma esperando una respuesta que no llega—. Amigas para esto.

—Estamos en un avión, destino Londres, nos hemos pagado el billete nosotras. Si oigo una protesta, te quito el habla.

Yo, mi conciencia y mi lengua viperina, guardamos silencio como una puta en misa. Pues tienen toda la razón del mundo. Tampoco soy tan bondadosa como para pagarles los billetes, ya sabéis que soy pobre y la mejor cliente de Cham Cham. ¿Tendré ascendencia catalana? Si me hablase con mi madre, le preguntaría.

—¿Cómo van las cosas con tu madre? —Alma parece que me está leyendo la mente.

—Seguimos sin hablarnos. Imagino que estará ofendida y espera que me disculpe.

—¿Qué piensas hacer? —me pregunta Mar.

—Nada. Absolutamente nada.

—Pero ¿te sientes bien?

—Chicas. —Las observo a las dos con atención a pesar de que ha sido Alma la que ha formulado la última pregunta—. Sé que os preocupáis por mí, pero no tengo muchas ganas de hablar de este tema. Creo que las cosas entre mi familia y yo están claras hace bastante tiempo y no va a suceder ese milagro que pasa en las películas, donde todo el mundo termina feliz y contento. Esto es la vida real, y en la vida real, las personas reales tienen mierdas, familias que no aportan, amistades que son de pega, trabajo que odian y un sinfín de situaciones que joden. Amigas mías, la vida en ocasiones

es una puta mierda.

Llegamos a Gatwick con bastante retraso. Ha habido problemas en el vuelo y hemos tenido que dar un par de vueltas antes de aterrizar. Yo he entrado en pánico y he gritado que nos íbamos a morir entre terribles sufrimientos —al estilo Recio, el de los mariscos, ya saben— y la azafata me ha llamado la atención. Poco me ha faltado para cogerla por el moño ese que tenía repeinado y darle un rodillazo, porque eso es lo que se les dicen a las personas cuando van a morir, que se calmen. Y yo no me quería calmar, yo quería bajarme de ese jodido avión y sobrevivir a la hecatombe. Oí algún insulto de pasajeros varios, a los que por supuesto, contesté con ironía. Muy a mi estilo. Que estoy enamorada, enchocada, encoñada o como queráis llamarlo, pero no he dejado de ser yo. Solo que no me meto con Max, aunque no descarto seguir haciéndole putadas varias. No sé, hablaré con Cham Cham a la vuelta, aunque como ahora son colegas y Max le compra, he dejado de ser su preferida. ¡Por qué poco se vende un chino!

—La que has liado ahí dentro, Érika. Juro que he querido cambiarme de sitio —protesta Mar.

—Yo me he hecho la dormida, era eso o repudiarla de por vida —añade Alma.

—Panda de bichos sin corazón. —Es un insulto suave, demasiado suave —. Perras. —Mejor.

—¡Estás hermosa tú como para decir nada! Entramos en pánico por tu culpa.

Siguen protestando por una actitud que yo veo de lo más comprensible, mientras buscamos un taxi que nos lleve hasta el hotel.

—Aquí hay metro, deberíamos viajar en metro. Nuestro hotel está cerca de una parada que se llama Victoria. Ahorraríamos más dinero —nos cuenta Mar.

—¿No se supone que la agarrada es Érika? —inquire Alma.

—Lo que tenemos claro es que la cuqui siempre serás tú.

—Paso de vuestros culos blancos —se defiende Alma.

—Muy cuqui eso no es, la verdad —bromeo quitando hierro al asunto—.

No nos podemos pelear en Londres, esperad a llegar a Tenerife. Pensad que os necesito enteras porque no controlo mis nervios y eso de verme sola ante este peligro me da diarrea.

—No será literal, ¿verdad? Porque me cambio de habitación. —Alma se tapa la nariz con los dedos y pone cara de asco.

—Que sepas que me tiro pedos.

—¡Qué asco! Quiero otra habitación. —Alma y sus disconformidades, cosa que no entiendo.

—Ni que tú te tiraras burbujas llenas de purpurina... ¡No te jode!

Mar sigue descojonada, la verdad es que debe ser una escena de lo más rocambolesca, entre el avión y esto... ¡Para fliparlo!

Finalmente, y por votación popular, cogemos el metro que nos deja, tal y como habíamos dicho, muy cerca del hotel. Caminamos unos escasos metros y nuestro hotel está allí. Alma hace el *check in* por nosotras, que eso de hablar en inglés se nos da muy bien, pero tenemos vergüenza. ¿Cuela? En realidad, sabemos *espaninglish* y date por satisfecho.

—Teníamos que traerte a ti, solo para no morirnos de hambre —confieso con la mano en el corazón.

La habitación es sencilla. Tres camas, tocador, calefacción, un servicio, un televisor bastante arcaico... Lo mejor es la ducha. Trae uno de esos jabones incorporados. Aquí, supongo que la gente será muy cívica, porque en Tenerife he visto casos donde la gente se lleva hasta las toallas. Y no quiero señalar a nadie. —Es Mar, sí—.

—Hoy lo dedicaremos a hacer turismo, comer y pasear. Mañana organizamos el día. ¿Tienes pensada alguna hora en concreto para ir a su casa?

Ahora que estamos aquí y que planificamos los días, los nervios son mucho más intensos.

—Por la tarde. No muy tarde. No sé si se acuestan temprano.

—¿Has pensado que existe la posibilidad de que no lo encuentres? —Mar da voz a otro de mis miedos.

¿Qué pasaría si no estuviese, si no viviese ahí, si estuviera casado? Cualquiera de esas opciones puede ser viable.

—Lo he pensado, pero prefiero ser optimista.

—¿Y si no está? —Se nota que es periodista, porque mira que insiste hasta obtener una respuesta que la satisfaga.

—Pues supongo que tendré que cerrar igual.

Nos turnamos para ducharnos. Cogemos un pequeño mapa en la recepción y volvemos a la parada de metro hacia el centro.

Nos adentramos en las calles de Londres, observamos todo con atención. Es nuestro primer viaje fuera de las islas juntas. Nos conocemos hace muchos años, pero no hemos tenido la oportunidad de viajar. Cada una tiene vacaciones en distintas fechas, familia... Parece un poco surrealista que ahora que todas tienen familia sea cuando hayamos organizado una escapada juntas. Supongo que influye mi estado de ánimo. ¿Es un viaje de placer? Pues sí, bien podría definirse así. Pero esto más bien es una escapada de fin de semana organizada, y cuando digo organizada, no solo me refiero a mi visita a casa de Josh, sino también a todo lo que Alma y Mar quieren ver y mis pies no sé si lo soportarán.

Deambulamos por las calles durante horas y entramos a cenar en un local que tiene muchas recomendaciones en una web. Mi único requisito es que fuese económico y que no tuviese muchas especias. Me dan acidez. Sí, es que como veis, soy una persona de lo más normal: mal humor, acidez, pedos... Todo esto mejor no contárselo a Max porque puede salir huyendo. Aunque dicen las malas lenguas, que un noviazgo real empieza cuando tu primer pedo toma la puerta de salida.

Tras recorrer la misma cantidad de kilómetros que el que hace el camino de Santiago —permítidme que exagere—, llegamos al hotel y caigo en la cama. Tenía cierto miedo a no poder dormir esa noche, pero ceo que Alma y Mar lo que han intentado hacer conmigo es una terapia de choque por mi bienestar. Caigo rendida como si fuese un saco de millo.

No me despierta la luz, tampoco el ruido de la calle, y para mi desgracia, no son los ronquidos de mis amigas, los cuales hubiese agradecido,



básicamente, porque así podría haberle echo chantaje a Alma para comprar mi vestido para su boda donde yo quiera y no donde ella espere.

Pero no, nada de eso, es Mar hablando por teléfono entre susurros bajo la manta. ¡Como si eso fuese a evitar que la oigamos! O que la oiga yo, porque Alma sigue sumergida en sueños, la pobre, eso de tener un bebé la debe tener agotada, hasta ese punto de que cuando coge la cama ya no es persona y duerme como un lirón.

Me levanto y camino hasta la cama de Mar, que tampoco está muy lejos puesto que no es una suite, es una habitación modesta con un precio que nos podemos permitir las tres.

Sujeto la manta con fuerza y tiro de ella, dejando a Mar patidifusa.

—Si te estás masturbando en la misma habitación en la que duermen tus amigas, es probable que vayas al infierno de cabeza.

—No seas guarra —me reprende—. No estoy haciendo esa clase de cosas, ¿por quién me has tomado?

—Por Mar Villareal. Hija de Rosaura Castro, esa que se depila el potorro, entre otras cosas.

—Pues visto así, tengo que darte la razón. —Mar se despereza en la cama y sigue con el teléfono en la oreja—. Es Érika —le confirma a su interlocutor.

—¿Es el Panini? —Mar asiente—. Trae. —le robo el teléfono y me dispongo a hablar con mi cuñado—. Buenos días, Gerard. —carraspeo un poco para afinar mis cuerdas vocales tras una noche de sueños ininterrumpidos—, ¿sabes algo de mi novio? —¡Uys! Lo que he dicho.

—Buenos días, Érika. Gracias por chafarme la conversación con mi mujer.

—Lleva puesto un pijama feo, calentito, pero feo. No te emociones. No se había sacado ni una teta. Tiene los pezones duros, eso sí, pero por el frío, o por mi presencia.

—No seas guarra —me reprende Mar, a la cual, evidentemente, no le hago ni caso.

—¡Estás loca! —Gerard se carcajea y yo sonrío también—. Y respondiendo a tu pregunta, no. No sé nada de él, tampoco lo he llamado ni

hemos quedado.

—¡Lástima! Yo pensaba que habíais montado una orgía llena de mulatas sabrosas, con escasez de ropa y desbordantes de hormonas.

—Siento chafar tus planes, lo único que he hecho ha sido extrañar a mi mujer y dormir como un bendito.

—Te has estado tocando, ¿verdad? Si es que tienes pinta de necesitar descargar varias veces por semana. Así mi amiga no camina bien —me burlo.

—A ti te lo voy a contar. —Gerard me sigue la broma. Es de los míos, cada día lo tengo más claro.

Alma saca la cabeza de entre las mantas y nos observa intentando ubicarse.

—Londres —le dice Mar para despejar sus dudas. Se ve que mi amiga ha pensado lo mismo que yo.

—Jaime te debe querer mucho, porque estás horrible cuando te despiertas.

—Perra —me insulta con voz somnolienta.

—En fin, te dejo con tu esposa. Si queréis hacer guarradas, esperad a que me meta en la ducha, soy bastante sensible ante los espectáculos carnales en los que no intervengo.

Sigo escuchando las carcajadas de Gerard antes de pasarle el teléfono a Mar.

—Alma, estaba yo pensando... —me siento en su cama y ella sigue medio ida, aunque yo estoy bastante centrada—, podríamos ir a buscar nuestros trajes hoy por la mañana. Antes de..., ya sabes..., de...

—De ir a buscar a Josh.

—Exacto.

—Buena idea —creo que he dicho las palabras mágicas.

Quedan apenas dos semanas para la boda y nos faltan los vestidos.

—¿Sabes algo de tu vestido? —le pregunto acordándome de él.

—Esta semana tengo una prueba. Por suerte no hay que retocar mucho.

—Te quedaba muy bien cuando lo vimos en la tienda —confieso.

—Era mi vestido. Me estaba esperando.

—Y tuviste suerte. En otros casos hubieses tenido que esperar meses.

—Era mi vestido —repite.

Tras pasar las tres por la ducha —separadas, no me seáis mal pensados y guarrones—, bajamos a desayunar y ¡cómo no!, a comernos la ciudad.

Vamos a la zona del Soho, porque hay una firma de ropa de novias en esa zona y entramos. Mucho *glamour*, pienso, y traduzco: mucha pasta. Pero es cierto que es mi amiga y solo se va a casar una vez. Bueno, la verdad es que esta es la segunda vez que se casa, pero yo no estaba la primera y Mar tampoco, así que no cuenta.

La dependienta nos trae una copa de algo espumoso y nos pide que tomemos asiento. Alma nos traduce, y agradezco cada vez más que haya venido porque sin ella habríamos acabado en Ucrania, o en alguno de esos países de dudosa pronunciación.

Mi idea sigue siendo la misma: quiero un vestido verde. Saca varios y no me preguntéis el motivo, pero me enamoro de uno de ellos. Tiene un escote de vértigo, y entonces imagino la cabeza de Max enterrada en mi canalillo con sus manos en mis erectos pezones y... No, no sigo, a ver si la que va a tener que ir al baño a tocarse como una adolescente voy a ser yo.

Mar elige uno azul, muy favorecedor, la verdad. Pero a mi me queda mejor. ¡Estoy tan contenta con mi vestido que casi pongo buena cara cuando la dependienta me pide doscientos treinta y siete euros!

—¿Doscientos treinta y siete euros por este cacho de tela? ¿Pero esto qué es? ¿Pone la lavadora mientras trabajo? ¿Me hace la cena? ¿Me compra condones? —Alma se avergüenza, lo sé, y también sé que agradece que la dependienta no entienda español y que yo no sepa inglés.

A regañadientes pago. Y específico: mientras la dependienta tira de la tarjeta para lograr cobrar, yo tiro para intentar guardarla en la cartera de nuevo.

—Piensa en Max con su lengua en tu escote.

Y gracias a Mar, la chica hace el cobro. ¡Esta me la paga!

—Recuérdame que jamás te lleve de compras. —Alma ha salido de la tienda y nos ha esperado fuera. Ni las gracias di. Doscientos treinta y siete euros.

—Mas vale que pongas un Euromillón al llegar a Tenerife, pero el que salga, necesito que nos toque y recuperar la inversión. O mejor pensado —ya puestos a cavilar—, lo usaré y lo revenderé en Wallapop por trescientos. Recupero el gasto y sumo algo por el disgusto. Yo iba para empresaria, si es que soy todo un partido.

Terminamos almorzando por la zona. Aunque yo hambre tengo bastante poca.

—Tenemos que montar un plan —les pido—. Vamos todas juntas y me esperáis por fuera.

—¿Ese es tu plan? —inquire Alma.

—Es bueno, eh —respondo socarrona.

—Vamos todas juntas y te esperamos en una cafetería —explica Mar.

—No sabemos si hay cafeterías cerca —les explico—. Vamos a mirar en Google.

Saco el teléfono, escribo la dirección y le doy a la búsqueda. Es una zona apartada, no parece que sea un sitio de barullo, más bien un barrio tranquilo.

—Me acabas de alegrar el día —ironiza Mar.

—Hemos venido a esto. Yo he hecho turismo por vosotras y os toca cumplir con vuestra parte del trato. —Me cruzo de brazos enfadada, como se les ocurra salir huyendo las rajo a la primera de cambio. Palabrita de abogada defensora.

Y como podéis imaginar, ha llegado el momento. Cogemos metro hasta la zona más cercana y allí decidimos pillar un taxi de esos que salen en las pelis, negros y molones. Alma, como buena traductora que es, le dice la dirección tras leer lo que pone uno de los sobres que traje.

—Me pones cachonda cuando hablas en inglés —le comento como quien

da los buenos días.

—No seas guarra. Hablas con una mujer respetable que se casa en dos semanas.

—Eso no quita que me puedas poner mala —prosigo.

—¿Cuánto llevas sin sexo? —me pregunta Mar.

—¿Sin follar? —replico sustituyendo la palabra por una más soez—. No mucho. Un par de días, antes de venir, para ser más específicos.

—Pues debes estar recuperando el tiempo perdido, porque si no, no lo entiendo, chica. —Esa es Alma. Que sí que lo entiende porque esto ya lo vivimos, pero se empeña en hacerme rabiar o provocarme, a saber.

Lo bueno de esta conversación tan extraña, es que llegamos casi sin ser consciente del trayecto y de lo que tengo que enfrentarme al bajar.

—Ha llegado la hora. —Suspiro profundo y me arde un poco el estómago.

—Estaremos aquí fuera cuando todo esto acabe.

—¿Y si no está? —les pregunto.

—Podemos intentar volver mañana —me sugiere Mar.

—O le dejamos una carta, sabrá que has estado aquí si no tiene sello.

Decido no darle más vueltas al asunto. Les aprieto las manos con fuerza a mis amigas y saben que no necesito más para transmitirles lo que siento.

Recorro con timidez el camino empedrado y me pongo la capucha de la chaqueta, como si eso me fuese a proteger de algo. No llueve, pero tengo frío.

Coloco mi dedo sobre el timbre y en esta ocasión, inspiro. Pulso el botón y oigo el zumbido del sonido retumbar. No percibo pasos. Miro hacia donde están mis amigas y alzo las manos. Pulso de nuevo y acerco mi oreja a la madera. Ahora sí percibo algo al otro lado. Y entonces caigo en la cuenta de que no sé inglés. «Pero él sí sabe español», pienso con rapidez. Me quedo más tranquila.

La puerta se abre y tras ella aparece Mad. Mi Mad. Me saluda en inglés y la veo mirarme con atención, no sé si me reconoce o no. Hace mucho, muchos

años.

—Hola —murmullo.

Su cara pasa de un estado de calma normal a asombro fantasmagórico.

—¿Érika?

Asiento confirmando sus sospechas.

—Hola, Mad.

Ella me abraza fuerte. Como cuando tenía seis años, y yo me aferro a ella, pero en esta ocasión, no solo a sus piernas, sino también a su cuerpo menudo.

—¿Qué haces aquí? ¡Qué sorpresa más grande! Pasa, venga.

Antes de entrar en su casa, miro en dirección a donde están mis amigas y ambas alzan el pulgar, dándome el beneplácito para que siga adelante con mi fin.

—¿Qué tal todo? —susurro.

—¡Qué ilusión! Todo muy bien. ¡Qué de años! ¡Cómo estás? Has crecido muchísimo, apenas eras una niña cuando nos fuimos. Josh se va a alegrar muchísimo cuando te vea.

—¿Está en casa? —le pregunto con ese pellizco de nervios ocupando por completo mi estómago.

—Ha llegado hoy.

—¿No vive aquí? —Quizá ese es el motivo de que no responda a mis cartas y entonces, tendré que tragarme todas mis palabras, y mis letras también.

—No, hace tiempo que vive en Tenerife.

—¿Cómo?

Y no sé cómo suceden el resto de acontecimientos, solo sé que me giro cuando Mad clava su vista en alguien que acaba de entrar a la cocina y yo coloco mi mirada sobre él.

Él.

—¿Qué haces tú aquí?

—Hola, Érika.

De todas las malditas personas que pensaba que podía encontrarme, él es la que menos podía haber imaginado.

—Max —susurro mientras ahogo un gemido—, ¿qué haces tú aquí?

—Ha llegado esta mañana, Érika. Josh, saluda a nuestra invitada como debe ser. Espero que no hayas perdido los modales que te enseñamos.

Max intenta acercarse a mí, pero yo retrocedo.

—Max —su nombre prácticamente muere en mi boca—. Josh —finalizo.

—Voy a buscar té. —Mad nos deja solos y yo necesito sentarme porque estoy empezando a marearme.

—¿Me has engañado? —le pregunto. En realidad, quiero afirmar.

—Quise explicártelo cuando las cosas entre nosotros se pusieron serias.

—No lo entiendo. Tú te llamas Max, he visto los informes.

Intenta acercarse a mí, pero no se lo permito, interpongo mi mano como si de un escudo protector se tratase.

—¡No te acerques! —grito enfadada.

—Escúchame. —Intenta hacerme entrar en razón, lo sé, pero yo cuando estoy enfadada, más que enfadada, indignada, dejo de ser yo misma y no hay conciencia que valga.

—Solo dime una cosa, no entiendo el juego. ¿Eres Josh o eres Max?

—Soy ambos —confiesa—. Ambos nombres son míos, uno por mi abuelo paterno y otro por mi abuelo materno.

—Siempre te he llamado Josh.

—Al comenzar a ejercer como abogado y posteriormente como juez, decidí usar Max, es más sencillo y menos inglés. Como bien sabes uno de mis apellidos es español y otro no.

—Maldito hijo de puta. ¡Me has engañado todo este tiempo! ¡Has jugado

conmigo! Has sido consciente de mis sentimientos hacia ti y hacia Josh y has usado eso para acercarte a mí para engañarme. Te he contado miles de cosas, miles de historias y tú nunca me has dicho nada...

—Érika, no, no es cierto.

—Maldito hijo de puta —le digo.

Las lágrimas corren por mis mejillas sin descanso. Me siento humillada, ultrajada, engañada... Infinidad de adjetivos tienen cabida en este momento.

Vuelve a intentar acercarse a mí, pero no se lo permito.

—He traído té —Mad nos interrumpe y me salva.

—Tengo que irme —me apresuro a añadir.

—¿Ya? —No dejo que vea mi cara, no puedo permitirme caer tan bajo.

—Espera, Érika.

—No me toques. —Suelto su mano de mi brazo y lo miro con todo el odio que puedo sentir en este momento—. Me has engañado, esto no te lo perdonaré jamás. Pudiste decírmelo.

—Lo intenté —repite.

—¡Pues haberlo intentado con más ganas! —sentencio firme.

Salgo de la casa y corro en dirección a mis amigas.

Siempre he dicho que correr es de cobardes, y hoy más que nunca, es una realidad.



## Capítulo 32

—¿Qué ha pasado? —Mar es la primera en percatarse de mi presencia y se asusta por mi cara y mis lágrimas.

—Necesito salir de aquí.

Ella me entiende, sé que me entiende porque vivió algo muy similar cuando me llamó desde Italia porque había escuchado la conversación de Gaetano con Gerard.

—No puedo —confieso entre hipidos—. No puedo.

Alma habla por teléfono, pero no quiero saber nada.

Max llega hasta donde nos encontramos nosotras y a Alma se le cae el teléfono al suelo.

—¿Qué haces tú aquí? —le reprocha Mar.

Mis amigas son así, siempre hemos sido así, nos defendemos. Son la mejor familia que puedo tener y las únicas personas en las que puedo confiar.

—¡No me lo puedo creer! —Alma ha llegado a una conclusión que yo dentro de esa casa no quise creer.

Un taxi se acerca hasta nosotras y corro en dirección a él.

—¡No te acerques! —le grita Mar—. No te acerques —insiste.

No me permito mirarle a los ojos, no quiero leer lo que me quieren decir. No me siento con fuerza para descubrir sus sentimientos. Se ha reído de mí y yo he caído sin más ante su embrujo.

Entro en el taxi mientras Mar y Alma me siguen.

—Un día quise a ese niño y ahora quiero al hombre en el que se ha convertido.

Estas son las últimas palabras que me permito pronunciar hasta casi cincuenta horas después.

Mis amigas merecen un pedestal. Me he encerrado en la habitación hasta

que he tenido que levantarme para coger el vuelo de vuelta. Mar y Alma, con mucha paciencia, han estado conmigo, consolándome en silencio porque me he negado a hablar.

Cuando estás rota y no tienes argumentos para defender lo indefendible, es mejor cerrar la boca.

—Debes explicar lo que sucede —me pide Mar.

—Ella es así —me defiende Alma—. Cuando tiene un problema o algo le afecta, simplemente no lo cuenta. No hasta que está preparada.

—Pero me duele verla así —explica Mar.

—¿Te crees que a mí no? Debemos darle su espacio. Como siempre hemos hecho.

Las veo cabecear afirmando y yo intento dormir. Lástima que mis sueños se llenen de él. De ese niño rubio, de ese hombre que me conquistó, que llegó para conquistar mi maldito mundo. ¿Cómo no pude verlo? ¿Cómo no me di cuenta?

Es lunes y debo ir a trabajar, debo volver a la realidad. Pero tengo ciertas inseguridades, la mayoría se corresponden con su presencia en la oficina y volver a verlo.

Estas son las situaciones que he evitado durante mucho tiempo. Siempre me ha gustado ir a mi ritmo, controlar mis sentimientos y no permitir que nadie se acerque a ellos. Nadie que pueda destrozarme.

Durante mucho tiempo, he ido intentando curar las heridas provocadas por la falta de estima de mi familia, o por la indiferencia de la misma. Pero apareció él y logró desestabilizar todo. ¿Y ahora qué? Ni yo misma tengo respuesta para esta pregunta. Duele. Duele y no me gusta.

—Buenos días —Zule me saluda cuando entra en mi despacho—. ¿Qué tal por Londres?

Llevo muchas horas sin abrir la boca y sigue sin apetecerme.

—Mal.

La cara de asombro de mi secretaria no pasa desapercibida para nadie.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué no ha pasado?

Puede que esté mal, pero ahora que he abierto la boca, necesito hablarlo con alguien. Zule me confesó su dolor hace nada, ahora siento que debo hacer lo mismo con ella. Algo así como *Quid pro Quo*.

Le narro lo sucedido en Londres, sin omitir detalle.

—¿Esto es en serio? ¿Él es Josh? —Yo me limito a asentir—. Esta mañana ha pasado por aquí. Se ha plantado frente a tu puerta, pero no ha entrado. Un rato después ha salido sin decir nada. Tenía mala cara.

Alzo los hombros en señal de indiferencia. Fingida indiferencia porque si me importa y mucho.

—Me da igual. —Una vez más, fingido—. Voy a centrarme en mi trabajo y punto.

Zule no dice nada más, pero su cara es reflejo de lo que piensa, y sé que ella también cree que estoy mintiendo.

—Se me pasará —añado antes de que salga de mi despacho—. Con el tiempo todo pasa.

Mi teléfono suena y lo cojo con cierto nerviosismo. Rechazo ese sentimiento y respiro antes de mirar la pantalla. No puedo permitir que esto me supere. No puedo... Es mi Comando.

Alma:

¿Os apetece un Au Revoir esta tarde?

No hay más mensajes, así que respondo con decisión.

Érika:

¿Es por mí?

Sé que lo hacen porque todas acudimos al encuentro de las otras cuando pasamos por una etapa jodida. Es algo así como un código no escrito.

Alma:

Es porque te queremos.

Érika:

Sobre las cinco estaré allí.

Alma:

Perfecto.

Me desconecto y me centro en el expediente de Lili. Tenemos una reunión hoy y una vista esta misma semana. Tengo fe en que el informe que presente el perito haga las funciones que en un principio pensamos al solicitarlo. No me cabe la menor duda de que Lili es bien merecedora de la custodia de su hijo. Lo quiere y lo necesita. Es buena madre.

Yo sigo sin saber nada de la mía. Llamadme inocente, pero pensé que todo esto, que mi sinceridad iba a hacerla reflexionar, veo que no ha sido así, porque no he recibido ni un triste mensaje.

Lili, Zule y yo preparamos todo.

—Mi consejo es que seas sincera. Espero que puedas declarar en segundo lugar, porque podrás permitirte el lujo de responder a determinados comentarios que haga Lucas. No intentes entrar al trapo, responde seria y concreta, no te disperses ni entres en porque yo, porque tú... Ese tipo de situaciones están fuera de lugar. Estaremos en un juzgado y aunque no nos guste, no podemos jugar a un juego infantil. Todo va a salir bien. Te repito una vez más lo que te dije cuando nos conocimos; llámame si me necesitas.

—Tendré que tomarme una tila antes de ir —confiesa Lili.

—Mientras no vayas borracha...

Ella sonrío, lo que no sabe es que me ha pasado en algún que otro juicio.

Termino mi jornada pero no me decido a salir del despacho. Me invade un sentimiento de congoja al pensar en la posibilidad de cruzarme con él. Me asomo a la puerta y miro a ambos lados, como el capo que acaba de cometer un hurto y tiene miedo a que lo pille seguridad. Zule alza el pulgar y entonces, me relajo y salgo a toda prisa en dirección al Au Revoir. Mar contestó al mensaje mientras estaba reunida, ella también se apuntaba.

Llego tras un paseo por las calles. Últimamente estoy más reflexiva y silenciosa de lo normal. Puede que cuando algo te afecta e influye, tu cuerpo y

tu mente simplemente reaccionen y dejen de ser lo que siempre sueles ser.

—Hola. —Un tímido y casi inaudible saludo.

Mis amigas me observan desde su perspectiva, supongo que intentando entender cómo me siento.

—¿Qué tal? —se atreve a preguntar Mar.

Alzo una ceja en respuesta a su pregunta y son ese gesto son más que capaces de entender la realidad.

—Hecha una piltrafilla —respondo.

—Es normal —me consuela Alma.

—No, no lo es, no en mí.

—No dejas de ser menos fuerte o menos valiente porque te duela algo, Érika. —Mar, como siempre, reflexiva.

—Odio sentirme así.

—¿Cómo? ¿Ser humana? —me pregunta Alma.

—¿Te acuerdas cuando Jaime se fue? —Alma contrae el gesto, sé que no le gusta recordar esa etapa, pero debe entender que forma parte de ella y que al final todo salió bien—. ¿Recuerdas lo que te dije cuando eso sucedió?

—Recuerdo que me dijiste cosas muy duras, que me estaba autodestruyendo y que nos enfadamos por ese comentario que estuvo tan fuera de lugar.

—Independientemente de que estuviese fuera de lugar, creo que a mí me viene de perlas. No quiero ser un cadáver en la cuneta como fuisteis vosotras. Podéis enfadaros, podéis insultarme, pero no me gusta estar así. He superado situaciones complicadas y todas ellas siempre en torno a una carencia afectiva. No supe lo que era encajar de verdad en un sitio hasta que llegasteis a mi vida, ¿no entendéis que no quiero volver a sentir que se me parte el corazón?

—¿Entiendes tú que los sentimientos no se controlan? —me rebate Mar.

—Tengo que controlarlos —me defiende cabizbaja—. Si no me hubiese

dejado llevar, nada de esto habría pasado. —Varias lágrimas comienzan a surcar mis mejillas y las limpio con la mayor entereza posible.

—Llorar no te hace más débil —susurra Alma.

—Llorar es necesario —me consuela Mar.

—No me gusta llorar.

—Te guste o no, Érika, eres humana, y eso forma parte de la persona. Has querido siempre hacerte la fuerte y la valiente, dejando atrás los sentimientos y ha llegado él y te ha hecho abrir los ojos —explica Mar.

—Me ha jodido la vida —exagero.

—Te ha hecho despertar en muchos sentidos.

—¿Y si no quería despertar? —inquiero.

—Era necesario. Llevas mucho tiempo ocultándote, escondiéndote tras una máscara de indiferencia, a veces incluso, defendiéndote con palabras.

—Me gusta ser como soy —decido cortar a Alma en su discurso protector, no olvidemos que es la defensora de las causas pedidas.

—Y a mí me gusta que seas como eres, pero también que empatices, que entiendas que hay dolor pero que el amor vale la pena.

—¿Sentías tú eso cuando Jaime se fue? O tú —señalo a Mar— cuando te fuiste de Italia sin dejar que te explicase cómo se sentía él.

—¿Dejaste tú que él te explicase algo? —me rebate Mar, ofendida.

—No. —Agacho la cabeza—. Me mintió. Jugaba con ventaja, sabía todo de mí: las cartas, el viaje, los *cupcake*, mi historia, lo de mi madre.

—¿Y crees que se burló de ti? —me pregunta Alma.

—Me dijo que había intentado decírmelo —confieso.

—¿Y? —me pregunta Mar.

Alberto nos interrumpe en ese momento para tomarnos la comanda. No le damos demasiada conversación, sobre todo yo, que no me encuentro con ánimos de meterme con él. ¡Pues sí que estoy jodida, sí!

Sé que me observa con mirada inquisitiva, pero no dice nada. Se va sin más.

—¿Y? —repite Mar retomando la conversación.

—Que lo intentó poco.

—Mira que eres obtusa —me reprende Alma.

—No, es que encima la culpable voy a ser yo —me defiendo.

—Nadie te ha dicho que seas culpable. Solo te estamos diciendo que lo intentó y eso es más que no hacerlo.

—Claro, y como lo intentó tengo que perdonarlo.

—¿Ha contactado contigo? —me pregunta Alma.

—No.

—Y eso te jode —afirma Mar.

—Obvio.

—¿No crees que es una contradicción?

—Lo sea o no, es lo que siento, ¿qué quieres? ¿Te miento?

—Mientras no te mientas a ti misma —ironiza Mar.

—Yo creo que deberías hablar con él, se merece una oportunidad. Por lo menos de poder explicarse.

—Paso. —¿O no paso? Sí, mejor paso—. Me parece fatal que sea él quien la caga y no tenga valor para intentar solucionarlo. Quizá es que también me mintió en sus sentimientos.

—Las elucubraciones ya se nos están yendo de las manos —reconoce Alma.

—No me apetece seguir hablando del tema —las interrumpo—. Ya ha sido suficiente.

—Muy en tú línea —ironiza Mar.

—¿Hablamos de mi boda? —pregunta ilusionada Alma.

—¿Todavía quedan cosas de las que hablar? —protesto.

—Muchísimas —se burla.

Pasamos el resto de la tarde hablando sobre los detalles —muchos detalles— de la boda de Alma. Si antes no quería casarme ahora menos. Y no me voy a poner dramática, ni tampoco victimista, porque la siguiente frase que me iba a salir era algo así como: total, tampoco tengo con quién.

Me dirijo a la barra para pagar mi consumición y Alberto se acerca raudo.

—¡Vaya! Por poco le tiras el café encima a esa señora.

—Quería hablar contigo.

—¿Qué pasa? —A saber si ha sucedido algo y no me he enterado, que yo a Alberto le tengo cariño. Aunque me meta con él.

—Eso quiero saber yo, ¿qué pasa?

—Nada.

—Mientes de pena, Érika. Soy yo...

—Me he enamorado y me han roto el corazón.

Alberto me sonrío con ternura y yo le devuelvo el gesto de manera instintiva.

—Eres una chica dura, y si no, siempre podremos mandarle a los rumanos.

Y me río, con ganas, sincera, como hacía días que no lo hacía, así son las pequeñas cosas de la vida.

De camino a casa suena mi teléfono y de nuevo ese burbujeo se apodera de mi estómago. Cesa de inmediato al ver que es mi hermano quien llama.

—¿Sí? —saludo cordial pero impersonal.

—¿No piensas llamar a tu madre?

—Veo que las noticias vuelan —ironizo.

—¿Pensabas que no iba a decírmelo?

—Obvio que sí, si eres su hijo favorito. —De nuevo, mordacidad en mis palabras.



—Te pasaste muchísimo —me reprocha Daniel.

—Si tu llamada es para que me arrastre a pedir perdón a tu pobre madre, ya puedes cortar y dejar de llenar las arcas de la compañía de teléfonos que tengas contratada.

—Érika... —Su voz tiene ese tono de advertencia que me llena de cólera.

—No pienso pasarte ni una —le corto—. Lo siento. Hice lo que debía haber hecho hace mucho tiempo. Y dije lo que pensaba. No me siento culpable, ni siento que sea yo la que tenga que pedir disculpas. Tampoco mendigo nada. Hay veces en las que las cosas son como son, y no siempre los finales felices existen —esto lo pronuncio en voz alta, pero la realidad es que es un pensamiento mío, y que es real, ¿cuántas parejas se rompen a pesar de que haya amor? ¿Cuántos amores imposibles hay? ¿Cuántos quise pero no fue?

—Eres una cabezota.

—Lo que soy es realista. Tú lo tuviste fácil, eres el primogénito, y no me preguntes el motivo, pero tu madre siempre tuvo preferencia por ti. Te permitía todo y repetía contantemente lo bueno que eres, a pesar de que he sido yo la que más lejos ha llegado. La que más ha estudiado, la que siempre ha luchado por trabajar y conseguir las cosas por mérito propio. Y aun así, tú eras siempre mejor que yo. ¿Recuerdas cómo me insultabas cuando era pequeña? ¿Todas esas malditas veces que me llamabas mocosa y me mandabas a callar?

—Érika, estás enfadada y ahora no razones...

—¿Lo recuerdas? —lo interrumpo forzando su respuesta.

—Sí —claudica.

—Pues yo también, por lo que deberíais ser vosotros los que me pidáis disculpas por haberme tratado con indiferencia y con poco respeto, porque era tu hermana. Se supone que los hermanos mayores deben ser un ejemplo, y tú —le acuso sin piedad— has sido el peor ejemplo que se puede tener.

Corto la comunicación sin posibilidad de réplica. Me niego a volver a ese punto en el que me encontraba hace unos días, a sentirme culpable y en deuda cada vez que recibía una llamada de mi madre o a sentirme menos importante que mi hermano. No pienso infravalorarme porque soy como soy y además,

orgullosa de ello.

Parece una estupidez, pero es genial afrontar miedos. Al principio, te sientes mal e insegura, pero luego te das cuenta de que es la mejor decisión. Lo que no se puede consentir es que nadie crea que puede hacer contigo y con tu vida lo que ellos desean. Cada uno debe vivir su vida a su manera y caer, sí, pero caer por tus decisiones, no por las que otros crean que son acertadas. La sensación de plenitud cuando consigues lo que quieres por ti misma, esa sí que no tiene precio.

Me dispongo a guardar el teléfono en el bolso cuando vibra en mis manos. En esta ocasión, sí es él. Me quedo plantada como una estatua en el sitio y dudo entre abrir el mensaje o no. A pesar de ello, lo puedo leer en la ventana que emerge.

Max:

Te echo de menos.

¿Cómo cuatro palabras pueden poner tu mundo y tu escasa estabilidad patas arriba? Supongo que la respuesta se esconde tras los sentimientos que profieres a la persona que las pronuncia. O escribe...

Tecleo con celeridad.

Érika:

Pues yo a ti no.

Bla. Bla. Bla. Mentira, lo sé yo y vosotros, pero, por suerte para mí, él no.

Guardo el teléfono en mi bolso y prosigo mi camino a casa. Me reprendo en miles de ocasiones por haber guardado el móvil y no haberlo mantenido en mi mano, porque no dejo de pensar en si habrá contestado. Me paro de nuevo, lo cojo entre mis manos. Lo suelto como si quemase sin mirarlo. «¿Qué haces? Saber si ha respondido. ¿Para qué?». Una conversación conmigo misma y de besugos.

La respuesta no se hace esperar conforme llego a mi apartamento, esta vez sin teléfono de por medio. Está sentado en el escalón de mi portal. Y contengo las ganas de acercarme, besarlo y darle un puñetazo por jodido cabrón.

Tengo que enfrentarme a esto. Puedo enfrentarme a esto.

Max... Josh, alza la cabeza y me mira. Como si hubiese percibido mi cercanía. Mi presencia. Se incorpora y me espera. Recorro la distancia y llego hasta donde está él plantado. Estático.

Cham Cham está en la puerta, observando la escena. No me saluda ni yo a él, como si entendiésemos que ahora mismo eso es secundario, y es que realmente es así.

—Hola —susurra tímido.

Toda esa fuerza que siempre lo ha caracterizado pierde fuelle. Una parte de mí se alegra, porque yo estoy pasando por lo mismo.

—Hola —respondo con el mismo tono que él.

—Te estaba esperando.

—Ya veo.

Esto dista mucho de ser una conversación de adultos.

—Creo que debemos hablar.

Entonces, las voces de Alma y Mar aparecen ante mí como un flashback: «Yo creo que deberías hablar con él, se merece una oportunidad. Por lo menos de poder explicarse».

Claudico ante sus argumentos vocales y asiento.

Abro la puerta del edificio y la sujeto para que entre.

—Solo hablar —matizo.

Ahora es quien afirma con un gesto.

Subimos hasta mi piso y entramos. Yo primero y él siguiéndome.

—¿Café? —le pregunto con cortesía. Me aplaudo a mí misma por comportarme de una manera tan adulta, al final, Alma va a tener razón y comienzo a ser más humana y más empática.

—Sí, gracias.

Dejo la chaqueta y el bolso y me dirijo a la zona de la cocina. Me sigue,

sin decir nada.

Preparo la bebida caliente, todo ello en silencio, solo acompañados por el sonido de mis movimientos y los utensilios.

—Solo.

Le dejo el azúcar frente a él y una cucharilla para que se sirva. Hago lo propio con el mío y permanezco de pie.

—Intenté decírtelo.

—Lo intentaste poco —repito reprendiéndole.

—Lo intenté, pero no quise romper lo que tenemos. No quería que huyeras al enterarte.

—Hubiese sido menos humillante que la forma en la que de verdad sucedió —le explico.

—Tienes razón —claudica—. Pero me dio miedo. Sabía que en el momento en que supieses la realidad ibas a huir, como hiciste.

—¿Y qué esperabas que hiciese? ¿Querías un aplauso? —Satirizo mi comentario.

—Lo hice mal, Érika. Pero no era mi intención.

—¿Sabes cómo me sentí? ¿Te haces una idea? —Necesito soltarlo, desahogarme—. Me dejé llevar y confié en ti. Creí que había algo bueno, que yo también iba a tener mi cuento de hadas. Creí que eras real.

—Soy real —contrataca—. Todo lo que dije ha sido real.

—¿Por qué debo creerte cuando me mentiste?

—No te mentí, obvié ese detalle. Nunca profundizamos en mi vida, nunca te dije nada que no fuese cierto. Te dije en más de una ocasión que te conocía bien, quizá más de lo que tú pensabas. Mis nombres son reales, mi profesión es real, la procedencia de mi familia lo es, mi amistad con Gerard... Todo es real.

—¿Y los sentimientos? —Dudo, sí, y es normal.

—Yo te quiero, Érika. Te sigo queriendo. Con todo lo que te rodea, con

todo lo que nos rodea.

Josh se levanta y se dirige a la ventana, esa ventana donde hace nada me asomaba y jugábamos, como tantas veces lo hemos hecho en este tiempo.

—Hablé con mi madre cuando te fuiste. Se quedó perpleja al marcharte y necesitaba consuelo, hablarlo con alguien. Imagínate su cara —me dice al girarse y observarme, con una sonrisa de medio lado, de esas que tanto me gustan, salvo porque hoy, no está cargada de felicidad y socarronería como siempre, hoy sonrío con pesar—, me reprendió por no haberlo hecho bien. No tengo justificación, Érika. Lo hice mal, pero quiero que entiendas que no era para hacerte daño...

—Pues lo has hecho —le rebato cargada de dolor.

—Pero no era lo que pretendía.

—Confíe en ti... Y me has fallado.

—Érika... ¡Entiéndeme!

—¿Y quién me entiende a mí? ¿Quién entiende lo que siento?

—No he querido jugar contigo. Sabía que tarde o temprano te enterarías, pero confiaba en que serías capaz de ver que no estoy en tu contra, que no pretendo partirte el corazón. Yo te quiero, Érika. No sé si es el destino, si somos nosotros, pero tenemos una oportunidad maravillosa de descubrir juntos lo que nos depara la vida.

Ahora soy yo la que se dirige hacia la ventana.

—Ya te he escuchado. Creo que es hora de que te vayas.

Josh sujeta mi mano con ternura, pero la retiro antes de que desista y resuelva ceder. No es sencillo. Necesito pensar. Yo no razono rápido, no funciona así. Siempre me aísla y cuando me siento preparada, actúo.

—Deberías irte —repito.

Y hace caso a mi petición, a pesar de que, tras salir por esa puerta, algo vuelve a romperse dentro de mí.

## Capítulo 33

*Un soleado día de enero, dos semanas después...*

Es sábado. Pero no uno cualquiera, es la boda de mi amiga Alma y el Señor Paella. Apenas acaba de amanecer, porque la boda se celebra temprano en uno de esos jardines que tan de moda están. Alma nos ha obligado a venir pronto y Jaime se ha tenido que ir a casa de Gerard.

Sé que allí están los tres: Josh, Gerard y Jaime. Y también sé que tendré que verlo hoy.

Han pasado dos semanas en las que no hemos tenido contacto alguno. Ha respetado mi espacio, demostrando que me conoce tan bien como para entender lo que necesito.

—Mar llamando a Érika, Mar llamando a Érika.

—Perdona, estaba en mi mundo.

—¿El mundo de Érika?

—El mismo.

—Tranquila, todo va a salir bien. —Mar acaricia mi mejilla con ternura y yo llevo mi cara hacia ella para intensificar el contacto.

—¡Dejaos de rollos! Estoy histérica, necesito ayuda.

—Droga. Necesitas droga —me burlo.

Creo que tiene razón, que ella necesita que estemos con ella al cien por cien y que apartemos el resto de pensamientos. Es su día.

—¡Dios! No es mi primera boda, pero estoy peor que nunca.

—La primera fue de práctica y esta es la de verdad.

—Gracias, me estás dando muchos ánimos, Mar.

—Tengo la solución —propongo. Busco mi bolso y saco mil cosas de él —. A ver cómo voy a lograr llevar todo lo que tengo aquí —señalo mi bolso de nuevo—, en esta mierda —señalo un pequeño *clutch* que me han obligado a

comprar—. Y odio la puñetera pamea.

—Creo que estamos recuperando a Érika, ya vuelve a decir palabrotas y a llenar nuestros ratos de quejas, mofas, burlas y comentarios irónicos.

—Ja, ja. Perras —las insulto.

—Definitivamente, la hemos recuperado. —Ambas chocan la mano y yo les enseño la lengua.

Cojo el teléfono y busco una canción en concreto. Me voy a la cocina y abro la nevera.

—¿En serio solo tienes vino? —grito para hacerme oír.

—Bebemos vino, nos gusta —me responde Alma desde la distancia—. De todas formas, es demasiado temprano para beber alcohol. No quiero llegar a mi boda borracha.

—Cierto —afirmo—, cuando estás borracha te pones de mal humor y no quieres a nadie. Eres capaz de decirle a Jaime que no.

—Tampoco te pases.

Me conformo con preparar tres cafés con leche.

—Ayudadme —les pido.

Las dos se acercan solícitas y cada una coge una taza.

—¿Tienes una taza Tous? —le pregunto anonadada.

—¿Te enteras ahora? —inquieta Mar.

—La escondo cuando vas a venir, por si te metes conmigo —confiesa Alma.

—¿Es Tous de verdad o Tous Cham Cham?

—Yo no compro en el chino —se defiende Alma.

—Que no te oiga mi amigo porque te pincha las ruedas. Vamos a brindar.

—¿Con café con leche? —me pregunta Mar.

—No es mala suerte —protesto.

—A saber —desconfía Alma.

—Nosotras no vamos a tener mala suerte nunca, porque estamos juntas.

—¿Quién iba a decir que Érika algún día se iba a poner tierna? —se mofa Mar.

—He madurado —le explico entre risas—. Por nosotras. —Alzo la taza y las animo a imitar mi gesto—. Por nosotras, por nuestra pequeña familia, por lo que hemos conseguido juntas y en quienes nos hemos convertido tras encontrarnos.

Ellas asienten emocionadas, porque saben que mis palabras son sabias, y son de verdad, de corazón.

Me levanto para romper el momento, debe ser un día feliz, y así es como tenemos que plantearlo.

Busco de nuevo la canción y le doy al *play*. Mis amigas comienzan a reírse cuando suena de nuevo «Picky», de Joe Montana —Es vieja, está desfasada y hay que buscar otra, lo sé, pero esta ha sido nuestra canción mucho tiempo y creo que, aunque pasen los años, los seguirá siendo.

Mis amigas asienten y nos permitimos el lujo de cantar en la cocina a pleno pulmón, de bailar sin coherencia y darnos empujones. La mejor banda sonora son nuestras risas y nuestras quejas. Es cierto que hoy va a ser un día feliz.

Tras quejarme tropecientas veces por los tacones, el bolso y demás detalles que me sacan de quicio, nos vamos en dirección a los jardines. Mis amigas me mandan a callar y me repiten por activa y por pasiva que estoy guapa. Yo a ellas las llamo feas, pero solo por fastidiar. Que haya madurado no quiere decir que tenga que convertirme en un angelito.

Llegamos al lugar tarde. Como marca la tradición.

—No estés nerviosa. —Mar intenta infundirle calma a Alma.

—Es tu día y todo va a salir bien. —Le guiño un ojo a Mar, porque esas fueron sus palabras esta mañana y ella me devuelve el gesto.

Nosotras bajamos primero y accedemos al lugar. Ella espera en una pequeña habitación.



Jaime se acerca a mí inquieto.

—¿Has preparado el discurso?

—No.

—Dime que es mentira, por favor.

—No —repito.

—¿Vas a improvisar?

Asiento sonriente.

—Mierda. Tenía que habérselo pedido a Mar.

—Te lo advertí.

—Abre el bolso —me pide dudando de mi palabra.

Lo hago y se lleva las manos a la sien cuando se da cuenta que hay una barra de labios y un bote de lubricante.

—¿Me puedes explicar para qué es esto? —dice señalando el bote.

—Es mi regalo de bodas. Toma, ya que lo has visto, te lo entrego.

—Alma te va a matar —me dice.

—Si no lo quieres...

—No, no —se apresura a añadir—, si lo quiero, es de frutas tropicales. Me gusta.

—Te conozco —le explico mientras le tiendo el bote.

—Dámelo luego. Es el día de mi boda. No creo que esté bien que lo guarde en el bolsillo, se puede confundir con algo y me tacharán de perverso.

—Cada uno es lo que es. —Me río.

Jaime me da un abrazo y me observa de soslayo.

—Te quiero mucho, pequeña fiera malvada, hija de Lucifer.

—No vas muy desencaminado —bromeo recordando a mi madre—. Yo también te quiero, Señor Paella.

Nos fundimos en un tierno abrazo y le deseo suerte.

—No me la líes, piensa en mis padres y mis suegros —suplica.

—Intentaré no decir polla —le pico.

—Inténtalo con ganas —me pide sonriendo.

Le hago una sutil peineta rascándome la nariz dado el lugar donde nos encontramos y me doy la vuelta para analizar todo el espacio. La gente ríe, contemplan las vistas, saludan a quienes hace tiempo que no ven... Voy directa hacia una barandilla de metal que marca el límite de la finca. Un camarero se acerca sonriente y me ofrece una copa. La acepto y me quedo ensimismada con las vistas.

—Érika...

Mi nombre en sus labios es pura magia. Cursi ¿verdad?

—Josh...

Me giro y quedo frente a él.

—Hacía mucho tiempo que no me llamabas así.

—Para mí, ahora, eres Josh —admito con honestidad—. ¿Cómo estás?

Se limita a alzar los hombros y esbozar una sonrisa cálida. Imito su gesto por lo que me despierta.

—¿Y tú? —me pregunta.

—Nerviosa —confieso—. Tengo que dar un discurso que no tengo preparado.

—Déjate llevar. Los conquistarás a todos, exactamente como has hecho conmigo. —Me mira con una intensidad pasmosa, esperando a que salga alguna respuesta sobre esa afirmación, pero no sale—. Nos veremos por aquí —me dice.

Asiento y de nuevo me quedo sola. Nos quedamos solas las vistas y yo.

Es curioso cómo el paso de los días hace que se temple nuestro estado de ánimo ¿te ha pasado alguna vez eso de estar muy enfadada y necesitar tiempo para reflexionar sobre cómo te sientes? Y además de eso, ¿darte cuenta de que

a veces lo que sentías hace uno o dos días no era más que una nimiedad?

No quiero decir que justifique a Josh, ni su engaño, pero es verdad que he pensado mucho en lo que habría hecho yo en su lugar. A veces nos falta ese punto de empatía del que escaseo, para qué mentir, pero que voy adquiriendo o por lo menos, intentándolo. Ahora, vista atrás y conociendo lo que sé, ¿habría actuado de otra forma? ¿Habría huido? Josh ha sido capaz de mostrarme y demostrarme que soy una chica con capacidad de amar. Que todas las personas, aunque huyamos, podemos caer como cualquiera que se enfrente a ese sentimiento, no es sencillo porque se sufre, pero en una balanza, lo que te aporta es más importante que lo que te resta. Y al final, la vida es eso, quedarse con lo que suma. Y Josh siempre, siempre ha sumado en mi vida. Desde que disminuía la velocidad para que yo, una niña de seis años no quedara última, o cuando colocaba tiritas en mis heridas. Hasta hoy en día, que me mira con ternura, me abraza para protegerme y me hace sentir verdaderamente en casa. La vida te enseña, de la vida aprendes. Errores, caídas, miedos, dudas, inseguridades, luchas... Todo, todo ese *pack* hace que seas quién eres, que luces y que valores mucho más lo bueno que te rodea, los pequeños detalles.

Una sonrisa, una caricia, un abrazo o un beso. Emociones que son llana y sencillamente gratis y que provocan una revolución absoluta en tu cuerpo y en tu piel. Te impregnas de ellas y te sumerges en las maravillas de lo que despiertan. Al final, lo verdaderamente importante, son las emociones que sientes, pero también las que eres capaz de provocar.

—Ya empieza —me apremia Mar.

Dejo mi copa encima de la baranda y me dirijo hasta el altar, donde esperamos nerviosos. Las chicas a un lado y los chicos a otro. Enfrente está él y me observa. Yo sonrío. Alma comienza a descender las escaleras mientras esa música que un día los unió suena. Sí, es Ed Sheeran y «Thinking out loud», como siempre fue entre ellos.

Me emociono, por la canción, por el momento, por la felicidad de mi amiga, por la felicidad de Jaime, por Mar y Alma.

En primera fila está Candela. Tranquila, como si ella misma pudiese intuir que esto es lo correcto y lo que más desean sus padres.

—Si lloras, le contaré a tu hija que tiene un padre blandengue —me mofó de Jaime.

—Si sigues llorando, me harás llorar a mí. Mira quién habla de ser blando...

Se aproxima hasta el improvisado altar y los ojos de ambos lo dicen todo. Y no, sigo sin querer casarme y me sigue gustando mi idea de la pareja que defendía hace tiempo.

El juez suelta todo el rollo y llega ese maravilloso momento en el que se tienen que entregar los anillos y jurar todo lo jurable. Para no ser un cura, habla demasiado. Sellan la unión con un beso y Mar acerca a Candela para depositar cada uno un beso en una de sus mejillas.

Es mi turno y estoy nerviosa. Cruzo una mirada con Josh y me guiña un ojo para insuflarme calma.

Tomo aire y lo expulso antes de plantarme tras la mesa.

—Buenas tardes, sé que todos estáis con ganas de dar comienzo el banquete, pero el marido de una de mis mejores amigas me dijo que quería que diese un discurso. No lo traigo preparado. Tranquila, Alma, puedes dejar de contener el aire —bromeo. Da un poco de vértigo ver a todos los invitados sentados con la vista fija en mí y en si seré capaz de hacerlo tan bien como todos esperan—. Nunca he dado un discurso, no se me dan bien las historias románticas, de hecho, no sabía que se sentía hasta hace bien poco. —Miro directamente a Josh y él hace lo propio conmigo—. Tampoco creía en el destino, a pesar de que mis amigas siempre defendían que había algo mágico que nos une, que juega sus cartas para llevarnos a un camino concreto. Y hoy creo que así es.

»Siempre dije que el amor era un sentimiento inexistente, que lo que importaba era la conexión que establecías con esa persona, dentro y fuera de la cama —no he dicho polla aunque lo he pensado—, pero al estar rodeada de ellas —señalo a Alma y Mar—, y de ellos —señalo a Jaime y Gerard—, he comprobado que el amor es uno de los sentimientos más puros que existen. No es la primera boda que celebran, pero si no hubiese sido de esa manera, hoy no estaríamos delante de un amor con mayúscula, de uno mágico, de esa clase de amor que te hace volar. Y me alegro por ellos, por todos, porque creo que

hoy pueden decir que están completos, que no necesitan más que esa persona que tienen a su lado, que esa a la que cuando miran, se ven reflejados y sienten con intensidad. Hay miles, millones de tópicos, pero cuando de verdad sientes, cuando de verdad tienes a tu lado a esa persona que te hace tambalear el mundo, es ese el momento en el que dejan de ser tópicos para ser realidades. Puede que el destino les tuviese preparado encontrarse, puede que lleven mucho tiempo destinado a ello.

»Dicen que los príncipes y las princesas se merecen una historia de cuento, me alegro de que haya dejado de ser un cuento, y ahora simplemente empiece a contar.

»Feliz vida juntos. Os quiero.

Me dirijo hasta donde se encuentran y les doy un abrazo. Mi mente necesita algo de alcohol para sobrellevar el momento tan íntimo que acabo de narrar. He hablado con el corazón y pienso todas y cada una de las palabras que he pronunciado.

Nos pasan a una zona donde están las mesas. Cada una con los sitios asignados. Comemos, bebemos y disfrutamos todos de la velada. Es una boda sencilla pero muy divertida. Solo falta que saquen globos y se pongan a jugar al juego ese de la silla. No lo digo, porque conociendo a Jaime, lo prepara en un momento, no quiero imaginar a la madre de Alma y la de Jaime peleando por una silla y cayendo al suelo con la consiguiente rotura de cadera.

Los novios abren paso al baile y la gente comienza a animarse. Yo me quedo sentada en mi sitio, bebiendo y analizando la situación.

Josh se acerca a mí y me tiende la mano.

—¿Bailas conmigo?

Miro a Alma, como hace nada lo hice en Ibiza, en su boda. Ella asiente, como hizo en su día.

Acepto y me levanto. De nuevo Ed Sheeran pone banda sonora, en esta ocasión suena «Perfect».

—Había una vez unos niños que jugaban en una calle. —Alzo la vista y dejo que su mirada me atrape—. Había una vez, una niña de seis años, que le

dijo a un niño de nueve que lo esperaría y que se casaría con él. Había una vez un niño que no era consciente de que el amor de su vida iba a ser esa pequeña mocosa a la que le encantaban las magdalenas con corazones verdes, y que, cuando volvió a aparecer en su vida, supo que sin ella nunca nada iba a ser igual. ¿Quieres saber cómo termina la historia?

Asiento obnubilada por sus palabras.

—Esa historia que contabas antes, ese cuento que esperas que narre, es el reflejo de lo que ese niño de nueve años, convertido en un hombre de treinta y seis, desea. Porque lo único que quiere es ser feliz al lado de la mujer que lleva esperando toda la vida. Esa niña que se convirtió en la chica que es hoy. Esa que no cambiaría por nada.

»Hubo una vez un niño que pidió un deseo. —Alzo la ceja sin saber bien a qué se refiere—. Mi deseo fue encontrarte de nuevo y no dejarte escapar.

—Demasiado ñoño, ¿no crees? No te pega. Está claro que, en esta relación, tú eres el blando y yo llevo los pantalones —bromeo.

—¿Relación? —me pregunta asombrado.

—Esos cuentos que yo conozco, siempre tienen finales felices, ¿verdad?

—Verdad.

—Pues tengamos nuestro final feliz. Por esos niños de los que hablas y que no conozco.

—Creo que esos niños hablaron de casarse, me suena...

—Ni lo sueñes, chato.

—Algún día te convenceré —explica.

—Quizá algún día —finalizo antes de dejar que sus labios y los míos sellen ese pacto.

Hay cuentos con finales felices, cuentos con finales sencillos y cuentos sin final. Mi cuento no podría ser más perfecto. Porque tengo todo lo que sencillamente necesito para ser feliz. ¿Qué más se puede pedir?

# Epílogo

*Febrero 2018*

Nuestras vidas han cambiado. Nosotros mismos hemos cambiado. Estamos en casa de Alma, hablando, criticando, comiendo y metiéndonos con los hombres de nuestras vidas. Con todos los hombres no, solo con los adultos...

¿Qué ha sucedido durante todo este tiempo?

Poco y mucho. Sí, tengo novedades y no, no me voy a casar, a pesar de que creo que Josh me lo ha pedido alrededor de siete veces desde la boda de Alma y a todas le he respondido lo mismo «quizá algún día».

—Tata, mamá dice que no se pueden decir palabrotas. Y eso que empieza por «p» es una.

Esa que leéis es Candela y no, no he sido yo la que le está enseñando lo que es una polla. Bien pensado, es anatomía, no le enseñé nada que no sea cultura general, ahora a ver cómo se lo explico a Alma sin que me corte el cuello. Vuelve a estar embarazada, de seis meses ya. Jaime se salió con la suya y Romén viene en camino.

—Si me llaman de la guardería porque mi hija dice palabrotas, juro que te corto el cuello. —Las hormonas, ya os lo advertí.

—Necesito vacaciones —esa es Mar.

—Nadie te mandó a ti también, no me ves a mí, a nosotros —rectifico tras ver la cara de Josh—, felices los dos. Di eso tú —la chincho—, ahora que lo pienso, creo que Maluma hizo una canción para ti, ya sabes, la de felices los cuatro.

Mi amiga me hace una peineta y yo me descojono en su cara, literalmente.

Por si no lo habéis pillado, mi amiga ha tenido dos hijos. Pero nada de tomárselo con calma, es Gerard que le hizo un bombo doble. Ella dice que eso es porque el susodicho es un empotrador y yo básicamente le he respondido que menos lobos, caperucita.

—Deja de quejarte —le pide Alma—, Julieta y Alejandro son buenísimos.

Hasta en eso ha tenido suerte, porque ha conseguido la parejita a la primera de cambio. En la boda de Alma ya estaba embarazada, pero no lo sabíamos, ni ella, ni nosotras. Es lo que tiene estar todo el día fornicando como conejos. Pim, pam, pim, pam, así, sin parar.

—¿Dónde quedaron nuestras noches de karaoke, rodeadas de maromos incansables por rellenarnos como pavos? —pregunto con nostalgia.

—¡Qué asco! —Alma pone mala cara y a mí me hace muchísima gracia.

—De verdad —protesta Mar—, hay cosas que nunca van a cambiar.

—¿Entendéis por qué no puedo ser madre yo?

—Ya, ya —dice Alma mirando a Candela—. Te corto el cuello como diga «polla» en la guardería.

—Pensaran que le estás enseñando guarradas en casa, a mí no me van a echar la culpa, es más que obvio, solo soy su tata. —Sonrío como quien trama un plan maquiavélico.

—Pero sé donde vives —me amenaza Alma.

Lo que ella no sabe, es que por poco tiempo.

Nuestros fines de semana son bien distintos: esta historia comenzó hace un año y medio y en ella os hemos ido contando nuestras aventuras y desventuras. Seguimos siendo unas locas por subir al escenario, intentamos respetar los jueves de Au Revoir, hablamos sobre pollas, tíos buenos y compartimos momentos de tensión. Esta es la vida y tiene que tener de todo.

Con respecto a mi familia, la cosa sigue más o menos igual. Hubo un distanciamiento porque mi madre pensaba que era culpa mía lo que había sucedido y viceversa. Ahora mismo, no hay cambios, pero he aprendido a que no me afecte. Creo que es importante rodearte de felicidad y de buenos momentos. Aquellas épocas en las que me importaba todo y dejaba que eso que me importaba me afectara negativamente, ha quedado atrás. Mentiría si dijese que me es indiferente, pero cada vez importa menos.

Hace mucho años, desee tener una familia como la de Josh y, a pesar de que están lejos, hoy por hoy, los siento como tal. Me siento genial.

Tampoco supisteis qué sucedió con Lili. Fue un trance muy complicado



porque no fue sencillo y fácil. Tras el perito social, Lucas pidió un peritaje psicológico, alegando que el niño tenía problemas por culpa de la madre. Hemos batallado durante muchos meses y cada maldito día he sentido la necesidad de romperle la cara contra una pared, sin acritud... Me consta que son felices. Su padre tiene las visitas estipuladas por ley, pero el niño es feliz con su madre. Y lo merece, porque la he visto derramar tantas lágrimas...

—Buenos días, fiera... —Josh todas las mañanas me despierta con mimo, yo le suelto algún que otro insulto, le pido que me deje dormir quince horas más y me amenaza con dejar de cocinarme y de follarme. Esto último no debería haberlo contado, es exceso de información, ¿verdad? —. Levántate, tenemos que ir a un lugar.

—Eso suena prometedor. ¿Piensas follarme en algún sitio público? ¡Qué morboso mi chico!

—No, pero no sería mala idea —confiesa besándome la frente.

Me tumbo boca arriba e intento que mis sentidos respondan. Es sábado, temprano, y a mí me gusta mucho dormir. Lo veo dirigirse a la ducha con rapidez y me anima a sumarme, ¿Voy o no voy? ¡Voy!

Tras una ducha —y lo que no es una ducha— salimos de mi piso entre risas. No vivimos juntos, pero sí que compartimos muchas noches, nos gusta nuestra vida, nuestra independencia y nuestra forma de llevar la relación. Cada uno con su espacio y espacio para cada uno.

—Vamos a saludar a Cham Cham —quien dice saludar, dice fastidiar. Muajajaja, risa malvada.

—Tenemos prisa. Más tarde.

Tira de mi mano y nos dirigimos a coger un taxi.

—Podemos ir caminando, no hay tanta distancia hasta mi casa.

—¿Me quieres matar? Yo camino cuando necesito pensar...

Josh alza una ceja y me sonrío, a su manera, como me gusta a mí.

No llegamos a subir a su casa, sino que vamos directos a por el coche y comienza a conducir con la certeza de saber a dónde se dirige.

—¿Adónde vamos?

—Al futuro.

Me hace gracia su respuesta, pero no pregunto más. Conozco a Josh y sé que cuando se pone misterioso, no tengo nada que hacer, ni siquiera enseñándole las tetas, ¡que ya es decir!

Llegamos a una zona llena de adosados, en las afueras de Santa Cruz. Me pide que espere en el coche, mientras da la vuelta y me abre la puerta.

—Me siento como una *celebrity* —me burlo.

Le doy la mano y me abraza al salir del vehículo.

—Cierra los ojos.

Me sorprende su petición. Si llego a saberlo, habría analizado todo bien, antes de seguir su indicación.

Oigo el tintineo de unas llaves y sonrío, porque comienzo a entender todo.

—Puedes abrirlos.

Frente a mí hay un salón precioso, con una chimenea y una escalera, que entiendo, accede a la planta alta.

—¡Qué bonita! —Y lo digo de corazón—. ¿Vas a comprarte una casa nueva?

—Quiero que veas algo.

Me lleva hasta la cocina y me coloca de espaldas a la nevera.

—Muy bonita encimera —suelto con ironía.

—Date la vuelta —me pide.

Mis ojos se encuentran con un frigorífico de acero inoxidable. En él, está el imán que le regalé en Nochebuena y una foto en blanco y negro de nosotros dos cuando teníamos apenas seis y nueve años. Antes de irse...

Llevo mis manos hasta mi boca para contener un sollozo. Hacía mucho, mucho tiempo que no recordaba esa foto. Dejé de verlas porque me hacían extrañarlos aún más.

—Todavía no has visto lo mejor.

Tira de mi mano y me lleva hasta una puerta que hay en el salón, cubierta con un estor de madera. Lo recoge y abre, permitiendo que sea consciente del espacio que se abre antes mis ojos.

Un precioso porche de madera ocupa mi campo de visión. Y justo enfrente, un pequeño jardín muy bien cuidado.

—Tu sueño... —le digo abrumada.

—Nuestro sueño —me rectifica lleno de amor.

Nos sentamos en el columpio de madera del que hemos hablado tantas veces y simplemente observamos el horizonte en silencio. A veces el silencio dice tanto como una frase muy lograda.

—Este era mi sueño: una tarde, unas copas de vino, un jardín, confesiones, sexo muy sucio, quizá un perro... Pero siempre tú y yo. Como cuando éramos niños.

—Vas muy rápido, ¿no crees? —En realidad me estoy haciendo la dura, pero me gusta todo lo que ha enumerado—. Mejor nos quedamos en esa parte sobre el sexo guarro tú y yo.

Ambos sonreímos, mientras volvemos a guardar silencio, viendo cómo el sol baña esa hierba que sale a su encuentro para fortalecerse con sus rayos. Como nosotros, que nos hemos reforzado ante las adversidades. Todos, la familia al completo.

Alma y Jaime son felices, más que nunca, han aprendido a seguir adelante, a luchar y a aventurarse a lo que venga.

Mar y Gerard han avanzado, dejando atrás a Gaetano, que no se los ha puesto fácil, pero han apostado por ellos, por su familia, sin importar el resto.

Nosotros, con un futuro que descubrir juntos, donde habrán miedos, inseguridades y luchas, pero por encima de todo, nos quedamos con eso que nos completa: lo que sentimos ambos.

—¡Cásate conmigo! —Lo miro de soslayo y sonrío de nuevo. Ya van ocho veces.

—Quizá algún día —respondo de nuevo.

Puede que el destino nos tuviese preparado algo desde hace muchos, muchísimos años. Puede que nos separase antes de que pudiésemos elegir estar juntos. Puede que eso nos hiciese valorar más el día de hoy. Pero lo que está claro, lo que es verdaderamente real, es que a partir de ahora somos nosotros los que tenemos que marcar nuestros pasos y los que ayudaremos al destino a decidir dónde, cómo y con quién recorrer nuestro camino.

No sé qué va a suceder mañana, pero sí sé lo que quiero que ocurra. Y todo gira alrededor de esas maravillosas personas que han ido formando parte de mi camino. Las que han aparecido para quedarse. Las que de verdad importan y suman.

Si mi destino está escrito, quiero seguir las señales...

Fin

# Epílogo

# Josh

Querida Érika,

Cada vez que envío una carta, espero ansioso la respuesta. Me gusta saber de ti, que me cuentes tus aventuras y desventuras, las locuras que haces subida a un escenario en una de esas noches de karaoke, acompañada de tus amigas y de una melodía cualquiera. Me gusta saber que sigues luchando por ser tú misma, por no dejar que nadie te pise y que tu madre siga siendo parte de esa batalla que luchas desde hace muchos años. También me alegra ver cómo ha ido evolucionando esa amistad que forjaste hace mucho con esas chicas que conociste en clases de baile; recuerdo cuando me mandaste aquella carta diciendo: «¿A qué no sabes qué me ha pasado hoy? He ido a esas clases de baile que te dije y he conocido a dos chicas súper raras, al final hemos acabado en una cafetería y creo que molan mucho, el destino me ha puesto allí porque tenía que conocerlas...» El destino...

Escribo estas líneas con incertidumbre, con miedos y con cierto nerviosismo. No sé bien cómo enfrentarme a todo esto, pero he decidido que no puedo seguir así. Todos estos años he intentado seguir adelante con mi vida: trabajo, familia, amor... En todas esas situaciones siempre has permanecido cerca, a mi lado, y cada día estoy más convencido de que necesito volver a verte, hablar contigo, saber de primera mano en quién te has convertido. Necesito hacerlo para entender el alcance de este sentimiento que me mantiene en vilo, porque hay cosas que no tienen explicación y esto que siento es una de esas cosas de las que hablo. Quizá todo esto sea producto de todas esas cartas que leo con una sonrisa sincera, de percibir cómo mi pulso se acelera de forma incontrolable cuando la veo en mi buzón, de esa ferviente necesidad que tengo de responderte para comenzar de nuevo ese círculo de nerviosismo por recibir otra donde me expliques más, porque he llegado a ese punto donde siempre quiero más y lo peor de todo, es que una carta ya no me vale.

Hace tiempo que estoy trabajando en ello. El mundo es de esas personas que buscan soluciones, y yo quiero mi mundo, tu mundo y conquistar nuestro mundo. Por fin he conseguido la plaza que tanto ansiaba. Por fin puedo decir que regreso a mis orígenes, a ese lugar que nos vio crecer, corriendo calle arriba, disfrutando de nuestras risas y confesiones, compartiendo magdalenas con corazones verdes...

Ya no recibirás más cartas mías, esta ni siquiera será la última, porque no entra en mis planes enviártela.

A partir de aquí seremos solo nosotros. Nuestro mundo. Nuestro destino...

Vuelvo a casa, Érika.

Vuelvo a por ti.

## Nota de autora

Los que me conocen saben que esta es la historia que más me ha costado escribir. Han sido muchos, muchos meses de horas tras la pantalla, de dudas, inseguridades, de querer hacerlo bien, de sorprender. Y ¡aquí está! He puesto punto final a la serie, no solo a la historia de Érika.

Con ellas empezó todo. Tímida y sin saber cuál sería mi futuro, ni siquiera el de ellas tres, porque solo tenía la certeza de cómo empezar, pero no cómo terminar.

Casi dos años después de ese «Aquí me encuentro, ya me veis...» con el que empieza *Quédate con mi Alma*, he finalizado sus historias. ¿Cómo me siento? Bien, os lo explico.

He vivido tantas y tantas cosas con ellas, con ellos, con los secundarios, con todos y cada uno de los personajes que aparecen en los tres libros, que es inevitable sentir cierta tristeza.

Ellas no existen, no son reales, pero yo siento que las conozco tanto, que no os hacéis una idea de ello. Sé cuáles son sus miedos, sus inseguridades, sus puntos fuertes, sus capacidades, lo bonito que tienen para dar y enseñar y hoy vuelan. Cogen vuelo y llegan donde ellas quieran, donde vosotros les permitáis. Llegan lejos, porque son especiales y maravillosas.

Alma, Mar y Érika, no tengáis miedo, porque vosotras tres sois capaces de comeros el mundo, luchad, siempre luchad por lo que queréis, por estar dónde y con quién queréis estar, por ser vosotras. Volad alto, tan alto como os propongáis, yo estaré aquí, orgullosa de lo que me habéis dado, orgullosa de lo que me habéis hecho sentir. Orgullosa de vosotras, porque sin vosotras, yo sería menos yo de lo que soy.

Os echaré de menos...



## Sobre la autora

Yanira García, natural de La Matanza de Acentejo, un pequeño pueblo chicharrero, donde nació el 20 de septiembre de 1984. Actualmente reside en Santa Cruz de Tenerife, donde vive con su pareja, su hijo y una tortuga llamada Jérôme.

Diplomada en Trabajo Social y apasionada de la lectura desde la infancia. Siempre sumergida entre libros e historias románticas, llevando allá donde va, un libro en el bolso.

Hace un año aproximadamente, decidió aventurarse a escribir una historia, una de las que se marcan a fuego en el corazón, y es ahí, donde nace: *Quédate con mi Alma* (2017), primer libro de la serie: Las señales existen, le siguió la segunda parte de la Serie: *El manual de instrucciones de Mar*, y ahora nos presenta la última entrega: *Conquistando el mundo de Erika*.

